This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Esta y otras obras se hallan en la libreria Barcelonesa y fábrica de libros rayados de M. Vidal, Cadiz calle de san Agustin n.º 70

985

Indian Institute, Oxford.

THE MALAN LIBRARY

PRESENTED

BY THE REV. S. C. MALAN, D.D.,

VICAR OF BROADWINDSOR,

January, 1885.

1194 f. 7

600085867/

MISTERIOS DE LA INQUISICION.

MISTERIOS
DE LA
INQUISICION.

MISTERIOS

DE LA

INQUISICION

Y OTRAS SOCIEDADES SECRETAS DE ESPAÑA.

OBRA PUBLICADA EN FRANCES POR

M. V. DE FEREAL,

CON NOTAS HISTÓRICAS DE DON MANUEL DE CUENDIAS.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL.

POR

D. E. DE G.

TOMO II.

BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA Y ESTRANGERA

DE J. ROCA Y COMPAÑIA,

Calle de Escudellers, n.° 18.

1845.

BODLEIAN

MISTERIOS DE LA INQUISICION

Y OTRS SOCIEDADES SECRETAS DE ESPAÑA.

I.

EL BARRIO DE TRIANA.

A mediados del siglo XVI, durante el reinado de Cárlos V, la poblacion de Sevilla, esa alegre y gozosa capital de Andalucia, paulatinamente se habia transformado en una ciudad sombría, silenciosa y contristada. En vano la ciudad morisca ostentaba en medio de los rayos de un sol espléndido, sus vastas azoteas cubiertas de arbustos y de flores, sus elegantes balcones por dó se encaramaban, cual bellísimas randas, los verdes y floridos bejucos, las rojas granadillas y los jazmines de Virginia con sus anchas corolas doradas.

Por la noche no resonaba ya bajo los balcones la voz de los enamorados caballeros acompañada de la estrepitosa armonía del bandolin; y si durante las deliciosas horas nocturnas, las tímidas jóvenes osaban todavía asomarse en los terrados, y aspirar el ambiente fresco y perfumado que se eleva de las ve-

gas del Guadalquivir, permanecian silenciosas y graves como espectros, saliendo solo de sus labios ahogados suspiros, en vez de sus sonrisas joviales, de esa melodiosa armonía del lenguaje que en boca de las mujeres hace asemejar el idioma español á una música sonora.

Hacia ya algun tiempo que el terror habia levantado por todas partes su estandarte aciago; ya no existian las conversaciones de familia ni las reuniones patriarcales; la desconfianza y el temor sufocaban los mas dulces sentimientos del alma. El padre desconfiaba del hijo, el hermano del hermano, el amigo de su amigo; porque en aquella época siempre se temia encontrar en el ser que mas se idolatraba un espía ó un delator. Ninguno contaba segura su hacienda ni su vida; vivian solo para lo presente sin atreverse á emprender nada, encerrando en lo íntimo de su corazon todo rasgo de generosidad ó de ternura, no hallando ni áun consuelo ni esperanza en Dios, ese gran consolador de todas las miserias; porque ya no se atrevian á invocarle en la libertad de su conciencia, inciertos como estaban de saber si la espresion de sus súplicas ó la manifestacion de su fé era la espresion *legal*, aprobada por el tribunal supremo de la Inquisicion, usurpador *sagrado* que exigia se adorara á Dios á su manera, ó mas bien transformándose él mismo en Dios, se arrogaba derechos infinitos y un *fatídico* poder sobre los cuerpos y las almas; cruel tirano que procuraba conseguir su único objeto de dominacion, empleando todos los medios imaginables. Estaba entónces la inquisicion en el horrible apojeo de su poder: tenia por gefe al cardenal Alfonso Manrique, arzobispo de Sevilla. Ya que hemos hecho esta relacion necesaria para la intelijencia de los capítulos siguientes, trasladémonos al 15 de febrero de 1534.

Serian las siete de la noche, cuando las calles de Sevilla antes ruidosas y animadas hallábanse á la sazon obscuras y silenciosas no obstante de estar en la época de carnaval. Solo por intervalos, frailes de sórdido aspecto cruzaban las calles á manera de gitanos errantes; familiares del santo oficio, espías vigilantes, se saludaban al pasar por un signo sacramental [1], y los habitantes del *barrio* de Triana, se agolpaban en las avenidas del puente de barcas echado sobre el Guadalquivir que reune la ciudad con ese inmenso arrabal, inmundo sumidero en que pulula aun actualmente la escoria del pueblo Sevillano.

Entre los que á esta hóra atravesaban el puente de Triana notábase un hombre de estatura mas que regular con hábito de fraile predicador. Su frente ancha y grave era mas bien serena que austera; sus grandes ojos negros se mostraban llenos de dulzura, aunque el entusiasmo y el pensamiento los hiciesen brillar; y en sus labios mudos estaba impreso el sello de la elocuencia y de la poesía. Veíase sobre esta radiante fisonomía la energía de S. Pablo y la dulzura del discípulo amado.

Caminaba este hombre lentamente, como absorto en altos pensamientos; y en la profunda indiferencia de las cosas terrestres en que parecia sumergido, no veia á los transeuntes que se agolpaban á su lado, ni á los que, viniendo en la misma direccion que él, podian atropellarle en la semiobscuridad de la noche.

Cuando hubo llegado al otro lado del puente, detúvose un instante, titubeando acerca de si toma-

[1] *Signo sacramental.* Como los masones y otras sociedades secretas, los familiares de la inquisicion tenian signos, tocamientos y palabras conocidas de ellos solos, por medio de las cuáles se reconocian los unos á los otros.

ria la calle de la derecha ó la de la izquierda de las dos que formaban ángulo. Mas, como á esta indecision poco formulada se juntaban otra clase de preocupaciones, entregado sin duda el fraile á la decision de alguna idea, detúvose pensativo é inmóvil en el mismo sitio; de modo que parecia mas bien un hombre que aguarda una cita que un filósofo que reflexiona; y en aquella época pocos hubiesen creido al verle inmóvil, que solo obedecia á un impulso de su pensamiento.

En esto desembocó un hombre decentemente vestido por la calle de la derecha, llamada entonces *de los Gitanos;* detúvose un poco en el ángulo de ella mirando por todos lados, como si buscase á alguien cuando apercibió al religioso y dirigióse á él lentamente.

Estando ya á pocos pasos del hermano predicador volvióse á detener, y este aun no le veia.

Aproximóse el lego un paso, y pronunció en voz baja esta sola palabra:

« Hito. » [1]

Al oirla el franciscano, levantó bruscamente la cabeza, contempló un instante al que la habia pronunciado, y contestó gravemente:

« Coroza » [2].

—Dios [3] me envia, añadió el desconocido.

[1] *Hito!* Esta palabra diminutiva de chito! silencio, y de *S. Benito*, escapulario de paño pajizo con que la inquisicion vestia á las personas condenadas á figurar en el *auto de fé*, es una de las palabras sacramentales de que he hablado en la nota de la pag. [3]. Este escapulario se llamaba tambien *zamarra*. Toda persona que habia llevado el *San Benito* quedaba enteramente deshonrada y privada de todo derecho civil y politico, cuya deshonra se transmitia á sus descendientes.

[2] *Coroza* era un gorro alto y puntiagudo, en el que habia pintado diablos, llamas y mil otras estrañas monstruosidades: y servia para adornar á los condenados á la hoguera. Esta palabra formaba igualmente parte del vocabulario sacramental de los familiares.

[3] *Dios*, en el caló mistico de los familiares, significaba *inquisidor general del reino*, el de la provincia ó la inquisicion tomada en sentido colectivo.

—Dios lo puede todo sobre los hombres, dijo el fraile.

—Vuestra reverencia puede seguirme, prosiguió el lego.

Obedeció el religioso, y se puso á andar al lado de su guia con aire tan tranquilo, tan natural, como si este incidente no hubiese sido imprevisto, dejándose guiar como un niño dócil, y observando escrupulosamente el imperioso *chiton*[1], producido por el terror que inspiraba el santo oficio, y que ha quedado como un siniestro proverbio entre los españoles.

Siguieron juntos, el desconocido y el fraile, la *calle de los Gitanos*: larga, negra, tortuosa, y alumbrada solo por las luces de las numerosas tabernas situadas en lo largo de ella, de las cuales salia un ruido fuerte y confuso, mezclado de voces discordantes y avinadas.

El pueblo bajo de Sevilla, la hez del pueblo, compuesta en gran parte de rateros tomaba en este momento su descanso y se emborrachaba de *manzanilla* y de *pajarete*, del que bebia en abundancia con las *chiquitas*, vasos largos y estrechos de forma cuadrada, todavía en uso en las tabernas andaluzas.

Llegado á lo último de la calle, detúvose el lego delante una taberna mejor alumbrada que las demas, é indicando la puerta á su compañero, le hizo una seña para que entrara.

Como no era raro en aquel entónces ver entrar frailes en una taberna, introdújose el religioso sin titubear en aquella sala baja, larga y obscura; estaban las paredes negras, ahumadas, y cubiertas de grietas, cuyo color mas claro, resaltando sobre el fondo obscuro de la pared, formaba un mosaico de geroglíficos.

[1] *En cosas de inquisicion, chiton!*

Bancos groseros y cojos circuian la sala delante de largas mesas negras y grasientas, á las cuales el continuo roce de los codos habia dado una especie de barniz.

Habia pegadas en la pared á la mitad de su altura una multitud de estampas groseras que representaban las numerosas vírgenes que adora la España, ú horribles escenas de autos de fé. Debajo de cada una de estas imájenes ardian dos velillas, ó una asquerosa lámpara llena de aceite humoso y rancio. Estas luces que ardian constantemente, eran durante la noche el único alumbrado de la taberna.

En las vigas del techo habia clavados una multitud de garfios, llamados *garabatos*, de los cuales colgaban mezclados, jamones, lardo ahumado, carne fresca, sombreros y aun capas de los concurrentes: estos garfios servian de *perchas* á los parroquianos de la taberna.

Al ver aquellas gentes de horroroso aspecto, frailes, decidoras de buena-aventura, gitanos y familiares de la inquisicion, pues que de todo habia en aquel terrible sitio; al verlos, digo, sentados al rededor de largas mesas, con la vacilante luz de las candelillas, y con tan estraño vestuario, se les habria tomado por una asamblea de demonios sentados debajo de los suplicios en medio de las catacumbas.

Ni las sandalias de los frailes, ni los pies desnudos de los gitanos resonaban en el suelo terroso, parduzco y húmedo: el ruido de las voces roncas asemejábase á una lúgubre Salmodia. Aquel lugar inmundo inspiraba tanto terror como disgusto. Tales eran entónces las tabernas del barrio ó arrabal de Triana[1].

[1] Las tabernas, tal como las describe el autor, son raras actualmente, aun en el barrio de Triana. En 1822 solo ví tres ó cuatro. En España, como en todas partes, las tabernas que formaban

Fué el hermano predicador á sentarse al estremo de la sala, á una esquina de la mesa donde no habia nadie; é invitó luego á su compañero tomará asiento á su lado.

—Primero, conviene que hable á la Chapa[1], dijo el desconocido designando á una jóven que estaba en pié á algunos pasos de ellos, reclinada en la puerta de un estrecho retrete que le servia de cocina.

Hermana del tabernero, la Chapa era una jóven y morena andaluza medio gitana; la saya encarnada que le cubria sus piernas delgadas y torneadas apenas le llegaba á la pantorrilla. Largos cabellos negros algo ondeados colgaban divididos en dos trenzas, de cada lado de su cabeza hasta debajo de su airoso talle; llevaba ademas un ancho zorongo de cinta naranja prendido sobre la nuca con largos alfileres de cabeza de acero cuyas innumerables faces brillaban como estrellas.

Emprendióla familiarmente el desconocido, y la dijo con brevedad y á media voz:

—Chapa, ¿ha venido Frazco?[2]

—Aun no, contestó la andaluza, mas no puede tardar; he enviado á decirle por mi hermano *Coco*[3] que la señora Dolores saldrá de su casa á media noche; Frazco y este santo hombre que *Dios* honra con su confianza, deben venir á juntárseos aquí.

Lanzó al propio tiempo la Chapa una curiosa mi-

las delicias de nuestros padres, han sido transformadas en magníficos *cafés*. Los taberneros antiguamente personas de la hez del pueblo, á veces penados por la justicia, hoy se han convertido en *honrados ciudadanos*; y mediante una patente, pueden ser, á la vez, mercaderes, usureros, ladrones, sacristanes, beatos, electores, en algunos casos elegibles y en otros elegidos.

[1] *Chapa*. Esta palabra significa plancha de metal brillante y sonora; dada á una jóven quiere decir *graciosa, llena de aquel no sé qué que encanta*. Las personas vulgares solo la usan en este sentido.

[2] *Frazco, Frazquito;* Francisco.

[3] *Coco*, Joaquin.

rada sobre la hermosa y notable figura del religioso.

—Ahi tienes, dijo el desconocido, al íntimo confidente del muy ilustre y reverendo padre Pedro Arbués: héle encontrado en la entrada del puente de Triana, como me lo habia anunciado Su Eminencia; ya solo aguardamos á Frazco para la ejecucion de nuestro proyecto, si la señora Dolores cumple su palabra.

—Saldrá, señor; yo misma le he entregado la carta de su futuro que Su Eminencia ha hecho escribir á Pedro de Saavedra [1] como por pasatiempo.

—Y la señorita ha consentido desde luego en una cita? preguntó el desconocido, á quien para mayor facilidad de nuestra relacion llamarémos Enriquez.

—Al principio rehusó; pero la carta era tan apremiante! Se trataba de la existencia de su futuro, y la jóven ha prometido cuanto he querido. Esta noche debe comparecer al sitio indicado. Ya podeis pensar que he hecho cuanto he sabido para determinarla á ello.

—Alabado sea Dios! esclamó Enriquez con fingida compuncion; eres una verdadera hechicera, Chapa! y á fé mia Su Eminencia no habria podido elegir á nadie mejor que á tí para instrumento de su santísima é inmutable voluntad. Bien conoces, Chapa, que el

[1] Saavedra (Juan Perez de), llamado el *falso nuncio*, fué un intrigante muy célebre por su destreza en contrabacer toda clase de escritos. El fué quien, ayudado de un jesuita, estableció en Portugal la inquisicion y la Compañia de Jesus, por medio de falsas bulas del Papa y cartas supuestas de Cárlos quinto y del príncipe Felipe, despues Felipe II. No se contentó Saavedra con servir á los intereses de la inquisicion y de los jesuitas. Su habilidad en emitir los abonos reales y títulos de crédito contra el estado y contra los particulares, le proporcionaron sumas considerables. El inquisidor Taberna mandó por fin prender á este miserable en el momento en que salia de una iglesia de Málaga, y la inquisicion, que hacia quemar á millares de personas honradas por una palabra, se contentó en condenarle á diez años de galeras. Es cierto que el santo oficio se aprovechó de los trabajos del *falso nuncio*; el inquisidor general confirmó el tribunal inquisitorial

único objeto de nuestro santo inquisidor es arrancar al demonio el alma de esa jóven, impidiendo su matrimonio con Don Estevan de Vargas, que dicen ser hijo de *marrano* [1] y nieto de morisco.

— Oh! es verdad, dijo Chapa haciendo la señal de la cruz. Miseñor es tan santo, que solo obra por interés del cielo. Pero no me digais que soy bruja, añadió asustada: una palabra como esa no debe salir de la boca de un familiar del santo oficio; pues por premio de mi celo en servir á la santísima inquisicion, podria muy bien esta palabra hacerme figurar en el primer auto de fé que habrá para celebrar las victorias del rey don Cárlos, nuestro muy amado monarca.

— Vamos, Chapa; eres demasiada buena católica y fiel servidora de la santa inquisicion para temerla. No podemos tardar en tener un gran auto de fé; será el primero despues de la subida al trono de nuestro muy amado señor y rey Don Cárlos, y te prometo el mejor sitio en el grande balcon de la plaza mayor, para ver quemar á todos estos perros hereges.

— Bueno! esclamó la jóven andaluza palmoteando con alegría. Oh! señor Enriquez! dicen que ha-

establecido por él, y lo que es mas, todos los empleos y dignidades que Saavedra habia conferido.

Diez y nueve años despues (en 1562) Felipe II llamó al falso nuncio á la corte y lo empleó. Este monstruo que con su *propia mano* se habia hecho obispo, nuncio y *legado ad latere*, murió en Madrid en 1575 con mas de 400000 ducados y muy honrado. Asi fueron establecidas en Portugal la compañia de Jesus y la inquisicion, dos instituciones muy dignas la una de la otra, y sin embargo enemigas, sin duda porque ambas tendian á un mismo objeto: *la dominacion*. (*Hist. de la Inq.* por Llorente.) Quien sabe si por las raras combinaciones de su ingenio, llegará el padre Lacordaire *á dotar* á la Francia de una inquisicion perfeccionada! Por de pronto la Francia tiene ya los dominicos!!! en los departamentos de la Meurthe y del Bajo-Rhin.

[1] *Marrano*; llamaban en España á los moros y judios convertidos á la religion católica.

brá mas de quince hereges quemados y muchísimos á quienes su Eminencia *agraciará*, con tal que abjuren y quieran morir como buenos cristianos; estos serán ahorcados antes [1] de ser entregados á las llamas. Oh! que hermosísimo será! señor Enriquez me prometeis eso, es verdad?

—Te lo juro, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y con permiso del muy santo inquisidor de Sevilla. Será magnífico, añadió Enriquez, admirado de ver tan animada á la gitana por el celo del santo oficio.

Pero si hubiera mirado atentamente el rostro de la andaluza, habria visto palidecer imperceptiblemente sus labios carmines, sus ojos vivos y brillantes, llenos de un terror vago; y bajo de su corpiño de terciopelo negro hubiese, á estar un poco mas cerca, oido latir las fuertes é irregulares palpitaciones de su corazon, preludios del remordimiento en que iba progresivamente entrando.

La hermana de *Coco* no podia, remontándose á sus abuelos, hallar muy léjos de sí el orígen de una pura sangre católica para estar muy tranquila ante la inquisicion, de la cual, por miedo, se habia constituido en humilde servidora; y algo desconfiada por el aire beato é hipócrita del soldado de Cristo [2], exclamó con exaltacion, esforzándose en aparentar alegría:

[1] A veces acontecia que víctimas destinadas á la hoguera se *reconciliaban con la iglesia*; es decir declaraban crímenes y delitos que no habian cometido y confesaban al pié del cadalso. En este caso la inquisicion sentia estremecerse *sus entrañas maternales*, y concedia á los condenados *la gracia de ser ahorcados* antes de ser entregados á las llamas. (Anales de la Inquisicion.

[2] *Soldado de Cristo.* Llamábanse así los familiares del santo oficio desde que durante el reinado de Alejandro V. Torquemada hizo armar en 1494, á los mas jóvenes de los que le componian. « Esta estraña milicia, dice Llorente (*Historia de la Inquisicion*) « era muy numerosa: Torquemada se habia mostrado tan cruel,

— Oh! qué bueno será! qué bueno será!

En este instante, apercibió los grandes ojos negros del predicador fijos en ella. El fraile no habia perdido una palabra de su conversacion, ni un solo movimiento de su fisonomía.....

— Sírvenos vino, hija mia, dijo el familiar.

Y la pobre Chapa, muy feliz por escapar de las escudriñadoras miradas del religioso y de esta conversacion en que temblaba á cada instante descubrir sus terrores; la Chapa, viva y ligera, fué á buscar un jarro lleno de vino y púsolo delante de su reverencia.

Adelantaba Enriquez un taburetillo de madera para sentarse frente del franciscano, cuando entró en la taberna otro personaje. Aproximóse el recien venido al familiar, dirigiéndo al fraile una espresiva mirada:

— Es aquel nuestro santo comisario? preguntó con tono melífluo.

Él mismo, señor Frazco, contestó Enriquez.

Levantóse el religioso y cruzó sus dos manos sobre el pecho. El recien llegado hizo lo mismo, cruzólas luego el fraile, en sentido inverso, é inclinóse despues hácia Frazco como para saludarle; remedó éste el mismo movimiento, de suerte que inclinándose, sus frentes se tocaron ligeramente. Este era el saludo

« habia hasta tal punto animado el espionaje y la delacion, que un « gran número de hombres ilustres, juzgando que era preferible « pertenecer á la inquisicion á ser tarde ó temprano declarados « *sospechosos*, se ofrecieron voluntariamente como *familiares* del « santo oficio: el ejemplo de los caballeros, unido á los privilejios « que Fernando de Aragon otorgó á los *familiares* arrastró á una « multitud de gentes del pueblo. Bien pronto hubo otros tantos fa- « miliares como personas sometidas á los cargos municipales, de « que estaba exento todo individuo que pertenecia á la inquisicion. « Los familiares armados constituian la *milicia de Cristo*, que ha- « cian el oficio de *guardias de corps* al lado de los inquisidores « generales y de los inquisidores provinciales.»

La *milicia de Cristo* fué creada en Francia por Domingo de Guzman, el año 1208, durante el reinado de Felipe II, rey de Francia, y del papa Inocencio III.

distintivo de los familiares del santo oficio.

Pero Frazco no se contentó con esas señales de reconocimiento; descubrióse el pecho, y por debajo de su chaleco mostró una placa de plata que tenia la efigie de Cristo vuelto al revés. En medio del pecho del Cristo brillaba un sol, símbolo de la luz, divisa irrisoria de la inquisicion, mensajera de terror y aniquilamiento.

A esta última seña no contestó el franciscano.

Lanzó Frazco á Enriquez una feroz mirada de desconfianza.

Enriquez levantó las espaldas con aire indiferente y convencido.

— No es de los nuestros, murmuró sordamente Frazco.

Enriquez hizo una señal de duda.

—No es de los nuestros, te digo, repitió Frazco, y somos vendidos; vendidos, oyes? prosiguió apretando fuertemente el puño de Enriquez; y su semblante siniestro espresaba una cólera feroz.

Aunque todo esto pasaba en voz baja, no dejaron de apercibir los parroquianos de la taberna aquel movimiento de agitacion que indicaba una querella. Todas las miradas se dirigieron entónces al religioso, que permaneciendo tranquilo é inmóvil, parecia mas bien testigo que actor de tan estraña escena.

Algunos al aspecto del franciscano, cuyo rostro imponente inspiraba respeto, osaron murmurar, prorumpiendo en amenazas contra Frazco y Enriquez.

Aunque seguros de su venganza, en caso de insulto, los familiares del santo oficio, no se atrevian á promover una pendencia con los habitantes del barrio de Triana; pues harto sabian que en defensa de un fraile se dejarian hacer pedazos; peró la inquisicion imponia aun mas al pueblo que los sacerdotes y los frailes.

Con una astucia infernal, Frazco se volvió hácia

los bebedores, cuyas miradas y ademanes demostraban intenciones hostiles, y les dijo:

— Hermanos, seréis tan malos católicos que defendais á un enemigo de la inquisicion?

A esta terrible palabra de inquisicion, encorvaron todos la cabeza, y una lívida palidez reemplazó á la animacion de los semblantes, como si hubiera caido un rayo entre estos hombres nulos y turbulentos. Ninguno de ellos se atrevió á proferir una palabra.

Entónces el hermano predicador, sin apreciar la cólera de Frazco ni el estupor de los bandidos de la taberna, levantóse gravemente, y se dirigió hácia la puerta en medio de un profundo silencio.

— Qué, exclamó Frazco, le dejarcis escapar así? Ninguno de vosotros irá á avisar á los esbirros del santo oficio?

— Yo! yo! exclamó la Chapa atemorizada.

Lanzóse al propio tiempo hácia la puerta queriendo huir por su celo al peligro que siempre por sí temia; pero al momento en que iba á correr el cerrojo, dirigióle el franciscano tan profunda y aterradora mirada, que la Chapa, fascinada, juntó las manos, postrándose delante del ministro de Dios.

Por un impulso simultáneo, tendieron los bandidos sus brazos hácia él, como para implorar su socorro contra un poder oculto que no osaban combatir.

Volviéndose entónces el fraile con aire magestuoso hácia aquella asamblea muda y encogida, bendíjola con una mirada celestial, y saliendo á la calle desapareció sin que nadie, incluso el mismo Frazco, pensase en detenerle.

— Estamos vendidos, imprudente! dijo Frazco dirigiéndose á Enriquez, sumergido como los demas en una estupefaccion profunda.

— Nada sabe, replicó Enriquez.

sarcástico á la vez, de lenguaje horrorosamente pintoresco, tipo tradicional, al menos en el carácter, del que se hablaba todavía en España en 1821.

La misma noche de febrero de 1534, en que acaecieron los sucesos referidos, en el capítulo precedente, pasaba una escena no menos curiosa y mucho mas original en el palacio del maestre de la *Garduña*.

Serian las diez cuando abriéndose la pesada y maciza puerta del *Palacio de la Garduña*, rodando sobre sus goznes, dió paso á unos treinta individuos de ambos sexos y de todas edades, los que entraron silenciosamente y en órden, observando escrupulosamente los derechos de rango y gerarquía.

En medio de la sala bastante bien ilumínada con antorchas de resina colocadas en armellas fijas en las columnatas, permanecia el maestre de la órden.

Era un hombre de grande estatura, fuerte y hue-

fuelles, los soplones asi llamados porque su empleo en la *sociedad* era el de *soplar* al oido del maestre de la órden lo que sabian de las familias de la ciudad en donde se introducian, gracias á su esterior hipócrita. Los *fuelles* eran todos viejos, de un aspecto beato, se veian siempre en la iglesia y con un rosario en la mano salvo en las horas de servicio al lado del maestre de la Garduña ó del inquisidor; porque la mayor parte de estos viejos unian el empleo de *familiares* del santo oficio con el de espia de la Garduña. La Garduña tenia tambien un gran número de encubridoras que llamaban *coberteras*, y un sin número bastante grande de jóvenes de diez á quince años á quienes designaban con el nombre de *chivatos*. Los chivatos eran los novicios de la órden. Era necesario ser chivato á lo menos un año para merecer el honor de trabajar en calidad de postulante. El postulante que habia cumplido á satisfaccion era declarado *guapo* al cabo de dos años de servicio. Esta era, despues de la de maestre y gran maestre, la mas alta dignidad que conferia la sociedad. Ademas de las personas que acabamos de designar, la Garduña contaba un grande número de *serenas*. Estas jóvenes hermosas, en su mayor parte gitanas, eran las *odaliscas* de los doctores de la órden. Eran las que atraian á las personas que se les indicaba, á los lugares propicios para las *operaciones* de la Garduña. Añádase á esto el personal de alguaciles, escribanos, procuradores, frailes, canónigos y aun obispos é inquisidores, que eran otros tantos instrumentos ó protectores de la Garduña, de la cual necesitaban á veces, ó que les daba dinero, y se tendrá

soso; su rostro aceitunado, surcado por algunas cicatrices, ofrecia una singular mezcla de astucia, audacia, sangre fria, y á veces cuando se dignaba sonreir, de sarcasmo y de ironía. Su voz varonil y grave tenia un acento enérgico, y cuando mandaba, la fuerza de su imperiosa voluntad imprimia á su accion el sello de la dominacion. Llevaba camisa de lienzo grueso y una chaqueta parda echada sobre los hombros á guisa de capa; los *zaragüelles* cubrian sus muslos cuasi hasta las rodillas. Sus piernas desnudas y nerviosas estaban cubiertas de vello, y sus pies anchos, aplastados y llenos de arrugas, indicio de una vieja estruccion y de una imponderable fuerza física, estaban calzados de alpargatas atadas al rededor de los tobillos con una multitud de cordones.

Este hombre se llamaba *Mandamiento*. [1]

Los diversos personajes que acababan de entrar en la sala formaron círculo al rededor del *maestre de la Garduña y floreo*. [2]

Dos *guapos* en la fuerza de su edad se sentaron por órden de mérito, el uno á su lado derecho, y el

una idea de esta sociedad que ha asolado la España por mas de cuatro siglos.

La Garduña, establecida á principios del siglo décimo quinto, fué enteramente destruida en 1821 por los cazadores de montaña bajo mis órdenes. Los papeles de esta estraña y horrible sociedad, que consistian en muchos registros, conteniendo las *órdenes del dia*, los estatutos de la hermandad, y muchas cartas, fueron entregados por mi en la escribanía del crimen de Sevilla, el 15 de setiembre de 1821; en ella estaban todavia en 1823. Francisco Cortina, maestre en 1821 de esta sociedad, preso con unos veinte de sus cómplices, fué ahorcado en la plaza de Sevilla, asi como unos diez y seis de sus coacusados, el 25 de noviembre de 1822. Yo daré en su tiempo y lugar una traduccion casi textual de los estatutos de la Garduña.

En este capitulo D. Manuel de Cuendias, autor de las notas de esta obra, copia casi palabra por palabra *el órden del dia* del 15 de febrero de 1534.

[1] *Mandamiento*, Comendador.

[2] *Floreo*; en el caló de los ladronos españoles *florear* es dar puñaladas.

otro al izquierdo. Llamábase el primero *Manófina*, por su destreza sin igual en dar puñaladas al pasajero, sin que su víctima apercibiera de donde venia el golpe, y por su talento: prodigioso espadachin y tirador de pistola.

El otro se llamaba *Cuerpo de hierro*. Habia sufrido tres veces el tormento sin confesar sus crímenes, sin denunciar á nadie, y sin que su cuerpo pareciese resentirse.

Seguian luego dos viejos llamados *fuelles*, cuyo nombre daba la sociedad, á todos aquellos miembros que por su aspecto beato, le servian de espías y se introducian por todas partes en que habia un robo que consumar.

Despues las ancianas, útiles personajes llamadas *coberteras* [1]; luego algunos *chivatos* [2] con diversos trajes; y por último algunas jóvenes llamadas *serenas* [3]: Estas eran los doctores de la órden. Tenian ademas la mision de enternecer con sus encantos, á los jueces, procuradores y aun escribanos, de quienes dependia á menudo la vida de los hermanos de la Garduña. En otras ocasiones sus halagos no fueron infructuosos para con algun voluptuoso canónigo, ó algun prior lascivo, cuya influencia entónces no tenia límites en lo temporal ni en lo espiritual.

Fuera del círculo, y algo separado, estaba modestamente un jóven, principal objeto de aquella reunion: llamábase *Garabato*. [4]

Dirigió *Mandamiento* una profunda mirada á la asamblea, hizo devotamente la señal de la Cruz, vol-

[1] Véase la nota 1 pag. 15.
[2] Idem.
[3] Idem.
[4] *Garabato*: se dá este nombre á los jóvenes de clase baja cuya descuidada educacion ha llenado la España de rateros: asi como á todas las personas se entregan á la estafa bajo cualquier forma que sea.

viéndose hácia una grosera imájen de la Vírgen, pegada en la pared : musitó una oracion.

Todos los circunstantes le imitaron.

Despues habló en estos términos :

« — Nobles y valientes caballeros del *puñal*, fie« les *fuelles*, útiles *coberteras*, seductoras *serenas*, « ligeros *chivatos* y demas miembros de esta hon« rada hermandad, salud ! Dios Nuestro Señor y su « Santa Madre os concedan su divina proteccion y « os libren de los *corchetes*[1], *pencas*[2], *potros*[3], *ansias*[4] « *y vómitos*[5] á veces mortales para vosotros y siem« pre para vuestros hermanos.

« Hoy os he reunido aquí para consultaros so« bre un hecho que interesa nuestros derechos, y « podria comprometer nuestra sociedad.

« Todos sabeis, hijos mios, que desde que por la « gracia de Dios trabajais bajo mi direccion, solo « hemos tenido que deplorar una docena de *volteos*[6], « unos cuarenta *paseos asnales*[7], y algunos empe« ños en la *marina real*[8]

« Antes que me nombraseis gefe de vuestra her« mandad, Sevilla suministraba otros tantos á los *su*focamientos del humo*.* Este año apénas han caido

1 *Corchetes* ; alguaciles.

2 *Pencas* ; la penca era una especie de disciplina de cuero de que se servia el verdugo para azotar los condenados á esta pena.

3 *Potro* ; se llamaba así el caballete, potro triangular sobre el cual ponian á los acusados que no querian confesar. El potro que era uno de los instrumentos de tortura de que se servia la inquisicion, era empleado tambien por la justicia ordinaria en la aplicacion del tormento.

4 *Ansias* ; la pena, las angustias que preceden á la estrangulacion.

5 *Vómitos*, en el caló de los Garduños, significa confesion.

6 *Volteos*, los balanceos de los ahorcados.

7 *Paseos asnales;* Las personas condenadas á la *vergüenza* las paseaban en un asno por toda la ciudad, con el cuerpo desnudo hasta la cintura.

8 *Marina real*, las galeras en que los condenados iban á remar por muchos años.

« en la *boca de lobo* [1] unos 75 *ganchos* [2] de los cuales « á lo menos la mitad eran cimarrones; y unos treinta hermanos nuestros que están actualmente entre sus dientes, me atrevo á decir que apénas « habrá tres *angustiados*, [3] cinco ó seis *marineros*, [4] « y una docena de *cavalgados*[5]. Creo que ademas « tendrémos tambien dos ó tres *mosqueteados*[6], y otras « tantas de nuestras hermanas *pasadas por la miel*;[7] « pero no hemos podido impedirlo. Cuando tengamos « bastante dinero para hacer decir mas misas y pagar « mejor los alguaciles, nuestros asuntos irán mejor. « Tal es, hijos mios, el estado actual de la Gar« dūña.[8]

[1] *Boca de lobo*, la cárcel.
[2] *Ganchos*, ladrones.
[3] *Angustiados*, aborcados.
[4] *Marineros*, condenados á galeras.
[5] *Cavalgados*, sacados á la vergüenza.
[6] *Mosqueteados*, azotados.
[7] *Pasadas por la miel.* Las mugeres de mala vida, sobre todo las personas que hacian un horrible comercio de corromper la juventud, eran castigadas de una manera singular en España. No hace todavia mucho tiempo que, desde que una muger era convencida de ser prostituta, ó haber arrastrado á otra á serlo, la condenaban á ser *emplumada*. La ejecucion se hacia de esta manera: á las once de la mañana el verdugo iba junto á la condenada, y ayudado de sus criados, la desnudaban enteramente de la cintura para arriba. Luego untaba el cuerpo con una espesa capa de miel. Hecho esto, le ponia una *coroza*, ó gorro de carton rematado en punta. Asi disfrazada, la paciente era puesta en un asno, se la ataba el cuello á una especie de argolla fija á una barra de hierro cuyo estremo inferior se apoyaba sobre la albarda, despues la paseaban muy despacio entre dos filas de soldados y alguaciles, y seguida por una multitud del pueblo. Detrás la paciente iban dos criados del verdugo llevando una gran canasta de plumas de gallina. La cabalgata hacia alto en las principales calles de la poblacion, y á cada alto el pregonero leia en alta voz la sentencia que condenaba á la paciente á ser emplumada diciendo porqué, el pregonero acababa siempre con esta fórmula: *quien tal hizo que tal pague.*

Pronunciadas estas palabras, el verdugo tomaba dos puñados de plumas y las arrojaba sobre la miel de que el cuerpo estaba lleno; las plumas quedaban pegadas, lo que al cabo de algun tiempo le daba un aspecto á la vez horrible y grosero que hacia reir á la muchedumbre. En caló esto se llama estar *pasadas por la miel.*

[8] Véase la nota de la pag. 15.

« Si os he recordado, continuó con fingida modes-
« tia, mis cortos servicios, no es para ostentar
« el débil talento que Dios Nuestro Señor, del
« que soy humilde instrumento, plugo conceder-
« me; sino para manifestaros cuan importante es
« que reine entre nosotros la mas perfecta concordia y
« armonía, á fin de que podamos egercer con todo el
« éxito posible nuestra útil profesion y merecer el
« aprecio de las damas y caballeros que nos hacen
« el honor de emplearnos. Paso al objeto de esta
« reunion. »

Al mismo tiempo dió á su alrededor una escruta-
dora mirada, y habiendo apercibido á *Garabato* que
permanecia humildemente apoyado contra una co-
lumna, le hizo señal de que se aproximara.

Apresuróse *Garabato* á obedecer.

El círculo viviente que le separaba del maestre se
abrió para hacerle paso. Adelantóse el jóven, y con
algunos pasos hallóse frente Mandamiento.

El maestre de la *Garduña* tomó entónces al jóven
por la mano, y mostrándolo á la asamblea, continuó
así su discurso.

« — Hermanos! los señores *Manofina* y *Cuerpo*
« *de hierro*, han sorprendido á este jóven bajo el
« peristilo de la Catedral, *eclipsando*[1] primero un
« pañuelo de sonar de un caballero y despues una
« bolsa muy bien guarnecida al sacristan de un
« convento de monjas. A decir verdad, lo ha hecho
« con suma destreza, pero como no pertenece á nues-
« tra hermandad, ha violado los estatutos de nuestra
« órden *eclipsando* sin tener permiso, ademas atacan-
« do los bienes de la Iglesia.

« Los señores *Manofina* y *Cuerpo de hierro*, con-
« siderando las buenas disposiciones y precoz talento

[1] Robando.

Terminada así la ceremonia, fué Garabato á mezclarse con sus nuevos compañeros de asesinato y de rapiña.

Sacando despues el maestre de su bolsillo un gran papel cubierto de borrones, dijo:

— Hermanos, hé aquí la órden del dia:

buenas piernas y sea callado, puede ser miembro de la Garduña. Podrán tambien serlo las personas *respetables* de cierta edad, que deseen servir á la hermandad, sea teniéndola al corriente de algunas *operaciones* que hacer, sea dando los medios dichos para ejecutar las dichas operaciones.

Artículo 2. La hermandad recibirá tambien bajo su proteccion toda *matrona* que habrá *sufrido por la justicia* y que quiera encargarse de la *conservacion* y de la venta de los diversos objetos que la Divina Providencia se dignare enviar á la hermandad.

Artículo 3. Los miembros de la hermandad se dividirán en *chivatos* (véase la nota 1 pag. 15), *postulantes* (véase la nota 1 pag. 15), *guapos* (véase la nota 1 pag. 15), *fuelles* (véase la nota 1 pag. 15). Las *matronas* serán llamadas *coberteras*, y las muchachas jóvenes *serenas* (véase la nota 1 pag. 15). Estas últimas deben ser jóvenes, astutas, fieles y apetecibles. (véase la nota 1 pag. 15)

Artículo 4. Los *chivatos* mientras no hayan aprendido de *trabajar* nada podrán emprender *solos*, y nunca se servirán de *punzante* mas que para su propia defensa. Serán mantenidos, alojados y entretenidos á espensas de la hermandad, de quien recibirán diariamente 136 maravedises por conducto de sus respectivos capataces. En el caso de cualquier servicio distinguido prestado por algun chivato, este pasará inmediatamente á la honrosa categoria de *postulante*.

Artículo 5. Los *postulantes* vivirán de sus *galfarros*; éstos hermanos estarán esclusivamente encargados de *eclipsar* con presteza por cuenta de la órden. De cada eclipsamiento, el hermano operante recibirá un tercio bruto, del cual dará alguna cosa por las almas del purgatorio. De los dos tercios restantes, el uno entrará en caja para satisfacer los gastos de la justicia (para pagar los alguaciles, los escribanos y aun los jueces que protejieran á los hermanos), y para hacer decir misas por el descanso de las almas de nuestros hermanos difuntos; el otro para estar á la disposicion del gran maestre de la órden, obligado á vivir en la corte, para vijilar por el bien y prosperidad de todos.

Artículo 6. Los *guapos* se encargarán de los *obscurecimientos*, los *enterramientos*, los *viajes*, los *baños*, y los *bautismos*. Estas dos últimas operaciones, podrán encargarlas á un hermano postulante bajo su responsabilidad. Los *guapos* tendrán el tercio bruto del producto de todas sus operaciones, solamente darán el 30 por ciento del *producto* para el sustento y entretenimiento de los *chivatos*, y lo que querrán para las almas del purgatorio; el resto del producto de sus operaciones será repartido como lo ha sido en el artí-

[illegible]s *coberteras* recibirán el 10 por ciento de todas

«Se deben aplicar tres *bautismos*[1] con la mayor lijereza posible; uno al hermoso jóven de bigote negro que pasa todas las noches á las siete sobre el puente de Triana: es un caballero alto y de buen semblante; lleva una capa de escarlata. Por este *bautismo* se darán cincuenta reales, y ademas quinientos maravedises si puede aplicarse al rostro, de modo que marque bien al individuo. La persona que lo paga es una dama muy bella y aun bastante jóven: por lo tanto, señor Garabato, confio en vuestra galantería por el bello sexo, vais pues á encargaros de este trabajo.

He aquí los treinta y siete reales y medio que os pertenecen, sin contar los quinientos maravedises de gratificacion que la dama dará, si conseguis dar en el rostro del *bautizado* una cuchillada indeleble, lo que será muy fácil frotando la herida que haréis con un poco de hollin desleido con vinagre.

Al propio tiempo Mandamiento entregó al Garabato una redomita llena de un licor negruzco.

—El segundo *bautismo*, continuó el maestre, pagado solamente á cuarenta reales, debe administrarse á su paternidad el prior del convento de la Merced: ha robado una penitenta á su beatitud el padre provincial. Su beatitud es quien paga; dará cuatro doblones de gratificacion, si se logra

las sumas que realicen, y las serenas seis maravedises por cada peseta que los guapos entreguen á la caja de la hermandad; siendo esclusivamente suyos todos los presentes que reciban de los nobles señores, de los frailes y otros miembros del clero.

Artículo 8. El capataz ó gefe de provincia, será nombrado entre los guaapos que tendrán á lo menos seis años de servicio y habrán merecido el bien de la hermandad.

Artículo 9. Todos los hermanos deben morir mártires antes que confesar, bajo pena de ser degradados, escluidos de la hermandad, y en caso necesario, perseguidos por ella.

Hecho en Toledo en el año de gracia 1420, y el tercero de la institucion de nuestra honrada hermandad.

Firmado. EL COLMILLUDO.

[1] *Batismo*, puñalada.

reventar un ojo al prior; porque la penitenta en cuestion nada ama tanto como los ojos hermosos.

Creo para ganar el lucro de los cuatro doblones, debo encargar este bautismo al señor *Manofina* y á su querida *Culebrina*, cuya destreza sabrá llevar al reverendo prior de la Merced en el lugar conveniente. He aquí treinta reales, y no olvideis á la Santa Vírgen.[1] Los cuatro doblones corresponden á la serena.

—Sí! sí! yo me encargo, esclamó la serena que el maestre habia designado con el nombre de *Culebrina*. Yo me encargo, señor Mandamiento.

—Silencio! mi rosa silvestre, interrumpió el maestre retorciéndose los vigotes: conocemos tu destreza y adhesion.

Buena perla teneis, continuó volviéndose á Manofina; conservadla y no la martilleis demasiado.

— Si, verdadero tesoro por conservar para los demas, murmuró el bandido con una brutal espresion de celos.

—Vamos, vamos, dijo el maestre, sacrificaos mas por la causa comun, señor guapo.

Callóse el Garduño, pero lanzó sobre la serena miradas de desconfianza y de cólera.

Aproximósele la Culebrina, y tomándole del brazo se puso á mirarle tiernamente el rostro con sus grandes y brillantes ojos.

—Vamos, Manofina mia, díjole, no te incomodes. No sabes que no amo mas que á tí?

Ablandóse el rostro del guapo; bastaba esta fascinacion de los sentidos tan poderosa sobre las fuertes naturalezas físicas.

1 Al recibir su salario cada Garduño acostumbraba tirar algunos maravedises en un cepo pegado en la pared bajo una imágen de la Vírgen en la sala de la Garduña.

— Si, dijo él en voz baja, tú me amas, ¿no es verdad? pero este prior...

— Y bien, este prior yo te lo llevaré. Helo ahi todo; con él, prometer no es cumplir. Ya sabes que solo soy tuya.

Miróla el guapo con una alegría confiada, mezclada de cruel duda. Y, cosa estraña, la serena no mentia. Por una escepcion muy rara, esta muger, dedicada por oficio á toda clase de desvergüenzas, se servia de su maravillosa hermosura para atraer á las víctimas en los lazos de la *Garduña*; pero jamás su corazon ni su cuerpo habian sido cómplices de este manejo obligado; siempre y por todos estilos habia guardado fidelidad al guapo feroz que habia elegido por su amante.

Mandamiento prosiguió:

— Un tercer *Bautismo* pagado á seis doblones; un canónigo es quien lo paga, conforme lo indica ya su cifra. Este bautismo debe darse mañana á un cofrade del mandatario antes de las seis de la tarde, á fin de que el *bautizado* no pueda hacer á los miembros del capítulo las visitas de cumplido y solicitar sus votos para la eleccion de dean; lo que deja la suerte mas á favor de su rival. Si al cabo de algunos dias, este bautismo pudiese cambiarse en entierro, el canónigo doblará la suma; siendo de advertir que es preciso obrar con destreza y sin obscurecerle[1] al momento. Tal es el deseo del mandatario, y que paga bien, con tal de ser bien servido. Ademas si este canónigo fuere elegido dean, la hermandad de la Garduña puede contar con su proteccion: su señoría me lo ha formalmente prometido. A vos corresponde este bautismo, señor Cuerpo de hierro. Emplead un puñal fino, y mejor de hoja triangular ó de punzon, á menos que

[1] Asesinar

poseais una buena aguja de guarnicionero : pues es lo mejor hacer una herida que dure diez ó doce dias sin que sangre. Aqui teneis el dinero, partid y sed exacto.

— Seis *baños* [1] que dar, continuó el maestre; y distribuyó este trabajo fácil á seis compañeros vulgares.

— Ademas tres *viajes*,[2] uno en la carretera de Jaen, mañana á las nueve por donde debe pasar la galera llevando cuatro mil reales para el nuncio de su Santidad, producto de la venta de las bulas y de las indulgencias en el reino de Sevilla; el otro sobre el camino de San-Lucar á media noche tambien al pasar la galera: llevará ciento veinte mil reales que pertenecen á un banquero judío, y van destinados á un banquero moro de Sevilla. Debemos robar este dinero á los enemigos de Dios, que solo pueden servirse de él en detrimento de nuestra santa religion.

El tercer viaje debe practicarse en la carretera de Granada en la encrucijada del camino de Jerez, por cuyo punto deben pasar tres caballeros con el bolsillo bien provisto y un guardaropa nuevo; pero ya sabeis que varios de nuestros hermanos están bastante mal aviados.

Confiáronse estas tres espediciones á tres hermanos seguros y pasados maestros.

—Finalmente, dijo Mandamiento, y esta es una cosa grave, un *obscurecimiento* [3] en la persona del jóven Estévan de Vargas. Todas las noches sale á las 12 de la casa de S. E. el gobernador de Sevilla, con cuya linda hija de 17 años de edad dicen está desposado, y á la cual va á costar muchas lágrimas; pero esto nada nos importa. Esta *operacion* nos val-

[1] Negados.
[2] Robos en la carretera real.
[3] Asesinato.

drá cincuenta doblones adelantados, ademas una suma igual despues del buen éxito, y la proteccion del muy santo inquisidor de Sevilla, á quien interesa seguramente muchísimo, pues que nos ha ofrecido su proteccion, cosa que no prodiga mucho.

— Y quien nos garantiza tan seductoras promesas? interrumpió Manofina, á quien las vivas ojeadas y las caricias de la Serena habian singularmente enternecido en favor de los dos amantes.

— Conozco perfectamente á la persona que me las ha hecho y firmado; y si no me las cumpliese, yo mismo las entregaria escritas á la grande chimenea de Sevilla. [1] Ya veis, hijos mios, que he tomado todas las precauciones.

Al mismo tiempo echó á correr horrorizado un chivato que hacia centinela.

— Maestre! maestre! esclamó, ahí viene un Corchete.

Alarmados los garduños tiraron de su puñal. No se inmutó el maestre; y dirigiéndose á sus compañeros:

— Arrodillaos, hijos! esclamó; y mirando la imágen de la Vírgen, púsose á rezar devotamente el rosario, al cual respondieron en coro todas las voces de los presentes.

Al cabo de algunos minutos, entreabrió el alguacil la puerta é introdujo su cabeza en el interior de la sala. Sin dejar Mandamiento su oracion, volvió lentamente la cabeza hácia él, y en medio de un *Ave Maria*, esclamó alegremente:

— Ah! es *Coco*, nuestro fiel hermano.

Un signo de cruz general puso fin á la oracion principiada: todo el mundo se levantó. Llevando vivamente el *capataz* al alguacil al estremo de la sala:

[1] La corte criminal.

—Quién te envia, le dijo, hermano Coco? Estás á la pista de algun peligro por nuestra santa hermandad?

—No precisamente, contestó el *Corchete*. Tu sabes que vigilo bien, y que mi doble mision de alguacil y de familiar del santo oficio me ponen en el caso de salvaros de muchos lazos.

—Es verdad, eres un buen amigo, un fiel hermano.

—Pues bien! ahora me has de prestar un servicio, maestre.

—Habla, hermano; de qué se trata?

—Se trata primero, continuó el alguacil, de volver á un pariente mio, sacristan de Carmelitas, un bolsillo que le han robado esta mañana.

—Lo tendrás, hermano; pues estamos en el caso de poderte satisfacer tocante á este punto. Despues?

—Despues, se trata de algo mas serio, dijo *Corchete* bajando la voz: solo se trata de *obscurecer* por necesidad dos ó tres familiares de la santa inquisicion.

—Hermano! dijo Mandamiento horrorizado, abusas de tu posicion, pides cosas imposibles.

—Imposibles ó no, es preciso que se hagan, contestó Coco con tono firme.

—Pero, hermano, ignoras que el santo inquisidor de Sevilla es nuestro mejor práctico? [1]

1 Mandamiento tenia razon. Entre los papeles cogidos, cuando el arresto de Francisco Cortina y de la destruccion de la Garduña en 1821, se encontró un registro sobre el cual habia escrito los *encargos* que diversos miembros de la inquisicion habian hecho á la hermandad en el espacio de treinta y siete años, es decir desde 1520 á 1667: ascendian á 1966 y habian producido 198,670 pesetas, es decir cerca 100 pesetas cada uno. En la tercera parte de estos *encargos*, hechos por los *propagadores de la fé*, figuraban los raptos de mujeres, y los homicidios, y los asesinatos formaban otro tercio; las *correcciones*, es decir, los ahogados, las puñaladas, las falsas denunciaciones y falsos testigos, constituian el sexto

— No importa, debes servirme, ó de lo contrario desde esta noche no cuentes ya mas conmigo, dijo resueltamente el alguacil.

— Y bien! que es preciso hacer? preguntó el *capataz*, vencido por esta amenaza.

— Conviene me des al momento dos ó tres guapos esperimentados y una media docena de *Chivatos* para conducirlos á donde quiera, para hacerles *obscurecer* á quien bien me plazca finalmente, que me obedezcan como á tí mismo.

— Eres demasiado exigente, *Coco*.

— El apóstol lo quiere, replicó secamente el alguacil. Apresúrate pues, Mandamiento; apresúrate, que no puedo perder tiempo.

— Ya que el apóstol lo quiere, es preciso obedecer, dijo suspirando el maestre, su voluntad debe ser como la de Dios; porque ha resucitado á Manofina y libertado á Cuerpo de hierro de la boca del lobo: él es quien nos ayuda en nuestras enfermedades. Hágase como lo quieres, Coco; toma mis dos mejores guapos, y que te obedezcan como á mí mismo.

Al propio tiempo llamó á Cuerpo de Hierro y á Manofina: dijo en voz baja algunas palabras al primero, y les mandó acompañaran al alguacil.

— Olvidaba decirte, añadió dirigiéndose á Manofina, que te encargo de *obscurecer* al jóven Estévan de Vargas; esta *operacion* te valdrá el perdon del inquisidor, en caso de desgracia en la que te va á encargar nuestro hermano Coco. Adios, señores, y valor!

Cada uno de los dos guapos eligió tres chivatos vivos y robustos.

— Idos, dijo el maestre haciendo un gesto con la mano, y que la Vírgen os guarde!

Este registro, depositado en poder del escribano criminal de Sevilla, fué una de las pruebas mas robustas contra Francisco Cortina y consorte. En obsequio á la verdad, debo añadir que ningun *encargo* hecho por un miembro de la inquisicion, figuraba en este registro desde 1797.

Púsose el alguacil á su frente; y á favor de las tinieblas, salieron sin ruido de la caberna de la *Garduña*.

III.

DOLORES.

Miéntras pasaba en el *palacio* de la Garduña aquella escena horrible y bizarra á la vez, acaecia un incidente de otro género en casa del gobernador de Sevilla.

Era una de estas casas andaluzas vastas y cómodas, iluminadas solo por puertas vidrieras y ventanas abiertas sobre un grande patio lleno de flores.

En el piso superior de esta casa que servia ordinariamente de residencia de invierno, al lado de un salon en que se reunia la familia, habia un cuartito amueblado como la celda de una religiosa. — Un pequeño lecho blanco y duro, guarnecido de una sencilla mosquitera de batista, dos sillas de madera negra esculpidas, un reclinatorio del mismo estilo con un Santo Cristo de marfil, y finalmente en un hueco, ó especie de nincho practicado en la pared, una pequeña Vírgen de mármol blanco, preciosa estatua esculpida por un artista célebre; delante la cual ardia constantemente una lámpara de plata sobredorada, llena de aceite de oliva muy puro.

Este aposento era el de la hija del gobernador.

Distinta esta jóven andaluza de 17 años de edad, de sus demas paisanas, era de una hermosura sencilla y noble, de un carácter firme y elevado; Dolores no habia pasado sus años juveniles en la ociosidad mística que exalta tan inmoderadamente imaginacion y los sentidos de algunas mugeres ñolas.

Habia tenido por preceptor á un tio materno, hombre sabio y grave, quien habiendo viajado por Francia y Alemania se habia complacido en cultivar, en adornar aquella brillante inteligencia, para fortificarla por la filosofía. No habia sembrado en tierra estéril: Dolores, aun en nuestro siglo, hubiera sido una mujer muy célebre.

Ardiente de corazon y de alma, dotada de un juicio esquisito, de una razon recta, de una voluntad enérgica, tenia la fé pura é ilustrada de los Padres de la Iglesia; su induljente caridad rechazaba todos los errores, todas las crueldades del fanatismo. Era piadosa como lo fué Isabel católica, esta gran reina cuya dulce y tierna piedad luchó tanto tiempo y con tanto terror contra el establecimiento de la inquisicion, y siempre contra sus obras[1]. La hija del gobernador seguia el espíritu y la moral del Evangelio, cosa peligrosa entónces, pues para vivir tranquilo, era preciso ser, no discípulo de Cristo, sino hijo de la inquisicion.

Con todo, á pesar de su filosofía tan adelantada por su edad y especialmente por la época en que vivia, fiel Dolores á las práticas esteriores, hija Dolores de buenos católicos, no habia atraido sobre sí las miradas del terrible tribunal.

1 Isabel de Castilla, esposa de Fernando de Aragon, siempre tuvo horror á las crueldades del santo oficio, y se opuso mucho tiempo al establecimiento de la inquisicion moderna de Castilla. Torquemada, confesor de Fernando, hombre tan astuto como fanático, bajo el pretesto de servir la politica avarienta del rey, forzó mas bien que no obtuvo el consentimiento de la piadosa Isabel, todas las veces que en su calidad de inquisidor general quiso usurpar la autoridad real. La noble reina contestó cierto dia á una nueva exigencia del inquisidor, que se atrevia á acompañar de amenazas. « Fraile! no olvideis que una real órden ha establecido la inquisicion, y que una real órden puede estinguirla.» (*Crónicas de los reyes católicos don Fernando de Aragon y doña Isabel de Castilla.* Por Luis Ponce de Leuo, cronista de Castilla.)

Y en un acceso de desespero insensato, la infeliz se torció las manos, cogió el Cristo de marfil que tenia sobre su reclinatorio, y apretándolo contra su pecho, murmuró en voz conmovida:

—Tú que has sufrido tanto, Dios mio, enséñame á sufrir!

Al momento por una súbita reaccion, estalló en lastimosos sollozos, y cubrió de amargas lágrimas la imágen del crucificado que acababa de invocar.

En este instante empujaron ligeramente la puerta de su aposento; la triste Dolores levantándose horrorizada, retrocedió hasta la ventana de la celda ante el mismo gran inquisidor que se adelantaba lentamente hácia ella, revestido de su larga túnica.

Faltáronle á Dolores las fuerzas para dar un grito.

—Turbo vuestras oraciones, hija mia? dijo Pedro Arbués, con tono melifluo.

—Señor, dijo con voz entrecortada, pues porque entrais así de noche en mi cuarto? El aposento de una jóven no debe ser sagrado?

—El gran inquisidor puede dispensarlo todo, replicó el dominico, y no pecais recibiéndome en vuestra celda.

—Señor, replicó Dolores sonrojada de orgullo é indignacion, no comprendo estas miserables sutilezas que limitan así el grado de los que las emplean las inmutables leyes de la conciencia; que permiten á los unos lo que es un crímen para los otros: la virtud es una, sus leyes deben ser invariables y eternas. Vos sois un hombre, señor, y un hombre no debe entrar de noche en el aposento de una mujer, á menos que sea su esposo.

—Dolores, dijo el inquisidor con voz severa, olvidais que el Cristo dijo á sus Apóstoles: « Lo que « absolvais en la tierra será absuelto en el Cielo. »

Que nos ha dado un poder absoluto sobre las almas y sobre los cuerpos?

—O señor? no desfigureis así las palabras del Evangelio; el texto es tan claro y puro que á no ser con mala voluntad, solo hay un modo de comprender que es el mismo para todos, señor; para vos, ministro del Dios viviente, como para nosotros, humildes discípulos.

La carta mata y el espíritu vivifica, replicó el inquisidor; y eres muy imprudente, jóven, de atreverte á hablar de este modo ante mí. Los libros santos son un código sagrado, una carta divina, cuya interpretacion solo á nosotros está confiada; á vosotros el cumplimiento pasivo. Desgraciados de los que los interpreten solos, y sin nuestro socorro quieran buscar la luz! Infelices de estos insensatos que, marchando sin el apoyo de los representantes de Jesucristo caigan en el error ó en la heregía.

—No es ninguna heregía seguir el Evangelio, señor!

—Si hubieras hablado así ante otro que no fuera el gran inquisidor de Sevilla, dijo Pedro Arbués con una mirada terrible, mañana no te encontrarias en tu casa paterna; y la inquisicion!....

—Nada he hecho contra la inquisicion, interrumpió la querida de Estévan, esforzándose en asegurar su voz; sin embargo un terror invencible le hacia temblar á pesar suyo.

Apercibiólo Pedro Arbués, y se acercó á la jóven que no podia dar un paso atrás por estar tocando con la pared de la ventana.

—Dolores, la dijo, ¿no sabes que soy tu amigo?

—O señor! entónces retiraos, y no abuseis de vuestra autoridad para violar así mi morada. Salid, señor, salid, os lo pido de rodillas!

Absorto Pedro Arbués contemplando tan maravi-

losa beldad parecia no oirla; Dolores estaba delante de él, sus largos cabellos esparcidos, y el vestido negro que llevaba muy escotado, segun la moda de aquella época, contrastaban admirablemente el blanco rico y puro de sus espaldas de mármol. Su talle elevado parecia aun mas alto y hermoso, y el esplendor de sus grandes ojos en que toda la hermosura parecia haberse refugiado, daban un nuevo encanto á la deslumbrante palidez de su rostro.

—O niña! esclamó el sacerdote, que hermosa eres, y cuan feliz es Estévan!

—Señor, dijo Dolores, horrorizada de la cínica espresion de las miradas del dominico; señor, acaso sueño? ¿No sois vos el gran inquisidor de Sevilla, el sacerdote del Señor, el guardian de la virtud de los demas?

—No, esclamó el fraile, llevado por la fogosa pasion que le devoraba, no hay aquí el gran inquisidor, ni el sacerdote, solo hay Pedro Arbués que te ama, Pedro Arbués que muere de desesperacion y de amor.

Dió la jóven un grito ronco é inarticulado, y todo su cuerpo se volvió frio como un mármol.

El inquisidor se habia arrodillado á sus plantas, la violencia de su pasion brutal hacia horrible en este momento su rostro, naturalmente hermoso y regular; procuraba coger la hija del gobernador, la cual con la fuerza del terror se adelgazaba tanto contra la pared, que parecia escapar como una sombra de las trémulas manos del dominico. Sin embargo ya tocaba el borde de su vestido, no pudiendo Dolores moverse, se aguantaba tiesa y como petrificada delante la estrecha ventana.

Pero como en la situacion en que el indigno sacerdote la habia sorprendido, habia guardado el Cristo de marfil apretado contra su pecho; al momento en

¡Sacerdote de Cristo!

que el inquisidor, animado por su terror, le ponia las manos al rededor de su cuerpo, presentóle la imágen santa con un movimiento enérgico y espontáneo.

—Pedro Arbués, esclamó, traspasa esta barrera si te atreves! Sacerdote de Cristo ¿te atreverás á insultar á tu maestro?

Bajó el impúdico dominico la cabeza y retrocedió: tuvo miedo!.... aquel fanático sacerdote podia violar, mudar la ley de Dios, pero no profanar su imágen.

Levantóse lentamente, lanzó á la virtuosa jóven una mirada llena de odio, y salió sin volverse.

Volvió Dolores á abrazar la imágen protectora:

—O tú, que me has salvado, gracias!

La lúgubre voz del sereno gritó las once y media. Aunque cansadísima, envolvió la amante de Estévan sus cabellos en un gran peine de concha, púsose una larga capa, descendió lentamente las gradas de piedra que conducian á la puerta esterior de la casa, y encaminóse hácia la Giralda.

Cuando pasaba el umbral de su casa, salió de una arcada una sombra vaga, que engrandeció poco á poco sobre la pared del frente, débilmente iluminada por la claridad de un pálido reverbero, y perfiló distintamente la sombra de un hombre embozado con su capa. Estremecióse Dolores, pero prosiguió su camino sin detenerse.

—Bien! dijo el inquisidor, pues era él, ella ha salido, Enriquez cumplirá lo demas.

IV.

LA GIRALDA.

La pequeña cuadrilla que habia salido de la cueva de la Garduña, guiada por Coco, siguió silenciosa-

mente el gefe provisional que acababan de darle, Iban los guapos delante á los lados de Coco, los chivatos detrás, por aquellas calles negras y tortuosas, y sin hablar, tal como si hubiesen sido sordo-mudos.

En Francia no sabemos hacer nada sin el mucho ruido; pero en España es del todo distinto! El español obra sin hablar, sin demostraciones esteriores; su fisonomía no rebela nada; bien podeis golpear la estatua, que solo os dará un sonido mate, y nunca adivinaréis las borrascosas sensaciones que contenga este pecho de mármol.

Seguia *Culebrina* á algunos pasos, alarmada por la mision que se habia dado á Manofina, inquieta por este hombre rudo que ella amaba, y tal vez impelida por aquel instinto de las mujeres que las atrae irresistiblemente allí donde hay que aliviar algun dolor ó prevenir algun peligro.

Así anduvieron Coco y su cuadrilla hasta el puente de Triana, atravesaron aun algunas calles estrechas y lóbregas: llegaron por fin cerca de la catedral sobre la plaza de la Esplanada, cuyo lugar estaba ya muy obscuro, pues las luces de las casas del rededor de la plaza se habian apagado.

Aunque en el cielo azul brillaban centelleantes estrellas, estos astros radiosos, demasiado léjos de nosotros, corrian pacíficamente el espacio, desdeñosos de dejar llegar hasta la tierra su brillante claridad que prestaban, sin duda, á criaturas mas felices que las de nuestro triste planeta.

Cuando llegaron delante la catedral, Coco hizo esconder los dos guapos en un fondo formado por dos enormes pilares; dijo despues en voz baja algunas palabras á los chivatos, que fueron inmediatamente á apostarse én los cuatros ángulos de la Esplanada, donde se echaron boca abajo, con la oreja aplicada

al suelo para no perder el mas ligero ruido.

Despues de haber dispuesto su cuadrilla, dirigióse Coco hácia el pórtico de la catedral, y elijióse á su vez un abrigo bajo aquella alta masa de piedras.

Temiendo entónces la serena ser apercibida, tomó luego el borde de las casas del rededor de la Esplanada, marchando con paso tan ligero que se hubiera dicho volaba con alas invisibles, y escurriéndose entre los árboles, detúvose finalmente bajo un enorme naranjo cerca de la fuente.

Un débil ruido que habia hecho la serena, un ligero *cri-cri* imitado el del grillo,[1] se dejó oir en uno de los ángulos de la plaza; pero habiendo luego quedado todo en el mas profundo silencio, comprendió Coco que era una falsa alarma y nadie se meneó.

En este momento atravesó el *sereno* la Esplanada, y deteniéndose cerca de la fuente, gritó con voz ronca y monotona *las doce han dado*.

Estremecióse la serena.....

Las doce!... Esta era la hora de los crímenes; la hora en que la infeliz habia sido testigo ó actor de tantos dramas sangrientos; la hora en que aparecian *para ella* las sombras de los que habia visto morir!

Tuvo miedo!....

Pasó el sereno. — Y ya no se oyó mas que el imperceptible ruido de las hojas suavemente agitadas por la brisa.

Arrodillóse la serena y púsose á orar.

1 Los *chivatos*, ó aprendices de la Garduña, servian principalmente para hacer centinela durante todas las operaciones de los garduños. En caso de peligro ó alarma, imitaban el grito de un animal ó el canto de un pájaro de noche; se servian del cri-cri del grillo, del grito del buho ó del mochuelo, el canto de las ranas ó el maullido del gato, segun la estacion ó la consigna que habian recibido. De dia, se servian de los ladridos del perro ó del grito de alguno de los animales que disfrutan de la vida y costumbres de los hombres.

Pero bien pronto se oyó un paso rápido y ligero sobre la arena en direccion de la Giralda. Uno de los chivatos hizo un cri-cri mas agudo que el primero, que fué repetido por los otros tres.

Coco, Manofina y Cuerpo de hierro, echaron mano á su puñal.

Levantóse la serena, y alargó el cuello, procurando descubrir de que parte venia el peligro.

En este momento Dolores atravesó la Esplanada.

Llegada al pié de la Giralda, miró por todos lados, y no apercibiendo á nadie púsose á llamar en voz baja :

— Estévan! Estévan!....

Nadie le respondió....

Pero al mismo instante salió de la torre una jóven, y se postró despavorida á los pies de la hija del gobernador.

— Quién sois? qué me queréis? le preguntó Dolores.

— Huid! huid! esclamó la Chapa, pues era ella; huid, señora, estais vendida, os he engañado....

— Pero donde está Estévan? preguntó la jóven reconociendo con la voz la que le habia entregado la supuesta carta de su futuro.

— Nada sé, contestó la Chapa anonadada, yo no le conozco siquiera....

— Vos no le conoceis!... pues vos me habeis dicho que él me esperaria aquí esta noche.

— Os he engañado, repitió la gitana, confusa; me han dicho anda, y me ha sido preciso *andar*... Porque yo, ya veis, solo soy un miserable instrumento.... Debo obedecer só pena de ser asesinada... Oh! pero cuando os he visto tan noble y tan bella; he jurado salvaros, aunque debiera perecer Huid pues, señora, huid, yo os lo ruego.... luego no podréis.... van á llegar....

Pero Dolores, desatinada, ni pensaba en su propio peligro; solo pensaba en Estévan, perseguido por la inquisicion, y la incertidud en que estaba la sumergia en indecibles angustias....

Repentinamente oyóse un sordo ruido, acompañado de un pateamiento, del lado del rio.

El retumbante y prolongado cri-cri de los chivatos redobló la atencion de los miembros de la Garduña.

—Oís? oís? vienen! esclamó la gitana, horrorizada, levantándose y procurando á arrastrar á Dolores.

Rechazóla la hija del gobernador con un gesto enérgico y lleno de desprecio, diciéndola:

—Maldita seas, tú que has mentido!

A estas palabras la Chapa volvióse á refugiar en la Giralda; Dolores, medio loca de desespero y de terror, púsose á correr como una insensata hácia la Esplanada.

Apenas habia dado algunos pasos, salieron cuatro esbirros de los cuatro ángulos de la plaza, la cogieron y la llevaron en sus brazos robustos sin que ella opusiera la menor resistencia, ni tuviera fuerza para gritar.

Apoderados ya de su presa, encamináronse los esbirros hácia el Guadalquivir, donde les aguardaban Enriquez y Frazco al lado del coche inquisitorial, el cual destinado especialmente á las espediciones nocturnas, era una especie de carroza, cuyas cuatro ruedas envueltas con cuero flexible y espeso no producia ningun ruido, rodando sobre el empedrado. Las mulas que lo tiraban iban calzadas con *las albarcas de noche*.[1]

[1] *Las albarcas de noche* era un calzado como el de los gallegos del campo, que adaptaban, por medio de correas, y hebillas á los piés de los mulos que tiraban los coches destinados á los encarcela-

A la última señal de los chivatos, habian Coco y los dos guapos salido de su escondite, y deslizándose de lo alto de las paredes de la catedral, siguieron las huellas de los raptores.

Siguióles la serena á paso de lobo.

Los chivatos andando como las culebras sobre los piés y sobre las manos, habian mientras tanto tomado la delantera, y dirigidos al lado del coche, en donde estaban vigilando Enriquez y Frazco; quienes al oir llegar los esbirros se adelantaron algunos pasos hácia ellos. Como verdaderos ladronzuelos aprovechárronse los chivatos de esta distraccion para cortar los tiros del coche y llevarse las mulas, que parecian haber sido espresamente calzadas para ser robadas.

Para ellos todo era igual.

Como verdaderos hijos de la Garduña, los chivatos habian principiado con arrojar prestamente al agua el cochero, que les estorbaba.

Todo esto lo verificaron con menos tiempo del que nosotros empleamos para describirlo.

—Héla aquí, dijo Enriquez á Frazco, cuando hubieron llegado cerca de los esbirros que llevaban en sus brazos á Dolores desmayada.

—Bien está! respondió Frazco con tono regañon: cállate y despachemos.

mientos nocturnos de la inquisicion. La suela de esta albarca consistia en una capa de estopa cosida entre dos cueros; de modo que calzado el tiro de esta suerte apenas se oia el menor ruido, aun estando cerca. Esta albarca, debido al genio infernal del inquisidor Deza, existia aun en el arsenal inquisitorial de Málaga en 1820, cuando fueron derribadas las puertas del santo oficio y los presos libertados á los gritos de *viva la libertad!* En esa misma época el infortunado general Torrijos libertado de los calabozos de la inquisicion, en los que estuvo encerrado por espacio de dos años, se apoderó de una de estas albarcas. Un inglés llamado Thomson Wilkings, tomó dos, las cuales conservaba aun en 1830 en Lóndres, y las enseñaba á estos sus amigos: Nótese que este tribunal que pretendia ser el defensor de la religion de un Dios de paz sabia tomar sus precauciones para que los *hereges* no le escapasen.

—Oh! ahora, ya la tenemos, añadió Enriquez con aire de triunfo.

—Aun no, dijo Manofina dándole una fuerte puñalada en el brazo.

Sorprendido así Enriquez bamboleó por el efecto del dolor súbito que habia esperimentado; pero recobrando luego valor:

—A mí, esclamó á los esbirros; dos de los cuales, abandonando luego la hija del gobernador á sus camaradas, corrieron en ausilio del familiar.

Frazco no se habia imaginado esto: al primer grito del herido, corrió hácia Manofina. Por su parte, Enriquez furioso y no distinguiendo á sus enemigos en las sombras, se habia envuelto sobre Cuerpo de Hierro, trabando con él una lucha encarnizada.

Mientras tanto, Coco habia corrido en persecucion de los dos esbirros que al ruido del combate habian huido precipitadamente hácia al coche; pero despues de haber depositado en él á Dolores, salváronse con toda la ligereza de sus piernas sin aguardar el éxito de la lucha que acababa de empeñarse.

Indeciso Coco entre el deseo de guardar la hija del gobernador y el de socorrer á sus *hermanos*, titubeó un momento; no obstante, prevalecieron sus instintos guerreros; volvióse al lugar del combate llegando á tiempo para libertar á Cuerpo de Hierro, que, á pesar de su valor de leon y su fuerza adlética, difícilmente habia podido hacer frente á tres adversarios, los dos esbirros y Enriquez. Este último, á pesar de su herida, se defendia como un desesperado.

La llegada del alguacil cambió la faz de las cosas.

Combatiendo los ajentes de la inquisicion procuraban llegar al puente en que se encontraba el coche. Por su parte los garduños redoblaban sus esfuerzos

V.

UNA COLACION DE FRAILES.

Era el palacio del gran inquisidor, Pedro Arbués, un inmenso edificio morisco, habitado antiguamente por el rey de Sevilla. Atravesando magníficos jardines plantados de las mas hermosas flores y árboles raros, llegábase á un pabellon aislado que en otro tiempo servia de sala de baños. El voluptuoso Arbués le habia dado otro destino muy diferente.

Lejano aquel pabellon de la habitacion principal, y como perdido en un espeso ramaje, era el sitio ordinario de las alegres reuniones del gran inquisidor y sus favoritos. Obispos y frailes, gente disoluta, exalaban furiosos en sus noches de orgía el ardor brutal que les devoraba, tirando, como una vestidura demasiado pesada, la sujecion del báculo ó de la capilla, y soltando la rienda al espíritu de disolucion, que se desencadenaba entónces en obcenas fantasías, en silenciosas palabras, en increibles y gigantescas fanfarronadas que sobrepujaban á cuanto podria concebir la imaginacion de un lego.

Estos frailes reservaban para sus escenas nocturnas todo el fuego de sus pasiones. Era cada una de esas escenas, como un torrente irritado por los obstáculos que encuentra y que crece á cada paso con las inmundicias que arrastra: cuando faltaba otro pábulo á las imaginaciones desenfrenadas, se divertian confeccionando las bárbaras leyes de la inquisicion, código monstruo, al cual cada nuevo inquisidor añadia algunos artículos mas feroces cada vez: monstruo horrible, nacido de adúlteros partos, que, como los hijos de Antea, procuraba escalar el cielo.

Estos hombres tenian una necesidad tan grande de emociones bárbaras, que solo en el derrame de sangre y en las hogueras encontraban el medio de satisfacer sus deseos. En ellos el demonio se habia hecho carne, y podria creerse que despues de la encarnacion de un Dios bajo la figura de Cristo, vino la encarnacion de todos los espíritus infernales en la persona de los inquisidores.

Algunos, se nos dirá, fueron fanáticos de buena fé. Léase la historia de la inquisicion y verémos lo que se nos podrá contestar, pues que esa horrorosa institucion creada por la política de los papas, tolerada y protegida en España por la política de los reyes, no desmintió su orijen, y todos los agentes de ese poder inicuo han sido inicuos como él.

Eran las doce de la noche.

En medio de una sala del pabellon solitario que habia en el palacio inquisitorial, elevábase una suntuosa mesa. El cielo raso de esta sala estaba sembrado de esquisitos arabescos, obra preciosa de los artistas moros. Sobre las paredes, brillantes pinturas representaban toda especie de frutos y flores, imitando la naturaleza, y contenian cuadros que el gusto artístico de los inquisidores habia adornado con las escenas mas voluptuosas de la mitología pagana.

Estaba Clycia medio desnuda, acostada sobre un lecho de flores, ardiente y enervada á la vez, volviendo hácia el sol sus ojos enardecidos de aspiraciones amorosas. El licencioso Júpiter gozándose en las olas cerca de Leda, bajo la forma de un cisne, espresando en la actitud mas desvergonzada el ardor de los placeres que le devoraba; finalmente la grande prostituta Vénus, estaba en todos los visos de su vida licenciosa y libertina. Habria sido preciso ser un santo para permanecer tranquilo en presencia de todas estas pinturas obcenas, destinadas á alimentar

las pasiones sensuales de los señores inquisidores. Un rico mosaico de mármol formaba el pavimento de aquella sala, y sobre una mesa colocada en el centro se veian los frutos mas raros, los manjares mas esquisitos con grandes vasos de cristal de roca y de porcelana de la China.

El jérez, la tintarrota, el málaga, la bainilla recien llegada de América: todos estos vinos ardientes, circulaban con profusion entre los convidados, obispos almizclados y frailes alegres, presididos por su eminencia el gran inquisidor de Sevilla.

Una alegría loca y algo mística animaba todos aquellos rostros sombríos y ardientes. Los ojos de Pedro Arbués sobre todo brillaban de un fuego insólito: las angustias del deseo y de la incertidumbre mezclaban su corrosiva acritud á la ligera embriaguez del gran inquisidor. Las cabezas estaban exaltadas; sin embargo aun poseian el uso de la razon, y no se habian invertido todavía los rangos; cada cual permanecia en su sitio, y un tinte de pudor monacal enfrenaba aun la libertad de los discursos.

El señor de Arbués fué el primero que se cansó de esta sujecion.

Sabeis, padres mios, esclamó con voz ligeramente avinada, que el portero del cielo [1] forja de contínuo nuevas llaves para guardar con mas seguridad las avenidas de este hermoso reino, y aumentar para nosotros las alegrías de la tierra! He aquí la inquisicion establecida en Portugal,[2] y pronto no habrá un solo punto del globo en que no se estienda nuestra dominacion.

[1] El papa.

[2] El autor hace aquí, un anacronismo voluntario. La inquisicion no se estableció en Portugal hasta 1551 ó 1552, por el *falso nuncio* Juan Perez de Saavedra.

— Tanto mejor, dijo el arzobispo de Toledo; la inquisicion es un molino donde el mal grano que se aplasta se cambia para nosotros en hermosos doblones.

— Y los doblones en alegría celeste, en deliciosos festines, dijo un prior de dominicos que tenia el rostro furioso y los ojos inflamados.

— Tanto mejor, replicó el arzobispo, que mas vale ser inquisidor que papa, y que el portero del paraíso, que se llama nuestro maestro, es á lo mas, solo el intendente de nuestros pequeños placeres.

— Pues que! dijo un fraile hermoso como una muchacha, y favorito de Pedro Arbués: si es tan viejo un papa! ¿De qué sirven los bienes de este mundo cuando ya no se puede gozar de ellos?

— Mas vale ser novicio en un convento de dominicos, no es verdad José? dijo el gran inquisidor acariciando con su blanca mano la cabeza del jóven novicio.

— Mas vale ser humilde esclavo de vuestra eminencia, replicó el jóven religioso con fingida humildad.

— El papa siembra y nosotros vendimiamos, dijo alegremente el arzobispo de Toledo; y mientras que él bosteza con los cardenales, nosotros cojemos en el campo de Citéres todas las hermosas flores del amor que encontramos á nuestro paso.

— Yo ni aun tengo el trabajo de bajarme para cojerlas, dijo el arzobispo de Málaga; pues la priora del convento de las carmelitas descalzas se encarga de este cuydado por mí, y me ofrece las primicias de las mejores flores de su jardin.

— Yo, dijo el prior, prefiero cojérmelas yo mismo, cuando mi buena estrella conduce á mi confesionario jóvenes y lindas penitentas, raras veces estas flores se vuelven sin ser deshojadas, solo per-

dono á las que han cumplido treinta años.

— Yo aun no me tomo de mucho tanto trabajo, dijo el arzobispo de Toledo; cuando me gusta una mujer, la hago robar buenamente por la sociedad de la Garduña.

— Útil institucion! dijo el gran inquisidor, que debemos proteger con todas nuestras fuerzas, señores. El dia en que la cofradía de la Garduña dejase de existir, ya podriamos despedirnos de nuestros placeres y nuestras venganzas: seria preciso que nosotros mismos obráramos, en grave compromiso de nuestros intereses.

— Bah! esclamó otro inquisidor, nada valen los familiares del santo oficio para los raptos nocturnos y los asesinatos clandestinos. Un familiar es discreto como la muerte, y todo lo puede hacer impunemente; porque la palabra *inquisicion* es el garante de todos sus actos: nadie se atreverá á murmurar de ella.

— Pobres gentes! dijo Pedro Arbués inclinándose al oido del novicio, cuya palidez profunda contrastaba con la alegría de sus maneras; pobres gentes! están mas embriagados de vanidad que de los vinos que se les prodigan.

— Tambien vuestra eminencia es el maestro de todos, dijo en voz baja el novicio; vos sabeis conservar vuestra razon en medio de la orgía, y hacer con serenidad todo lo de que ellos se jactan en la embriaguez.

La algazara de las voces no deja oir esta conversacion en voz baja.

— Enriquez no viene, dijo el inquisidor con inquietud; José, con que tú no le has encontrado en el puente de Triana?

No; he juzgado mas prudente dejarlo solo; pero tranquilizaos, señor: Enriquez es fiel.

— De qué hablais, señores? preguntó Pedro Ar-

bués, dirigiéndose á los obispos de Málaga y Toledo.

— Señor, dijo el arzobispo, hablábamos de las hermosas mujeres que posee vuestra ciudad de Sevilla, y yo sostenia al obispo de Málaga que la mas bella de todas es Dolores Argoso, la hija del gobernador.

Arbués hizo un movimiento de sorpresa.

— Oh! aquella es una ciudadela inexpugnable; la he oido dos veces en confesion, y la supongo algo infecta de heregía; disputa como un discípulo de Lutero.

— Qué hermosa herética para ser quemada! dijo el obispo de Málaga.

— Del fuego del amor, quereis sin duda decir, replicó el arzobispo de Toledo; esta seria una conquista digna de su eminencia.

— Nada mas difícil podeis proponerme, dijo Pedro Arbués con una sonrisa llena de satisfaccion.

— Su eminencia retrocede, dijo el prior de los dominicos.

— No retrocedo, contestó el inquisidor dando una mirada orgullosa á la asamblea; pero para complaceros no quisiera verdaderamente hacer tan poco, padres mios.

— Con esto estamos satisfechos! gritaron en coro todos los convidados.

— En este momento se abrió una pesada mampara de seda, y se acercó al gran inquisidor un familiar.

— Señor, dijo, Enriquez pide ver á vuestra eminencia.

Una sonrisa de triunfo iluminó el rostro de Pedro Arbués.

— Mis señores! el diablo os ha servido satisfactorialmente; vais á ver la hija del gobernador. Volviéndose despues al familiar le dijo: Enriquez puede entrar.

El familiar desapareció.

Todos los ojos se dirijieron hácia la entrada de la sala del festin.

— Señor, prosiguió Arbués volviéndose hácia el arzobispo de Toledo, os pido cien dias de indulgencia por este buen Enriquez, que nos trae la hija del gobernador; es el mejor servidor de la muy santa inquisicion.

Apenas acababa Arbués de pronunciar estas palabras, volvióse á abrir la mampara y entró el *buen* Enriquez, pálido, sangriento, mojado de agua, pero solo, y pudiendo apenas sostenerse.

— ¿Qué es esto? dijo el inquisidor sorprendido.

— Miseñor, respondió el familiar con débil voz, todos nuestros esbirros han sido asesinados, nos han robado la hija del gobernador, y con mucho trabajo me he salvado á nado para venir á daros parte de lo que pasa.

Todos circuyeron entónces á Enriquez que refirió con voz débil los acaecimientos de la velada.

Durante esta relacion, los ojos del gran inquisidor chispeaban de cólera.

— Todos habeis sido pues igualmente cobardes, dijo con horrible sarcasmo.

— Todos hemos hecho lo que hemos podido para cumplimentar la voluntad de vuestra eminencia, replicó tímidamente Enriquez.

— ¿Y Frazco? dijo Pedro Arbués.

— Muerto! señor; muerto como los demas, respondió el familiar que ignoraba la huida de los dos primeros esbirros.

— ¡Eres un miserable! esclamó el inquisidor con voz terrible. Sal de mi presencia y no te me presentes jamas.

Enriquez, debilitado por la pérdida de sangre, por su baño improvisado en el Guadalquivir, por las

emociones de la velada, Enriquez no resistió á este último golpe. Doblárongelé las piernas y cayó privado de sentidos.

Llamó Pedro de Arbués con la campanilla, y aparecieron dos criados.

—Llevaos este hombre, díjoles con indiferencia.

Despues volviéndose á los convidados:

A la mesa, señores! y terminemos la noche tal como la hemos principiado.

Los frailes y los obispos fueron á tomar sus asientos, y volvieron á circular los licores.

Pedro Arbués rabiaba interiormente, y se deshacia en loca alegría, en palabras vivas y mordaces.

José, su favorito, le miraba con imperturbable atencion: el novicio aun estaba mas pálido que de costumbre, y su ojo negro y flamígero relumbraba una lúgubre ironía.

—José, dijo Arbués inclinándose al oido del favorito, esta velada costará cara al gobernador de Sevilla.

Un pensamiento lleno de amarga alegría se dejó ver sobre la frente del novicio; y no quedó invisible para el inquisidor.

Prolóngase la orgía hasta la madrugada.[1]

1 Esta escena de orgia que el autor acaba de describir, parecerá exagerada y tal vez aun indecorosa para algunos de nuestros lectores, sin embargo que es muy sabido que en España tenian lugar muy amenudo en casa de las autoridades eclesiásticas. Véase la *historia por Mariana*, y sabrán que mientras que el mayordomo de Enrique III buscaba á empeñar la capa de su soberano para darle de comer, los grandes de la corte se libraban á todos los escesos de buenas comidas en casa del Arzobispo de Toledo residente en Burgos.

VI.

LA CASA DEL HEREGE.

La morada del *apóstol* era una choza aislada en medio de una huerta bañada por las olas del Guadalquivir. Era el *apóstol* uno de aquellos frailes predicadores y confesores que, aunque seguian libremente la regla de la órden que habian abrazado, no pertenecian á ninguna corporacian religiosa.

Era el mismo que hemos visto en la taberna de la Chapa.

Habia escogido aquel humilde retiro donde iba á descansar de sus trabajos apostólicos, y que por lo distante de la ciudad y su inmediacion al rio, habia hartas veces servido de refugio á las víctimas de la inquisicion.

Era el dia despues del en que habian acaecido tantos sucesos en una misma velada.

Estaba Dolores sola en el aposento que le servia de asilo. La noche empezaba á caer, y cubriendo los objetos de un tinte pálido, daba al rio el aspecto de una larga cinta de muer.

A pesar de la fresca brisa que soplaba fuera, Dolores abrió la ventana, y separando con blanca mano los largos cabellos que ondeaban á la merced del viento sobre su rostro, presentó su frente serena y ardiente á este soplo recio y helado.

Una terrible desesperacion oprimia su alma; sus ojos estaban hinchados de lágrimas, y venas azules surcaban aquel rostro de mármol.

En vano habia recorrido, en el profundo dolor que la privaba de la oracion; en vano el ángel que lleva á los piés de Dios la ardiente espresion de nuestros males y nos entrega en cambio las lágrimas que con-

suelan, habia estendido sus alas sobre la frente de Dolores: la herida mortal de su alma no pudo cicatrizarse.

Aquella jóven de corazon fuerte, razon recta y severa, cuya fé descansaba toda sobre los mas puros principios de la moral evangélica; aquella cándida entusiasta, que creia encontrar á Dios en el sacerdote, porque para ella el sacerdote no era un hombre sino un sér divino; aquella amante exaltada de toda perfeccion ideal, poeta en el amor y en la religion, no habia podido entrever sin horror profundo el abismo de lujuria y de hipocresía en que se sumergian, en nombre de Cristo, los que se decian sus ministros.

La duda, esta llaga roedora cuasi incurable, que muchas veces no se detiene hasta despues de haberlo destrozado todo, habia atacado el alma de Dolores é hinchado su corazon de ese veneno mortal cuya herida quema y devora.

—Qué! se decia con amargura, ¿estos son los representantes del Salvador? ¿estos son los depositarios de la ley? ¿si Jesus en otro tiempo echó los vendedores del templo, no puede ahora desterrar los sacerdotes inquisidores? ¿La llama de las hogueras que encienden no se volverá contra ellos mismos para devorarlos?

Una cólera ardiente y santa trastornaba y alentaba á la vez el corazon de la jóven: miraba aquel cielo tan sereno que no se conmovia por las angustias de la tierra; y pensando en su impotencia y en el terrible poder de la inquisicion, ella se preguntaba con terror si Dios cuidaba de sus criaturas. Habia llegado á formular sus dudas, y de ahí á la incredulidad no hay mas que un paso.

Por lo demas es preciso observar que aquella época de terrores y persecuciones fué la mas fecunda en sectas diversas y absurdas. Cada una queria crearse una fé á su manera, no pudiendo persuadirse que

la verdadera fuese la impuesta por el bárbaro tormento de las llamas. Efectivamente lo único que podia hacer creer la inquisicion era que habia transportado el infierno sobre la tierra.

—Jesus! Jesus! decia la infeliz desesperada, tú que solo has sabido amar y bendecir, ¿porque sufres los crímenes de estos verdugos?

— Para purificar los buenos, contestó cerca de ella una voz dulce y grave.

Y volviendo Dolores la cabeza hácia al lado de donde salia la voz, creyó entrever la figura del mismo Jesucristo: tanta era la mansedumbre de aquella cabeza que irradiaba como una auréola de luz.

Era la del apóstol.

—¡O padre mio, esclamó la jóven arrodillándose ante él, iluminadme! mi alma horrorizada no puede pensar mas que en el mal. ¿Se ha hecho acaso el demonio dueño de este mundo?

— Hija! dijo el apóstol poniendo su mano sobre la ardiente frente de la jóven, como lo hubiera hecho Jesucristo; ¿desde cuando la fuerza puede ser derribada por la debilidad? ¿No es débil el mal y fuerte el bien?

—No, respondió ella con voz conmovida, el mal es el mas fuerte, porque los malvados son los que oprimen y los buenos son los que sufren.

—Tambien sufrió Jesucristo, y era fuerte porque era Dios. ¿Acaso no eres aun cristiana ya que reniegas de Cristo?

— O padre, perdonadme, dijo la jóven filósofa, no tengo yo la fuerza de los mártires y la felicidad me parece que compete en derecho á la especie humana.

—La felicidad está aquí, dijo el apóstol poniendo la mano sobre el corazon.

— No, esclamó la jóven con desesperacion, por-

que ni este mismo asilo es inviolable para los inquisidores.

—Pueden ellos comprimir las pulsaciones ó acelerar sus movimientos, replicó el apóstol; pueden estos desterrar de él una imájen querida, ó sacar la fé de tus padres. No sientes en tí esta fuerza sobrehumana del alma que te dice: Marcha, nada temas, ama y cree, pueden destrozar nuestros cuerpos; pero lo que ama en nuestro interior es inmortal, porque el aliento eterno no muere.

—Oh! gracias, gracias, dijo Dolores bañando en lágrimas la mano que besaba del hombre de Dios; gracias ¡ó vos que consolais! ¡ó vos que pareceis un Dios!

Desasió el apóstol su mano del apreton que la sujetaba; su dulce humildad no podia aceptar aquel testimonio de deferencia ó casi de adoracion que los frailes recibian no como un homenaje, sino como un tributo.

—¡Oh, prosiguió Dolores, que comprendió su pensamiento, vos sois humilde, fuerte y creeis! ¡yo tambien debo creer aunque mujer débil y perseguida!

—Sí, tú debes creer, hija mia, y sufrir sin murmurar; porque eres una alma escogida. Ármate pues de fuerza y de constancia, niña; y si Dios quiere hacer en tí otras pruebas, díle como aquella grande víctima que murió por su doctrina: cúmplase vuestra voluntad y no la mia.

—Oh! ¿quién sois? preguntó la jóven ¿quién sois vos padre mio, que restableceis la esperanza y la energía en mi corazon? decídmelo por Dios, á fin de que pueda repetir vuestro nombre en mis oraciones.

—Soy un humilde servidor de Dios y me llamo *Juan*, respondió el apóstol. Cuando te sientas débil

invoca el nombre de Cristo y no el mio : porque solo él da valor y consuelo. Pero se hace tarde , ya es hora de volverte á tu casa. Ven, yo te guiaré, y si vuelves á padecer, y necesitas de algun apoyo, acuérdate de esta humilde morada, que está siempre abierta para los que lloran.

Dolores dirigió al cielo una mirada en que se hallaba pintada la resignacion de su alma.

— Os sigo , padre mio, dijo ella.

Y mirando por última vez aquel techo que la habia albergado , se salió con el fraile escondiéndose debajo de su capa.

Marcharon mucho tiempo juntos sin decir una sola palabra. Vagos presentimientos agitaban el alma de la jóven : aquella frente poco antes serena y pura, se arrugaba bajo el peso de la tempestad que le habia robado su corona de felicidad.

Las mujeres las mas fuertes de alma y de principios tienen siempre un lado débil en el corazon ; el poder de sufrir que poseen hace algunas veces impotentes todos los argumentos de la razon y de la filosofía : no saben resistirse como el hombre en los acontecimientos. Su naturaleza entusiasta y febril que les hace tan fuertes por momentos, les rehusa aquel valor enérgico que sufre con paciencia , que sabe aguardar y rechazar un choque continuo : se irritan , se exaltan, y en el fuerte de sus sufrimientos, solo las calma las lágrimas , solo las consuela el amor.

Conducida á sentimientos mas tiernos por las consoladoras palabras del apóstol , la hija del gobernador virtió abundantes lágrimas, y su amor por Estévan se dispertó mas fuerte sin embargo de la intensidad de su dolor. Inquieta por él , precipitaba el paso, impacienta de llegar cerca de su padre, que tal vez habia vuelto á ver á su futuro. Perseguida

siempre por el terror de la inquisicion. Pensaba huir con Estévan y su padre en pais lejano: en aquella Alemania donde reinaba ya la tolerancia y la libertad, y en la cual podria seguir sin temor las inspiraciones de su corazon y de su conciencia. Lanzaba luego una dolorosa mirada á su alrededor; admiraba el hermoso cielo de España, tan hermoso y benigno, cuando involuntariamente se estremecia pensando en huir: sentia frio al representársele en la imajinacion un cielo sombrío, y un suelo cubierto de nieves.

No la interrumpió el apóstol en sus dolorosos desvaríos porque la consideraba sumergida en graves y útiles meditaciones.

Aproximáronse á la morada del gobernador, dió la jóven un grito de alegría al reconocer la calle donde estaba su palacio, y redobló el paso.

— O padre mio! esclamó, ¿te volveré á ver?

Dolores no se atrevió á pronunciar el nombre de Estévan.

Adelanta....

Pero ¿porqué el reverbero que todas las noches brilla sobre la fachada de su palacio no ha sido encendido? La puerta ordinariamente entornada en aquellas horas resiste á sus esfuerzos, y sin embargo de los fuertes golpes del picaporte nadie la abre. Llama á los mas afectos sirvientes y ninguno responde.

Un silencio horrible reina en aquella casa. — Parecia una de aquellas en que durante una epidemia, todos los habitantes han sucumbido sin socorro, unos despues de otros, y que no se ha abierto por temor del contajio..

Dolores estremecida y horrorizada de los funestos acontecimientos que sospechaba, llama con redoblados golpes de puño propio sobre la insensible puerta, cuyos clavos de hierro le magullaron sus delicadas manos.

— Padre ! padre ! esclamó con voz desolada... Nada.....

El apóstol prevé la verdad : se aproxima á la infeliz para consolarla, porque conoce que lo necesita.

Dolores mira á su alrededor con devaneo. Al ruido que hace se entreabren algunas puertas.

— Padre ! padre ! ¿ qué se ha hecho mi padre ? esclama la desgraciada, pero nadie le contesta.

— Es la hija del gobernador que ha sido detenida esta mañana por órden del gran inquisidor : dijeron algunas voces. Las puertas se volvieron á cerrar, las citadas personas se alejaron de la infeliz como si estuviese apestada.

Dolores oyó muy bien que mentaban el nombre de inquisidor , y este dato la iluminó bastante para sacar consecuencias : su padre estaba detenido en los calabozos de la inquisicion, y como el horrible tribunal de ella incoaba las causas despojando los presos de todos los bienes, la casa del gobernador estaba cerrada, y todas sus haciendas embargadas , quedando de este modo la infeliz Dolores con solo el alivio de las almas caritativas que las mas de las veces no se atrevian á socorrer esta clase de personas temiendo de ser reputadas hereges como ellas.

Dolores ya no lloró : ninguna queja profirió ; sus ojos se secaron y una amarga sonrisa contractó sus labios descoloridos ; aproximóse al fraile cogiéndole de una manga en ademan de elegirle por su último refugio , y con voz breve y sofocada dijo : ¡ he aquí mi montaña de olivos ! ¡ rogad á Dios que tenga piedad de mí !!!....

El apóstol no esperaba de ella una resignacion tan fuerte. A pesar del profundo conocimiento que tenia del corazon humano , no habia comprendido que un golpe terrible é imprevisto postra el alma , y la su-

merje en una atonía que no le deja mas que la fuerza precisa para sufrir. Dolores herida por lo que mas amaba, horrorizada por la idea de los infernales tormentos de aquel bárbaro tribunal, y abatida por la ninguna esperanza que le quedaba de librarse de una tal intriga, no tenia ya valor para quejarse; solo podia decir como Jesus, con la certeza de no ser oida: Dios mio! apartad de mí este cáliz!

El apóstol no profirió palabra alguna; en aquel terrible momento, cualquiera palabra hubiera sido infructuosa. Dióla nuevamente el brazo y guiándola á su lado como una niña tímida volvieron á encaminarse hácia su choza.

La jóven ni siquiera se volvió atrás para echar la última mirada á su palacio; bajó la cabeza sobre su pecho y siguió sin decir nada á su guia cómpasivo.

Apenas habian andado algunos pasos por la calle cuando sin embargo de la obscuridad divisaron á un hombre que con espada en mano, se defendia de otro en encarnizada lucha.

Dispierta de su letargo, dió la hija del gobernador un grito agudo: acababa de reconocer uno de los combatientes. — ¿Estévan? ¿Dolores? esclamaron cuasi simultáneamente por ser tan irresistible ese poder de atraccion, ese flúido invisible y magnético circulando á nuestro alrededor que con solo acercarnos al objeto amado, el aire que le rodea nos le hace conocer al momento.

Dolores llevóse tras sí á Estévan y la lucha cesó un instante; una jóven asida de un brazos del otro combatiente, que llevaba el grosero traje de los garduños, queria detenerle el puñal de su mano, y con ardientes súplicas trataba de apaciguarle.

— No puedo! te digo, esclamó repentinamente aquel hombre con voz vibrante y concertada; no puedo, Culebrina; he prometido matarle, es preciso que muera!

Diciendo estas palabras, el estraño grupo encontróse cerca del apóstol, que se habia adelantado algunos pasos, alarmado por aquel incidente.

Reconocióle la jóven. Sin soltar el brazo del que retenia siempre apretado vigorosamente, apesar de sus esfuerzos para desasirse, echóse á los pies del apóstol.

— O padre mio, dijo, impedid á Manofina el que mate á ese jóven! ¿No hemos cometido bastantes asesinatos como éste?

— El apóstol! dijo el valiente que le reconoció tambien, y encorvó humildemente la cabeza ante el hombre de Dios.

— Manofina, dijo el fraile que conocia á todos los garduños por su nombre; Manofina, pues quien te ha dado la mision de matar?

— La sociedad de la Garduña, padre mio, á la cual pertenezco en cuerpo y en alma, es obligacion mia *Bautizar*[1] y *osbcurecer*,[2] como lo es vuestra confesar y predicar. Dejadme pues acabar mi trabajo y no *eclipsar*[3] el dinero que me dan por esto.

— Manofina ¿crees en Jesucristo?

Inclinóse el *guapo* al oir esta palabra sagrada.

— Sin duda, mi reverendo; soy buen católico, y por esto quiero ejercer mi oficio en conciencia. La justicia ante todo: he prometido matar, es preciso que mate.

— El que hiera con la cuchilla morirá con la cuchilla, prosiguió el apóstol. — Manofina, en verdad te lo digo, la profesion que ejerces es sanguinaria, y Jesus tiene el derramamiento de sangre en horror, hijo mio!

— Y si renuncio esta profesion, padre mio, la in-

[1] *Bautizar*, herir.
[2] *Obscurecer*, matar.
[3] *Eclipsar*, robar.

quisicion á quien dejaria de servir, me haria quemar como herege ó me obligaria á salir de España, como lo hace con estos pobres moriscos que por millares los va desterrando de Sevilla. Entonces que será de esta mujer que es mia y á la cual mantengo?

— Que importa! esclamó serena enternecida por las dulces palabras del apóstol, mas vale morir que vivir así.

— Pero ¿puedo yo abandonar á mi hermandad? dijo el *guapo* ¿puedo abandonar á mi hermandad?

— No, dijo el apóstol, demasiado filósofo para creer que se podia en un instante desimpresionar á aquel hombre rudo de las costumbres de toda su vida. No, tú no dejarás la hermandad de la Garduña; pero como una buena accion redime varios crímenes, en adelante solo te ocuparás en salvar las víctimas de la inquisicion.

— Pero yo engañaré, dijo el *guapo* siempre prendado de su singular probidad, de su caballerosa fidelidad á los estatutos de su órden.

— Todo lo hace la intencion, replicó el fraile ¿no tendrás la intencion de hacer bien? ¿no harás efectivamente un bien?

El apóstol, aquel sincero y fiel intérprete del Evangelio, con repugnancia se valia de esta sutileza que despues ha sido el arma de una órden célebre,[1] que por medio de ella ha trastornado el mundo entero esparciendo el veneno de la hipocresía; pero á buen seguro que si alguna vez la sutileza ha sido santa y permitida lo fué en aquel momento, en que el hombre de Dios reunia todas sus fuerzas persuasivas para evitar innumerables males por su ascendiente sobre un solo hombre.

Escuchábale el *guapo* con recogimiento, pero le atormentaba una duda.

[1] Los jesuitas.

—Y vos, padre, dijo al fin ¿ me absolveréis de todas las infidelidades cometidas con respecto á mi hermandad? Con esta condicion haré cuanto quiera vuestra beatitud, porque vos solo seréis responsable de la salvacion de mi alma que en rigor no puede haber otro que la guie mejor.

—Te bendeciré todas las veces que salves una víctima, y te absuelvo de todos los asesinatos que no cometas. Vé en paz, hijo mio, y que Dios te guie.

Arrodilláronse el *guapo* y la *serena* ante el apóstol, y sus cabezas se inclinaron para recibir la bendicion que les dió.

—Nos ha casado: dijo la serena en voz baja y levantándose.

Esta vagabunda gitana, que como las aves de los bosques no tenia mas guia que los instintos de su naturaleza salvaje, nodejó sin embargo de esperimentar una emocion casta y mística al considerar sus amores vinculados por una ceremonia religiosa.

Á algunos pasos de ellos Estévan y la hija del gobernador confundian sus penas y sus lágrimas: la alegría que ambos esperimentaron por haberse encontrado modificó sobre manera la desesperacion que poco antes les agoviaba, y la esperanza que nunca abandona al amor les sonreia en medio de un cielo sombrío.

—Ves, dijo la serena, cuyo instinto de mujer lo habia adivinado todo, ves Manofina mio cuan desgraciados seriamos, si esta señorita en vez de encontrar á su hermoso futuro hubiese tropezado con su cadáver.

—Culebrina, dijo el *guapo*, me parece que la voz del apóstol me ha dado una segunda vida, y que ya no soy el hombre de esta mañana. Jesus! á cuantos tengo que salvar para borrar toda la sangre que he

vertido! Preveo que tendré de salirme de la sociedad de la Garduña.

— El apóstol ha dicho que una buena accion basta para alcanzar el perdon de varios crímenes, contestó la *serena*; tranquilízate, alma mia, y no te inquietes por lo restante. Su reverencia se ha encargado del cuidado de tu alma, y si dejamos la Garduña, el buen Dios, que alimenta los animales, bien alimentará dos pobres criaturas cristianas.

Alejáronse el guapo y su compañera.

Todo lo habian olvidado Estévan y Dolores para llorar juntos.

— Venid, hijos mios, dijo el apóstol; mañana pensarémos en escoger una morada donde pueda retirarse mi hija Dolores.

— Padre mio, dijo Estévan, yo creo que deberiamos pensar en huir de esta desgraciada España que devora sus mas puros hijos.

— ¡Huir cuando mi padre está preso! esclamó Dolores. Estévan! y lo has podido imajinar?

— Pero os perderéis infructuosamente, dijo el jóven: partiréis sola, Dolores; iréis á aguardarme fuera de España, mientras que yo emplearé mi crédito y mi fortuna para salvar á vuestro padre.

— ¡Salvar á los vivientes! dijo el fraile en voz baja, ¡cuando la inquisicion no respeta siquiera las cenizas de los muertos!

— Callaos, padre mio, dijo Estévan, que lo habia oido, no quitemos toda la esperanza á esta infeliz niña.

— Yo no dejaré la España sin mi padre, dijo resueltamente la hija del gobernador.

— Pobre niña! pensó el apóstol conmovido: tú tambien posees una de esas almas llenas de abnegacion que conducen siempre al calvario.

— Hija mia, dijo, mañana os llevaré al convento de las Carmelitas.

—Estévan, dijo en voz baja la jóven, vive alerta! — la inquisicion tiene su vista fija en tí.

Llegados delante de la casa del apóstol, Dolores entró primero y Estévan detúvose fuera no atreviéndose á pasar del umbral.

— Venid ambos, hijos mios, dijo el franciscano; pasarémos juntos la noche en oracion; venid, porque mañana será preciso dejaros.

Siguióles Estévan en silencio, y cerróse la puerta tras ellos.

VII.

ESTÉVAN DE VARGAS.

Unos once años antes de la época de estos sucesos, el cardenal Alonso Manrique arzobispo de Sevilla habia subido al puesto eminente de inquisidor general de Castilla. Ya desde mucho tiempo, aun bajo el reinado de los predecesores de Manrique, el odio de los españoles habia estallado en conspiraciones atrevidas y en revueltas continuas contra el santo oficio, produciendo vehementes quejas formuladas ante el tribunal de los papas, cuya reprehensible condescendencia y particular interés ayudados del egoismo y debilidad de los reyes, hizo que se mantuviesen impasibles delante de las urgencias de España.

La inquisicion la cubrió impunemente de hogueras, despobló las ciudades y esterilizó los campos privándoles de los brazos que los cultivaban; la privó de la riqueza del pais, y de las persona caballerosas amantes de las artes, de la libertad y de la gloria; la transformó en una vasta catacumba donde el aspecto de los muertos asustaba á los vivientes; determinó una arena vergonzosa donde se sucumbia sin combatir, donde la infamatoria mano del verdu-

go iprimia la deshonra sobre la frente de los mas puros, á la señal de aquel terrible déspota que ceñia una corona de llamas y empuñaba un cetro de hierro.

Pero mientras que la cobarde política de los reyes dejaba diezmar así aquel hermoso reino, nobles españoles, corazones vigorosos, ardientes de amor por la libertad, protestaban altamente, con eminente peligro de su vida, contra las iniquidades del supremo tribunal de la inquisicion. [1]

En el número de aquellos heróicos defensores de los derechos de la humanidad se contaban nobles castellanos, sabios y santos obispos, y aun miembros del consejo de Castilla. Estaba entónces la España en estado de insurreccion permanente; pero no siendo aquella generosa cruzada contra la inquisicion sostenida por los reyes, ni pudiéndolo ser por el pueblo encorbado bajo el férreo yugo del fanatismo, y demasiado ignorante entónces para conocer

[1] Se cree generalmente que la España ha sufrido resignada y cobardemente el yugo del despotismo inquisitorial; esto es un error. Los españoles no han cesado de luchar por su libertad política y por su libertad religiosa. Desde á principios del siglo XV los comunes y las cortes han siempre protestado con energía contra el despotismo de los reyes, y contra la insaciable avaricia de los frailes y de Roma. Padilla, Porlier, el gran justiciero de Aragon, y millares de otros valientes defensores de los derechos de la humanidad, han pagado con su sangre los esfuerzos que han hecho para libertar la España del despotismo real. Juan Bohorques, María de Borgoña la madre de los pobres, Rodriguez de Valero, y otros muchos cristianos segun Jesucristo, han sido los mártires cuya sangre ha fecundado la religion del Evangelio y marcado la frente de sus soberbios verdugos, que osaban llamarse sacerdotes de un Dios de paz. Y no se diga que todos los que fueron perseguidos por la inquisicion eran hereges. Juan de Avila, san Juan de Dios, santa Teresa, san Juan de la Cruz, frai Luis de Leon, frai Luis de Granada, Mariana; es decir, santos varones que Roma se ha visto precisada á canonizar y cuyo talento y religiosidad han llamado la atencion de la Europa, sufrieron tambien las persecuciones de este odioso tribunal, que puede llamarse *subdelegado del infierno*; y lucharon con su elocuente palabra contra este poder inicuo, contrario á todas las leyes de Dios y de los hombres. (*Procesos verbales de la inquisicion, é Historia general de España por Mariana*).

su verdadera fuerza, permanecia impotente para destruir la idra devoradora. Todo se limitaba á algunas medidas ineficaces, á falsas condenas obtenidas con dificultad contra algunos inquisidores demasiado atrevidos Así, veinte y seis años antes, Felipe I habia suspendido de sus funciones al inquisidor general Deza y á su amigo el inquisidor de Córdova Lucero, cuya horrible crueldad declaraba cuasi todos los acusados, que confesasen ó no, culpables de reticencia, y les hacia por lo mismo condenar como falsos penitentes. [1]

Entre los señores españoles hostiles al santo oficio, habíase distinguido el jóven Estévan Vargas por su dura indignacion. Descendia de una de aquellas familias moriscas que ántes de la conquista de Granada habian abrazado voluntariamente el cristianismo [2]

[1] Cuando una de las víctimas de la inquisicion confesaba todo lo que la imputaban y se sometia á todas las penitencias y humillaciones que se la exigian, el tribunal se veia obligado á soltarlas y contentarse de la promesa de una enmienda, segun las mismas leyes inquisitoriales. Los genios destructores de Deza y de Lucero encontraron el medio de no contentarse con *tan poco*, y consistia en acusar á los que se les escapaban así, de haber hecho una mala confesion, y calificarles de *falsos penitentes*. Los falsos penitentes eran quemados ó condenados á un encarcelamiento perpetuo, y todos sus bienes confiscados. (*Historia de la inquisicion*, por Deza.)

[2] Algun tiempo ántes de la toma de Granada, por Fernando de Aragon é Isabel de Castilla, es decir, hácia el año de gracia 1493, un gran número de caballeros de las tribus de los Abencerrajes, Gomeles y Gazuls exasperados por las crueldades de Mulei Hassan y cansados de la debilidad de Boabdil, dejaron la ciudad morisca, se presentaron á los reyes católicos y abrazaron la religion cristiana. Los reyes católicos aseguraron por leyes especiales grandes privilegios á estos caballeros, y les concedieron grandes favores. A su vez, los nuevos cristianos prestaron eminentes servicios á la corona de Castilla combatiendo con denuedo por la causa de España y por la del catolicismo, que habian abrazado de buena fé (*Historia de las guerras civiles de Granada*, por Gines de Hita.) Bajo Deza y despues de él, los descendientes de estos caballeros; es decir, la flor de los caballeros andaluces, fueron designados con el epiteto de *marranos*, y perseguidos como hereges y rebeldes... Pocas palabras esplica-

Jóven, ardiente, apasionado, poseia Estévan aquella hermosura varonil y poética que demuestra mas energía de inteligencia que valor corporal. Su tinte moreno, de una finura estrema, tenia aquel cierto lustre cuasi dorado cuya vaga transparencia apenas deja adivinar bajo los sutiles ramos sanguíneos, la rápida circulacion de una sangre rica y ardiente.

Su ojo negro, regularmente dulce y sereno, chispeaba al menor movimiento del alma. Tenia aquel talle elevado, flexible y gracioso, heredado de las hermosas razas moriscas, y sobre su frente pálida los cabellos negros y brillantes proyectaban su sombra espesa, y coronaban aquella hermosa cabeza, propia para llevar una corona de oro ó aun mejor de laurel; porque Estévan reunia á la poesía que encanta, la elocuencia que persuade y arrastra, y su poderosa filosofía era digna del maestro que le habia dirigido.

Estévan se habia poseido del Evangelio.

Sin pertenecer á ninguna secta particular, sin adoptar la doctrina de Lutero ó de Melanchton, sin hacerse anabatista ó alumbrado, cuyos escesos le parecian igualmente absurdos, Estévan habia arreglado su vida sobre la pura moral de Cristo: su filosofía era la caridad, la caridad escesiva, la caridad misma; sus prácticas: la caridad siempre, bajo todas las formas. Su culto: Dios, Dios grande y puro, Dios libre de todas las preocupaciones humanas, Dios manantial de la vida, prodigando al hombre bienes sin límites, y exigiendo solo en recompensa un amor análogo al suyo, indulgente para los malvados y bienhechor para todos, y por toda glorificacion, una vida pura, amante y devota.

Todo lo demas lo consideraba como juguetes mas

rán esta persecucion: los descendientes de los caballeros moros, convertidos en tiempo de los reyes católicos, eran muy ricos, y la inquisicion siempre amó mucho las riquezas.

ó menos frívolos, ó como medios vergonzosos y culpables.

La sublimidad de su alma, la profundidad de sus convicciones, la elocuencia de sus palabras, daban al jóven filósofo aquel poder de fascinacion que arrastra las masas. A su voz, el pueblo exaltado, se hubiese sublevado como por magia, y hubiera hecho temblar al terrible tribunal. En 1502, miembro su padre del consejo de Castilla, habia favorecido, con su valiente oposicion, el establecimiento de la junta conocida con el nombre de *Congregacion católica*, [1] creada para reprimir los escesos, y reparar las injus-

[1] Durante el mando del inquisidor general Deza y de su protegido el inquisidor de Córdova Lucero, las crueldades, ó por mejor decir las iniquidades del santo oficio, exasperaban tanto á los españoles, que de todas partes se levantaron voces elocuentes contra estos hombres, que bajo el nombre de defensores de la fé hubiesen hecho dudar de la fé de los mismos apóstoles. Deza, despues de haber sido suspendido de sus funciones por Felipe I, volvió á encargarse del mando, despues de la muerte de este príncipe acaecida en 1506, en el cuarto mes de su reinado, y al momento anuló todo lo que habia hecho el Supremo consejo de Castilla, y reinstaló á Lucero en sus funciones. Desde entónces principió una persecucion atroz contra el santo obispo de Granada Fernando de Talavera, y contra el sabio Antonio de Nebrija, denunciando este último al santo oficio por haber descubierto y corregido varios errores que se habian introducido en el texto latino de la *Vulgata*. Estas persecuciones, unidas á las crueldades de Lucero, exasperaron á los andaluces, quienes se sublevaron, forzaron las prisiones del santo oficio y libertaron á los presos, cuyo número era incalculable. El fiscal, el escribano del tribunal de la inquisicion y varios empleados subalternos fueron detenidos en Córdova, y Lucero debió su salvacion á una pronta fuga. Estos sucesos, juntos al advenimiento de Fernando V en España, regente del reino, inspiraron tanto terror á Deza, que renunció espontaneamente á su empleo despues de haber hecho quemar vivas dos mil quinientas noventa y dos personas y la efigie de ochocientas veinte y nueve y haber condenado á presidio ó á un encierro perpetuo como unos treinta y dos mil nuevecientos cincuenta y dos acusados, despues de haberles confiscado todos sus bienes.

Para instruir los procesos de los numerosos detenidos en la ocasion de estas turbulencias, el inquisidor Cisneros, sucesor de Deza, mas político y menos cruel que su predecesor, solicitó y obtuvo del rey el permiso de instituir una junta compuesta de veinte personas de las mas notables del reino, para terminar convenientemente los procesos incoados contra los habitantes de Córdova por el

ticias del indigno Lucero ,[1] contra los habitantes de Córdova. Desgraciadamente, esta medida tardía é incompleta solo fué una tregua falaz concedida á los españoles por la inquisicion, hidra monstruosa cuyas cabezas constantemente renacian despues de haber sido cortadas.

Una vez hombre, tuvo el jóven Vargas que luchar contra los mismos abusos y tal vez aun mayores.

¡Que ascendiente no debió tomar un hombre de tan bellas cualidades sobre el alma de la virtuosísima Dolores!

El amor puro, el amor completo no nace en las almas vulgares; el amor de un sér fuerte por un sér mediano no es amor verdadero, viene á ser entónces error ó debilidad. Pero esta reunion perfecta de dos almas que les hace vivir con una misma vida, sufrir los mismos tormentos, que une los deseos y voluntades de tal suerte que parece que solo existe un sér en dos individuos, este amor, solo se forma en las almas hermanas, semejantes, unidas por una perfecta afinidad.

inquisidor Lucero. Esta junta que tomó el nombre de *Congregacion católica*, tuvo su primera asamblea en Burgos en 1508. Despues de un trabajo de muchos meses, la junta declaró: 1º que los testigos oidos por Lucero, en el negocio de Córdova no eran fidedignos; 2º, que todos los acusados que se hallaban en las cárceles eran inocentes y debian ponerse inmediatamente en libertad; 3º, que la memoria de los que habian sido quemados seria rehabilitada; y finalmente, que las casas derribadas por órden de Lucero y de Deza debian ser reedificadas á espensas del tesoro. Esta decisicion de la *Congregacion católica*, se ejecutó en todas sus partes despues de haber sido solemnemente publicada en Valladolid, en medio de los aplausos del pueblo que creia ya estar libre del yugo inquisitorial. Pobre pueblo! en medio de su lealtad y confianza ignoraba que la inquisicion, concediéndole una tregua falaz, se reservaba los medios de herirle mejor en lo sucesivo, despues de haberle envuelto en las inmensas redes de las innumerables astucias que el clero ha sabido siempre emplear para engrandecer su poder temporal. (*Hist. de la inquisicion.*)

[1] *Lucero* habia recibido de los españoles el epiteto de *tenebroso*.

Fuerte por esencia, dotada de aquel sublime candor idólatra de lo verdadero, que rechaza con horror toda máxima falsa ó vil, toda accion infecta de disimulo ó de mentira, tenia Dolores por Estévan aquella fé ciega que nace de una admiracion profunda. La elevacion de sus almas, las crueles peripecias de sus existencias, aun tan jóvenes, sus tendencias religiosamente filosóficas y la entera pureza de sus corazones, habian, por decirlo así, espiritualizado su amor.

Desposados mutuamente por la voluntad de sus padres, conocian que su union no dependia del consentimiento de los hombres; que ya por una convencion tácita é inviolable, sus almas eran prometidas la una á la otra y que la muerte misma no las podia separar. Su amor era pues aparentamente pacífico; aguardaban con alegría, sin turbacion ni impaciencia, la época de su perfecta union ante el mundo. Conocian que esta consagracion colmaria su felicidad, pero esta felicidad la aguardaban tranquilos: tanto en ellos dominaba lo moral como lo físico.

Durante el dia que Dolores habia pasado en la morada del apóstol, habíale referido ingenuamente su vida, su piadosa infancia, su juventud pura é ilustrada, su amor por el noble Estévan.

Y el apóstol, hombre de corazon ardiente, lleno de indulgencia, en quien tal vez el misterioso recuerdo de un casto amor interrumpido por mano de los hombres ó de la muerte, habia solamente cambiado de nombre y se llama actualmente caridad, conmovido de esta tierna confesion, no titubeó en decir al jóven:

— Entra en mi casa con tu futura: el amor puro no ofende al Dios del cielo; es un homenaje rendido á su omnipotencia

Y cuando estuvieron reunidos los tres en aquella humilde morada cuyas blancas paredes solo estaban

adornadas por la imájen del Crucificado.

—Hijos mios, dijo el religioso, bendecid al Dios que os hace padecer; las persecuciones de los malvados son otras tantas coronas para la otra vida. Felices son los que pasan sobre la tierra rogando y llorando!

—Padre mio, replicó el jóven, vuestras palabras son santas y consoladoras; y adoro como vos la mano que pesa sobre nosotros; pero nosotros jóvenes y robustos; nosotros caballeros españoles, cuyos padres han siempre lealmente servido la religion cristiana ó la han voluntariamente abrazado con fé y conviccion; nosotros, fieles observadores de la ley de Cristo, esta ley de amor y de indulgencia, podriamos sin envilecernos suportar el férreo yugo de un poder inícuo que, en nombre de Dios, infringe impunemente todas las leyes divinas y humanas? ¿No es un deber revolucionarse contra él?

Permaneció el apóstol algunos instantes sin responder: parecia reflexionar profundamente.

—Hijo mio, dijo en fin, creo que el poder inquisitorial es un abuso que es preciso combatir con la cuchilla de la palabra, con la lógica, con la verdad y no con la insurreccion hija de la cólera y del odio, partiendo ciega, apasionada, sin regla, sin freno, ni mesura, anda siempre demasiado ó poco, y viene á ser como un vaso de agua arrojada sobre un fuerte incendio, que en vez de apagarle irrita el furor de las llamas.

—Si, dijo Estévan con un movimiento enérgico; pero á la elocuencia le ponen una mordaza, ahogan la verdad con los cerrojos, y la lógica...! ¡Ó padre mio, ya sabeis cuan diestros son en combatirla! El sombrío genio de la inquisicion la ahoga con los nudos de sutilezas, ó bajo el férreo yugo del absolutismo; todo lo matan con esta frase: *En nombre de Dios*, y el pueblo ignorante baja la cabeza, porque tiene miedo

de incurrir en un sacrilegio si se insurrecciona contra ese tan santo y tan humano tribunal.

— El pueblo sufre, porque en todos tiempos, su propia fuerza es la resignacion: cuando fatigado del yugo se revoluciona y lo sacude, de qué le sirve? solo para cambiar de dueño. Su sangre y sus esfuerzos solo sirven para los poderosos y para los gefes de la revolucion, quedando él con el sufrimiento y la esclavitud.

— Padre mio, dijo Estévan con voz grave, cuando los gefes son puros, el pueblo es feliz; la desgracia no está en la obediencia: está en el odio que se profesa al que manda.

— Sin duda, respondió el apóstol, porque el que es digno de mandar se constituye voluntariamente igual á los que le obedecen: solo les es superior por la inteligencia... es el piloto que está en el timon para asegurar la salvacion del buque.

— Padre mio, interrumpió la jóven, que tienen de comun un gefe que gobierna por derecho ó por eleccion, y ese poder bárbaro que, en nombre de Dios, despuebla la España y la cubre de una fúnebre mortaja?

— Dolores! replicó Estévan, si el que gobierna fuera un buen pastor, no dejaria esquilar las obejas por los ávidos especuladores que hunden las tijeras hasta la carne, para tener la lana y la sangre de los rebaños. La tolerancia del rey por la inquisicion es una política egoista: es el amor del oro que cubre el reino de hogueras.

Dirigió el apóstol sus ojos al cielo, y dos lágrimas santas corrieron por sus pálidas megillas.

— Hijo mio, dijo, Dios iluminará los reyes sobre sus verdaderos intereses, y tocará su corazon con una compasion eficaz. La voz de los predicadores del Evangelio será por fin oida, varios de ellos, con

un valor tan grande como el de una mano armada de una espada, claman en el púlpito contra los errores del fanatismo; y con peligro de su vida predican la doctrina de Jesucristo tal como es ella: pura y sencilla. Confiemos en ellos, hijos mios: la fuerza de la conviccion es mas poderosa que la de las armas, y tal vez no está lejano el dia del triunfo para los verdaderos cristianos.

— Padre mio, dijo Estévan, vos me encargais paciencia y resignacion, siendo así que os he oido en el púlpito levantar vuestra elocuente voz contra los escribas y fariseos de nuestros dias; pues si no me engaño, prosiguió con admiracion y observando la noble fisonomía del apóstol, sois uno de estos valientes atletas que hasta bajo la hacha de los verdugos luchan con la palabra y el gesto contra los discípulos de Domingo de Guzman, ese fraile fanático que la corte romana ha beatificado.

— Soy el mas humilde servidor de Dios, contestó el fraile con verdadera humildad, y en cuanto á la corona de los santos solo Dios la da, que lee en el fondo de los corazones.

—Padre mio, preguntó Estévan, seriais partidario de la doctrina de aquel ilustre reformador llamado Lutero, que convirtió con su nueva doctrina tantos sabios doctores en teología, príncipes, y aun obispos?

— Soy cristiano, contestó el religioso; toda controversia me parece un sacrilejio contra esta ley tan sencilla, tan humilde y tan dulce que nos trajo Jesucristo. A fuerza de dogmatizar, hijo mio, uno se pierde en incompreensibles tinieblas, y la fé, la caridad, que forman la base de nuestro culto, se entibian ó desnaturalizan; pues toda desunion arrastra consigo desabrimiento y duda. ¡La religion cristiana es tan sencilla! ¿porque erizarla á toda clase de dificultades? ¿porque especialmente ponerla al servicio de las pasiones humanas?

—Padre mio, dijo Estévan, vuestra religion es la mia y la de Dolores; he aquí porque somos considerados como hereges.

—Jesucristo tambien fué condenado como impío y blasfemador. ¿De qué os quejais, hijos mios? Bueno es sufrir para su doctrina.

Dolores escuchaba con recogimiento aquellos dos hombres de una fé tan pura, y el temor de la inquisicion que la habia atormentado tanto, se estinguia ante estos sublimes pensamientos que fortificaban su valor.

Así pasaron esta noche cruel que ocasionó tan deplorables cambios en el destino de estos desposados. El apóstol les consolaba, oraba con ellos, é inspirándoles resignacion daba mas fuerza á la esperanza que les alentaba.

No habian esperimentado sueño: cuando el alma está vivamente exitada domina el cuerpo que en este caso le obedece como un esclavo; y esta usurpacion del espíritu sobre las necesidades físicas, parece aumentar aun la fuerza y la lucidez de la inteligencia.

Una fiebre generosa circulaba por las venas de la jóven: gozosa hubiera sufrido en aquel momento el martirio si su muerte hubiese podido restablecer la tranquilidad y la libertad de España, y salvar de este modo á sus hermanos.

Por la madrugada en que una débil luz del horizonte principiaba á mezclar sus rayos entre los de la lámpara que ardia en el aposento, llamaron suavemente á la puerta.

Dolores y Estévan estremeciéronse involuntariamente.

—No temais nada, dijo el apóstol, es seguramente uno de nuestros amigos.

Abrió.

Un jóven fraile vestido con hábito negro de estameña, atada la cintura con un cordon blanco, entró y se arrojó á los brazos del apóstol reclinando su cabeza sobre el pecho de este.

—Es tu hijo que te necesita.

—Bien venido seas, dijo el apóstol, besándole la frente como lo hubiera hecho una madre: habla, hijo mio, y dime á qué vienes.

Sentóse el jóven fraile.

—Habla, hijo mio, repitió el apóstol señalando los desposados: son dos hermanos, dos amigos, habla ¿qué quieres?

—Padre mio, he querido poner en práctica las lecciones que me habeis dado; he calculado como tú que no bastaba la predicacion, y que al cuidado de las almas era preciso añadir el del cuerpo. Ayudado con los donativos de algunas almas piadosas, y gracias al sublime desprendimiento de algunos jóvenes ilustres cuya alma ardiente y llena de amor solo ha encontrado vacío en las alegrías de la tierra, he creado una corporacion bastante numerosa, animada del único deseo de ser útil á sus semejantes y de socorrer sus necesidades. Con nuestros afanes acabamos de levantar un edificio en Cadiz,[1] destinado á recoger los dolientes hijos de Jesucristo. Nosotros mismos les cuidarémos, y procurarémos, curando el cuerpo, cicatrizar tambien las heridas del alma.

Santo es el pensamiento que concebiste, dijo el apóstol, preciosa es la vida cuando tiene tan noble objeto.

—Mi caro maestro, una sola cosa me arredra: los males de la humanidad son tan numerosos y variados que apénas sabemos que clase de ellos deberé-

[1] Hospicio fundado por San Juan de Dios, á mediados del siglo XVI para el tratamiento de la lepra y de esta cruel enfermedad importada á España por los compañeros de Cristóbal Colon.

mos elegir con preferencia para remediarlos.

—Hijo mio, entre los hijos dolientes de Jesucristo, los hay cuyos males léjos de ser un objeto de piedad para sus semejantes, son al contrario objeto de odio y desprecio; la sociedad entera rechaza á estos desgraciados, y léjos de suavizar los sufrimientos que les aquejan, los aumenta con otros, mil veces mas crueles. Estos son los desgraciados mas dignos de compasion á quienes debeis atender con preferencia.[1]

—¡O padre mio! sois el modelo de la sabiduria y de la caridad. Habeis destruido nuestras dudas y trazado nuestras obligaciones. Si padre de los infortunados, elegirémos los que mas padezcan, todos aquellos á quienes nadie se atreva á acercarse, y les procurarémos tanto mas consuelo y alegría cuanto mas abandonados y desesperados estén. Gracias, mi santo maestro, nuestros pobres enfermos os bendecirán y os reconocerán por padre.[2]

Despues hablaron un largo rato sin embargo de haber pasado la noche sin dormir: el fervor que les animaba les hacia poco sensibles á las fatigas corporales. Sometióle el jóven fraile los estatutos de la órden que queria fundar; discutieron juntos con mucha sabiduría acerca del número, de la utilidad, etc. etc. Estévan y Dolores, de la conversacion de estos religiosos verdaderos, dedujeron que toda la práctica de la religion cristiana consiste en un solo precepto:

Amaos unos áotros.

Asi se fundó aquella órden de beneficencia que

[1] Cartas de San Juan de Avila á San Juan de Dios su discípulo.

[2] San Juan de Dios consagró sesenta años de su vida al alivio de la humanidad doliente. Él y sus discípulos descubrieron la mayor parte de los específicos empleados aun hoy dia en el tratamiento de las enfermedades que aquéllos se proponian curar. Antes de su muerte, San Juan de Dios dotó la España de mas de sesenta hospitales y todos servidos por los religiosos de su órden. ¿Porque todos los frailes no han sabido atraerse las bendiciones de los pueblos como los hermanos hospitalarios?...

existe aun bajo el nombre de los *Hospitalarios de San Juan*: el jóven fraile era ese célebre predicador llamado posteriormente San Juan de Dios. Con respecto á este dignísimo religioso, Roma se manifestó justa concediéndole la corona de los Santos que la España le habia asignado.

A todo esto la campana matutina tocó el Angelus. Dolores y Estévan rezaron la oracion matinal con los sacerdotes.

Empezaba ya á rayar el alba.

—Hijos mios, dijo el apóstol, es preciso despedirme de vosotros. Esta mañana llevaré á Dolores al claustro para aguardar allí la voluntad del cielo. En cuanto á vos, Estévan, ya sabeis mi retiro; os digo lo mismo que dije á vuestra desposada: siempre está abierta para los que lloran.

Dolores dirigió al cielo una mirada de resignacion dolorosa.

Estévan no habló; solo la palidez de su rostro reveló la turbacion de su alma. Tendió una mano á su desposada y otra al apóstol, que mirándoles con tierna compasion, pronunció esta sola palabra:

—Ánimo!

Solo una lágrima corrió por las pálidas mejillas de la hija del gobernador. Salió el apóstol con su muy amado discípulo, y volvió al cabo de algunos minutos: habia mudado sus sandalias, y apoyaba su mano sobre un baston de haya.

Estaba Dolores arrodillada ante la imágen del Salvador. Al aproximarse el fraile volvió la cabeza hácia él; viéndole próximo á salir otra vez, se levantó bruscamente ahogando un doloroso suspiro que hinchaba su pecho.

— Padre mio, dijo, estoy pronta á seguiros.

VIII.

MANOFINA.

La hija del gobernador ha quedado bajo la salvaguardia de su santo conductor.

Volvamos á Manofina que hemos dejado inspirado de una conversion.

Continuó lentamente su camino hácia al palacio de la Garduña; silenciosos anduvieron aquel trecho: solo por intervalos apretaba Manofina con ardor el brazo de la serena que se apoyaba sobre uno de los suyos, y con este mudo apreton la indicaba que cada vez se iba fortaleciendo mas y mas en la resolucion que habia tomado.

Llegados al palacio observaron que una débil claridad iluminaba el interior de la sala que á la sazon cuasi estaba desierta: ninguno de los miembros de la hermandad habia aun vuelto de sus espediciones nocturnas; solo el *maestre* aguardaba sobre las ruinas de una columna truncada, contando con ávida vista un puñado de doblones; y algunas *coberteras* habian tendido su delantal en el suelo, y dormian profunda y tranquilamente como si estuviesen tendidas sobre buenos colchones.

Advertido por el ruido de la pareja que se adelantaba en la sombra, levantó el *maestre* bruscamente la cabeza, y viendo al guapo, esclamó con aire gozoso:

—Hola! ¡es Manofina! siempre el primero en cumplir su cometido. ¿Y don Estévan de Vargas?...

—Se encuentra tambien como vos y yó, contestó el *guapo* con tono sombrío.

— Por san Jayme! esclamó Mandamiento, han acaso los brujos cortado la hoja de tu puñal en la

vaina, guapo mio, ó bien don Estévan posee un talisman que le precave del acero?

— Nada de esto. He venido para deciros que estoy cansado de *obscurecer* y que ya no pertenezco á la hermandad. Aqui teneis el dinero que me habeis entregado.

Arrojó un bolsillo á los piés del irritado Mandamiento.

— Mil demonios, esclamó el *maestre* ¿eres tú quien hablas, Manofina, ó el espíritu maligno que ha tomado tu forma para abusar de mí, y perjudicarte?

— Yo mismo en carne y huesos, el mismo que viene á pediros la licencia y á daros las gracias por la particular proteccion con que me habeis honrado.

Mandamiento frunció las cejas, volvióse hácia la serena que permanecia en pié detrás del guapo, con aire humilde y los ojos bajos.

—Y tú, *Culebrina*, dijo el *maestre* ¿tambien quieres renunciar á las diversiones y beneficios de la profesion, para seguir á este loco que no podrá darte otro pan que la infeliz *melopia*[1] de los frailes?

— Tambien renuncio, respondió la jóven aproximándose al que amaba.

— ¡Raza de locos! murmuró el *maestre*.

Manofina no contestó.

Levantóse bruscamente Mandamiento de su asiento de piedra, púsose á andar apresuradamente por la sala, murmurando palabras ininteligibles.

Era la hora que acostumbraban á volver los miembros de la hermandad, para dar cuenta al *capataz* del

[1] *Melopia*: en España dan este nombre á la sopa, ó por mejor decir al ignoble guisado que los frailes distribuian á los numerosos mendigos de que estaba atestado el pais, gracias al fanatismo y á la crueldad de la inquisicion. La palabra *melopia* es una corrupcion de la palabra *mezclopia* derivada del verbo *mezclar*. El autor dará en su capitulo XVI detalles exactos y desgraciadamente *demasiado* verdaderos sobre esta *caridad* monacal.

resultado de sus respectivas misiones. Poco á poco llenóse de gente el recinto; absorto el maestre, todavia no habia mirado ni preguntado á nadie.

Llenóse por fin la sala; solo faltaban llegar algunos *chivatos* que se habian retardado, personajes de poca importancia. Todos los principales doctores de la órden estaban reunidos, y notando que Mandamiento absorto en penosas ideas, ya no pensaba mas en ellos que como si hubieran dejado de existir, decidióse Cuerpo de hierro á acercársele, y tirándole suavemente por la manga de la camisa:

—Maestre, le dijo, todos tus hijos han cumplido su mandato.

—No todos, esclamó el maestre, lanzando una mirada sobre Manofina, que permanecia separado junto á la serena.

Todos miraron al *guapo* apóstata.

Manofina no bajó los ojos, miró á sus antiguos camaradas con un aire perfectamente sereno sin responder nada.

—¿Y es verdad? esclamaron los otros ¿y es posible maestre?

—Sí, añadió Mandamiento con voz ridículamente solemne; un garduño ha faltado á su mandato; la sociedad pierde á la vez dos principales apoyos, y esta cobarde separacion nos acarrea grandes males.

—Si, prosiguió el maestre designando á Manofina y á su compañera que permanecian impasibles, la *órden* pierde estos dos de sus mejores hijos; pero aun pierde mas todavia, pierde su reputacion de probidad, su fama hasta ahora sin mancilla, adquirida con largos y peligrosos servicios.[1] ¿Que dirán los no-

1 Difícilmente nos podriamos formar una idea del fanatismo con que los malhechores españoles cumplian sus promesas. Creian hacerse culpables y de deshonrarse para siempre, si despues de haber recibido el dinero para cometer un asesinato faltaban á su empeño. Tan por decirlo asi, la probidad del crimen, tanta era la leal-

bles señores? ¿que dirán las bellas damas? ¿que dirá especialmente el clero, nuestra mejor clientela? ¿que dirán los dominicos, que han llenado nuestras arcas de doblones? [1] Por todo el reino de Andalucía serémos considerados como unos miserables estafas que toman dinero para *obscurecer* y no obscurecen. Nos compararán á los alguaciles asalariados para detener ladrones, y que solo detienen gente honrada, ó á esos frailes sin fé que se hacen pagar diez veces una misa sin decir aun la mitad de ella.

¿Comprendeis, hermanos? continuó el maestre animándose progresivamente al ruido de sus propias palabras; ¿comprendeis cual será la cólera del gran inquisidor, cuando sabrá que no se ha cumplido un *obscurecimiento* que él ha ordenado? Y el ilustrísimo arzobispo ¿no dirá tambien que somos unos cobardes y unos ladrones? y perderémos la proteccion de don Pedro Peladeras Martinez y Cabrera *el Colmilludo*, [2] *protector de nuestra órden* y bufon del rey nuestro señor don Cárlos, que Dios guarde. ¡O Manofina, Manofina! reflexiona y repara las consecuencias de un momento de debilidad.

La asamblea escuchó este estraño discurso con profundo estupor.

Luego que Mandamiento cesó de hablar, acercáronse á Manofina algunos *fuelles* hipócritas.

—Hermano, le dijeron, no es posible que tú nos abandones, ¿no es verdad?

tad de aquel pueblo tan horriblemente desnaturalizado por un mal sistema político, vil juguete de las insaciables exigencias de Roma y de la increible crueldad de la inquisicion.

[1] ¿Que dirán los dominicos que han llenado nuestras arcas de doblones?... Para comprender la fuerza de esta esclamacion del gefe de la Garduña, basta leer la nota de la pagina 30.

[2] El *Colmilludo*; en efecto en esta época habia un empleado en la corte cuyas funciones comprendian las peculiares á los bufones del rey y de los grandes. Los sevillanos pretenden aun actualmente que el *Colmilludo* era el gefe de la Garduña, y cuando quieren exagerar la habilidad ó destreza de un bandido dicen: *Es mas ladron y mas malo que el Colmilludo.*

—Ya está hecho, respondió el guapo con tono breve.

Al propio tiempo, se acercaron dos *coberteras* de las mas viejas y asquerosas á la serena, y con dulces palabras, y adulaciones envenenadas, procuraban volverla á su vocacion primera.

—Es inútil, contestó, lo dicho dicho, no cambiarémos.

— ¡Manofina estafa! esclamó un *guapo* promovido del dia anterior.

—Manofina no es un estafa, contestó, él ha devuelto el dinero que habia recibido; pero declara que ha faltado, que le disgusta la profesion, y que renuncia sus títulos y privilegios.

Habló Manofina con voz serena; ya no era aquel hombre turbulento de la vigilia, ávido de aciones peligrosas y horribles, era un hombre fuerte y animado, convertido por las palabras del apóstol, amante aun del riezgo y los peligros, pero no del peligro sin objeto: todo su belicoso ardor se habia trocado actualmente contra los opresores de los débiles, contra los esbirros de la inquisicion.

— ¡A la *chimenea*, á la *chimenea*![1] esclamó el nuevo graduado.

—Hermano, replicó severamente el maestre, la cofradía de la Garduña jamás ha entregado á la gran chimenea de Sevilla sus hijos, ni aun los mas culpables. Si son débiles holgazanes ó torpes, los degrada y los despide; si son traidores, los obscurece; pero nunca encarga la venganza á Mateo.[2]

—Maestre, dijo Manofina, la cofradía no entrega sus hijos, y sus hijos jamás la venderán; nunca tendrá que temer nada de mí.

—Hijo mio, replicó el maestre, enternecido,

[1] La justicia.
[2] verdugo.

¿porque quieres dejarnos? ¿tienes alguna queja de mí? todavía puedes reparar tu falta.

— Jamás! respondió Manofina con tono resoluto.

— ¿Sabeis, replicó Mandamiento irritado, que todo miembro infiel merece un castigo?

— Todo miembro infiel incurre en la degradacion; degrádame pues, y estará concluido.

— Ya sabes que hay algunos casos en que se le *obscurece*, replicó severamente Mandamiento.

— Solo se *obscurece* á los traidores, y yo no lo soy.

— Pero....

— Pero se podria temer que lo fuera, quieres decir, y entónces me obscurecerian, ¿no es verdad? añadió el guapo con aire de desafío. Pues bien! aconsejo al que de tal mision se encargue que diga devotamente su *confiteor*; pues, por la barba del rey os juro tendrá duro trabajo. Jamás mi puñal estará á la disposicion de nadie, pero siempre estará pronto para defenderme.

El desafío de Manofina hirió el amor propio de algunos *hermanos*, que echaron mano á su puñal. La serena que habia observado este movimiento, empuñó convulsivamente el mango de su navaja andaluza.

El *guapo* que fue ascendido la vigilia, acercóse entónces á Manofina con aire chocorrero, y le dijo en voz baja:

— Nunca hubiera creido que llegaras á tener miedo, Manofina.

Sonrióse desdeñosamente el convertido.

— ¿Que haceis aquí? esclamó el maestre ¿ignorais que nadie puede hablar en voz baja durante las sesiones solemnes?

— Decia á Manofina, replicó el nuevo graduado, que

es vergüenza se haya vuelto tan poltron; porque sostengo que no ha cumplido con su deber por miedo.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, dióle Manofina tan fuerte bofeton, que le hizo rodar hasta los piés de Mandamiento.

Veinte puñales brillaron en el momento sobre la cabeza de Manofina.

Pero él sin inmutarse, echó su capa al rededor de su brazo izquierdo, cogió el puñal con la mano derecha, y poniéndose cual atleta resuelto á resistirlo todo, aguardó á pié firme á los agresores.

Viéndole la serena así, echóse la mantilla alrededor de su brazo izquierdo, y colocándose de espaldas con el valiente, aguardó con el puñal levantado á los que podrian haber atacado á su amante por detras.

Nadie osó moverse.

—Bien, dijo Manofina, ¿lo veis todo?

—¡Avanzad pues, raza de gallinas! esclamó la *Culebrina*, con ojos flamígeros como los de un tigre; ¡avanzad pues para ver si hemos olvidado el modo de *bautizar*!

Mandamiento permaneció impasible.

El *guapo* se volvió á levantar furioso como un chacal herido de una flecha, y se tiró sobre Manofina, pero con grande admiracion de toda la asamblea volvió de nuevo á rodar por el suelo. Manofina cubriéndole la cara con su brazo izquierdo, le habia al propio tiempo dado un fuerte puntapié que al momento lo tumbó.

Los demas miembros de la Garduña habian permanecido inmóviles.

—Señores, sois un atajo de traidores, esclamó Manofina; ¿quereis dejarme *obscurecer* este *pollo* que tiene mas ardor que esperiencia?

—Manofina, dijo entónces el maestre, este *pollo*,

como tú le llamas, tiene derecho á una satisfaccion, y eres demasiado valiente para rehusársela.

— Estoy pronto á darle todas las satisfacciones pacíficas, pero con regla y los dos solos.

La Culebrina te ayudará, dijeron los demas burlándose.

La Culebrina permanecerá tranquila como una muerta, respondió el guapo; haced como ella, y dejad á este jóven y á mí, arreglar tranquilamente nuestros asuntos.

— ¡Órden, hijos mios! esclamó Mandamiento, y envainad vuestros puñales.

— Y vos, señor Garabatillo,[1] añadió volviéndose á un jóven garduño que le servia de page, id al acecho, y remedad el cantar de la rana[2] al menor átomo de humo[3] que veais aproximarse á la corriente del agua.

El enviado partió.

Formóse un grande círculo de hombres y mujeres en la sala de la Garduña; armados Manolina y el guapo con sus enormes cuchillos de Albacete[4] en medio de este círculo viviente.

Antes de principiar el combate confrontaron los dos adversarios escrupulosamente sus armas, para asegurarse de qué eran exactamente iguales.

Este es un hecho que refuta victoriosamente la calificacion de *traidores* dada á los españoles por los estrangeros, pues aun la gente de la clase baja, la hez

[1] Aprendiz de ladron.

[2] Todos los malhechores, gentés sin fuego ni hogar, y que viven de rapiñas y de estafas, marchan á cuadrillas y rodeados de jóvenes adeptos que vigilan durante sus *operaciones*. Ejercitados estos jóvenes en imitar el cri-cri del grillo, el ladrido del perro, el maullido del gato, el graznido del cuervo, advierten por uno de estos gritos á los que están ocupados en algun trabajo prohibido.

[3] Alguacil ó cualquier otro ajente de la justicia que se aproxime.

[4] Cuchillos largos y puntiagudos, de un corte incomparable, de que se servian en España los duelistas de navaja.

del pueblo, tienen en este género de combate una lealtad, una generosidad caballerosa que nunca podria prometerse encontrar en seres tan abyectos. No hay ejemplo de que un *baratero* haya herido su adversario, desde el momento que este ha declarado no poder ó no querer batirse mas. Si uno de los dos combatientes no tiene capa, el otro se quita la suya, y para los golpes con su brazo desnudo. Esta generosidad es tanto mas notable, por cuanto aquella gente se baten las mas veces por causas muy frívolas: por algunos cuartos; y á veces por menos.

Las armas de los garduños resultaron ser iguales en magnitudes. Acabado este exámen echaron ambos combatientes su capa al rededor del brazo izquierdo, y se pusieron luego cara á cara uno de ótro, aguardando la señal.

Impaciente el nuevo guapo como un gallo jóven que ve salirse los espolones, esclamó el primero.

— ¡Ande usted!

A este grito, se arrojaron los dos uno sobre el otro, encorvándose, levantándose, torciéndose como culebras; retrocediendo para volver á saltar con un brinco mas seguro y alcanzar á su enemigo. En estos movimientos rápidos é imprevistos que no tienen otro objeto que alucinar á su adversario, á fin de que no pueda dirigir el golpe con seguridad, Manofina, mas sereno y ejercitado, tenia una evidente ventaja.

Aturdido de cólera el jóven guapo, furioso de perseguir una sombra que le escapaba de continuo, se arrojaba desesperado sobre el diestro Manofina, olvidando defenderse para atacar, y presentando veinte veces su pecho al cuchillo mortal.

Miraba la Culebrina impacienta y palpitante este combate atroz que tenia á todos suspensos. Algunos de los asistentes estaban rogando por el jóven guapo, que ya lo consideraban muerto en el suelo

El maestre permanecia callado : su rostro no manifestaba nada.

Fatigado ya el jóven Garduño, se desalentaba en seguir esté imprudente modo de combatir. Veinte veces el puñal de Manofina habia rosado su pecho; pero Manofina que no queria matarle, aprovechó el momento en que su adversario se arrojaba sobre él con la mano horizontal, dirigiéndole el cuchillo al pecho, y levantando bruscamente el brazo izquierdo, con un golpe violento é imprevisto, envió el *albacete* del jóven á rodar por los piés del maestre.

— Bravo! bravo! esclamaron de todas partes; bravo, Manofina! aun eres digno de ser de los nuestros!

— Gracias, hermanos, contestó el amante de la serena; vuestros aplausos me bastan.

— Eres verdaderamente un valiente, Manofina, dijo el vencido tendiéndole la mano sin rencor.

Encajó Manofina cordialmente con la mano que buscaba la suya; y dirigiéndose despues á Mandamiento, dijo :

— Ahora, maestre, terminemos la ceremonia y que yo esté libre.

Conociendo Mandamiento que seria inútil toda tentativa para cambiar de resolucion al guapo, desenvainó su puñal, apoyólo de punta sobre el suelo, y doblegando fuertemente la hoja, rompiólo, y entregó los tres pedazos á Manofina, que en cambio le dió el suyo.

Por este cambio, el bravo quedaba degradado é indigno de participar de las hazañas de la Garduña, y de contribuir á su gloria.

Cogió luego Mandamiento al guapo por la mano, y le condujo ante una imágen de la Vírgen, donde se arrodilló Manofina, y pronunció la fórmula siguiente :

— Por los Dolores de Nuestra Señora, y por la sangre de su hijo Nuestro Señor vertida por nosotros, juro no vender nunca la hermandad de la Garduña ni ninguno de los hermanos de la órden; de no ser jamas miembro de la gran *chimenea* en detrimento de los hermanos *garduños*, ni tirar jamás mí puñal contra ninguno de ellos, á no ser en legítima defensa.... Dios me ayude segun la sinceridad de mi juramento, y me castigue si no lo cumplo.

— Amen, respondieron en coro todos los miembros presentes, arrodillados detras del guapo.

Acabada esta intempestiva ceremonia, cogió Manofina el brazo de su compañera, y lanzando una mirada de despido á sus antiguos camaradas, salió de la caverna de la Garduña para no volver á entrar mas en ella. Luego que hubo desaparecido, el maestre esclamó:

— Hermanos, rezarémos un novenario á Nuestra Señora de los Dolores, á fin de que se digne enviarnos un digno sucesor de este pobre muchacho descarriado que acaba de dejarnos.

IX.

EL FAVORITO DEL INQUISIDOR.

Serian las diez de la mañana del segundo dia despues de la orgía, cuando acababa de levantarse el inquisidor. Aun llevaba impreso en su rostro las huellas de los escesos de la noche precedente, y de este sueño intempestivo que fatiga y gasta las fuerzas en lugar de repararlas.

Pedro Arbués estaba con una palidez lívida.

A la escitacion nerviosa, cansada por la destemplanza, se juntaban las agitaciones de una pasion contraida y la cólera sorda contra los agentes de sus críme-

nes. Enriquez principalmente escitaba su resentimiento; la salvage pasion del inquisidor por Dolores se exaltaba con los obstáculos que habian frustrado sus proyectos.

El tinte bilioso de Pedro Arbués parecia por momentos con manchas violadas; sus grandes ojos de un azul sombrío, obscuro y profundo, se volvian leonados como los del tigre, y su perfil de águila, violentamente contraido, se imprimia de una terrible ferocidad.

Acercóse á un brasero que ardia en medio del aposento, y calentóse las manos; tenia frio: la violencia de sus sensaciones concentraba en el cerebro todo el calor vital.

— Dolores! esclamó; Dolores!

Su exaltada imaginacion le representaba, como dentro de un espejo mágico la sobrehumana hermosura de la hija del gobernador: saltó sobre su silla, y sus dientes se cerraron por un esceso de indomable frenesí.

— Oh! cuan bella estaba así! continuó Pedro Arbués, irresistiblemente perseguido por la imágen de la jóven; cuan hermosa era en medio de su terror! Oh! á haberla visto de este modo en mi casa... á haberla tenido así en mi poder, sin temer su cólera ni sus gritos! y esto no se hubiera verificado á no ser por la cobardía de Enriquez....

— Vil esclavo que solo sabes lisongear, y no servir; raza maldita que besa el polvo de nuestras sandalias, y retrocede ante el peligro cuando se trata de satisfacernos.

— Pero, qué! prosiguió el feroz inquisidor levantando fieramente la cabeza, ¿no soy yo el maestro aquí, y no puedo obtener por la fuerza lo que no he podido alcanzar por la destreza?

— Ea! dijo, acercándose á una mampara de seda que lo separaba de una antesala en que servian los

familiares de guardia; que venga mi secretario...

Compareció este.

Era un jóven noble, de familia pobre, que para evitar la miseria y las persecuciones, se habia puesto al servicio de su eminencia.

¡No era enteramente partidario de la inquisicion!

—Don Felipe, dijo el inquisidor, ¿se ha arrestado esta noche al gobernador de Sevilla? ha sido conducido en las prisiones del santo oficio?

Inclinóse don Felipe.

—Señor, se han cumplido las órdenes de vuestra eminencia.

Un rayo de alegría salió de los ojos del inquisidor.

—Decid, os ruego, que llamen á José, prosiguió Arbués.

El secretario salió.

El inquisidor se puso á andar precipitadamente por el aposento.

—Al ménos, dijo, me vengaré de ella; y despues, continuó hablando siempre entre sí: confio en que estos malditos gitanos á quienes yo protejo habrán cumplido mejor su encargo que mis familiares; regularmente los golpes de los hijos de la Garduña son infalibles; ese Estévan que detesto, ya no existe; á lo ménos habré robado Dolores á este rival odioso.

Mientras estaba así hablando presentóse en la puerta del aposento el pálido rostro de José. A su vista, la fisonomía del inquisidor se suavizó de un modo singular.

—Entra, José, dijo, tu presencia siempre me es grata.

Era en efecto el novicio uno de estos seres de quienes no pueden prescindir los hombres muy ricos y ociosos, á los cuales se les ha conocido siempre bajo

el nombre de *favorito* : instrumento del bien ó del mal , segun la bondad ó la perversidad que le anima; ser débil que predomina muchas veces por medio de la gazmoñería, y condescendencia, contra el cual sin embargo nadie puede luchar; influencia misteriosa , fatal como la suerte ; genio familiar del señor ante quien se avasalla , y al cual inspira todas las acciones buenas ó malas , obrando como un talisman encantado. El dia que este talisman viene á faltar á esos hombres , se caen con la misma facilidad que se habian encaramado.

— Señor, vuestra eminencia ha dormido mal esta noche? preguntó el favorito con voz acariciadora.

— Si, mal he dormido, José ; he pasado una noche penosa y cruel.

— Señor , tambien hay en vuestro palacio un pobre hombre que ha dormido mal, por haber sufrido en el servicio de vuestra eminencia ciertos golpes que le han herido el cuerpo y el alma.

Los ojos de Pedro Arbués saltaron de cólera.

José prosiguió sin inmutarse.

— Este hombre, señor , por poco pierde la vida en el servicio de vuestra eminencia , y cuando ha vuelto á veros, desangrándose y moribundo, vuestra eminencia lo ha espulsado como á un animal inmundo; rehusando despues oir su justificacion.

José , esclamó el inquisidor con cólera , sabes que si cualquiera otro llegara a interceder por Enriquez.....

— Vuestra eminencia lo escucharia como se digna escucharme á mí , prosiguió el favorito con calma, porque vuestra eminencia es justo ante todo , é interiormente se culpa asi mismo por la crueldad que ha usado contra Enriquez.

— ¡ Un traidor ! murmuró Arbués.

— Un servidor pronto á morir por vos, un servidor valiente, fiel, y del cual necesitais. ¿A quién nombraréis ahora gobernador de Sevilla?

—Por el pantuflo del papa!¿os chanceais, maestro José? no sé quien de los dos es mas loco, vos jóven y desenvuelto que me entreteneis en semejantes frusleríias, ó yo gran inquisidor de Sevilla que os escucho.

— Señor, dijo José, voy á probaros al momento que los dos somos sabios.

—Deseo ver como me lo pruebas.

— Nada mas fácil, señor. Acabais de quitar al honrado gobernador de Sevilla, el conde Manuel Argoso: he aqui la ciudad sin mentor, y vuestra eminencia sin ausiliar. En estos tiempos de heregía, señor, un ausiliar es una cosa de que vuestra eminencia no puede prescindir.

—¿A donde vais á parar, dijo el inquisidor, que únicamente escuchaba por condescendencia.

—Quiero probaros, señor, que el mejor ausiliar de la inquisicion es el gobernador de la ciudad, y que es urgente que este cargo lo desempeñe un adicto á vuestra eminencia. ¿Donde encontraréis un hombre mas fiel que este pobre Enriquez que ha sufrido en el rapto de la jóven, dos ó tres *bautismos*, como dicen estos condenados gitanos de la Garduña, y el *baño* mas completo que imaginarse pueda?

Sonrióse ligeramente Pedro Arbués: la influencia del favorito habia calmado la fiebre que abrasaba su sangre.

— ¡Enriquez, gobernador de Sevilla! esclamó repentinamente en un esceso espontáneo de alegría: pero ya sabes José que es un hombre de nada.

— Mayor se vé el poder de vuestra eminencia, que de algo le servirá, replicó José sin titubear.

Una risa estrepitosa, pero sin arranque ni simpa-

tia, una risa de inquisidor, respondió solo á esta salida.

José continuó con la mimosa persistencia de un niño mal criado:

— Señor ¿quereis que llame á este pobre Enriquez, á fin de que pueda justificarse y merecer otra vez el aprecio de vuestra eminencia?

— Con qué ¿está arrepentido del mal éxito de su espedicion?

— Está perfectamente contrito, señor.

— En efecto, dijo Arbués, un hombre que ha recibido tres bautismos y está enteramente contrito merece ciertamente la absolucion. Véte pues á buscarme á Enriquez, José.

Besó el novicio la mano del inquisidor con zelo febril: cualesquiera que hubiera visto entonces este acto de humillacion, habria juzgado por la espresion colérica y feroz del semblante de José que iba á morder la mano del inquisidor y no besarla por hipocresía, como lo hizo.

José salió.

— Visto todo, dijo interiormente el inquisidor, la idea de este muchacho no es tan mala. Enriquez gobernador de Sevilla, nombrado por mí y sostenido por mí solo, será dócil instrumento de mis voluntades, el lictor á quien diré hiere, y herirá.

Sí, José tiene razon, y ha discurrido sabiamente.

Apenas acabó estas palabras, entró el favorito acompañado de Enriquez.

El familiar aun estaba pálido, su cabeza magullada, y su brazo herido, estaban envueltos con vendas; su ademan hipócrita daba á su rostro flaco y fatigado el aire de un enfermo que padece mucho mas de lo que él padecia. Al verle volvióse á obscurecer la frente del inquisidor.

El desgraciado puso una rodilla en el suelo, y con

un gesto solicitó el favor de besar la mano de su eminencia.

Miró Pedro Arbués á su favorito.

— Vamos! un poco de indúljencia, dijo la mirada de José.

— Os perdono, Enriquez, dijo el gran inquisidor: dad las gracias á José, que os ha defendido mejor que un abogado, y referidme detalladamente los pormenores de la espedicion nocturna que os acarrearon esas heridas.

Enriquez no se hizo rogar dos veces; volvió á contar lo que ya sabemos del rapto de Bolores, sin descuidarse de atribuirse todo el honor de los golpes dados y recibidos.

Cuando hubo concluido, el inquisidor un poco templado ó por mejor decir enteramente templado en su favor, le dijo con un tono en que se descubria la benevolencia y la proteccion.

Enriquez, te juzgo fiel, y aun que no hayas obtenido el buen éxito de esta empresa, espero que en lo sucesivo tus esfuerzos y cuidados por el servicio de Dios [1] recompensarán esta falta, y para probarte que no guardo resentimiento alguno contra tí, y que te considero mi mas fiel servidor, voy á escribir al rey para pedirle que te nombre gobernador de Sevilla.

— ¿Qué, ha muerto el conde de Argoso? preguntó Enriquez, gozoso y sorprendido.

— Equivale á lo mismo, murmuró José: está en las cárceles del santo oficio.

— Señor, dijo un familiar abriendo un poco la mampara: *maestre Mandamiento* pide hablar con vuestra eminencia.

Estévan ha muerto: imaginóse el inquisidor.

[1] Ya sabemos que *Dios* era la inquisicion, etc.

—Que entre el *maestre de la Garduña*, dijo apoyando irónicamente estas últimas palabras.

Mandamiento entró.

Quedóse en pié y con la cabeza cubierta. Ese hombre salvaje tenia una idea tan equivocada y fanática de las prerrogativas de su cargo, que creia tratar de poder á poder.

Enriquez indicó á *Mandamiento* que se descubriese; contestó el *maestre* con una mirada de desprecio. Sonrióse el inquisidor, y volviéndose hácia el *garduño*:

—Bien! dijo: ¿has concluido, no es verdad?

—Nada se ha hecho, contestó Mandamiento con aire sombrío.

—Qué! Estévan de Vargas?.....

—Estévan de Vargas, está bueno, sin que se le haya caido un solo cabello de su cabeza. Por la primera vez desde su existencia, la Garduña ha contado un traidor en su seno, y este traidor se ha encontrado entre sus mas valientes hijos, prosiguió *Mandamiento* con un dolor cómico.

Se compadecia de la desercion de Manofina, como lo hace un buen padre de familia acerca de los desvíos de su único y querido hijo.

Por Satanás! esclamó el inquisidor pateando de cólera, ¿me han vendido pues en esta circunstancia? ¿Quien es el traidor?

—He jurado no revelarlo á nadie, señor, y este nombre poco importa á vuestrabeatitud. He venido solo para devolver á vuestra eminencia la suma adelantada para el que se habia encargado de la espedicion.

Y con la mas escrupulosa probidad, tiró el bandido sob re la mesa las monedas de oro que habia recibido pa ra asesinar á D. Estévan.

—¿Y ninguno de los gitanos quiere encargarse de ello? preguntó el inquisidor.

—Oh! no faltan entre nosotros valientes y fieles, y me atrevo á prometeros para lo venidero..... pero hemos perdido las huellas de nuestro hombre, y necesitaria una dilacion.

—No estés por esto, si me prometes que D. Estévan no se escapará. Vuelve pues á tomar el dinero, *Mandamiento*; esta suma solo es por paga y señal; cuanto mas difícil sea la operacion tanto mayor será la recompensa, querido mio.

—Bien, dijo el bandido volviendo á tomar las monedas de oro; miseñor, de aquí á ocho dias prometo á vuestra reverencia que este jóven habrá recibido un bautismo del maestre.

—*Amen*: dijo José, y salió con actitud de indiferencia.

—Mandamiento, ¿sabrias decirme donde se ha refugiado la hija del gobernador de Sevilla? preguntó Arbués.

—Señor, vuestra eminencia no me habia encargado que la guardara: replicó el *garduño*.

—La misma respuesta de Cain al Señor, se atrevió á decir Enriquez.

—Tolerábase de José lo que no del familiar; Arbués frunció las cejas: tenia el alma demasiado preocupada para entretenerse en chistes.

—Mandamiento, por esta captura prodigaria el oro de mis cofres, procura descubrir el paradero de esta jóven y traérmela.

—Sana y salva? preguntó friamente el bandido.

—Por Cristo! esclamó el inquisidor que juraba indiferentemente por las cosas santas y las reprobadas; por el Cristo! sin que le caiga ni un solo cabello de su cabeza, oís? sin que le causen el menor espanto. ¿No teneis mujeres que ejercen esta profesion? Que descubran donde se halla, pues no des-

confiará de una mujer, que empleen la astucia, en fin tú debes saber lo que han de practicar.

—Oh! la serena! pensó Mandamiento: aquella era diestra y mimosa.

—Miseñor, continuó con voz alta, se hará lo posible; pero nada prometo, pues esto es mas difícil de lo que se cree.

—Señor, dijo Enriquez en voz baja: yo la descubriré ¿no seré pronto gobernador de Sevilla?

Despidió Arbués al *maestre garduño*.

Salió este estraño personaje con la frente erguida, y la mirada fija, tenia una alta idea de su importancia, y esta locura exaltada aun por una existencia enteramente excéntrica, y con el aire naturalmente orgulloso y poético del espíritu español, imprimia á todos los gestos y á todos los movimientos de *Mandamiento*, alguna cosa de solemnemente salvaje incapaz de describirse.

Cuando hubo salido, Arbués encogió las espaldas.

—Estar en contacto con esta raza, murmuró, y todo por la falta de la milicia de Cristo. Si los familiares fuesen bastante celosos ¿necesitariamos á esos gitanos?

—Señor, dijo Enriquez, si esos gitanos no nos sirvieran, nos harian la guerra.

—Podria ser.

Vuelto en la plenitud del favor, el familiar continuó hablando con el inquisidor.

Nada sabemos de lo que dijeron, pero ciertamente debió sonreirse el infierno por esta íntima conversacion, por estas cínicas é impías confidencias de estos dos horribles personajes; y si Dios no se indignó por verse mezclado en todo esto, seria porque su bondad es infinita, y porque sufre los malos en la tierra, no para purificar los buenos, como se ha di-

cho, sino porque es padre, y un padre siempre es indulgente, aun por sus hijos mas perversos.

Apénas habia Mandamiento andado algunos pasos por la calle, sintió que le detenian por la manga de su vestido.

Volvióse el maestre, y con la mayor sorpresa reconoció al favorito de su eminencia.

—¿Acaso se ha olvidado algo su beatitud? preguntó el gitano.

—Se ha olvidado de deciros que yo no quiero que don Estévan de Vargas muera.

—Seria preciso recordárselo.

—¿Con tal que tú lo sepas no basta?

—Su eminencia me ha dado paga y señal para *obscurecer* á don Estévan, y no sé que nada me impida de cumplir su voluntad.

—Escepto la mia, dijo José con autoridad. Yo no quiero que don Estévan de Vargas muera, ¿lo oyes, Mandamiento? tranquilízate sobre este punto y vete, no lo mates, y yo volveré el dinero de la paga y señal á su eminencia.

El maestre conocia la omnipotencia de José sobre el inquisidor; el tono resoluto del novicio le ponia indeciso: ¡descontentaré al maestre ó al favorito!

Reflexionó Mandamiento un instante, despues volviéndose al jóven fraile, que le instaba ó le dictaba nuevas órdenes sin perder de vista los sentimientos que estas dispertaban en su alma, dijo:

—Reverendo, sea lo que fuere que deba acontecerme, seréis obedecido.

Un cortesano no se hubiera espresado mejor.

—Bien está; sea lo que fuere lo que te acontezca, avísamelo; y poniendole un bolsillo lleno de oro en la mano, desapareció el favorito al volver la calle.

—Esto es un donativo, pensó *Mandamiento*,

contemplando la gratificacion del novicio. Nada mejor adquirido que lo que nos dan: puedo pues guardarlos.

Alejóse el maestre de la Garduña cantando á media voz uno de estos antiguos refranes españoles que los gitanos cantan aun en Andalucía.

X.

LA PROFESION.

A alguna distancia de Sevilla, sobre una alegre colina bañada por el Guadalquivir, se halla un convento de dominicos, y suntuoso edificio construido en medio de un desierto cercado de todos los prestigios de una naturaleza rica y variada, y embellecido en el interior de todo lo esquisito y necesario para hacer mas llevaderas á los hijos del Dominico Guzman la penitencia y la abnegacion.

Este convento, ó mas bien este palacio, antigua morada de un príncipe mahometano, servia de claustro á unos treinta frailes destinados á alimentar los tribunales de la inquisicion. Varios de ellos habian figurado con esplendor en el alto grado de inquisidor provincial, todos se distinguian por su zelo incansable por la extirpacion do la heregía, y el eminentísimo señor Arbués protegia particularmente á este *santo asilo*, donde iba á veces á descansar de sus *penosas funciones*.

Aquel dia atraíale á este *sitio de beatitud* un hecho importante; preparábase una brillante funcion, á la que debia dar mayor solemnidad la presencia de Arbués.

Dos meses habian transcurrido desde la desaparicion de la hija del gobernador.

Aunque no extinguida la pasion de Pedro Arbués,

dejaba sin embargo alguna tregua á esta alma ardientemente despótica, y los placeres propios de la dominacion apaciguaban por instantes las decepciones de su amor desenfrenado.

A mas, Dolores no era ya el único interés del inquisidor. Aquel dia, debia José, su favorito, hacer su profesion en el convento de los dominicos, y la amistad de Pedro Arbués por este jóven, de una beldad femenina, era bastante viva para divertir una pasion mas ardiente.

Desde la madrugada de este dia solemne todo el convento estaba en movimiento, la capilla vasta y circular, que habia conservado aun bajo sus adornos cristianos la forma morisca, estaba engalanada de guirnaldas y de flores.

La imágen de la Vírgen del Rosario, patrona especial de los dominicos, ostentaba sus vestidos de gala: la seda y el terciopelo cubrian la imágen de la casta y humilde madre del mas humilde de los hombres, y esta modesta reina de los ángeles, lucia las perlas y los diamantes como una reina de la tierra.

El mármol blanco de las columnas desapareció bajo un tegido de rosas, é innumerables cirios iluminaban el altar. Por el olor de los perfumes que embriagaban, por el mundano esplendor de las tapicerías, por la elegancia mitológica de la columnata, por la profusion de flores que llenaban este edificio, se le hubiera tomado por un antiguo templo de Vénus convertido repentinamente en capilla católica, sin mas que poner en el lugar de la divinidad pagana la imágen de la Vírgen, y en uno de los lados de la nave, la estatua en pié del sombrío patron de los dominicos; únicos objetos que allí suscitaban con su severa fisonomía, los graves pensamientos que sin ellos hubieran disipado el alegre aspecto de aquel lugar.

A la derecha, en el santuario, habíase colocado una silla cubierta de terciopelo y coronada de un elegante dosel, para su eminencia el gran inquisidor; á cuya derecha en un sillon un poco mas bajo debia sentarse el prior del convento, quien ocupaba ordinariamente el primer sitio; pero que debia someterse en aquella festividad á las leyes de la gerarquía.

A eso de las nueve estalló un canto largo y solemne bajo la bóveda de la capilla, ya llena de numerosos convidados, la mayor parte damas y señores de la córte.

Colocados los frailes en dos hileras adelantáronse lentamente con el pendon al frente, cantando *Gloria in excelcis*: todos llevaban un cirio en la mano. Aquellos sombríos rostros afectando ideas ascéticas disfrazaban muy malas pasiones terrestres que les dominaban; sin embargo, era larga profesion de hombres revestidos de insignias de la tumba entre los cuales figuraba el prior revestido de aderezos episcopales y cerrando la marcha. El blanco y negro de tanto aparato tenia algo de lúgubre que helaba de horror.

Finidos los cantos, detuviéronse los frailes, poniéndose de frente. Pasó el prior en medio de ellos. Siguiéronle dos frailes que ejercian el oficio de diácono: acompañaban el novicio revestido de un rico y gracioso traje de caballero español.

Todos cuatro fueron á arrodillarse en medio del santuario, sobre cogines de terciopelo que para el efecto allí estaban colocados.

Un caballero español hacia de padre á don José.

El eminentísimo señor Arbués ocupaba ya el sitio de preferencia que se le habia reservado.

Despues del Evangelio tuvo lugar el sermon de costumbre: discurso pomposo y místico sobre las beatitudes de la vida claustral, frases obscuras y sin

órden, aunque alambicadas suficientemente para dar una tintura ascética á la funcion, y para no faltar á las miras principales de Roma:

Estinguir para dominar.

El auditorio quedó muy satisfecho, sin embargo que la elocuencia ascética del predicador no impidió que las hermosas damas que asistieron á la funcion ojeasen muy santamente al jóven novicio, y admirasen su buen semblante y hermosa figura.

El semblante de José presentaba un contraste raro: al paso que su rostro era pálido y sus ojos negros tenian una espresion estraña, se le notaba un conjunto de alegría.

Despues de la misa, adelantóse el prior hácia al novicio.

—¿Que habeis venido á buscar así ataviado en la casa de Dios? le preguntó.

—La salvacion de mi alma.

—¿Piensas acaso hallarte entre las pompas del mundo?

—Bien! renuncio las pompas del mundo.

—No basta esto, es preciso renunciar á la carne y á la voluntad.

—Haré voto de castidad, y me humillaré y me someteré al que quiera conducirme por la senda de la salvacion.

—Vé pues, dijo el prior.

Apoderáronse dos frailes del novicio, y le condujeron detras el altar en un lugar preparado para recibirle.

Era un sitio sombrío, iluminado por una lámpara sepulcral que colgaba de la bóveda; en medio, sobre el suelo tapizado de negro, habia un féretro cubierto de un paño mortuorio, al rededor del cual ardian cuatro cirios de cera blanca, que parecian colocados allí para los honores fúnebres de alguien.

Sobre el paño mortuorio y entre dos huesos en cruz habia un cráneo que parecia hacer fisga, ostentando dos hileras de dientes blancas como el marfil.

Muy arriba se veian como dos estandartes fúnebres fijados en tierra por el asta: la gran cruz de plata, y la manga que se llevaba en los entierros.

En lo último de la bóveda, al lado de un reclinatorio con un crucifijo de plomo encima, veíase una mesa cubierta de negro, donde estaban los nuevos hábitos destinados al novicio.

Finalmente al otro estremo, frente por frente del reclinatorio, se veia una gran placa de metal pulido clavada en la pared que reflejaba y multiplicaba todos esos lúgubres objetos.

Llamábase el lugar *bóveda de la salvacion*.[1]

Allí se dejó al novicio solo, quien se quitó el traje profano y se puso el hábito de dominico que consistia en una túnica blanca y un escapulario negro: fúnebre trage que parece ser la librea de la muerte;

[1] *La bóveda de la salvacion* era para los frailes lo mismo que el cuarto de meditacion para los francmasones. En este lugar todo estaba calculado para obrar sobre la imaginacion del neófito, que exaltada ya por consecuencia de tres dias de ayuno rigoroso, trabajaba de un modo inconcebible. He oido decir al P. Antonio, fraile y hombre de bien, el dia despues de haber tomado posesion del priorato de los Gerónimos de Madrid, que, sin embargo de preferir esa dignidad á la de un grande de España de primera clase, hubiera renunciado voluntariamente á ella si hubiese tenido que sufrir de nuevo las ceremonias de la *profesion* y quedar una hora solo en la *bóveda de la salvacion*. Creo, decia, que podrian muy bien darle el nombre de *bóveda de Satanás*, pues á no ser que yo no creo en los demonios no dudaria de haberlos visto todos en la tal bóveda. Despues de haber pasado por la exhortacion del maestro de novicios, por los tres dias de ayuno casi sin probar el vino, y por una media hora de permanencia en la bóveda de la salvacion, me hago cargo de la tentacion de San Antonio y creo muy bien en ella.

Y ahora que me digan ¿si esta relacion fidedigna no prueba hasta la evidencia, que á las ceremonias graves y sencillas del culto cristiano, los frailes habian substituido una fantasmagoria á la vez ridícula é impía, mas propia para alucinar los ánimos que para inclinarlos al bien?

quitóse despues su bonete engalanado de plumas para no llevar en lo sucesivo mas que sus propios cabellos rasurados, y en lugar del cinturon dorado que sostenia su espada ciñóse una cuerda para afectar pobreza; quitóse por fin sus ricos botines, y calzóse las sandalias que nunca debia dejar.

Duró esto cuasi media hora.

Las manos le temblaban como si tuviera calentura, su corazon latia con desiguales y precipitadas pulsaciones, un sudor frio bañaba su blanco y pálido rostro. Arrodillóse ante el crucifijo, y con voz amarga y lamentable púsose á orar.

Lastimeros sollozos salian de su pecho; articulaba ciertas palabras ininteligibles, y continuamente pronunciaba un nombre que nadie podia comprender.

Durante este tiempo, el órgano llenaba la capilla de su grandiosa armonía. El retumbante y encontrado canto de los frailes se elevaba en notas vibrantes y metálicas: exitados ya los nervios del jóven novicio por un largo ayuno, exaltáronse inmoderadamente; esos cantos humanos y esa voz del órgano que se parece á una voz gigantesca de otro mundo, pareciéronle de un carácter estraño y fantástico: en vez de los pensamientos religiosos y santos, infernales ideas apoderáronse de su cerebro..... esos cantos sagrados se cambiaron por él en una espantosa ironía; en vez de flores, de inciensos y de luces, solo vió sangre y cadalsos..... La voz de los frailes le pareció la fisga terrible de otros tantos demonios asistiendo friamente á la agonía del género humano; y en su interior articuló estas tristes palabras del Evangelio: *irán todos al profundo, allí donde hay llantos y crujimientos de dientes: id malditos, al fuego eterno.*

El novicio esperimentó una sensacion como si una mano de fuego le cogiese la suya desnuda y fria, y

como si una voz burlona, áspera é infernal, le dijera en medio de un fuerte zumbido de orejas:

— Ven!....

Al mismo tiempo cediendo como á pesar suyo al ascendiente de este invisible conductor, sin tener siquiera el trabajo de levantarse para andar. José se sintió como rodando bruscamente de abismo en abismo, á través de una admósfera caliente y fruidosa hasta á una innumerable profundidad.

Allí se detuvo; hallábase en las entrañas de la tierra. Envolvíale una noche compacta como una fúnebre capa de tinieblas. Su respiracion se ponia rápida, penosa y reprimida; en fin creyó que se hallaba encerrado en una tumba.

Pero en este instante abrióse una puerta delante de él, y presentóle el mas estraño espectáculo: un lugar inmenso, terrible y ardiente, del cual salia una llama infecta; estraños y horribles monstruos volaban en el espacio superior del sombrío vapor del fuego, sostenidos de unas alas membranosas semejantes á un pergamino negro y encogido; estos monstruos ahullaban de alegría pero de un modo siniestro y feroz, reian imitando los gestos tenebrosos de los demonios y de los condenados, y luego repetian con voz lúgubre y pesada como el ruido de una matraca:

— Hélos ahí! hélos ahí!

José se puso á mirar.

Innumerables legiones de frailes se empujaban en la entrada de ese vasto pandemonium. Vióles desfilar á todos unos despues de otros; y á medida que llegaban en este lugar se despojaban de toda su forma primitiva; y con la roja claridad del eterno incendio, les veia tomar formas terribles y estrañas, y á pesar de esta transformacion, conservar los deseos, las inclinaciones y la inteligencia del hombre, y estar reducidos á seguir los instintos del ser inmundo

de que se habian revestido! — ó tomaban á la vez la forma de dos animales de instintos opuestos, y sugetos á las necesidades de estas dos naturalezas contrarias, encontraban en esta eterna contradiccion horrorosos padecimientos y deseos imposibles de satisfacer.

Este suplicio atroz, inconcebible, inventado por una imajinacion delirante, hizo estremecer al novicio; estalló con una risa ruidosa y sofrenada... acababa de ver al inquisidor Arbués bajo la forma de un tigre, con el pico y las patas de ave.

A esta penosa alucinacion sucedió una postracion cuasi completa; cuando fueron á buscar á José para volverle á conducir á la iglesia, apénas podia sostenerse; su andar era lento y mal asegurado, su pálido rostro inclinábase sobre su pecho, y un suspiro penoso se escapaba de su seno.

Pero acercándose al altar vió á Pedro Arbués sentado en la silla episcopal: esta vista pareció reanimarle; un rayo de ira salió de su ojo sombrío; la sangre le volvió al corazon: habia vuelto á la realidad de su vida.

Arrodillóse entónces sobre el atrio, sin ir acompañado de su padre adoptivo, como iba al principio de la ceremonia: no tenia mas padre que Dios.

Pronunció sus votos con voz firme. Recibiólos el prior, y despues de la última fórmula, el órgano empezó su canto sublime, y los frailes entonaron el *Te-Deum*.

Era este en accion de gracias por haber librado á una alma del poder infernal.

Acabado el canto estendieron al profeso en un ataud y principiaron á cantar un oficio mortuorio. Durante este tiempo, José fatigado por tantas emociones durmióse profundamente. Parecíale que en la tumba era el único lugar en que podia estar en paz y en

descanso. El paño mortuorio que lo cubria ya lo habia separado de la vida, y de los dolores que esta acarrea.

El movimiento que hicieron los frailes al levantar el féretro para transportarlo á las catacumbas no pudo dispertar al novicio; cuando salió de este sueño letárgico, estaba solo en las bóvedas subterráneas de la abadía, rodeada de tumbas y de huesamentas.

Tales eran las ceremonias que acompañaban la profesion de un fraile dominico; una vez afiliado, estaba pronto iniciado en los goces egoistas de la vida monástica, á menos que no hubiese tomado seriamente todo esto por una fantasmagoria.

Cuando José dispertó, exhaló un profundo suspiro viendo que á su alrededor no observaba mas que cosas siniestras.

—La muerte! murmuró; sí, la muerte es dulce, ella reune... pero yo, yo no puedo morir aun.... oh no! esclamó con energia, antes de morir, debo vengarme!..

—Fernando! prosiguió con voz sorda, como si alejándose de este lugar fúnebre hubiese hablado á un sér invisible; Fernando! aguárdate un poco, pronto nos verémos!.....

XI.

UNA PASION DE INQUISIDOR.

Libre dos meses habia de las persecuciones de Pedro Arbués, vivia Dolores pacíficamente bajo la proteccion del apóstol en el asilo que este le habia elegido. Dos meses habia tambien que el desgraciado Manuel Argoso padecia en secreto[1] en los calabo-

1 Todos los historiadores que han escrito sobre la inquisicion están contestes en que desde el momento que una persona habia

zos de la inquisicion, vastos sepulcros de los que parece imposible hayan podido salir séres vivientes.

A pesar de las investigaciones y buen celo de Enriquez, nombrado por su influencia gobernador de Sevilla, el inquisidor no habia podido descubrir el retiro de Dolores Argoso, oculta en la abadía de las Carmelitas bajo un nombre supuesto. Su pasion impura se habia acrecentado, y la imposibilidad en que se hallaba de satisfacerla le ocasionó un disgusto profundo y una rabia interior que le devoraba é inducia su inmundo corazon á tomar venganza de ello sobre los infelices que de continuo caian bajo de su poder infernal para ser juzgados.

Impelido por las insinuaciones de José ó mas bien impulsado en los instintos perversos de su feroz naturaleza por este novicio que parecia haberse constituido el conductor de sus iniquidades, Pedro Arbués acumulaba sobre su cabeza las maldiciones de España; ni los suplicios, ni las lúgubres solemnidades del cadalso no podian entibiar los deseos tan diametralmente opuestos á su representacion, deseos ardientes y carnales que el recuerdo de la hermosa andaluza aumentaba en el alma del impúdico Arbués.

Al hacer gravitar sobre don Manuel Argoso toda su indignacion y su cólera, el objeto del inquisidor no era otro que el de amedrentar á la desgraciada Dolores á fin de que accediera por el terror á sus obcenas miras; habia obrado como hombre diestro, como hombre que conoce el corazon de las mujeres. Detenerla, sumergirla en las cárceles de la inquisi-

sido capturada y encerrada en los calabozos del santo oficio, no la dejaban comunicar absolutamente con nadie, aunque fueran sus parientes mas cercanos. Ademas, si alguien se atrevia á interceder en favor de un preso ó procuraba disculparle, era inmediatamente detenido bajo el mismo concepto que el que habia querido defender.

cion, entregarla al tormento, á la muerte, ¿que hubiera sido todo eso? la heróica jóven hubiera podido sufrir y morir, porque amaba..... Pero perseguido su padre, entregarlo á los verdugos de la inquisicion para que le hicieran sufrir la ignominia, los tormentos y aun el último suplicio de aquel tribunal, era un escollo bastante atroz que la infeliz Dolores no podia superar. Ver entregar á los verdugos del terrible tribunal este anciano y honrado padre, este padre que la amaba con el amor mas tierno, que por sus cuidados cariñosos la habia hecho llevadera la falta de su madre, habia de ser por precision el golpe mas acertado para que esta desgraciada criatura accediera á la impúdica proposicion del insigne Pedro Arbués; y por esta razon solo sentia este malvado el no poder descubrir el paradero de ella, bien convencido que todo lo haria por salvar á su padre.

En vano la milicia de Cristo la habia buscado; en vano la tenebrosa hermandad que tenia por gefe el vigilante y astuto *Mandamiento* habia recibido las mas alucinantes promesas de dinero y de proteccion; un poder divino parecia proteger á la jóven que el hombre mas santo habia tomado bajo su proteccion; ó bien en los decretos celestes la persecucion de ella no habia sido aun determinada.

Esta persecucion parece que habia de tener lugar muy pronto.

El tal Arbués se hallaba tan desconcertado por la infructuosidad de las gestiones que practicaba para descubrir el paradero de Dolores, que apénas tenian ya ascendiente en su corazon los vicios que le dominaban, como las orgías y el sacrificio brutal de aquellas infelices hermosuras que se le prestaban para no sufrir el suplicio inquisitorial.

Solo el recuerdo de Dolores tenia para él ciegos encantos.

Sumergíase con gusto en una soledad absoluta poblada de esta hechicera imájen: no porque su alma depravada fuese susceptible de una verdadera pasion, sino por consecuencia de esta ley misteriosa que quiere que el ser mas perverso sufra á veces la influencia de un ser hermoso y puro y sin poder comprender su escencia divina ni poder elevarse á su altura por el arrepentimiento que regenera al hombre, se constituya voluntaria y deliciosamente el esclavo de este ser adorado.

Desgraciadamente, en esta naturaleza de pasiones el ingenio queda de tal modo sugeto á los sentidos, que satisfechos estos, la llama de amor que habia ablandado la peña se estingue, y solo queda un ser brutal y feroz, en aquel punto donde por algunos instantes se habia creido ver á un hombre.

Sumergido en las increibles alucinaciones de una pasion llegada á su último período, y aun no satisfecho el inquisidor de Sevilla, habia buscado debajo del sombrío verdor de los jardines un refujio para librarse de las fantasmas que le perseguian.

Ensayaba de librarse de sí mismo.

Pero léjos de calmar la ajitacion de su sangre, las balsámicas emanaciones de los floridos naranjos, poderoso filtro capaz de turbar la razon al mas sabio, exaltaban inmoderadamente las fibras de su cerebro. Torrentes de deleites parecian circular á su alrededor con estos olores embriagantes.

Aunque solo se estaba en abril, el aire era sin embargo tibio como lo es en verano en las regiones del norte.

Bajo un hermoso cielo brillaban millares de estrellas que parecian otras tantas fascinadoras miradas.

La noche no era serena, y sin embargo pasaban vapores blanquizcos y diáfanos como sombras rápidas

sobre los objetos, se les hubiera tomado fácilmente por una comparsa de duendes impalpables y ligeras creaciones del otro mundo venidas á este para presidir el dispertamiento de la naturaleza de la alegre florescencia de la primavera.

Ningun ruido particular turbaba el silencio de esta fantasmagoría; pero el zumbido de las hojas asemejábase á una misteriosa armonía de besos furtivos, y tal vez tambien, en esta inmensa fecundacion de la naturaleza entera al momento de su dispertamiento, la mano invisible y poderosa que la remueve hasta en sus entrañas produce este ruido vago é impalpable, este estraño y armonioso murmullo que muchas veces escapa á las pereepciones del oido material, pero que se hace oir en el alma en sus horas de recogimiento y de meditacion.

Debilitado pronto por el cansancio, y quebrantado por los continuos combates de la naturaleza, por esta irritacion sin objeto que enerva á la vez el alma y el cuerpo, Pedro Arbués se dejó caer sobre uno de los bancos de aquel voluptuoso desierto.

Allí apoyó su ardiente cabeza sobre las manos, y cayeron lágrimas de rabia y de despecho de aquellos feroces ojos cuya mirada hacia temblar á una nacion entera.

Apoderóse de él una estrema dejadez; permaneció así algunos instantes sin hablar, sin que los suspiros de su pecho revelasen el dolor que le deveraba.

Vencido como un niño tímido, el tigre inquisitorial quedó sumergido en uno de aquellos terribles sueños que horrorizan.

Repentinamente oyéronse crugir pasos por la arena, apartarse las ramas de los naranjos con el ruido sordo de un leve roce, y el ruido de una respiracion sofrenada turbó el silencio que reinaba en aquel sitio.

En medio de su letargo, Pedro Arbues oyó el rui-

do, pero en este momento bajo la influencia del citado letargo causado por la violencia de sus sensaciones anteriores, no abrió los ojos, no pudiendo ni deseando saber quien era el que venia á turbarle de esta suerte. Estaba en el encanto de un desvarío, y la imágen de Dolores, la única que durante su sueño se reprodujo á los ojos de su alma, mezclándose al ruido real que se oia, dió á la imajinacion del inquisidor una lucidez tal, que parecióle ver á la misma muger que deseaba.

Alguien marchaba efectivamente en esta direccion, y el inquisidor creyó tambien ver á Dolores que se adelantaba hácia él: cuando la tuvo cerca, tendióle los brazos, y cogió con un apasionado apreton á su favorito José que dió un grito agudo al encontrarse así entre los brazos de Pedro Arbués, el cual abrió los ojos, y al ver el sombrío rostro del que tenia delante, rechazó á José con un movimiento enérgico, que le hizo caer sobre el césped.

Estaba pálido como un espectro, y su corazon apenas latia.

— Maldito sea este sueño, esclamó el inquisidor, con voz sombría; creí abrazar el flexible cuerpo de una muger.

No contestó el favorito: no tenia fuerza para hablar. Acudióle á su imajinacion un terrible recuerdo, y al momento en que Pedro Arbués le habia cojido de esta manera entre sus brazos, se sintió sobrecogido por un terror pánico que se disipó muy pronto; pues el inquisidor se pasó la mano por la frente como quien busca recordar sus ideas, y mirando luego á José que permanecia inmóvil y petrificado, echó una grande carcajada.

— ¡Pobre muchacho! dijo, creí que eres una mujer.

Un frio sudor cubrió la frente del novicio.

Vamos, levántate, prosiguió el inquisidor, y vente conmigo á dar un paseo por estos bosquecillos. Los genios de la Giralda[1] se han citado en mi casa. Sueño y no disfruto mas de la vida real. Vamos, José ayúdame á entrar en ella, te lo suplico.

José habia tenido tiempo de volver en sí durante esta alegre salida; levantóse, y saludando á su eminencia, le preguntó como se encontraba.

— Bien, muy bien, mi pobre José, dijo el inquisidor con aire risueño.

Los pesados sueños de la velada no le habian dejado ninguna huella.

Pedro Arbués estaba así; pasaba rápidamente de una sensacion á otra, como acontece con los sujetos que tienen el alma muy violenta y poco profunda.

Sin embargo como la imájen de Dolores no estaba del todo borrada, muy pronto volvió á molestar la imaginacion del inquisidor, que continuando paseándose por los jardines al lado de su favorito, dió á la conversacion el giro natural que debia imprimirle lo obsecado de sus pensamientos.

— José, ¿tú tampoco sabes nada?

— Nada, señor, nada he podido descubrir.

Aunque esta pregunta y esta respuesta eran muy emigmáticas, ambos se comprendian con una sola palabra: José conocia á fondo el alma del inquisidor.

— ¿Que puedo hacer? murmuró Arbués con rabia; he puesto en emocion toda la milicia de Cristo; he movido con un poco de dinero toda esa raza de gitanos que ejercen el espionaje y el asesinato!.... nada! He registrado todos los conventos de Sevilla, nada! ¿Habrá tal vez Dolores salido del reino? ¿esta hija

1 Segun una tradicion morisca, se cree generalmente entre el pueblo, que la Giralda fué edificada por los génios que aun la habitan.

tierna y piadosa habria acaso, para salvar su cabeza, abandonado su padre á mi venganza?

Tenia razon Pedro Arbués en decir que habia registrado todos los conventos de Sevilla, sin esceptuar el de las Carmelitas; pero una rara circunstancia habia salvado á Dolores. Como no habia manifestado la intencion de hacerse religiosa, y estaba encarecidamente recomendada por el apóstol, le daban una libertad cuasi absoluta: solo seguia los ejercicios de la casa, precisos para toda buena católica.

A Dolores le gustaban mucho las flores, y en el inmenso jardin de la abadía habia elegido un lugar solitario en el que cultivaba las plantas que mas apreciaba: cuando tuvo lugar la visita del inquisidor, hallábase en este sitio muy lejano del edificio.

Con todo, Pedro Arbués no se habia olvidado de preguntar á la abadesa si tenia mas novicias ó mas nuevas profesas de las que le habia presentado en revista; pero como Dolores no pertenecia á ninguna de estas dos clases, nada dijo de su residencia la abadesa porque la consideraba de corta duracion y aun en calidad consideraba á Dolores como pensionista.

No fué pues por modestia ni por precaucion, fué simplemente por olvido.

Y he aquí porque el inquisidor quedó persuadido de que la hija del gobernador se habia salido de Sevilla.

—Señor, dijo José, si realmente esta jóven ha querido escaparse, huyendo de las persecuciones de la inquisicion, ¿no podeis escribir á los tribunales de Aragon y Castilla, á los de Málaga y de Cuenca, á todos los de España, y por último hasta al rey, á fin de que pongan todos los esbirros del santo oficio en busca de la fugitiva?

—No, no! replicó vivamente Arbués; no es su muerte la que me conviene; es ella, solo ella.

—¿No está el gobernador de Sevilla en los calabozos de la inquisicion?

—Sin duda; y por esto mismo no puedo comprender la huida de su hija: ¡es tan fuerte y animosa! ¡aprecia tanto á su padre!

—Oh! que venga, que venga! prosiguió con una especie de delirio, con que felicidad le diré: Tu padre quedará libre, pero sé mia. —Y ella se entregará por salvar á su padre.

—Y su padre no se salvaria! murmuró sordamente el favorito lanzando una mirada de hiena sobre el inquisidor.

—Que hablas entre dientes, José, dijo Pedro Arbués.

—Calculaba, señor, que tormentos nuevos podrian inventarse para amedrentar á esa jóven, dado caso que se volviera á encontrar.

—¿Quien hay? dijo repentinamente Arbués retrocediendo un paso.

—Vuestro fiel Enriquez que os busca, señor, respondió el recien venido que era el gobernador de Sevilla, antiguo familiar del santo oficio.

—¿Porqué sorprenderme así? dijo Pedro Arbués de muy mal humor.

—Traigo buenas noticias á vuestra eminencia, respondió humildemente el *gobernador*, y he creido.....

—Habla, veamos, ¿qué hay?

—Dolores Argoso...

—Y bien!

—Está en el convento de las Carmelitas, del otro lado del Guadalquivir.

—Dolores! ¿y desde cuando?

—Dos meses ha.

—Mientes! esclamó el inquisidor; yo mismo he visitado el convento, y Dolores no estaba.

— Pues está, señor, os lo juro por la santa eucaristía; lo sé de cierto, y os lo probaré.

— ¡Bravo Enriquez! esclamó el inquisidor con una espresion de alegría, ¡bravo, Enriquez! Como lo has descubierto?

— Señor, respondió el familiar inclinándose de un modo ridículo, que vuestra eminencia me dé la absolucion de este pecado: me he disfrazado de fraile, y he confesado á la abadesa.

— ¡Verdadero Dios! dijo Pedro Arbués, he aquí una idea que no me ha ocurrido á mí siendo sacerdote.

— ¿Vuestra eminencia me absuelve? prosiguió Enriquez con una mirada socarrona.

Hizo el inquisidor la señal de la cruz, y el nuevo gobernador de Sevilla, levantando orgullosamente la cabeza, se puso cual conoce toda la importancia de sus verdaderos servicios.

— ¡Bien está! esclamó el inquisidor frotándose las manos; ahora nos arreglarémos los dos, orgullosa Lucrecia.

— Entremos, prosiguió: Enríquez tiene que hablarme de ciertos asuntos de su gobierno.

— ¿Como va la heregía? continuó Pedro Arbués sobre la marcha.

— Señor, va progresando de un modo espantoso; los mismos conventos no están escentos de esta lepra.[1]

— Diablo! dijo el inquisidor, será preciso poner órden y reanimar el celo católico tratando como á he-

[1] Las doctrinas de Lutero y de Calvino no conmovian solamente á la Alemania, la Inglaterra, la Suiza, la república de Génova y al medio dia: en España, especialmente en los conventos, tenia numerosos partidarios. Parece cierto que un gran número de españoles entre los cuales habia eclesiásticos, encontraron el medio de procurarse los libros publicados en Alemania por los protestantes del Espiro. (*Llorente, historia de la Inquisicion.*)

reges á todos los que no denunciarán la heregía.

¿A quienes se ha detenido esta semana?

— Solo quince ó veinte personas, señor.

— ¿De calidad?

— La mayor parte, dos ó tres doctores en teología que la echan de encontrar faltas en el texto latino de la Vulgata, y algunos otros del mismo temple que, jactándose de católicos, son los celosos admiradores de Martin Lutero.

— Algunos hay entre los primeros, que los odio de un modo singular: son orgullosos que emplean todo su saber, toda su elocuencia en destruir el poder de la inquisicion. Juan de Avila, Luis de Granada, Juan, por sobrenombre Juan de Dios, y algunos otros ilustrados que se ponen como apóstoles, y si es necesario como mártires para echar hasta al fondo del corazon de los pueblos profundas raices de revolucion é independencia.... Pero juro á Cristo, que se estrellarán.....

— Señor, dijo José, ¿no teneis el poder de enmudecerlos?

— Sí, esclamó Pedro Arbués: estoy cansado de esas predicaciones sin número que solo tienden á inspirar al pueblo el deseo y el valor de la libertad. Esas gentes se fingen sencillas y humildes para ser fuertes, y el pueblo les cree porque se popularizan para hablarle; pero, ¡verdadero Dios! Cada una de sus palabras es un golpe de hacha sobre el púlpito de san Pedro, y si el Vicario de Jesucristo comprende los verdaderos intereses de la Iglesia, me dejará operar contra ellos en plena libertad, y quemarles como simples legos, pues que son hereges de hecho y que no obstante su carácter eclesiástico, se separan de la iglesia romana de todo corazon y voluntad.

— Señor, dijo friamente José, para hacer perecer el árbol es preciso arrancar las raices; mientras exista

un herege en España, la heregía se reproducirá como esas plantas que es preciso no dejar la menor raiz en tierra.

— Pondrémos órden, replicó el inquisidor, ¡y por la Vírgen! levantarémos para destruirlos hasta la tierra que los lleva.

— No se puede hacer mucho por Dios, dijo Enriquez con tono hipócrita; ya he pensado en esto, prosiguió con aire importante.

Hablando así, habian llegado á la puerta del aposento del inquisidor.

— ¿Vienes, José? dijo Arbués.

— Perdone vuestra eminencia, pues tengo que preparar un sermon para mañana.

— ¿Y despues de tu sermon, nos acompañarás al convento de las Carmelitas?

— Estoy enteramente á las órdenes de vuestra eminencia, respondió el favorito, despidiéndose del inquisidor.

Arbués y el nuevo gobernador de Sevilla entraron solos.

José salió.

Cuando iba á pasar el umbral de la puerta del palacio inquisitorial, una mujer vestida de negro le vió, y presumiendo, por el hábito de dominico, que tal vez seria un miembro de la inquisicion, adelantóse hácia él, con las manos juntas, y con el acento de un increible dolor:

— Mi reverendo, esclamó, hacedme hablar al señor Arbués.

— ¿Quien sois? preguntó José sorprendido; ¿qué teneis que hablar con el inquisidor?

— Quiero pedirle la vida de mi padre, respondió la jóven con exaltacion; de mi padre que es inocente, y que acusan de heregía; de mi padre que era gobernador de Sevilla, y que actualmente....

— ¡Dolores! esclamó José considerando con ardiente curiosidad el rostro de la jóven medio oculto debajo de un velo.

— ¿Como sabeis mi nombre? dijo temblando.

— Dolores Argoso, prosiguió el dominico con voz dulce y llena de ternura, no te acerques á esta casa, porque encontrarias en ella el deshonor ó la muerte.

— ¿Como lo sabeis? preguntó horrorizada.

El dominico llevóse á Dolores, que le siguió sin resistencia.

— Ven, infeliz niña, dijo el novicio, apresurándose á alejarla del palacio del inquisidor; ven, y si quieres permanecer pura y que tu padre se salve, ocúltate; ¡Oh infeliz! que seria de tí si Pedro Arbués te viera!

— Y bien! dijo ella cobrando alguna confianza por el acento triste y afectuoso del dominico, ¿qué debo hacer yo para salvar á mi padre?

— Ocultarte, confiarme tu causa y dejarme obrar, respondió José. Sí hija, confiame tu causa desde luego.

— ¿A vos? dijo, mirándole con alguna esquivez porque acababa de acordarse que pertenecia á la inquisicion.

— Sí, á mí, respondió con amargura; á mí, que bajo este hábito de mal agüero oculto un corazon compasivo.

¡Es tan jóven! pensó Dolores, contemplando bajo los sombríos resplandores de la noche sus hermosas manos y noble rostro.

— ¡Oh Dios mio! ¿porque sois dominico?

— Para salvarte tal vez, dijo José enternecido; créeme, Dolores, y no pretendas perder tiempo indagando los misterios de mi vida: el hábito solo es á veces una máscara que oculta las heridas del corazon.

— ¿ Y vos, tambien ? esclamó Dolores que se sentia inclinada hácia al jóven religioso por una irresistible simpatía.

— No pienses en mí, ocupémonos de tus asuntos. ¿Qué vas á hacer ahora ?

— ¡ Lo que Dios quiera !

— ¿ Donde te ocultarás ?

— Volveré al convento de las Carmelitas.

— Guárdate bien de hacerlo, dijo José, el inquisidor ha descubierto tu retiro, y mañana debe asegurarse personalmente de la noticia que le han dado esta noche acerca de ello.

— ¿ Como ha podido saberlo ? el apóstol no ha revelado mi nombre á nadie, ni aun á la abadesa.

— ¡ Pobre niña ! ¿ preguntas como la inquisicion descubre todos los secretos y todas las conciencias ? Todo lo sabe ; y nada tiene inviolable ni aun en la tumba ![1]

¡ Oh Dios mio ! esclamó Dolores ocultándose la cabeza entre las manos y dando libre curso á las lágrimas para modificar un tanto la pena que la sofocaba.

— Cálmate, cálmate, hermana mia, dijo José, empleando este dulce nombre para inspirar mas confianza á la jóven y tambien porque se sentia inclinado hácia ella en razon de una serie de sufrimientos que les eran comunes.

[1] En un auto de fé que tuvo lugar en Valladolid en 1559 en presencia del príncipe D. Cárlos y de la princesa Juana se quemó los huesos y la estatua de una dama llamada *Eleonor de Vivero y Cazalla*, muerta como *buena católica*, acusada y convicta, despues de su fallecimiento, por confesiones arrancadas de los testigos que se sometieron al tormento, de haber prestado su casa á los luteranos de Valladolid para entregarse á las ceremonias del culto protestante. Esta señora fué declarada *muerta en heregía*, y por esto condenada á la infamia hasta su posteridad; sus bienes fueron confiscados y su casa derribada con prohibicion de reedificarla. Sobre las ruinas de esta casa levantóse un monumento con una inscripcion relativa á este acontecimiento. (*Hist. de la Inquis.*)

— Es verdad, padre mio, tampoco es permitido llorar.

— No, dijo José, el ruido de los sollozos irritan al tigre y exalta su sed de sangre.

— Mas bajo, mas bajo, padre: podrian oirnos.

— Sí, tienes razon, existe alrededor nuestro un delator en cada piedra. ¡Silencio, silencio pues! Pero antes de dejarme, pobre niña, dime lo que será de tí.

— Tranquilizaos, yo ya tengo un asilo y solo me falta saber si vos salvaréis á mi padre.

— Por el alma de quien mas amo te juro que si tu padre muere, será porque no habré podido alcanzar nada por él, y que tú misma no habrias podido salvarle sacrificándote toda entera; ¿lo oyes, Dolores?

— Os creo, dijo estrechándole las manos que cubrió de lágrimas; os creo. Mas ¿donde podrémos vernos otra vez?

— Escucha, dijo José, en la estremidad de la calle de los Gitanos, en el barrio de Triana, ecsiste un horrible sitio inmundo, llamado taberna de la *Buena Ventura*.

Verdadero nido de buitres, donde el robo, el asesinato y el latrocinio se reunen todas las noches.

El aspecto de este lugar es asqueroso y lúgubre: allí solo oirás risas cínicas ú horribles maldiciones.

Este lugar es frecuentado por todo lo que la España contiene de impuro: bandidos, prostitutas, gitanos, frailes, etc.

Ahí los frailes tambien blasfeman y profieren palabras obscenas, la embriaguez confunde en una comun, brutalidad los que la sociedad arroja de su seno, y aquellos que se abrogan el derecho de conducirla.

Allí se elaboran los crímenes vergonzosos, los asesinatos jurídicos, las persecuciones injustas, las delaciones falsas, puñal de dos cortes que mata de un

golpe seguro; los raptos nocturnos, los asesinatos y el estupro; porque en ese inmundo lupanar se encuentran instrumentos para todos los crímenes.

—¿Qué quereis decir con esto, padre? dijo Dolores horrorizada.

—Pues bien! prosiguió el fraile, allí es donde deberéis ir á encontrarme.

—¡Acaso sueño! esclamó la jóven; ¿qué me pedís, padre?

—Tú venias á buscar al inquisidor esta noche; ¡pues bien! créeme, jóven, el lugar cuyo horrible cuadro acabo de describirte es mil veces menos peligroso que el palacio de Pedro Arbués.

Los ojos de José brillaban de un fuego sombrío; sus mejillas de ordinario tan pálidas, se habian vuelto de un carmin ardiente: parecia quemado por una fiebre interior.

Dolores creyóle loco.

Pero repentinamente, suavizando su voz ordinariamente muy grave, y á la cual la exaltacion acababa de dar vibracion brillante, José miró á Dolores con ternura.

—Va, pobre muchacha, no temas ir donde José te aconseja que vayas; ¡quisiera salvarte á precio de mi vida!

—La taberna de la *Buena Ventura* pertenece á un alguacil llamado Coco, valiente y honrado muchacho que me aprecia; y á su jóven hermana llamada *Chapa*, escelente criatura que se arrojaria al Guadalquivir para servir á cualquiera. Esas buenas gentes son pobres, y se ganan la vida como pueden, pero puedes fiarte á ellos. Si me necesitas, dirás solamente á *Coco* ó á su *hermana*:

—Quisiera ver al padre José.

Y me verás sin duda, pero anda con cuidado, sal únicamente de noche y aun disfrazada.

— Nada temais; no os comprometeré.....

— Pero, replicó ella ¿no he de temer?.....

— Nada, dijo José, nunca sospecharán que frecuentes ese lugar para..... Solo te encargo que te disfraces de manola.

En esto habian llegado ya cerca al puente de Triana, y luego de haberlo pasado, José preguntó á Dolores:

— ¿Cual es tu camino?

— Por aquí, dijo, señalando sobre la derecha, la orilla del Guadalquivir.

— Y yo, por ahí, dijo José señalando la calle de los Gitanos. Adios, Dolores, descansa en mí; mas piensa que solo puedes nombrarme delante de dos personas: el alguacil Coco y su hermana. Adios, sobre todo que seas prudente.

— Y vos, padre, tened piedad de mí, dijo ella alejándose.

José siguió la *calle de los Gitanos*.

Dolores siguió la orilla del Guadalquivir.

Era el camino que conducia á la choza del apóstol.

XII.

EL RASTRO.

Con la imaginacion llena de esta especie de alucinacion comun á todos aquellos cuya vida está repentinamente afectada de algun accidente inesperado, atravesó Dolores en muy poco tiempo la distancia que la separaba de la casa del apóstol.

A pesar de la estraña benevolencia que acababa de manifestarla un miembro de la inquisicion, no estaba enteramente tranquila y le tardaba hallarse bajo la proteccion de su santo amigo.

Su deseo de ver otra vez al apóstol era tanto mas violento, por cuanto desde su mansion en las Carmelitas no le habia visto mas que una vez, y solo esta vez habia tenido noticias de Estévan.

Este desgraciado jóven de quien sospechaba la inquisicion, por sus ideas amplias y filosóficas, y que á demas era odioso á Pedro Arbués porque veia en él á un rival amado, solo debió la vida á la intervencion de José, quien como ya se ha dicho, habia burlado las crueles órdenes del inquisidor, ganando al maestre de la Garduña.

Ignorando el estado en que se hallaba su amante, Dolores estaba poseida de unos temores que no la dejaban vivir en sosiego.

—¿Está libre? se preguntaba con espanto, y esta horrorosa incertidumbre aceleraba las palpitaciones de su corazon, y le hacia apresurar el paso para llegar mas pronto.

Cuando estuvo cerca de la casa del apóstol, sorprendióse al notar que no brillaba al través de las estrechas ventanas la pálida luz de la lámpara que iluminaba las piadosas veladas del hombre de Dios.

Sin embargo el cercado del jardin estaba cuasi abierto y por esto cedió fácilmente.

Era una especie de enrejado hecho de ligeras ramas de palmera y encuadrado en una guarnicion de madera.

Dolores llamó en la puerta de la casa que estaba cerrada, pero nadie respondió.

—¡O Dios mio! no está! dijo, abatida por esta nueva desgracia.

Llamó otra vez con mas fuerza é insistencia; pero en vano: la puerta quedó firme y nadie abrió.

Recorrió Dolores el jardin, especie de cerco bastante espacioso donde crecian frutales coronados de parras, patrimonio de los niños y de los transeuntes

fatigados, que despojaban impunemente estos hermosos árboles de sus frutos y aquellas parras de sus racimos dorados. El apóstol lo habia permitido, y á no ser así la veneracion que inspiraba hubiese bastado para guardarlos, y jamás hubiera nadie traspasado la simple barrera de mimbre de su jardin.

En vano esploró Dolores todos los rincones de ese lugar agreste: nadie! Era evidente que el apóstol estaba ausente.

Pero como su morada aislada estaba léjos de toda habitacion, nadie pudo decirle lo que se habia hecho.

¿Qué hacer?

No podia volver á las Carmelitas, pues corria demasiado peligro.

¿En la ciudad?

¿A cual de sus conocidas hubiera ella espuesto á la venganza de la inquisicion, pidiéndola un asilo?

Y ademas, ¿no se cerrarian todas las puertas á una hija de un hombre acusado de heregía?

Quedábale el recurso de la taberna; pero como José se la habia pintado de un modo tan triste, prefirió pasar la noche en el jardin.

Aun hacia fresco, á pesar de la benignidad de la primavera; la proximidad del rio ponia el aire un poco fresco.

Dolores no tenia mas abrigo que un vestido de seda negro y una mantilla de encajes.

Estaban los árboles cubiertos de hojas y de flores; una yerba espesa crecia á sus piés. Acurrucóse Dolores contra un enorme plátano; dejó caer sus largos cabellos al rededor de sus espaldas como una capa, rollóse la mantilla al rededor de su cabeza, y dirigiendo al cielo una suplicante mirada, sentóse á tierra en la yerba fresca y espesa.

Confiaba en que el apóstol no tardaria á volver.

Pero las horas transcurrian, y dispierta por la inquietud, Dolores sufria el fresco de la noche; de vez en cuando oíanse pasos por el camino, entónces levantaba la cabeza para mirar de ese lado, esperando que llegaria el que ella habia ido á buscar; pero el transeunte se alejaba, y Dolores recaia en su pesadumbre.

Cerca de ella rodaban las pacíficas olas del Guadalquivir con un ruido monotono; el grillo levantaba su canto agudo en el silencio de la noche, y de vez en cuando una brisa de primavera, soplando por pequeñas ráfagas, barria la cima de los árboles, de donde caia entónces una lluvia rosa y odorífica.

Mas, para la infortunada jóven, esa noche magnífica, estaba llena de terrores y siniestros presentimientos.

Postrada de dolor y de cansancio durmióse por fin al rayar el alba. Cuando principió á dormir tenia frio; pero muy pronto le pareció que un calor suave alentaba sus miembros embotados, y que estaba en un palacio de hadas, cuyo cielo raso azul, de la media naranja de ese espléndido palacio, sostenia una araña de oro encendida por los genios, y que esta subia lentamente hácia la cúpula dirigida por unos seres invisibles, y que á medida que subia iba aumentando su esplendor, y el calor que producia hasta que por fin esparció torrentes de luz y de llamas.

A penas la araña de oro hubo tocado á la cúpula, este magnífico palacio poblado de séres diáfanos de una maravillosa hermosura cambió repentinamente de aspecto: los muebles brillantes y las flores que lo adornaban desaparecieron; las alas de las sílfidas y de los genios cayeron en polvo dorado; sus cuerpos tan hermosos se transformaron en monstruos, tomando una transparencia rojiza; un calor tórrido amenazó

abrasar el palacio, y Dolores quiso alejarse par huir de este suplicio intolerable, pero estos monstruos se pusieron en círculo al rededor de ella para impedir que saliese : uno de ellos le colocó un grande espejo ardiente sobre la cabeza, de modo que sintió un ardor que la abrasaba como si hubiese estado dentro de una hoguera.

Cansadísima por lo mucho que sufrió en este sueño, al dispertar le pareció que pasaba de muerte á vida.

El sol ardiente y luminoso habia ya rebajado el horizonte, y sus rayos flechaban el rostro de la jóven.

Habia dormido mucho tiempo : eran ya las diez de la mañana.

Atónita de ello echó una mirada á su alrededor, como para reunir sus ideas interrumpidas por el sueño ; y entónces representándose en su memoria los acontecimientos del dia anterior, sobrecogióla un amargo desaliento.

Dolores era fuerte de corazon y de alma, pero era demasiado jóven y poco habituada á las vicisitudes continuamente reproducidas de una existencia azarosa ; tenia poca esperiencia de este mundo, para poderse cuadrar espontáneamente contra las desgracias que la atacaban de improviso ; en su valor la resignacion era mucho mas que la energía, pero no se puede negar una gran fuerza de ánimo delante de un peligro inminente. Por lo que respecta á las aflicciones comunes de la existencia, las lágrimas ocupaban el lugar de preferencia : la energía la asistia despues de la reflexion. El saber de Dolores era justo y elevado, y se le fortificaba por medio del raciocinio.

Así son todas las mugeres que llaman de un talento superior. El valor de ellas no es mas que un combate eterno y sempiterno entre la razon y el co-

razon, escepto en las cosas donde este se halla interesado: en este caso él solo basta para hacer frente al valor mas acreditado de un hombre. Fuera de este caso, la fuerza de las mugeres no consiste mas que en el don de saber sufrir; y no serian mugeres si así no fuera.

Permaneció Dolores un instante sumergida bajo el peso de este nuevo infortunio.

Volvió sus miradas hácia la casa: todo permanecia aun en el mismo estado de la vigilia; las ventanas estaban cerradas... y un fúnebre silencio reinaba en ella. Para asegurarse aun mas, realiñóse el vestido, la mantilla y los cabellos, y se fué de nuevo á llamar á la puerta del apóstol.

Pero fué en vano: el apóstol no habia vuelto.

Dolores estaba sola, abandonada, sin asilo, sin pan, y no osaba arriesgarse de dia en las calles de Sevilla, temiendo ser reconocida y detenida por la inquisicion.

Sin embargo, estaba decidida para irse á la taberna, único recurso que la quedaba: abandonóse pues á la Providencia.

Pero para no esponerse á ser reconocida en la ciudad por los esbirros de la inquisicion, resolvió aguardar la noche.

Habia en el jardin del apóstol algunos trozos plantados de cañas de azúcar. Ciertos árboles de América, que crecian muy vigorosos y bellos bajo el caliente sol de Andalucía, entremezclaban su sombrío verdor con el de las ramas de las parras apenas cubiertas de hojas nacientes, y con el de los alberchigos floridos cuya flor se iba abriendo exhalando un perfumado olor de rosa.

Decidida Dolores á pasar este dia en el jardin, eligió el cuadro de cañas de azúcar para garantirse del ardiente calor que despide el sol.

De este modo aguardó la noche, devorada de inquietud, postrada de fatiga y de necesidad: nada había comido desde el dia anterior.

Mascó algunos tallos de caña de azúcar, y sacó con sus manos agua limpia del Guadalquivir para apagar la sed que la devoraba; pero no bastaba esto para reparar sus fuerzas. Sin embargo, en sus necesidades consideróse feliz con este socorro debido solo á la Providencia.

Durante este largo y cruel dia pasaron muchas gentes por el camino, entraron algunos niños en el jardin del apóstol para coger mariposas; esos fueron los únicos incidentes que turbaron á la pobre abandonada. Mantúvose bien oculta entre las ramas; y nadie siquiera llegó á sospechar que la elegante y hermosa Dolores Argoso, la hija de uno de los mas ricos personajes de España, estaba allí, como una mendiga, obligada á tener que dormir sobre el santo suelo sin mas colchones que su vestidura y sin alimento alguno.

En fin, habiendo llegado la hora en que ordinariamente en España todo el mundo hace la siesta, Dolores pensó que podia sin temor salir de su escondite.

José la habia encargado que solo saliera disfrazada: convenia pues ante todo procurarse un disfraz.

Dolores no tenia dinero, pero su vestido de seda era magnífico, y su mantilla de los encajes mas finos. Se decidió pues irse al *Rastro*[1] para hacer un cambio. Únicamente allí podia sin dinero procurarse un disfraz conveniente.

Salió del jardin, se cubrió el rostro con el velo, y volvió á retroceder por el mismo camino para diri-

[1] Parage donde se vendian todos los objetos viejos y los robados.

girse al barrio de Triana, donde se hallaba ese mercado llamado Rastro. Existia entónces en la *calle de los Gitanos* una plaza irregular, á la cual iban á parar una multitud de callejuelas sucias y obscuras, donde se hallaban situados los mataderos de la ciudad. En uno de los lados de esta plaza se veian unas barracas de madera muy bien ordenadas una al lado de otra, habitadas por unos que vendian en ellas despojos de animales; de suerte que en la fachada de estas barracas no habia mas que hígados de vaca, de ternera, de carnero y de puerco pendientes de unos garabatos; luego riñones de esos mismos animales, sesos ensangrentados dentro los respectivos cráneos enteramente abiertos; despues en inmensas cubetas de agua sucia, nadaban las cabezas, los piés, las tripas, hacinado todo sin órden ni concierto. Todas esas carnes desagradables y aun fastidiosas, que despreciaban los ricos, estaban destinadas para servir de alimento al pueblo bajo de Sevilla.

Fórmese una idea, si es posible, del hedor que se exalaba en ese lugar inmundo, al cual iban aun á juntarse los de los mataderos.

Despues por tierra sobre el empedrado de la plaza, figuraos una multitud de mugeres mal vestidas, colocadas simétricamente en hilera, teniendo cada una un andrajo delante que le servia de tabla. Oh! si os gustan los contrastes súbitos, seguramente lo mejor que podriais hacer seria visitar el Rastro de Sevilla; allí aun hoy dia encontraréis de todo, desde el arambel que sirve para hacer hilas, hasta al manto dueal; desde la hortera en que come el gitano, hasta la Vírgen de plata que venera y adora; y aun tal vez esta misma Vírgen la presenten cubierta de un viejo filtro de hombre, destinado allí para ser vendido como ella,

Un poco mas distante se ve un rosario de granos de coral colgando de unas parrillas sucias; un magnífico servicio de plata dorado al lado de un orinal; algunas veces se ve una hermosa mantilla de blondas suspendida de una escoba; otras veces, un crucifijo está acompañado de un par de pistolas que cuelgan de los dos brazos de la cruz. En, fin el Rastro era un mercado diario donde iban á parar todas las miserias, desde la del grande de España, demasiado pródigo de sus rentas, hasta la del último desgraciado, cuyo sudor era absorvido por la rapacidad de los frailes; era un conjunto confuso de cosas disparatadas y heterogéneas: la imágen mas verdadera y mas exacta del salon de un rey constitucional.

Y no nos admiremos de esta mezcla estraña de riquezas con miserias. Las revendedoras del Rastro no son como las del Templo de Paris, no venden por su cuenta; venden por todo el mundo, y no son mas que unas corredoras de confianza.

La iglesia les confia la venta de una Vírgen para comprar otra mas hermosa; algunas señoras sus joyas para pagar sus deudas; otras, los atavíos de que estan disgustadas al cabo de una hora que la modista se los ha traido; y por fin, la manola, sus vestidos de fiesta para comprar pan.

Estas corredoras son condescendientas para todos; saben cumplir el gusto de cualquiera que las emplee; venden, cambian, empeñan; y en estos negocios, tanto con ellas como con cualquiera otra de la misma clase, el mas abispado es el que saca raja; con todo, rara vez dejan ellas de llevarse la victoria: un beneficio bastante regular, nunca les falta.

En la época que sucedia todo lo mencionado en nuestra historia, este comercio era aun mas considerable de lo que es actualmente, á causa de los

numerosos despojos de los condenados de la inquisicion que pertenecian á sus delatores, y que estos hacian vender.

Cuando Dolores llegó á la plaza del Rastro tuvo que retroceder por el asco que le causó el escesivo hedor de ese lugar; pero haciendo un esfuerzo para violentar su repugnancia, volvió adelante y se acercó temblando á una revendedora aun bastante jóven, cuya fisonomía le inspiró mas confianza que la de las otras.

Pero como estas mugeres creyeron que tenia intencion de comprar, la circuyeron prorumpiendo en una confusion de palabras capaces de aturdir á un sordo.

Cada una alababa sus mercaderías con gestos mas ó menos atractivos, y con una labia capaz de fascinar al hombre mas esperto.

—Señorita, decia la una, compradme este hermoso collar de perlas finas, que perteneció á la princesa Juana, hija de la reina Isabel; vendiólo despues de su muerte una camarista á quien lo habia dado.

—Ved, decia la otra, este rosario de esmalte adornado de una cruz de rubis: los glorias son de esmeraldas; ha sido bendecido por nuestro Santo Padre el papa; se ganan cien dias de indulgencias cada vez que se rece con él.

—Compradme esto, esclamó otra levantando encajes de Flandes, cuyo enrejado estaba cubierto de arabescos bordados.

—Señora, esta sortija bendecida que preserva de hechicerías.

La sortija en cuestion era una simple sortija de oro muy gruesa, cuyo engaste representaba una mano cerrada con el pulgar asomando entre el índice y el del corazon: resto de supersticion morisca adoptada por los cristianos, que creian poder neutralizar ó evitar las hechicerías poniendo la mano derecha cerra-

da como se acaba de espresar; y por esta razon atribuian una especial virtud á la sortija de que acabamos de hablar.

A pesar de su dolor, Dolores sonrióse ligeramente; no participaba de las supersticiones de su época, ni creia en las hechicerías.

Felizmente para ella, su sonrisa fué tan imperceptible, que nadie lo notó, pues que de otro modo no hubiera dejado de tener algun que sentir de parte de aquellas gentes, que trataban de hereges á todos los que no pensaban como ellos.

— Vamos, dijo la primera corredora á quien Dolores se habia acercado; vamos, no quereis nada de todo eso ¿no es verdad señorita? compradme esta hermosa imágen de la Vírgen, la que os colmará de felicidad; vamos me la ha dado ese hombre santo que nosotros llamamos el apóstol; el pobrecito necesitaba dinero para socorrer á una desgraciada, y con este motivo se lo adelanté sin aguardar la venta de ella; en cuanto á él, nunca necesita nada, es tan sumamente bueno, que la providencia no le desampara nunca.

— ¡El apóstol! esclamó Dolores, ¿vos conoceis al apóstol, buena mujer?

— ¡Santa Maria! ¿quien no le conoce en Sevilla? ¿No es él quien nos consuela y da pan á nuestros hijos?

— ¿Sabeis donde está en este momento?

— No señora, porque él es invisible como Dios, pero siempre se encuentra cuando uno lo necesita.

Alucinada un instante por la esperanza que habia concebido de saber donde se hallaba su protector, Dolores procuró hacer su cambio lo mas pronto posible.

— No quiero comprar vuestra Vírgen, dijo tímidamente, pues no tendria para pagarla; pero necesito un traje completo de manola, y si quereis darme uno por el que yo llevo puesto ahora.....

—¿Por el vuestro, señorita? dijo la corredora echando al atavío de Dolores una ojeada de revendedora que aprecia repentinamente el valor de un vestido, y que conoce tambien, sin tocarle, desde la mas ligera rasgadura hasta la mas mínima mancha que el polvo puede haberle imprimido.

—¿Y vuestra mantilla entrará tambien en el cambio? añadió la corredora, examinando los finos encajes que cubrian los hermosos cabellos de la jóven.

—Si señora, dijo Dolores, vos me daréis una de seda.

Los ojos de la corredora no podian disimular el deseo de ver efectuado este cambio tan ventajoso por sus intereses.

Tocó el zagalejo de raso de la jóven, que era como se dice, *de lo mejor*, y despues de haberse bien persuadido que todo estaba nuevo flamante, se fué á buscar un vestido de sarga de color de viola y una mantilla negra de seda.

Este vestido iba tan bien á Dolores, que parecia estar hecho efectivamente para ella.

—Bien está, dijo la jóven.

—¿Os va bien?

—Sí, creo que me va bien.

—Vamos, ¿pues cuanto me daréis de vuelta?

Abrió Dolores los ojos, y miróla estupefacta: su vestido valia diez veces mas que el que se le ofrecia.

—Sí, ¿cuanto me daréis?

—Pero yo no puedo volveros nada: ya os he dicho que no tenia dinero.

—Oh! entónces es diferente; sino teneis dinero tomadlo: me deberéis lo demas. ¡Dios me libre de causar pena á una linda jóven como vos!

—¿Donde me desnudaré?

—Venid, venid, mi casa no está lejos de aqui.

En efecto, frente por frente de su parada de ropavejera tenia una barraca de madera donde su marido vendia desechos de carnes. Sobre la parte de atras de esta barrera habia una pieza cuadrada con un colchon en tierra, y un cofre en que esta muger encerraba sus prendas: allí condujo á Dolores.

Mientras la ayudaba á desnudar vió un pañuelo magnífico de punto de Bruselas que Dolores lo empleaba como griñon ó toca.

—Señora, la dijo, ya que no teneis dinero para devolverme, me contentaria con esta baratija.

—Tomadlo, dijo Dolores con un movimiento de disgusto, tampoco iria bien con mi nuevo traje, pero dadme al menos una toca de batista, para que no sienta sobre mi cuello la aspereza de esta lana.

La mujer la trajo un pañuelo que no era nuevo, pero como era de una blancura bastante regular, Dolores se contentó con él viendo la imposibilidad de obtener otro mejor.

Cuando estuvo vestida, miróse en una pequeña placa de estaño pulida que servia de espejo á la revendedora: estuvo contenta de su metamórfosis. Su vestido pesado y grosero disimulaba bastante la elegancia de su gracioso cuerpo. Echóse la mantilla y se salió.

—Sed mi parroquiana, señora, dijo la mercadera.

Pero Dolores no la oyó: se habia encaminado muy rápidamente hácia la *calle de los Gitanos*,

XIII.

UN MILAGRO.

Enriquez, gobernador de la muy noble ciudad de Sevilla, por la gracia del señor Arbués, habia señalado los primeros dias de su poder con numerosas prisiones.

Algunos hombres muy distinguidos, sabios y piadosos doctores en teología, mugeres espirituales, y amables, de corazon fuerte, de alma enérgica y poderosa, gemian en las cárceles del santo oficio bajo las sospecha de luteranismo.

Alarmado el apóstol, por estas terribles persecuciones, habia persuadido á Estévan de alejarse de Sevilla por algunos dias, y como al mismo tiempo desease visitar á sus pobres, se marcharon juntos dirigiéndose hácia la parte de San-Lucar.

He aquí porque Dolores no habia encontrado á nadie en la casa del franciscano.

Este hombre de Dios acostumbraba visitar de tiempo en tiempo los numerosos pueblos de Andalucía; allí, su tolerancia apreciando igualmente todas las sectas y todas las profesiones, acogia con la misma ternura los judíos, los cristianos, los moriscos y los gitanos; consolaba á los unos, apartaba del mal á los otros, les animaba á todos, y les repartia sin distincion alguna los donativos de su inagotable caridad.[1]

[1] Algunos frailes piadosos de aquella época recorrian la España, pidiendo á los ricos, dando á los pobres, predicando á todos las santas doctrinas del Evangelio, y consolando á todos los dolientes. Esta conducta verdaderamente apostólica estaba en contradiccion con la frailuna y la inquisitorial, y por esto los frailes y los inquisidores no cesaban de perseguir encarnizadamente á los santos varones caritativos.

Por toda la Andalucía el nombre del apóstol era un talisman mágico : bastaba pronunciarlo para que asomase la alegría en todos los rostros, y se dirigiesen las miradas al cielo como para darle las debidas gracias por la existencia de este hombre caritativo.

Asi, cuando se corria la voz por los pueblos del tránsito, de que él volvia, se veia en lo largo del camino muchas mujeres escalonadas, llevando sus hijos en brazos para aguardar el momento de ser bendecidas ellas y ellos por el citado apóstol : cuando habian podido tocar su hábito, se creian libres de todos los males.

Por mas que el apóstol les dijese con un suave tono de autoridad :

«No es á mí á quien debeis rendir homenaje, yo solo soy un poco de polvo como vosotros, es á Dios que está allí arriba y que os habla por mi voz » el pueblo siempre algo pagano en sus adoraciones, encontraba mucha mas sencillez en prosternarse ante este hombre, de quien recibian directamente los bienes de que les colmaba.

— Hijo mio, decia el apóstol á Estévan admirado de la amabilidad y de la docilidad de estos hombres adustos que se ponian como mansos corderos desde que el santo les acababa de hablar : cuan fácil seria el inculcar la probidad y la religion á estas gentes, si en vez de envilecerles con el terror y de agriarles con los tormentos, se les disponia á fuerza de beneficios y de amabilidad á creer en Dios y en su providencia. En vez de esto, les llenan el cerebro de supersticiones ; les atormentan tanto y les hacen tan poco bien, que solo creen en los demonios y en el infierno, del que les dan un gusto anticipado sobre la tierra. Privados de felicidad, consuelos y esperanzas, se ponen á la vez fanáticos, débiles y crueles.

—¿Cómo ha de ser? respondió Estévan: estos hombres no poseen nada, los frailes lo han todo invadido [1] y cada dia la inquisicion quita á estos desgraciados el solo bien que les queda: la libertad de conciencia. ¡Cuan fácil seria no obstante, de hacer feliz á este pueblo tan activo y poeta!

—Aun tiene otras calidades mejores, dijo el apóstol: es inteligente y bueno; su talento es una mezcla singular de alegría, de sutileza y de conocimiento natural que les proporciona la facilidad de meditar en asuntos de cosas serias. Este pueblo es capaz de hacerse cargo del objeto mas elevado y necesario de esta vida: la fraternidad universal. Sin embargo de ello estamos viendo que estos hombres naturalmente buenos y leales se convierten en hipócritas; peor aun, en denunciadores! Y yo mismo solo debo mi seguridad al hábito que visto. Si como particular les hubiese hecho el mismo bien y predicado la misma moral, me hubieran mirado como un luterano, y mi zelo por la verdad y la felicidad de ellos me habria costado la vida; pero soy sacerdote, soy fraile: ¿puede engañarse un fraile?

—Andad con cuidado, padre mio, respondió Estévan con una sonrisa amarga, el señor Alfonso Manrique y el señor Arbués podrian bien no respetar vuestro hábito como el gran inquisidor. Torque-

[1] En el siglo XIII, el clero regular y secular formaban la centésima parte de la poblacion de España, que se componia entónces de treinta millones de almas; los empleados del gobierno comprendidas las tropas, ascendian á cerca de un millon; podian contarse unos dos millones de propietarios; todo lo restante de la poblacion se componia de proletarios y de mendigos. El clero regular y secular poseia una tercera parte de la España. (*Estadística de Belmonte y Baldivico.*)

El clero regular y secular, gracias á su intolerancia y á su insaciable avaricia, ha reducido el pueblo español al número de unos once millones; y la inercia y crueldad de aquellos gobernantes hubiera reducido la España en un desierto, si Dios no se hubiese apiadado de este desgraciado pais.

mada, de odiosa memoria, no respetó la dignidad episcopal de los obispos de *Calahorra* y de *Segovia*.[1]

— Torquemada era muy cruel, dijo el apóstol suspirando; pero á lo menos á su brutal fanatismo é inexorable crueldad no reunia aquellos desórdenes de comida, bebida, etc.[2] El fanatismo le habia puesto loco, pues de lo contrario ¿como podia llegar á tal estremo la crueldad de un hombre? despues de haber pronunciado la sentencia de un infiel, se arrodillaba humildemente delante de un crucifijo, y desgarraba su cuerpo con los fuertes azotes de una disciplina, que se imponia para espiar todas las heregías del reino de Castilla.[3]

1 Estos dos obispos eran hijos de judios bautizados, pero merecian la estimacion del público. El inquisidor Torquemada hizo que se les procesase aunque segun las bulas apostólicas, los obispos no pudiesen ser encausados por la inquisicion. Los dos prelados se fueron á Roma para apelarse al papa. El soberano pontifice cometió el asunto ante otros obispos, cuya decision fué favorable á los acusados. Para indemnizarles de las persecuciones que habian sufrido, el papa nombró al obispo de Segovia para la embajada de Nápoles, y al de Calahorra para la de Venecia. El inquisidor no se arredró por eso: aun encontró el medio de instruirles otro proceso, por el cual llegó á demostrar que estos obispos habian caido en la heregia, y por esto los hizo encerrar en un castillo donde murieron despues de haber sido despojados de sus bienes y de la dignidad episcopal. *(Hist. de la Inquisicion por Llorente.)*

2 En todos tiempos, los españoles han acusado á los inquisidores y á otros empleados del santo oficio de hacer á las mujeres encerradas en la inquisicion victimas de sus escesos. Esta acusacion no es tan injusta como la han pretendido los defensores de ese odioso tribunal. Despues de la revolucion de Córdova y de la huida del inquisidor Deza, « queriendo el sucesor de este último, Gimenez Cisneros poner coto á los escandalosos esecsos cometidos con las mugeres que estaban presas, decretó segun el anuncio del consejo de la suprema, que todas las personas empleadas en el santo oficio que se hiciesen culpables de *semejantes crímenes* serian castigados con la pena de muerte. No faltaron ocasiones de aplicar esta ley, pero quedó sin efecto. » *(Llorente, historia de la inquisicion.)*

3 El fanatismo de Torquemada igualaba toda su crueldad, ó por mejor decir, su crueldad solo era el resultado de su fanatismo. Cada vez que se veia forzado á obrar contra algun hereje se

— ¡O padre mio! dentro pocos siglos, si la humanidad marcha como debe hacerlo, ¿querráse creer en todos estos horrores y locuras?

— Sin duda, hijo mio, pero será para deplorarlos: los errores de lo pasado serán una leccion para lo venidero. Llegará un tiempo en que todos los hombres leerán el Evangelio, y entonces todos tendrán derecho de decirse unos á otros:

— Somos vuestros hermanos, ¿por qué nos tratais como á estraños?

Cuando todos los individuos de una nacion conocen bien el código de leyes que les rije, es muy difícil que se perjudiquen unos á otros. Mucho mas cuando este código es el Evangelio, esta guia del alma; entónces el alma está bien gobernada, y es raro que las acciones no lo sean. Donde reina la ignorancia, reina tambien el desórden, la supersticion y la locura: todas estas plagas que transforman la tierra en un infierno habitado por demonios y condenados.

Hablando de esta suerte, llegaron el apóstol y su compañero á un pueblo situado en la cima de una montaña. Casas bajas, pintadas la mayor parte de encarnado y de verde, se prolongaban tortuosamente en hileras sobre la cresta de la montaña, formando así una calle irregular terminada por una pequeña iglesia, cuyo campanario puntiagudo se elevaba de unos cuarenta pies mas que las casas. Cuando la campana de esta iglesia bamboleaba hubiérase dicho al ver el conjunto de este pueblo, que era una boa que levantaba su cabeza silvando y echando dardos con su lengua hácia al cielo.

Cuando los dos viageros llegaron, todo estaba tran-

preparaba por medio del ayuno, de la penitencia, que consistia en azotarse con una disciplina hasta chorrear su sangre y desgarrar sus carnes. (*Vida de Torquemada por Ponce de Leon.*)

quilo. Era casi de noche, y los aldeanos, llegados del campo, estaban silenciosamente cenando miéntras que algunos niños medio desnudos jugaban delante las puertas entreabiertas. Del interior de las casas salia un picante perfume de puchero, y algunos pastores descendian lentamente de la montaña conduciendo sus ganados al redil.

El apóstol solo habia estado dos ó tres veces en esta aldea, y como los niños ordinariamente tienen poca retentiva, no le reconocieron. Asi que Estévan y él atravesaron la mayor parte de la calle, sin que nadie les estorbase su marcha, al pasar por delante de una casa muy baja, cuyo esterior algo desmoronado anunciaba mucha miseria, se detuvieron simultáneamente, por la impresion repentina que les causó el bullicio de una confusion de voces, indicio cierto de la mucha gente que estaba reunida en ella, y suponiendo que ocurria algun acontecimiento estraño, escucharon los viageros durante algunos instantes, y repentinamente oyeron una voz que decia con acento de compasion femenina:

— Pobre Pablo! tan bueno que estaba esta mañana.

— Aquí hay alguien que nos necesita, dijo el apóstol, empujando la puerta carcomida que cedió al momento.

Estévan entró con él en esta infeliz barraca donde apénas podia penetrar la luz del dia, y cuyo suelo desigual y terroso estaba cubierto de ruinas de todo género. Unos veinte gitanos de ambos sexos rodeaban á un hombre sentado en una silla bastante aseado con su vestido de fiesta, muy pálido, y que parecia dormir.

La junta entera de los gitanos, presidida por su correspondiente abuela, reina de esta corporacion, rodeaba su cólega, que estaba sentado.

A la llegada del apóstol y su compañero ninguno

del círculo se meneó; pero la abuela que veneraba mucho al fraile, le hizo traer un trípode de madera, único sitio que tuvieron para ofrecerle, y Estévan se quedó en pié.

— Qué significa esto, preguntó el apóstol.

— Este hombre ha muerto y le hacen la ceremonia de los funerales; y en esto adelantóse un gitano hácia al muerto, colocándole un tiple entre las manos, despues en alta voz y sin rubor alguno, confesó todos los crímenes que habia cometido desde el fallecimiento del último de sus hermanos hasta entónces.

Cuando hubo concluido esta singular confesion, el gitano interpeló al muerto diciéndole:

— Toca, y si he obrado mal, que tu música me vuelva sordo, y si he obrado bien, no te muevas, y me consideraré absuelto.

Ya se concibe que el muerto no tuvo cuidado de obedecer al primero de estos mandamientos, y el gitano se retiró, tan tranquilo de conciencia como un usurero que acaba de recibir la absolucion bajo promesa de restituir todo lo que ha robado.

— ¡Que barbaridad! dijo callandito Estévan.

— Aguarda, hijo mio, dijo el apóstol, aun no lo habeis visto todo.

En efecto, cada uno de los miembros de esta ilustre junta hizo á su vez su confesion, y de consiguiente todos quedaron tranquilizados sobre la enormidad de sus crímenes, puesto que el difunto los habia absuelto.

Como el aposento estaba alumbrado con hachas de viento, y el apóstol tenia en aquella época bastantes conocimientos en medicina, y á mas no le faltaba el don de esperiencia, privilegio exclusivo de algunos hombres de genio; mientras que los demas estaban ocupados en borrar sus pecados, él observaba al difunto.

— Este hombre tiene los miembros muy flexibles, dijo en voz baja á Estévan, y su color no ha sufrido la menor alteracion; solo está muy pálido.

— Es verdad, dijo Estévan, examinándole.

Pero bien pronto ya no les fué posible entregarse á estas observaciones fisiológicas; una muchacha se puso á bailar un fandango lascivo y animado, y ante el muerto sucesivamente cada uno de los de la reunion se puso á bailar, terminando con formar un círculo al rededor del muerto dándose las manos unos á otros.

Comenzaron por moverse lentamente y en cadencia, como si hubiesen querido tomar el paso y familiarizarse con el compas; despues el baile fué mas rápido, se levantaron unos á otros dando vueltas; y animándose así por grados, acabaron por dar vueltas tan rápidas, que parecian todos ellos una turba de demonios puestos en el aire por un poder invisible.[1]

Repentinamente esta turba furiosa hizo alto dando grandes voces: el muerto habia sido derribado de su sitio, y cayó en medio del círculo formado á su alrededor sobre una muchacha que ménos cuidadosa que las demas, habia enganchado un boton del chaleco del difunto con su pañuelo. La gitana retrocedió con un movimiento de horror, y el muerto fué á dar con el rostro contra la tierra.

—¡Jesus! esclamó la abuela, que desgracia, pobre María, que Pablo haya caido sobre tí!

— Sí, dijeron los demas; grandes males le esperan, y tal vez la muerte, á no ser que quiera velarlo sola esta noche.

— ¡Yo, pasar la noche enteramente sola con un muerto! esclamó la gitana espantada, ¡yo, pasar la

[1] El baile que describe el autor en este capítulo hace parte de la ceremonia llamada *Vigilia de los muertos*. Esta ceremonia tiene mucha relacion con la *Wacke* de los Irlandeses.

noche con Pablo, para ver bailar todos los diablos del infierno ante él y llevárselo![1]

—Bien me quedaria contigo, pobre Mariquilla, dijo un buen mozo que le hacia la corte, pero entónces la tal velada quedaria sin valor alguno.

—Oh! tengo demasiado miedo, decia la gitanilla llorando, prefiero morir si esto es el gusto de Pablo.

Miéntras que los gitanos discutian esta grave cuestion, el apóstol se habia acercado al muerto, y bajándose para levantarle, observó que salia alguna sangre de una herida que Pablo se habia hecho al rostro cuando cayó.

—¡Silencio, hijos! esclamó con voz fuerte: este hombre no está muerto.

Cesaron los gritos, y todos los gitanos quedaron como encadenados en sus respectivos sitios por una admiracion estúpida. Habian bailado sin temor al rededor de un muerto, y tenian miedo de un hombre que resucitaba.

Con el auxilio de Estévan, el apóstol puso al supuesto difunto en la misma silla de donde habia sido derribado, y sacando un frasco de su bolsillo, hizo que el enfermo lo oliese, al mismo tiempo que

[1] Los gitanos no profesan ninguna religion; fingen siempre tener la del pais que habitan; pero son la gente mas supersticiosa de la tierra. Un gitano acostumbrado á vivir de robos y estafas, no robará ni estafará el dia despues de una noche en que habrá oido el canto de una lechuza; porque segun la superstícion de su raza, el canto de una lechuza anuncia siempre el arresto judiciario ó á lo ménos debates con la justicia. El gitano no beberá un licor en el que haya caido una mosca, porque cree que toda persona que bebe de un licor que ha ahogado, se ahoga. Finalmente, el gitano que haya sido tocado por un cadáver en la vigilia, debe pasar la noche con el muerto y tener valor de ver llegar los diablos y llevarse el cuerpo del difunto, despues de haber bailado á su alrededor só pena de morir en el decurso del año. De consiguiente es una terrible desgracia cuando un muerto cae durante el baile que en la vigilia de su entierro hacen sus parientes y amigos al rededor suyo para preservarle de la vista de los demonios.

Estévan le frotaba vivamente las manos para llamar allí el calor y la vida.

Al cabo de algunos minutos el gitano abrió los ojos y el rostro tomó repentinamente color, amagando la reaccion un ataque de apoplegía.

En vista de ello, el fraile escitó la herida para que sangrara, y dijo á Estévan que le frotase fuertemente las estremidades inferiores, y al momento el enfermo respiró con libertad, abrió lentamente sus ojos, echó una mirada á su alrededor con estúpida admiracion, y se halló fuera de apuros, porque todo su mal no era mas que un desmayo aletargado, ú ocasionado por un esceso de borrachera.

Viendo restituido á la vida, aquel cuyos funerales acababan de celebrar, los gitanos se arrodillaron, y los mas jóvenes echaron á correr por la calle gritando que el santo acababa de hacer un milagro.

El mismo *resucitado*, aun débil y pudiendo apénas sostenerse, besó las manos del apóstol, diciéndole:

—Habia muerto, y me habeis rescatado de los lugares tenebrosos.

—No soy yo quien ha obrado este milagro; solo es Dios, á quien debes darle las gracias por ello.

—Padre mio, le preguntó Estévan en latin para no ser comprendido ¿porqué le dejais creer que este hombre habia muerto y que ha resucitado?

—Hijo mio, respondió el santo, este pueblo no es bastante ilustrado para conocer la verdad. Si procurara esplicarle sencillamente el fenómeno que acaba de verificarse, creeria que hemos obrado mágicamente, y nos perseguirian por brujos. Dejadle pues su fé sencilla, que es su único consuelo. Créeme, Estévan, ilustrar la razon de un pueblo, mejorarla por el saber, es obra de mas de un dia, especialmente

cuando sus ideas han sido desde mucho tiempo alimentadas misticamente. Es fácil pintar en una tela blanca, pero en una tela pintada, es preciso borrar primero los colores, para poner otros nuevos.

—¿Será preciso pues que este pueblo quede en una completa ignorancia?

—No, hijo mio, no; dejad filtrar el agua gota á gota, ella misma acabará para formar su lecho.

Mientras tanto, al ruido del *milagro* que acababa de verificarse, los habitantes del pueblo habian abandonado sus casas; y aun los mismos muchachos, á pesar de su apetito, se habian tambien alejado del hogar en que se les cocia la olla podrida, para ver *al santo que acababa de resucitar á un muerto*.

Despues de haber distribuido algunos socorros á los gitanos, y haberlos exortado á que se dejaran de robar y asesinar, (cuyas exortaciones escuchaban siempre con enternecimiento, y las olvidaban luego por consecuencia de su naturaleza salvaje, de sus arraigadas malas costumbres, y tambien por lo dificultoso que les era vivir de otro modo) salióse el apóstol para ir á la aldea á socorrer y consolar á los enfermos y á los afligidos, y darles algunas monedas, precioso donativo para estos pobres frailes que tenian pan y sopa, pero nunca dinero; asi es que muchas veces estas pobres gentes conservaban como reliquias los maravedices que les daba el apóstol, agugereándolos para echarlos como botones en sus chaquetas de pana.

Los dos viageros no tuvieron que tomarse la pena de entrar en las casas para hacer sus visitas; pues todo el mundo salió en masa hácia ellos, y al acercarse el santo abrieron calle muy respetuosamente para dejarle el paso libre; mas él, deteniéndose delante de cada uno, le preguntaba por su familia, sobre sus necesidades y sufrimientos; á los que le parecian

enfermos ó afligidos, les daba remedios y consuelos; á los mal vestidos, algun dinero para comprarse ropa, y á todos les encargaba la obediencia y la conformidad, diciéndoles que la murmuracion y la irritacion del alma no remediaban ningun mal, y que solo servian para aumentarlos.

El impetuoso Estévan, á pesar de sus doctrinas filosóficas que tendian á una reforma mas activa, no podia dejar de admirar la profunda sabiduría del apóstol.

— Como este, se decia él en su interior, habrian de ser todos los reformadores sobrios, perseverantes en la accion, pacientes en el resultado, pues que solo asi pueden regenerar á un pueblo.

El paso del apóstol en medio de aquella poblacion entusiasta y oprimida fué una escena muy tierna y como un rayo de sol caido sobre las tinieblas de aquellas almas sencillas pero muy fervorosas.

— Francisca, decia un jóven á su mujer, nuestro hijo será hermoso y fuerte: el apóstol lo ha mirado y le ha besado sus tiernas manos.

— Buena será la cosecha, decia otro; el apóstol ha venido á visitarnos precisamente cuando las espigas principian á hincharse.

— El fuego del cielo respetará mi casa, esclamaba otro; pues el apóstol se ha detenido delante de ella.

— Dios os bendecirá porque sois buenos, les dijo el santo; y seréis felices, porque no haréis mal á nadie.

— Padre, esclamó llorando una jóven que llevaba en brazos dos niños mellizos, han preso á mi marido y se lo han llevado á las cárceles del santo oficio, porque era moro convertido, y no habia oido misa para asistirme el dia en que parí á estos dos niños.

Dirigió el apóstol al cielo una triste mirada, y la dijo:

—Ten paciencia, hija mia, tu marido será puesto en libertad; ten confianza en Dios, que te consolará, y yo te cuidaré, ¿oyes?

—Es verdaderamente un santo, dijo en voz baja una anciana, no tiene miedo de la inquisicion.

—Mujer, dijo el apóstol, que la habia oido, los que creen verdaderamente en Dios nada temen.

Así se concluyó esta jornada en que Estévan y su guia aceptaron algunas provisiones, que echaron en las alforjas, y que tuvieron ocasion de pagar centuplicadas, marchándose luego al ruido de las bendiciones, para ir á pasar la noche en una de aquellas cabañas de hojas que los pastores construyen en lo alto de las montañas para pasar allí el invierno con sus ganados.

XIV.

OTRA VEZ JOSÉ.

Volvamos á Dolores, que hemos dejado en el camino de la taberna, y que llegada al estremo de la *calle de los Gitanos*, fácilmente reconoció el rótulo de la *Buena Ventura* escrito en letras tan gordas sobre la pared, asi es que á pesar de la obscuridad naciente Dolores no podia equivocarse en ello.

Aun habia poca gente; algunos frailes hablando vaciaban sus jarros de pajarete, y en un estremo de la mesa estaban un hombre y una mujer mal vestidos, comiendo un pedazo de pan moreno con algunas cebollas crudas, y tenian delante de ellos dos vasos de estaño y un porron del vino mas comun.

Las candelillas encendidas y pegadas á la pared procuraban un resplandor muy dudoso en la obscuridad de la sala.

La calma que reinaba en aquel sitio alentó un poco á la hija del gobernador. Titubeó sin embargo algunos minutos, porque no veia á la Chapa, y no sabia á quien dirigirse; pero bien pronto apareció aquella al umbral de la cocina. Entónces Dolores, armándose de valor, empujó la puerta, y dirijióse directamente á la jóven huésped.

Cuando estuvo cerca de ella se alzó el velo y la Chapa la reconoció al momento.

Pero Dolores tambien habia reconocido á la muchacha que habia servido de mensagera en el horrible complot de que era la víctima, y retrocedió con un movimiento de horror.

La Chapa la miró entónces, sin hablar, con aire suplicante; y con una presencia de espíritu andaluz, le tomó vivamente la mano y la estampó un beso en cada una de sus mejillas.

—Y ¿eres tú, mi pobre Ana? dijo ella con tono jovial; quien hubiera dicho que yo habia de tener la dicha de ver á esta buena prima!

—Ven pues, añadió, llevándosela tras sí al estrecho y sombrío retrete donde hacia cocer el puchero, ven que hablarémos de mi buena tia y de tus hermanas, mi pobre Anita. ¡Cuanto me alegro de verte!

Durante este flujo de palabras, la Chapa habia sustraido á Dolores de las miradas de la gente de la taberna, y Dolores, que apénas podia sostenerse por lo muy conmovida que estaba, sentóse en una mala silla de paja que encontró en un rincon.

— Calmaos, señora, le dijo callandito la hermana de Coco poniéndose casi de rodillas; calmaos, y no temais nada; pues yo daria mi vida para salvaros.

— Pero, añadió ella, viendo que Dolores recobraba un poco de confianza, haced como si hablaseis conmigo en calidad de prima; es preciso engañar á los espías.

En este momento un fraile pidió un jarro de vino : la Chapa activa y alerta, se apresuró á servirle.

—¡Que alegre está mi primita por haberme venido á ver! dijo ella á la mujer que cenaba al estremo de la mesa.

Pero la muger á quien la Chapa se dirigia, era la única por quien Dolores no fué desconocida, esta mujer era la Culebrina; y en el momento en que la hija del gobernador habia entrado en la taberna, la serena la habia reconocido.

Manofina, pues tal era el hombre que cenaba con ella, tenia menos memoria que esta. Solo las mugeres poseen esa perspicaz mirada tan rápida como el pensamiento.

La serena se sonrió, pero sin decir nada. Algunos instantes despues, Manofina quiso retirarse; la Culebrina se aproximó entónces á la tabernera, que se habia puesto delante de su puerta para ver si volvia su hermano.

—Chapa, la dijo, cuida bien á tu prima, y si necesitara de mí ó de Manofina, ya sabes donde encontrarnos.

La Chapa miró á la serena con un semblante que no disimulaba su sorpresa.

—Conozco á tu *Prima*, añadió en voz baja la jóven gitana, cargando el acento sobre la palabra *prima*.

—Culebrina, le respondió la Chapa, á lo menos guárdate de hablar.

—Vamos, dijo la gitana con un gracioso movimiento de espaldas, ¿qué tienes miedo? ¡una protegida del apóstol! La amo tanto como tú..... Acuérdate solo de lo que te he dicho; si nos necesitas vennos á buscar. Adios.

El guapo y su compañera se alejaron.

—Chapa, dejanos ver á tu prima, dijo un fraile barrigudo, á quien los vapores del vino principiaban á alegrar ; ¿ es tan linda como tú?

— Oh ! dejadla en paz á la pobrecilla, contestó la Chapa ; pues es tímida como un cordero.

— Pero esto no la impide ser hermosa.

— Veréis esto cuando habrá dormido, dijo la Chapa arreglando sus medidas de vino, ha andado algunas leguas á pié y está muy cansada.

La llegada de una numerosa cuadrilla de trabajadores que venia á cenar puso fin á este diálogo. El fraile continuó bebiendo, y la Chapa, despues de haber servido á todos, con una vivacidad y destreza notables, se aprovechó de la ocupacion general que sigue siempre al principio de una comida, y del ruido que hacian comiendo todas aquellas mandíbulas hambrientas para hablar en voz baja con la hija de gobernador.

— Chapa, le preguntó Dolores calmada de su primera desconfianza , ¿ conoces al fraile José ?

— Jesus ! si le conozco, dijo, es un santo, señora..... aunque viste el hábito de la inquisicion, añadió ella muy bajo. Vino ayer, prosiguió la tabernera, y me previno que fuéramos á buscarle , siempre que pidieseis por él.

— Ah ! dijo Dolores respirando mas libremente, ¡ pues no me ha engañado !

— Y á mí, dijo la Chapa casi llorando, ¿ me habeis perdonado ?

— Sí, respondió Dolores, te perdono aunque me hayas causado tanto mal.

— Oh ! ignoraba lo que hacia , yo obedecia , hélo ahí todo ; ¡ si supierais cuanto es preciso hacer para conservar uno su vida !

—¡ Pobre muchacha ! vé, que te llaman , no te ocupes de mí, sirve á tus gentes para que no recelen cosa alguna.

Volvió la Chapa á la sala, y sirvió á cada uno lo que pedia; despues se volvió otra vez adonde habia quedado Dolores, la cual estaba escesivamente pálida; pues nada habia tomado en todo el dia.

—Dadme algo, dijo á la tabernera, desfallezco.

— Jesus! dijo la Chapa ¿porque no lo deciais mas pronto, señora, todo lo que hay aquí es para vos.

Al propio tiempo le sirvió una taza de chocolate, que siempre tenia de repuesto por si algun fraile queria refrescar al pasar por allí.

Apénas habia Dolores terminado esta ligera colacion, cuando oyóse un ruido insólito en la sala donde se comia; azomó un poco la cabeza.

Todo el mundo se habia levantado por un movimiento espontáneo de respetuosa deferencia, y era que el favorito del inquisidor acababa de entrar en la taberna, no desdeñándose los mismos hijos de san Francisco de dar al jóven este público testimonio de sumision y respeto.

Pasó José en medio de estas gentes sumisas humildemente manifestándoles un alto desprecio, sin faltar empero en lo mas mínimo á la atencion recíproca que usan los frailes entre ellos.

Caminó en derechura á la *cocina*. Dolores levantó hácia él su bello rostro en que la tristeza y las angustias se hallaban estampadas.

— ¡Aquí ya! dijo José luego de haberla reconocido.

— ¡Aquí ya! respondió ella con amabilidad; esta palabra, padre, se parece á una reconvencion ¿os arrepentiriais *ya* de la proteccion que me habeis dispensado?

—No por cierto, pobre niña, dijo el novicio; lo que he prometido lo cumpliré gustosísimo; pero no os admiréis de mi sorpresa; ¿no me dijisteis ayer que teniais un asilo?

— Lo creia, padre mio, pero estoy maldecida como Cain; aquel á quien iba á buscar, habia marchado, y tal vez ha muerto; he pasado la noche en los rosales, y esta tarde con dificultad me he procurado este humilde traje para no ser reconocida.

— Habeis obrado prudentemente, hija mia; ahora mas que nunca estais en peligro, pero yo lo remediaré, y confio, añadió sonriendose con amargura; en que nadie sospechará que el dominico José haya dado asilo á una muger perseguida por la inquisicion.

— Padre mio, dijo Dolores algo inquieta, porque le sucedian ya desde algun tiempo ciertas cosas tan estraordinarias, que la permitian dudar: ¿donde me vais á conducir ahora?

— ¿Desconfias de mí, Dolores? le preguntó José, fijando sobre ella una mirada ardiente y llena de franqueza.

— Oh! perdonadme, dijo ella juntando las manos; pero cada paso que doy en la vida me conduce á un abismo ¡y sin embargo!.... Oh! os creo, os creo!... si quisierais venderme, no me miraríais así.

— ¡Pobre inocente niña! ¿no tienes mas garantía de mi buena fé que la franqueza de mi mirada? ¿Sabes si soy de los que ocultan un corazon de tigre bajo las facciones de un ángel? ¿No discurres otra cosa mas? ¿no habrá en tí algun presentimiento secreto que te diga que tu causa es la mia? ¿y que te defenderé como si fueses mi hermana, y nos hubiese criado un mismo pecho?

— Haced de mí lo que mejor os parezca, dijo la hija del gobernador, humillada casi hasta ponerse de rodillas delante de este hombre estraño.

Unas cuantas lágrimas amargas, corrosivas, de esas lágrimas largo tiempo contenidas, que saltan de vez en cuando, y á pesar suyo, del corazon mas

enérgico, se deslizaron lentamente de las largas pupilas de José, sobre sus mejillas pálidas y algo flacas.

—¡Llorais, padre mío! dijo la jóven enternecida; oh! vos tampoco debierais haber nacido en este siglo de hierro.

—Dios, respondió José, nos echa en este mundo cuando quiere, y por lo que quiere: para perseguir ó para sufrir; y del que sufre hace algunas veces el instrumento de su eterna venganza. He ahí tal vez porque tú y yo vivimos en este siglo.

—¡Dios mio! vuestra tristeza me espanta, y con todo tengo fé en vos, y os seguiria á cualquier parte donde me quisierais conducir..... Y despues, añadió algo perpleja, aun tendria que pediros otra cosa.

—Habla, dijo José, que casi lo adivinaba.

—Yo estaba desposada con don Estévan de Vargas.

—Lo sé, respondió José ahogando un doloroso suspiro; tranquilízate, don Estévan está seguro.

—¿Tambien le habeis salvado vos? esclamó con alegría.

—No, no le he salvado yo, siempre es la justicia eterna; Dios es el maestro que manda, yo solo soy la mano que obedece.

—¡O padre mio! bendito seais por haberme salvado á mi Estévan.

Todo esto pasaba á media voz en la cocina de la taberna; la Chapa iba y venia, distribuyendo comida ó vino á sus convidados, sardinas frescas, y pan que sobrepujaba en blancura á cualquiera otro de España; y tal era el respeto por la santa inquisicion en general y los inquisidores en particular, que nadie se atrevió á poner inconveniente en esta larga conversacion del jóven fraile con la *prima* de la Chapa.

Durante este tiempo, entró en la taberna *Coco*,

á quien José llamó á parte y le dijo:

— Mientras que tu hermana está ocupada, sígueme con esta muchacha hasta la salida de la ciudad.

— Hágase como lo quiere vuestra paternidad, respondió Coco inclinándose; pero, ¿vais á atravesar los dos la sala que está llena de gente?

— Tú y yo la atravesarémos, respondió José; y la muchacha pasará por la puertecilla del callejon.

Habia en efecto en esta especie de cocina una puerta que comunicaba con otra sala baja, donde habia un chiribitil donde dormia el alguacil, y que daba á un callejon sin salida.

Salió el dominico de la taberna acompañado siempre de respetuosos saludos de la *noble* asamblea. Coco se le juntó en la calle algunos minutos despues, y dieron juntos la vuelta á la casa volviendo á entrar por el callejon. Dolores estaba pronta á partir. Despidióse de la Chapa, y siguió á José que les servia de guia, porque el alguacil mismo ignoraba en que lugar iba á conducirlos.

— Que tal ¿teneis miedo? dijo José apretando la trémula mano de Dolores Argoso.

— Bien podeis conocerlo, respondió ella apoyándose sobre su brazo con noble confianza.

Salieron los tres de la taberna sin que nadie vislumbrase cosa alguna.

XV.

LA ABADESA DE LAS CARMELITAS.

Al propio tiempo que en la taberna de la *Buena Ventura* tenia lugar esta escena de importancia secundaria, pero indispensable para la aclaracion de nuestra historia, un incidente de otro género acaecia en la abadía de las Carmelitas.

La Abadesa descendiente de una familia casi real, que era la de los duques de Lerma,[1] y que por consideracion á su cuna se la habia elegido tal, á pesar de su juventud, se entronizaba en este momento en medio de algunas de sus favoritas; *se entronizaba* es la palabra mas adecuada, porque esta humilde hija de san Francisco ocupaba una ancha poltrona de terciopelo elevada sobre una tarima de algunas gradas, y encima de la cual habia un dosel de la citada tela con franjas de oro.

Cerca de ella estaba el báculo, insignia de su dignidad abacial. Colgaba de su cintura, cayendo sobre su hábito de lana obscura, un largo rosario de filigrana y de esmeraldas, cuyas glorias estaban representadas por una perla de oriente, tamaño como una avellana; finalmente, en su pecho brillaba una grande cruz de oro cincelado, y á cada movimiento de su blanca y delicada mano lanzaba chispas el enorme engaste del anillo abacial, formado con un solo brillante inestimable, sacado de las minas de Golconda ó de Visapor.

Frisaba la abadesa con los veinte y cuatro años; y aunque su talla no pasaba de mediana, parecia ser alta, tan altiva era su apostura, y de tal modo erguia su hermosa cabeza recta y firme sobre el mas gracioso cuello del mundo. Su tez rosada, y mas blanca de lo que suele ser la de las andaluzas, se habia emblanquecido mas á la sombra del claustro; y sus ojos de un azul sombrío, brillaban con un esplendor metálico entre las largas pestañas negras como el ébano. Sin embargo, la fisonomía de la abadesa no tenia otro rasgo distintivo que el orgullo de su cuna y una grande propension á la sensualidad: carácter visiblemente indicado por sus labios encarnados, volup-

[1] Francisca de Lerma no es un personaje histórico; sino un tipo, una personificacion de las abadesas de aquel tiempo.

tuosos, y sombreado por un suave bello casi tan negro como el de las cejas.

La pasion dominante de la abadesa era la vanidad; y apreciaba ante todo las prerogativas de su rango, siendo su afecto exclusivo para los que sabian lisonjear su orgullo aristocrático: queria ser reina hasta en el claustro.

Al rededor suyo, en sillas muy bajas, estaban hablando sus favoritas ocupadas en labores de aguja, y en bordados hechiceros, que solo pueden salir de las manos de una religiosa. Y aun algunas para mayor humildad se habian sentado en las últimas gradas del trono, casi á los piés de la abadesa; lo cual era una lisonja tácita y delicada. La santa grey conocia la flaqueza de su superiora.

Un suceso notable ocupaba en este momento la piadosa ociosidad de estas santas jóvenes, y era la desaparicion de Dolores.

—Clara, decia la abadesa á una religiosa jóven sentada cerca de ella, ¿calculas por qué Dolores se ha marchado del convento en donde la trataba como á mi propia hermana?

—No, en verdad, madre mia, respondió la carmelita; si la hubiesen encerrado aquí para sustraerla á algun amor mundano, podriamos creer que se ha ido para dar curso á sus pasiones.

—Su modestia era ejemplar, dijo la abadesa, y á despecho de sus modales un poco bruscos y reservados tenia un carácter amabilísimo. En efecto creí que podria inspirarle inclinacion al claustro, y esta esperanza era tanto mas fundada en cuanto la trajo acá un santo, el religioso mas puro de España.

—Qué lástima que se haya ido á *perder* en el mundo, dijo una novicia cuyos ojos brillantes estaban léjos de manifestar la perfecta tranquilidad de los

sentidos y del alma ; ¿en dónde será mas feliz que entre nosotras ?

— Hija mia , respondió Francisca de Lerma, bendecid á Dios que librándoos del mismo peligro permite que paseis aquí una vida dichosa.

La jóven reclusa ahogó un profundo suspiro esforzándose por dar á su rostro la espresion del contento. Y sin embargo hubiera preferido á las *santas delicias* del claustro la independencia y la alegre libertad de la vida mundana.

— Convenid , madre mia , prosiguió desplegando sobre sus rodillas una larga faja de muer blanco sembrado de delicadísimas flores de oro , que acababa de bordar, convenid en que es hermoso este frontal de altar, y que ningun convento de Sevilla podrá jactarse de tener otro igual.

— ¡ De veras que es admirable ! respondió la abadesa, adornará dignamente nuestra capilla en el dia de vuestra profesion, hija mia. Pero ¿qué teneis ahí, Catalina ? prosiguió dirigiéndose á una religiosa muy jóven que por debajo del velo hojeaba un volúmen mal impreso y adornado con láminas peores que el texto.

Sonrojóse ligeramente la religiosa, y ocultó su libro en la faltriquera.

— A ver que es eso , dijo severamente la abadesa.

— Entregad ese libro, hermana, dijeron las demas cuya curiosidad estaba vivamente escitada.

Catalina que estaba algo mimada por la abadesa á causa de su carácter amable , y especialmente por las muchas riquezas y el alta posicion de su familia, entregó el libro con cierto aire altivo, y sus compañeras pudieron leer en el lomo estas palabras impresas en grueso carácter : *La Santa Biblia*. En efecto era una biblia protestante traducida en español é impresa en Holanda.

— Si es un libro de devocion, dijo Clara, ¿ á qué tanto misterio?

— Sí, pero es una biblia luterana, dijo la abadesa ménos ignorante y tan curiosa como las demas, ¿quién os ha dado este libro, Catalina ?

— Un hermano de mi madre, señora, que le trajo de Holanda en donde era coronel de un regimiento. Mi tio era muy partidario de la religion reformada ; y cuando mi madre se empeñó en hacerme entrar en el claustro, mi tio que por mucho tiempo se habia opuesto á ello me dió este libro, diciéndome : Sobrina mia, no estarás siempre reclusa, cuando la reforma del gran Lutero habrá penetrado en España, las monjas serán puestas en libertad y podrán casarse como lo han hecho en Alemania.

— ¡ Oh madre mia , que sacrilegio ! esclamaron las reclusas , que escuchaban con avidez.

— ¡ Chiton, Catalina ! dijo Francisca, es muy imprudente el decir esto, hija mia.

— ¿ Y dista mucho de aquí la Alemania ? preguntó la ignorante Clara.

— ¡ Oh ciertamente ! respondió Catalina , y ya habrémos muerto cuando venga Lutero.

— ¡Silencio! ¡silencio! esclamó la impetuosa Francisca cuyo corazon palpitaba violentamente á la sola idea de libertad, en tal grado era ardiente esa muger tan poco hecha para la abnegacion é indolencia claustral, y que en el ejercicio del despotismo monástico habia buscado un alimento á su energía imponderable.

— ¡ Oh ! pensó entre sí, ¡ la libertad para nosotras tambien!.. Pero morirémos antes que llegue, murmuró repitiendo en voz baja las palabras de Catalina.

— Nuestra madre está pensativa , dijo Clara por lo bajo.

Entónces sonó en los oidos de las reclusas un fuerte campanillazo.

— Clara, dijo la abadesa súbitamente vuelta en sí, mira quien llama, pues á esta hora no creo tener ninguna visita.

— ¡Qué puede ser esto! murmuró la multitud ociosa para quien el menor incidente era una ocupacion grave, puesto que la vida del convento, se pasa en simplezas fútiles, en orgías místicas, en exaltaciones inútiles que todo viene á ser un desperdicio del tiempo y de la vida.

Clara se habia levantado, pero antes que con su paso lento hubiese atravesado aquella largas ala, una hermana lega levantando la cortina de seda, se adelantó hácia la abadesa llevando una bandeja de plata en la que habia una carta.

Clara tomó la bandeja de las manos de la lega, y á pesar de los esfuerzos de las demas religiosas que todas á la vez habian tendido los brazos para cojerla, Clara mas alta que las otras la levantó por encima de la cabeza, llegó al pié del trono, subió ligeramente todos los escalones, y alli arrodillada delante de la abadesa le presentó la bandeja.

La abadesa tomó la carta, rompió el sello verde, y despues de haber leido las primeras líneas se levantó de su asiento.

— Hermanas mias, dijo, vámonos á recibir á monseñor Arbués, el inquisidor general que nos honra con su visita.

A una señal de la abadesa salió la lega, y entonces Francisca de Lerma con el báculo en la mano tomó la delantera de sus favoritas, y adelantóse hasta la puerta esterior del convento para recibir á su eminencia.

Ya habrán notado nuestros lectores que no se dignó hacer llamar á las restantes monjas, porque en un gobierno despótico, el estado no son mas que el rey y sus favoritos.

Llegada Francisca á la puerta del claustro, la hizo abrir de par en par á tiempo en que monseñor Arbués bajó de su litera sin comitiva alguna porque José se habia fingido enfermo para dispensarse de esta visita.

El lector ya sabe á donde habia ido.

Adelantóse el inquisidor hácia las religiosas, y cuando hubo puesto el pié en el umbral de la puerta, la abadesa se arrodilló para recibir su bendicion, y todas las religiosas siguieron su ejemplo. Francisca de Lerma se dirigió en seguida al salon que poco antes ocupaba, y mandando traer dos grandes poltronas adornadas con franjas de oro, hizo sentar á monseñor Arbués, y ella se sentó á su frente. La abadesa acostumbraba hacer esto para conservar una igualdad de rango ante el gran inquisidor general, que si bien muy delicado en materia de etiqueta, se reia de esa sutileza, y hubiera sufrido que esa señora invadiera mucho mas allá sus derechos y prerogativas; y hubo una época en que se hubiera sentado voluntariamente en el último escalon de aquel rico trono tan dignamente ocupado por la hermosa Francisca de Lerma. Pero aquel dia, Pedro Arbués estaba taciturno y sombrío, y echó una mirada de altanería y descontento á la asamblea femenina. La abadesa desde luego comprendió que acontecia alguna cosa estraordinaria.

— Hermana mia, prorumpió el inquisidor, tengo que hablaros á solas; os suplico que hagais retirar á las hermanas.

La abadesa hizo una seña, las religiosas desaparecieron, y Pedro Arbués despues de asegurarse por sí mismo de que las puertas estaban bien cerradas, volvió á sentarse al lado de la abadesa.

— Señora, dijo con tono glacial, la última vez que visité esta comunidad, os pregunté si teniais al-

guna religiosa ó novicia á quien yo no hubiera visto; y si no me equivoco me respondisteis que nó.

— Y era verdad, monseñor: aquí no habia ninguna religiosa que no fuese conocida de vuestra eminencia.

— Religiosa nó, prosiguió Arbués, pero habia una mujer que vos me ocultásteis.

— Yo no os la oculté, señor, respondió Francisca, no se encontraba aquí cuando vos os dignasteis visitarnos, hélo ahí todo, y como no era ni religiosa ni novicia, no creí necesario hablar de ella á vuestra eminencia.

— ¿Y si fuera precisamente esa muger la que yo buscaba?

— He aquí lo que nunca me hubiera figurado, dijo la abadesa con un poco de ironía.

— A un lado los sarcasmos, señora, dijo con aspereza el inquisidor, cuyas pasiones eran demasiado violentas para contenerse largo tiempo y llegar á su objeto por rodeos. Esa muger está aquí y yo la quiero ver.

— Era preciso habérmelo dicho mas pronto, monseñor; esa mujer, ó mas bien esa muchacha, se ha marchado sin que yo pueda comprender el porqué, atendido que la guardaba toda clase de consideraciones.

— ¡Marchado! esclamó el inquisidor estupefacto, ¡marchado!... ¡Oh, vos me engañais, señora! Dolores Argoso está aquí, y me la entregaréis al momento, ¿lo habeis entendido?

— ¿Dolores Argoso? replicó Francisca; este no es el nombre de la muchacha que estaba aquí, señor; llamábase simplemente María; era una huérfana que me habia confiado el santo predicador Juan

de Avila, apellidado por todas partes el apóstol de Andalucía.[1]

—¡Juan de Avila! dijo el inquisidor con acrimonía; ya no me pasma que todo me contrarie: Juan de Avila es carmelita descalzo; todos esos mendigantes de san Francisco son nuestros enemigos.

—¿Qué os ha hecho Juan de Avila? dijo Francisca, que á impulsos de su terquedad mujeril se complacia en irritar la cólera del inquisidor.

—¡Qué me ha hecho, señora! me preguntais á mí, siendo el inquisidor general de la provincia, ¿qué me han hecho todos esos frailes predicadores, que en detrimento de Roma, afectan seguir y enseñar el Evangelio mejor que nosotros? Esos humildes orgullosos, que presentan al pueblo una religion tan amplia, que la santísima inquisicion les parece una tiranía y nuestro zelo una crueldad?

—¿Y qué os importa, monseñor? dijo la abadesa, ellos tienen la palabra, vos teneis el poder. Ellos predican en desierto. Creedme, no os dé tanto cuidado la propagacion de su doctrina.

—Pero esa mujer, esa muchacha, replicó el feroz inquisidor; ¡hacédla pues venir, señora! os digo que está aquí, y que la quiero ver.

—Monseñor, replicó la abadesa con un poco de despecho, he dicho á vuestra eminencia que esa muchacha habia desaparecido; ¿vuestra eminencia me hará la justicia de creerme por mi palabra?

—¡Francisca! esclamó el inquisidor clavando en la abadesa una terrible mirada.

—¡Pedro Arbués! replicó Francisca de Lerma, cuyo rostro alumbróse repentinamente de cólera y de celos; ¿has creido acaso que yo debia ser la carcelera de tus queridas? Esa jóven ha marchado ¿qué

[1] En su tiempo y lugar hablaré de Juan de Avila.

me importa? Házla buscar por tus esbirros y tus familiares. ¿Nó tienes quizás en Sevilla espías para encontrar á una mujer que se te escapa?

—¡Dolores está aquí, y yo quiero verla! esclamó Pedro Arbués con voz atronadora.

—Dolores Argoso no está aquí, respondió la abadesa con rabia fria y concentrada, y aun cuando estuviera tampoco os la entregaria; ¿lo oís, Monseñor?

—¡Por Cristo! ya es temeridad en vos, señora, el querer jugar con la inquisicion ¿sabes lo que puedo y lo que soy, Francisca? ¿lo sabes?

—¡Sé que sois un sacerdote abominable! esclamó Francisca, dasesperada; ¡un fraile impúdico, que solo procura satisfacer sus pasiones brutales á cualquier costa que sea!

—¡Ola! Francisca de Lerma, ¡santa abadesa de las carmelitas! ¿qué creeis que diria la España, si supiera vuestros deslices?

—¡Oh! es verdad, dijo con un gesto de horror, es verdad, soy una miserable mujer que oculta el vicio debajo de un santo hábito, y que al abrigo de las paredes del cláustro, satisface sin temor las pasiones devoradoras que Dios le ha enviado.... Pero ¿quién ha depravado mi alma? ¿quién me ha dicho, cuando trémula y humillada me acusaba humildemente á tus piés de la rebeldía de la carne: *Dios permite que se satisfagan las necesidades de los sentidos miéntras que sea conmigo?* [1]

[1] No solo ha acontecido esto en el siglo XVI, ni han sido solo los inquisidores quienes han dicho á sus penitentas: *Dios permite que se satisfagan los deseos de los sentidos, miéntras que sea con uno de sus ministros y sin escándalo*, estas palabras sacrílegas aun no hace cinco años que las dijo en Tolosa, á una monja del convento de san Antonio, su director contra el cual se vió precisada mas tarde á entablar una queja en forma ante los tribunales civiles de Agen y la Corte real de Tolosa. . . . . .
. . . . . .

—¿Quién me ha dicho esto, Pedro Arbués? quién ha pasado por sobre mis remordimientos su culpable y falaz *moral*, para aplanarlos del mismo modo que la hoz nivela la yerba de los campos? ¿Quién ha inflamado en mi seno estas pasiones ardientes que en la época de mi inocencia solo se me presentaban como relámpagos instantáneamente apagados por mi conciencia? Tú, siempre tú, cuyas desenfrenadas inclinaciones han alimentado las mias; ¡tú! á quién he tenido la debilidad de amar!.....

Durante esta enérgica reconvencion de la abadesa, el inquisidor columbró sobre una silla la biblia protestante que Catalina habia olvidado llevarse; leyó rápidamente el título impreso en el lomo, y á este descubrimiento un rayo siniestro salió de sus ojos, é impulsado por una intencion infernal tomó el libro y lo ocultó debajo de su túnica. Despues mirando á Francisca, demasiado exaltada por haber observado este hurto, Pedro Arbués se puso á considerar con cierto aire singular de concupiscencia y de admiracion á esa mujer ardiente y apasionada cuya cólera aun la hacia mas bella: un carmin vivo animaba la pura y blanca tez de Francisca, y sus ojos centelleaban tanto que se hubiera creido iban á arrojar chispas.

La cólera del inquisidor calmóse un momento con este espectáculo deslumbrador, porque jamás Francisca de Lerma le habia parecido tan hermosa. El austero rostro de Dolores, cuya espresion casta y severa alejaba los deseos en vez de despertarlos, no podia en aquel momento luchar con la incomparable hermosura de la abadesa. Para un hombre voluptuoso la comparacion redundaba en favor de Francisca, y sobre todo Dolores estaba ausente. Los hombres que viven por los sentidos no tienen ojos en el alma, lo presente impera en ellos, y los do-

mina aquella que hace vibrar las fibras materiales de sus seres.

—¡Oh cuán hermosa eres, Francisca! esclamó Pedro Arbués, que la contemplaba hacia ya algunos instantes con una admiracion muda.

Esta pasion descabellada sentaba bien á su naturaleza salvaje, y la mezcla de remordimientos que se dejaban entrever no eran mas que otros tantos atractivos.

—¡Hermosa pecadora! continuó, tomando la blanca mano de la abadesa, cuya cólera se la habia puesto fria como un mármol.

—Pedro, dijo la religiosa cayendo de rodillas, pálida y postrada por una súbita reaccion; Pedro, tengo miedo.... ¡tengo miedo del infierno!.....

—Loquilla, dijo el sacerdote, ¿quién tiene miedo del infierno cuando está en el cielo?

Una nube ofuscó los ojos de la abadesa embelesada. . . . . .

Pedro habia olvidado á Dolores. . . . . .

XVI.

LA MELOPIA. [1]

Luego que el apóstol hubo visitado con Estévan las aldeas mas pobres de los alrededores de Sevilla, decidióse á limitar allí este viaje. Estaba inquieto por Dolores, y acercándose la fiesta de Pentecóstes, en cuya época solia celebrarse un auto de fé, creyó cercano el momento en que seria sacrificado el infeliz gobernador de Sevilla, y consideraba oportuno hacer todos sus esfuerzos para estorbarlo, y estar cerca de Dolores á fin de consolarla.

[1] Véase la nota de la pág. 83.

Estévan participaba de todos los temores del apóstol, y los peligros que les aguardaban en Sevilla eran una muy débil consideracion para estos dos hombres impávidos, que solo temian perder su libertad porque era útil á la salvacion de los demas.

Acercábanse pues á la ciudad morisca, ambos á pié como los profetas de la Judea, procurando disminuir sus inquietudes y la fatiga del camino por medio de conversaciones graves y piadosas, animándose recíprocamente para seguir con valor su peregrinacion terrestre. El ardor de Estévan se doblegaba á la dulce autoridad de Juan de Avila, de quien el jóven aprendia á luchar con paciencia y resignacion.

Serian como las seis de la tarde, cuando se veia correr un inmenso gentío por las calles; pues era la hora en que los muchos conventos de Sevilla distribuian la melopia á los mendigos y á los vagamundos de la ciudad. Despues que los frailes lo habian robado todo á esos infelices, justo era que les diesen á lo ménos de comer.[1]

Estévan y el apóstol se encontraban á la sazon frente á un convento de frailes de la Merced.[2]

Numeroso era el gentío de la calle, porque no faltaban mendigos en Sevilla, y con el objeto de ser los

1 Véase la nota de la pág. 142.

2 Los frailes de la Merced, seguian como los dominicos, la regla de San Agustin. En su nacimiento la órden fué muy útil porque sus hermanos se esparcian por toda la cristiandad, pidiendo y alcanzando muchas limosnas que se empleaban fielmente para rescatar cristianos cautivos en Berberia. Algunos mercenarios enviados á Argel con este objeto se quedaron en lugar de aquellos cuyo rescate no pudieron lograr. Hubo algunos que llegaron á sufrir el martirio; pero esta sublime abnegacion no duró mucho. En el siglo XVIII, los frailes de la Merced pedian aun y alcanzaban muchas limosnas; pero en vez de emplearlas para el rescate de los cautivos las destinaban para estender su dominio á la par que lo hacian los demas frailes.

primeros servidos cada uno procuraba abrirse calle á espensas del de su lado ; de suerte que aquella multitud compacta obstruia enteramente el paso.

— Detengámonos un instante, dijo Juan de Avila; aguardemos que estos pobres hambrientos hayan comido; y luego proseguirémos nuestra marcha.

Retrocedieron algunos pasos y fueron á reclinarse contra la pared, de modo que pudieran verlo todo sin incomodar á nadie.

Poco á poco aquella aglomeracion de hombres fué haciéndose mas compacta ; apretábanse unos con otros hablando muy alto y aceleradamente ; solo se oia un ruido sordo y confuso de voces discordantes, donde el tono que dominaba era el de una impaciente cólera semejante á la de los perros que aguardan la cecina.

Repentinamente ese agrio murmullo se cambió en esclamaciones alegres , vivas y prolongadas ; esa masa de hombres apretados hasta el punto de ahogarse, parecia formar un cuerpo enorme con centenares de cabezas dirigidas á un mismo objeto por una voluntad única.

La puerta del convento acababa de abrirse, y dos hermanos legos, jóvenes y robustos , llevaban una enorme caldera de cobre, por medio de una barra pasada por las asas, en la que hervia aun la dichosa melopia.

Entónces aparecieron todas las manos elevadas por encima de las cabezas, presentando las horteras para recibir cada uno su pitanza : al ver la simultaneidad de esta maniobra se podia inferir que iba á llover melopia.

Gritos roncos, feroces ahullidos , acompañaron la aparicion de este manjar delicioso ; pues parecia que todos aquellos infelices iban á arrojarse sobre él

para devorarlo ; pero en este instante apareció otro lego, con un enorme cucharon , y vestido con un hábito tan grasiento del que no podia distinguirse ni el tegido ni el color.

— ¡ A las filas ! esclamó con voz atronadora , y al punto se alinearon todos , gruñendo como el perro que teme se le vaya á quitar la presa que tiene á la vista.

— Para todos hay ; silencio! esclamó de nuevo el hermano despensero.

Esta seguridad puso término como por encanto á todas las murmuraciones, y comenzó la distribucion.

Como todas las horteras eran de un mismo tamaño, nadie podia quejarse; habia una imparcialidad completa en la distribucion de la melopia , palabra corrompida de *mezclopia*, que tanto quiere decir como *mezcla*.

Y en efecto , bien era la mezcla mas inmunda , el desperdicio de la mesa de los frailes, de los restos sucios y roidos, hervidos en una agua sucia con un poco de aceite ó de recortaduras de tocino. Era preciso ser perro ó gitano para comerla ; ¡ pero el hambre ! ¡el hambre! y todas esas gentes tenian hambre; y por lo mismo daba gusto verla comer su porcion con un placer igual á aquel con que nosotros nos comemos una buena sopa; pero al mismo tiempo daba lástima á todo aquel que estaba en antecedentes de ver que el pueblo español estuviese reducido á la mas degradante de todas las miserias.

— ¡ Qué rancho tan estraño ! esclamó repentinamente Estévan, que en vano procuraba adivinar de que se componia aquella mezcla de todos colores, cuyo hedor nauseabundo de manteca quemada y de aceite rancio apestaba.

— Si, estraño es en efecto, respondió Juan de

Avila con tristeza ; ¡ si supierais de que se compone !

— ¿ De qué pues, padre mio ? ¿ vos lo sabeis ?

— Cuando los frailes han comido, prosiguió el apóstol, arrojan los huesos á este pobre pueblo, como si fuese unos perros. Los legos echan en este caldero que veis allí, todo lo que la sensualidad de los frailes les hace colocar al borde de su plato, los huesos medio roidos , las cabezas de los pescados, las patas de gallina, los espárragos cuyas puntas solo chupan; en una palabra todo lo que dejan.

Entre estos despojos, se encuentra siempre alguna cosa que roer. A todas estas porquerías se las echa un poco de pan aceite ó grasa rancia, y mucha agua, se hace cocer por un rato , y luego llegada la hora la distribuyen bajo el nombre de melopia, con la que desgraciadamente la cuarta parte de la poblacion española tiene que mantenerse.

— ¡ Qué indignidad ! esclamó Estévan.

— Además, continuó Juan de Avila, los frailes no se contentan con beneficiar la miseria de los pobres, porque los pobres no tienen nada que darles; y este alimento inmundo que les distribuyen diariamente no es mas que una apariencia de restitucion á buena cuenta de los bienes que les han robado ; á los ricos los benefician bien, por medio de una melopia interior que han inventado.

— ¿ Qué es eso? preguntó Estévan.

— Hijo mio, cuando un rico está enfermo, manda llamar á su médico, pero las mas veces consulta tambien á su confesor.

— Estoy malo, dice el enfermo.

— Haced un voto, responde el confesor.

Ese voto consiste ordinariamente en vivir de limosna durante cierto tiempo. ¡ Pues bien ! en todos los conventos de España hay una mesa sana y abun-

dantemente servida, donde van á comer *grátis* todos los que han hecho voto de comer melopia. Un régimen sano y arreglado produce de ordinario felices resultados; la salud del rico se mejora, y terminando su voto, deja una rica recompensa al convento, bendiciendo á Dios por haberse dignado curarle. He ahí como se beneficia la religion, hijo mio, hé ahí como éstos fariseos venden la gracia de Dios que no se obtiene mas que por medio de la oracion, de la pureza del alma ó de las lágrimas del arrepentimiento. He ahí como falsean el espíritu de un pueblo generoso, entusiasta, amante de lo maravilloso, buscando por todas partes milagros, que se le hacen ver por medio de groseros subterfugios: ¡como si la creacion entera no fuera un eterno milagro! ¡como si la mano invisible que lo hace mover todo necesitara medios humanos para cumplir su voluntad soberana.

Cuando el apóstol acababa de pronunciar estas palabras, llegó un mendigo, armado de su hortera para tomar su parte de la *cena* comun.

— Se ha concluido ya, no hay mas, le dijo un jóven muchacho que comia su porcion con una voracidad indigna de un Andaluz.

— Tanto peor para la melopia, respondió orgullosamente el vagamundo mirando á la asamblea con desden; y se echó á cantar como si hubiese comido la mejor cena del mundo.

— ¡Pobre hombre! dijo Estévan, ¿pues ésta noche no comerá? Es preciso confesar que ese pueblo es muy desgraciado.

— No tanto como creeis; el andaluz es poeta por esencia, pero perezoso, indolente y contemplativo como todos los seres en quienes domina la imaginacion. Para él, de poca importancia son las necesidades del cuerpo, la materia está sujeta al espíritu; así, falto de alimento para las facultades de su in-

ues he ido á sue asa, y no he encontrado á nadie.

— ¿Qué hay pues? preguntó Estévan, conociendo que se trataba de Dolores.

— Sepa vuestra reverencia, prosiguió la Culebrina dirigiéndose siempre al apóstol, que la dama que la ha tomado bajo su proteccion, vino hace algunos dias á la taberna de la Chapa.

— ¡Es posible! esclamó el apóstol, ¿qué Dolores haya dejado el convento de las carmelitas?

— No sé, respondió la Serena; pero lo cierto es que yo misma la he visto entrar en la taberna.

— ¿Estás segura de ello? preguntó Estévan con inquietud.

— Como de mi muerte, Padre, la he reconocido perfectamente aunque iba vestida como una manola y estaba muy pálida.

— ¡O Dios mio! ¿qué nueva desgracia le habrá acaecido?

— ¡Corramos, padre mio! esclamó Estévan.

— ¡Imprudente! dijo el apóstol ¿no sabeis que la taberna es el lugar donde se reunen los familiares de la inquisicion? Iré solo, ó mejor enviarémos primero á esta muchacha.

— Culebrina, dijo volviéndose á la Serena, ve inmediatamente á casa de Coco; y vuelve á decirme que se ha hecho Dolores.

— ¿Dónde volveré á encontrar á vuestra paternidad?

— En mi casa, respondió Juan de Avila; anda, hija mia, y Dios te guie.

La Serena partió como un rayo; y Estévan y Juan de Avila aceleraron el paso para llegar mas pronto á casa de este último.

Cabalgada del inquisidor general.

XVII.

LA CABALGADA.

Cerca de la plaza mayor de Sevilla, en una calle bastante apartada y paralela á uno de los costados de la Catedral, se veia una casita baja cuyas paredes de ladrillos rojos y ciertos adornos de arquitectura atestiguaban que debió ser edificada en la misma época que la Alhambra. [1]

Entrábase en esta casa por una puerta redonda, estrecha y baja, sin que tuviera ninguna abertura aparente por la que tomara luz de la calle. Sin embargo, á algunos piés encima de la puerta, habia practicada una abertura cuadrada, bastante ancha para poder pasar la cabeza, y que se cerraba interiormente por medio de una masa de ladrillos exactamente de la misma dimension que la abertura, y juntando tan perfectamente, que cuando estaba colocada, nadie hubiera sospechado en la pared esta abertura que se cerraba como una tumba.

La casa solo tenia un piso; una azotea en la que nunca se veia á nadie, y por las partes de un pequeño jardin circuido de una pared tan elevada, que hacia imposible que lo de adentro fuese visto por nadie de aquellas inmediaciones. Este jardin, ó mas bien este pozo, pues que tenia la forma de tal, estaba lleno de verdura y de flores que crecian á pesar de la falta de sol, interceptado por las paredes.

Decíase que esta habitacion perteneció en tiempo de los Moros á un santon. En el tiempo que acaecian los sucesos de que se compone nuestra histo-

[1] Alhambra es una palabra compuesta de dos dicciones árabes que significan *castillo ó palacio rojo*. En efecto, la Alhambra está construida de ladrillos rojos.

ria, estaba habitada por una mujer anciana muy piadosa, que frecuentaba mucho là iglesia, pero no recibia á nadie mas que á un dominico jóven que suponian ser su confesor.

En un principio, el público estrañaba la solitaria vida de esta mujer; pero como luego observaron que corria bien con la inquisicion, atribuyeron su vida insocial á una devocion escesiva, y nadie pensaba ya en criticarla. Ignorábase de que pais era procedente; sin embargo por su traje y por sus modales, juzgaban que era española de sangre pura.

Era medio dia, y en una sala baja que daba al jardin, hablaban dos mujeres entretenidas en coser.

Una de ellas, de cincuenta años de edad, tenia una fisonomía dulce y grave que revelaba una profunda tristeza; un penoso y aflictivo secreto parecia gravitar sobre su frente pálida, cubierta de canas; una lucha larga y cruel habia arrugado su rostro, que en su tiempo habria sido hermoso; y su talle alta, estaba algo encorvada. Esta mujer que se llamaba Juana, era la dueña de la casa, y fué nodriza del dominico jóven. La otra, sin embargo de hallarse en la flor de la primera juventud, estaba tan triste y abatida como ella; esta era Dolores. Tal era el asilo donde José la habia ocultado.

—Ayer no ví á mi hijo, dijo en voz baja la anciana; ¿estaria acaso enfermo mi pobre José?

—Indudablemente volverá hoy; replicó la hija del gobernador; pues que me prometió traerme noticias del apóstol.

—Y lo cumplirá, dijo Juana; mi José tiene un corazon de ángel, nunca ha hecho mas que bien; y al decir estas palabras enjugó dos lágrimas que corrian por sus ajadas mejillas.

—Vamos, hija mia, prosiguió doblando su labor y poniéndola en la silla, ya es hora de comer:

dejad ese tapiz, y venid á sentaros á la mesa.

— No tengo apetito, dijo tristemente Dolores.

— Pero es preciso comer para vivir.... para tener fuerza de vivir, prosiguió amargamente la anciana.

Al mismo tiempo ponia sobre una mesa estrecha manjares sencillos, pero abundantes, como arroz, carnero asado y frutas.

Dolores se levantó lentamente; fué á sentarse delante de la mesa mas pronto por obediencia que por deseos de comer.

Hacia calor; en este momento todo estaba silencioso, cuando repentinamente resonó á lo léjos el ruido de una armoniosa sonata de trompas.

Dolores se estremeció, y dejó inmediatamente á un lado la comida.

— ¿Qué teneis? preguntó Juana con interés; ¿qué teneis, hija mia?

— ¡Escuchad, dijo Dolores aterrorizada, fijando su vista despavorida en el rostro de Juana; escuchad, madre mia! no oís?...

La sonata se oyó mucho mas ruidosa y animada, porque se acercaba, y á este ruido estrepitoso se mezclaba un pateo de caballos.

— ¡Y bien! dijo Juana fingiendo no comprender lo que era, ¿qué os importa ese ruido, hija mia?

— Ese ruido, madre mia, es el que anuncia la marcha triunfal de la inquisicion; ¿no comprendeis? *El rey de los verdugos*[1] se pasea por las calles anunciando á la ciudad que su mano no ha quedado inactiva, y que hace su vendimia de víctimas para el auto de fé próximo; ¿no comprendeis, madre mia?

[1] Desde Deza, los españoles llamaban al inquisidor general *el rey de los verdugos*.

— Creo que os engañais, dijo Juana temblando.

— ¡Oh no! no me engaño; escuchad.

La cabalgada habia hecho alto en la plaza mayor, y el estrépito de la música mas ruidoso y distinto llegaba ya á los oidos de Juana.

— Venid, venid, esclamó Dolores llevándose tras sí á la anciana y obligándola á subir al primer piso de la casa, vais á verlo, madre mia.

Cuando estuvo en el aposento que daba á la calle, y del cual se podia columbrar una parte de la plaza mayor, Dolores levantó diestramente la piedra que cerraba la abertura practicada en la pared.

— ¿Qué haceis? ¡Oh Dios! esclamó la anciana.

— No temais nada, madre mia, nadie lo notará; demasiado ocupados están en mirar la comitiva del inquisidor.

Movida por la curiosidad, miró Juana por la abertura; vió la plaza llena de gente, y al gran inquisidor Pedro Arbués, revestido de una larga túnica de color de viola y montado en un elegante caballo blanco de la mas pura raza, que se gallardeaba, iba delante de su comitiva.

El hermoso rostro del inquisidor vano y altivo, y su aventajada talla imponian al pueblo tanto como su dignidad.

Arbués era abierto y francamente déspota á fuerza de audacia, porque no existia en el mundo una alma mas pérfida que la suya, desde que exigia el interes de sus pasiones; pero en la vida privada despreciaba demasiado á los hombres, y se creia demasiado superior á ellos para descender á la hipocresía.

Seguian á Pedro Arbués los demás inquisidores montados como él, pero vestidos de negro.

Un piquete de guardias de corps escoltaba esta cabalgada.[1]

El pueblo se inclinaba ó se arrodillaba al pasar por delante la santa comitiva ; los rostros empalidecian, y un fúnebre silencio reinaba entre aquella muchedumbre arrodillada.

Llegado al centro de la plaza, el inquisidor se detuvo, y con voz sonora pronunció la siguiente notificacion.

—Hermanos mios, de hoy á un mes, la santísima inquisicion hará ejecutar á los hereges que deshonran la religion de Nuestro Señor Jesucristo : habrá un auto de fé para celebrar las victorias de nuestro gran rey Cárlos V en Flándes, y su celo contra la herejía. Rogad, hermanos mios, para que Dios nos descubra todos los hereges, y aun á los que solo lo son en el fondo de su alma, y denunciad vosotros mismos á todos los que conozcais si quereis merecer las indulgencias prometidas por Su Santidad el Papa.

— ¡ O Dios mio ! esclamó Dolores, ¿ qué será de mi padre ?

El pueblo respondió á la notificacion y exhortacion del inquisidor santiguándose; y luego las trompas volvieron á resonar.

— ¡ Padre mio ! repitió la hija del gobernador, agitándose en el aposento como una insensata.

— Tranquilizaos, la dijo Juana, José llegará muy pronto : nada temais.

Dolores se volvió á la ventana, y la comitiva salia de la plaza y se iba acercando á esta casa.

— ¡ Salid de aquí ! dijo Juana atemorizada ; van á pasar por ahí y os verán ¡ Dolores ! ¡ Dolores ! ¡ escuchadme !

[1] *Familiares armados.* Véase la nota 2.ª de la pág 10.

[2] La descripcion de esta cabalgada es tal como se puede leer en la *Historia de la inquisicion por Llorente, cap. VI, segunda parte.*

Con los ojos fijos en el rostro del inquisidor, parecia querer leer en él la suerte de su padre y la suya.

La comitiva estaba casi debajo de la casa; Dolores continuaba con el rostro vuelto hácia la calle; y aunque el aposento estuviese muy obscuro, en la penumbra en que se hallaba se dibujaba la silueta de su delicada fisonomía sobre la pared de la abertura.

Al pasar Pedro Arbués levantó la cabeza; pero en este momento Juana cogiendo á Dolores por la cintura, logró alejarla de la ventana. El inquisidor se enderezó sobre su caballo; volvió á fijar sus miradas en la abertura en que se le habia aparecido esta vaga semejanza; pero con mas celeridad que la del rayo, Juana habia vuelto á poner la piedra. En vez de la aparicion que le habia deslumbrado, Pedro Arbués no vió mas que una pared uniforme, una casa sin ventana, y se creyó juguete de un sueño; pero volviéndose hácia á un familiar que estaba algunos pasos detrás de él, le dijo:

— ¿Sabes á quien pertenece esta casa?

Los familiares lo sabian todo.

— Eminentísimo señor, es la morada de una pobre viuda á quien vuestro limosnero el padre José hace limosna.

— Estoy loco, dijo entre sí el inquisidor: en todas partes me parece ver á Dolores Argoso.

La comitiva siguió su marcha; Juana colocó en una silla á Dolores desmayada; el ruido de los clarines iba perdiéndose á lo lejos; Dolores continuaba su desmayo, y Juana arrodillada le frotaba vivamente las manos y le bañaba el rostro con agua fresca. Al verse sola y no atreviéndose á llamar á nadie, principiaba á concebir inquietudes, cuando la puerta exterior de la casa se abrió con un ruido lijero; y subie-

ron la escalera con paso rápido.

— ¡Bendito sea Dios! esclamó Juana, no puede ser mas que José, y era él en efecto.

Al entrar en el aposento, Dolores abrió los ojos exhalando un largo suspiro.

— ¿Qué es esto, nodriza? preguntó José.

— ¡Padre mio! ¡padre mio! esclamó Dolores, viendo al jóven dominico; padre José, ya veis que quieren matar á mi padre!

— Calmaos, Dolores, dijo José con dulzura; ¿quién os dice que quieren matar á vuestro padre?

— ¿No he oido yo ahora mismo esos gritos de muerte? no acaban de proclamar el auto de fe cercano?

— ¿Qué os prueba esto? replicó el jóven dominico; si vuestro padre fuera designado para figurar en él ¿no estoy yo aquí para remediarlo?

— ¡Oh vos me engañais, padre José, vuestra compasion os mueve á ocultarme la verdad. ¡Sé que el inquisidor tiene sed de sangre de mi padre, y que le hará perecer!

— Calmaos y escuchadme, dijo José aproximándose á la jóven.

— ¡No, no os creo! esclamó con progresiva exaltacion; ¿no vestís tambien vos la librea de la inquisicion? ¡Pues bien! dejadme, no os necesito para salvar á mi padre; iré á arrojarme á los piés de monseñor Arbués, abrazaré sus rodillas; suplicaré y lloraré tanto, que á no ser que su alma sea tan dura como una roca, se enternecerá y me volverá mi padre.

— ¡Pobre insensata! dijo José con voz amarga mirando á Juana que lloraba; ¿tienen alma acaso los inquisidores? ¿saben quizás lo que es tener padre, madre, amante, ó hermana? ¿tal vez algun sentimiento ha hecho estremecer nunca sus entra-

ñas de mármol ¿Conocen por ventura otras sensaciones que los deseos lascivos, feroces é inexorables, los monstruosos delirios de un libertinage desenfrenado, la sed de sangre, y el espectáculo de la agonía?

— ¡Iré! ¡iré! repitió Dolores mas inflamada aun por esta pintura terrible, pero cierta hasta la evidencia.

Al propio tiempo se levantó sostenida por la exaltacion, y rechazando á Juana que procuraba calmarla enlazándola dulcemente en sus brazos.

— Dejadme, dijo, estais convenidos para engañarme; me habeis encerrado aquí como en una cárcel, para que no tuviese noticia de lo que pasa; pero Dios ha burlado vuestros proyectos, y he sabido lo que queriais ocultarme. Dejadme pues, dejadme libre; ¿con qué derecho me deteneis aquí presa? esclamó como fuera de sí y lanzando al dominico una mirada de orgullo y de enojo.

Conmovido José, calló, y Juana le miró con un aire que queria decir:

— Esta pobre muchacha se ha vuelto loca.

— Ella es mas feliz que yo, respondió José en voz baja.

Desasiendo entónces Juana sus dos brazos con que habia procurado retener á Dolores, fué á sentarse al otro estremo del aposento.

Viéndose libre la jóven, se detuvo y se puso á contemplar á José, cuyo rostro bello y pálido enternecia.

Juana lloraba; estos dos seres pacientes parecian mas bien víctimas que verdugos. Los ojos de Dolores perdieron de golpe su ardiente esplendor; dejóse caer en la silla, y se quedó como anonadada.

Acercósele entónces José, y ella tendiéndole la mano, le dijo:

— Perdonadme, he sido injusta; el dolor quita la razon: perdonadme, padre José; pero os declaro ahora con calma, que mi resolucion es irrevocable: quiero ir á arrojarme á los piés del inquisidor general; debo probarlo todo para salvar á mi padre; y no se dirá que he sido cobarde.

— ¡No lo haréis, Dolores! dijo con fuerza el dominico.

— ¡Oh! dijo Juana, tened piedad de vos misma.

— Nada temo, respondió la jóven con nobleza; ¿pensais acaso que temo á la muerte?

— ¡Pero, temeis la infamia! esclamó enérgicamente José; ¿no conoceis acaso al inquisidor de Sevilla?

— ¡Oh! es verdad, dijo ella horrorizada, ¡no habia pensado en esto!

— ¡Pues bien! prosiguió José; obedeced mis consejos; seguidlos, Dolores, pues de lo contrario os aseguro que estais perdida!.... Dejad obrar á vuestros amigos, basta con una víctima; os perderiais sin provecho, y este sacrificio de nada serviria al que quereis salvar.

— ¡Oh! ¡si á lo ménos supiera donde se halla Estévan! esclamó la hija del gobernador con desesperacion indecible.

— Os prometo que lo sabré. Estévan se ocupa como yo, de vos sola; tranquilizáos pues, y contad con nosotros. Aquí estais segura, añadió, no os atrevais á salir; es el único punto de Sevilla donde la inquisicion no vendrá á buscaros.

A pesar de los consuelos de José, Dolores quedó sumida en un profundo abatimiento.

— Pronto volveré, la dijo al dejarla el dominico, á quien Juana acompañó hasta la puerta esterior.

— Mi buena Juana, dijo José, cuidad, bien á esta jóven, no la dejeis salir nunca... Bastantes víctimas hay, prosiguió con amargura.

—¡O mi noble hijo! esclamó la nodriza estrechándole fuertemente contra su pecho, ¡Dios bendiga vuestro valor!

—¿Os parece que me he acobardado? replicó vivamente el jóven.

Juana, sin contestar volvió la cabeza para esconder sus lágrimas.

—Nada temais, esclamó José estrechándole la mano con energía; no temais nada, Juana, ¡conseguiré mi objeto!....

XVIII.

EL FUROR POPULAR.

La noche habia desplegado ya su negro manto.

Al dejar á Dolores, José se dirigió al palacio del inquisidor, adonde no podia llegarse sin atravesar la calle en que moraba el gobernador de Sevilla; al aproximarse á ella sorprendióse José viendo en aquella hora un inmenso gentío que obstruia las avenidas del palacio del gobernador.

Un vago rumor de amenazas proferidas con voz ronca, sorda y terrible, corria como un rugido de tempestad por esos grupos irritados: asemejábase al sordo ruido del viento, que reina en un bosque de encinas.

El pueblo español léjos de proferir esos gritos agudos y de causar esos ruidos variados y discordantes que en Francia estallan en los motines, y demuestran la cólera de un pueblo que se evapora tan pronto como el humo, el pueblo español, decimos, tan oprimido, tan paciente y tranquilo, hacia oir el crugido sordo de la rama que se quiere desgajar y que se resiste; aun en aquella ocasion no reclaba para sí propio los derechos de la humanidad

y de la justicia: no hacia mas que protestar contra un acto inícuo de la inquisicion. Tenia en el alma el sentimiento de lo justo y de lo injusto, y si ha tolerado por tanto tiempo el yugo del despotismo, es porque sobre el poder humano que le perseguia, le mostraban un poder mas grande, que era el de Dios; y en su fé ingenua, este pueblo que solo sabia de Dios lo que le habian enseñado sus perseguidores, adoraba este ser soberano tal como se lo habian pintado, y se sometia á los que él miraba como sus ministros.

No les faltaba inteligencia á los españoles; faltábales la luz que no dejaban llegar hasta ellos. He ahí porque la España ha bregado por tanto tiempo con las ataduras de la preocupacion y de la ignorancia.

Con todo, á pesar de las mayores persecuciones, el espíritu de investigacion que tiende incesantemente hácia la verdad, se ha agitado siempre en el alma recta é inteligente de los españoles; y en medio de los mismos tormentos de la inquisicion y del despotismo de los reyes, han echado chispas brillantes que de vez en cuando han hecho esperar á la España un porvenir dichoso: emanaciones divinas, fragmentos del gran todo, que se manifiestan á la tierra bajo formas y nombres humanos como vigilantes centinelas escalonadas en la vida de las naciones por el que gobierna el mundo, á fin de impedir que perezca un gran pueblo, sepultándose en las tinieblas de la ignorancia.

Un grupo de mujeres y hombres exaltados se adelantaba hácia el palacio del gobernador de Sevilla, iluminado por un solo farol, por cuyo motivo la calle estaba oscura.

Esta masa se adelantaba lentamente, despues retrocedia empujada por otro grupo que venia en sen-

tido contrario; de suerte que estas oleadas se parecian al movimiento continuo de las aguas del mar.

Cansado el pueblo sevillano de la administracion inícua de Enriquez, habia por fin concebido el deseo de vengarse. Esta cólera del pueblo, sorda y contenida, pero constante é implacable, estremecia.

El motin habia sido tan repentino y tan poco ruidoso, que no habian tenido tiempo de oponérsele la fuerza armada; avanzábase hácia el palacio del gobernador, como esos invisibles torbellinos que descargan sobre la tierra con la rapidez del pensamiento.

Sin embargo, algunos alguaciles acudian de diversos lados, y entre el gentío habia algunos sombríos *garduños* mirando el motin sin tomar parte en él, pero prontos á vender sus servicios al mejor postor.

— ¿De qué proviene este tumulto? preguntó José á un criado del palacio, que corria apresuradamente enviado por su eminencia para asegurarse del hecho.

— Reverendo padre, la detencion de una anciana judía creo que ha dado lugar á ello.

— Reverendo padre, esclamó una briosa manola que habia oido la respuesta del criado; esta *judía* era tan buena católica como vos y yo; pero ha sido denunciada como herege judaizante por un criado infiel que habia echado ignominiosamente de su casa.

— ¿Cómo se llama esa mujer? preguntó José.

— María de Borgoña, que cuenta mas de ochenta años, y es una santa que daba toda su renta á los pobres. Nosotros la llamabamos nuestra madre, y por esto, cuando se ha sabido que estaba en las cárceles del santo oficio, todos hemos venido á una sola voz al palacio del gobernador; porque él es quien la ha hecho prender.

El criado iba á dar órdenes contra la manola; pero José le hizo señal de retirarse porque no era hora de usar de violencias.

El criado se dirigió á otro lado, procurando atravesar este compacto gentío que le oponia un dique casi invencible; pero juró no olvidar el rostro de la mujer imprudente que acababa de espresarse con tanta temeridad.

—Os aconsejo encarecidamente, dijo José á esa briosa andaluza, que salgais de Sevilla lo mas pronto posible; porque vuestras palabras podrian costaros caras.

—Lo creo, dijo ella mirando al jóven dominico, y sonriéndose amargamente: ¿vos tambien sois inquisidor?

—Soy indulgente, y amo á este pueblo que padece, dijo José; véte, pobre mujer, y nada temas de mí.

La multitud furiosa se iba empujando siempre delante del palacio del gobernador. Armados los unos con palancas de hierro procuraban derribar la puerta cuidadosamente apuntalada, miéntras que los otros, levantando sus temibles cuchillos de *Albacete* se preparaban para una obstinada defensa. Hasta las muchachas con puñales muy afilados, se arrojaban adelante furiosas y animadas de un sentimiento de indignacion imposible de pintar.

Admirable á la par que horroroso era ver todos esos morenos rostros cuyos ojos relucientes reflejaban por todas partes como rayos terribles, y esos labios animados que á cada palabra de cólera, dejaban ver al entreabrirse, dientes brillantes y blancos como los del tigre.

El carácter africano se habia dispertado; la ardiente sangre de los bereberes del desierto, aun no entibiada por el transcurso de ocho siglos en las ve-

nas de los andaluces, hervia aun como la lava. El odio, el odio profundo, amargo, devorador, los impulsaba invenciblemente á la revolucion. Por fin, habian dicho: *¡ Basta ya !* y se arrojaban desesperados contra ese gobernador inícuo que el capricho del inquisidor habia dado á la ciudad: hombre que salido del pueblo, aniquilaba y oprimia al pueblo.

Retirado Enriquez en su palacio de donde no se atrevia á salir, tan cobarde en el momento del peligro como cruel en el de la prosperidad, aguardaba temblando un auxilio que no llegaba.

Cada golpe de palanca, que conmovia la puerta del palacio, iba á resonar como un hielo de muerte en el corazon de aquel miserable, que arrodillado en su aposento delante de una imágen de la Vírgen que anteriormente adornaba el oratorio de Dolores; este familiar de la inquisicion y protegido de Pedro Arbués, murmuraba temblando algunas palabras ininteligibles: vana y comun práctica de todos aquellos que solamente honran á Dios por medio de esterioridades.

Enriquez en este momento se acusaba de los pecados pueriles y dejaba á un lado todos sus crímenes, sin acordarse del terrible momento en que necesitaria de la absolucion del Todo Poderoso.

Como los gentiles de otros tiempos, Enriquez en su acceso de fervor inspirado por el temor de la muerte, prometió á la madre del Salvador cien víctimas mas por año en los autos de fé, y esta fué la única espresion de su arrepentimiento.

La puerta del palacio, pesada masa de madera sembrada de clavos de hierro, iba á ceder á los redoblados golpes de mil brazos robustos y enfurecidos; y como no habian podido dar el toque de alarma para llamar á las tropas, resultaba que eran seiscientos paisanos contra unos cincuenta criados ó es-

birros que habian acudido de todas partes unos despues de otros.

Muy pronto á los golpes retumbantes y apresuradamente dirigidos contra la puerta, se oyó un crujido de maderas y de hierros: la puerta habia cedido y abandonando los goznes que la sostenian, se vino á tierra con un ruido horroroso.

En este momento un fúnebre silencio sucedió como por encanto, al grito de triunfo dado por el pueblo en vista de la puerta derribada. Esos hombres, poco antes tan encolerizados, quedaron inmóviles ante este obstáculo superado sin que nadie se atreviera á traspasar el umbral del palacio del gobernador.

¿De qué provenia este milagro tan fácilmente obrado?

Provenia de que Juan de Avila habia repentinamente aparecido en la extremidad de la calle en que tuvo principio el motin.

— ¿Qué haceis? esclamó con voz grave y poderosa, acostumbrada á resonar en las basílicas, ¿á dónde vais, insensatos? ¡deteneos!....

Esta palabra habia corrido de boca en boca; y al nombre del apóstol, el furor de este pueblo, cayendo como un viento de tempestad á la voz del Eterno, se habia cambiado en adoracion. El pueblo se acordó de que Juan de Avila le recomendaba paciencia, y en cambio les prometia el cielo.

Ese noble y valiente pueblo de España no se revolucionaba por ser turbulento, ni por ninguna vana bravata: naturalmente era pacífico y grave; la longanimidad y la mansedumbre residian en estas almas briosas. Ese pueblo habia tenido por un momento la cólera del leon al cual se atormenta, y si bien se habia vuelto rugiendo contra la mano que no cesaba de magullarle, á la primera palabra de amabilidad se restituyó al centro de su inapreciable

obediencia. La España siempre ha sido eminentemente cristiana, y si no se la hubiese fanatizado á fuerza de rigores y de persecuciones, tal vez hubiera sido la nacion del globo que habria conservado mas religiosamente el espíritu sagrado del Evangelio.

Por poco que se haya estudiado á los españoles, se concibe fácilmente esto; la base del carácter español es una sencillez llena de grandeza; ¿y qué cosa hay á la vez mas grande y mas sencilla que el Evangelio?

Juan de Avila se introdujo sin esfuerzo alguno entre la multitud de insurreccionados que poco hace formaban un cuerpo impenetrable: todo el mundo le abrió paso.

— Hijos mios, les dijo, ¿por qué os revolucionais? ¿qué bien reportaréis de ello?

— Padre, dijo uno de ellos, acaban de detener á Maria de Borgoña que alimentaba á nuestros hijos.

— Dios os la devolverá, respondió el santo, ¿y revolucionándoos creeis salvarla?

Al mismo tiempo un hombre armado de una enorme palanca de hierro, se adelantó delante del apóstol. Este hombre parecia ser uno de los gefes de la revolucion, y Juan de Avila reconoció en él á Manolina.

— ¿Qué haces aquí? le preguntó el santo con amabilidad.

— Queria vengar á una víctima, respondió el bravo sin inmutarse; venimos á matar á ese miserable que nos han enviado por gobernador.

— No hay necesidad de matar á nadie, dijo Juan de Avila.

— En cuanto á ese no habria un gran mal, respondió el guapo: un pícaro de esta especie..... pero ya que vuestra paternidad no lo quiere.....

— Dios es quien no lo quiere, hijos mios; retiraos

y dejad á Dios el cuidado de vengaros.

Aquellos hombres poco antes tan feroces, se pusieron mansos como corderos; y cuando se alejaban en silencio sin hacer ya ninguna manifestacion hostil, se acercaron los esbirros para detener á algunos de ellos.

— ¿Qué intentais? esclamó el santo, ¿quereis pues castigar el leon porque es generoso? retiraos, no necesitais las armas; ¿no veis que todo el mundo está tranquilo?

Los emisarios de la inquisicion, cediendo á pesar suyo á la influencia de este hombre estraordinario, vacilaron, y entónces saliendo José de entre la multitud hizo una señal á los alguaciles; á cuya órden muda se alejaron esos inmediatamente.

A pesar de su estrema caridad, Juan de Avila lanzó una mirada de descontento y de desconfianza al favorito del inquisidor.

En esta época, los dominicos y los franciscanos no habian aun contratado ninguna alianza.[1]

Eran en general enemigos irreconciliables, y Juan de Avila, á pesar de su santidad, no supo reprimir

[1] Sabida es la eterna disputa de los franciscanos y de los dominicos acerca de la inmaculada Concepcion de la Virgen. Los dominicos siempre afirmaron que habia sido concebida en pecado, y para probarlo habrian asado á todos los hijos de san Francisco que declaraban á la madre de Dios inmaculada. Estas graves disputas que ocuparon tan vivamente á los doctores del concilio de Trento estan léjos de estar terminadas. En Italia y especialmente en Roma forman casi siempre el texto de todos los sermones de las dos órdenes rivales; pero como en toda guerra hay un armisticio, estas disputas teológicas cesan por ambas partes en la segunda fiesta de Navidad.

En ese dia los dos campos enemigos se reunen en un suntuoso banquete, y olvidan en los escesos de la mesa las enemistades de todo el año. En el decurso de la comida que dura toda la noche los orgullosos hijos de santo Domingo son los mejores amigos de los humildes hijos de san Francisco, salvo empero el derecho de principiar de nuevo al dia siguiente sus injurias y sus inagotables argumentos sobe la *piadosa* niñeria que es el objeto de su eterna disputa.

un sentimiento involuntario de aversion y repugnancia á la vista del jóven dominico; pero José se le aproximó, y con aire confiado y tranquilo, le dijo:

— Padre mio, la que buscais está en puerto de salvacion.

Juan de Avila se estremeció; creia que Dolores habia sido detenida por la inquisicion.

— Padre mio, repitió José mirándole con dulzura, ¿no conoceis en mi rostro que digo verdad?

— Volvedme pues esta pobre muchacha, dijo Juan de Avila, bastante la hemos llorado Estévan y yo.

La Serena no habia podido decirles nada; porque la Chapa se negó á descubrirle cual era el actual asilo de Dolores.

— Mañana á media noche, replicó José, os aguardaré en la esplanada, cerca de la fuente; no hagais falta, y os conduciré á donde se halla Dolores.

— ¡Chiton! dijo el apóstol, viendo que Estévan se acercaba. Hasta mañana á media noche cerca de la fuente.

José desapareció, pero despues de haber andado algunos pasos se volvió para contemplar la hermosa apostura de Estévan, y su noble perfil que se distinguia muy bien en el claro-obscuro de aquella noche de verano. Exhaló luego un profundo suspiro, y saltaron de sus ojos dos lágrimas ardientes.

Juan de Avila no habló á Estévan de este encuentro, porque deseaba ir solo á esa cita en la que tal vez temia un lazo.

Aquella noche la pasó Enriquez durmiendo muy tranquilo.

XIX.

EL TALISMAN DEL INQUISIDOR GENERAL TORQUEMADA.

Al volver á entrar en el palacio inquisitorial, José se fué en derechura á ver al inquisidor Pedro Arbués, que estaba solo en su aposento; pero al esterior se habian doblado las guardias, porque ese motin tan pronto apaciguado, y cuyo estruendo apénas habia llegado hasta él, le espantó de tal modo que á cada instante le parecia ver la puerta de su aposento forzada por asesinos. Era tan cobarde como la hiena que huye á la luz y se sacia de cadáveres.

Pedro Arbués sentado delante de una mesita de ébano incrustada de nacar, preciosa obra del principio de la restauracion de las artes, teniendo la cabeza apoyada entre sus manos, consideraba con atencion meditabunda un estraño dijecillo engastado en oro cincelado.

Era un cuerno de unicornio que habia pertenecido á Tomas Torquemada fundador de la moderna inquisicion en España; este fraile feroz, cuya crueldad fué tanta, que horrorizó al mismo Papa Alejandro Borja. Esta *reliquia*, que sin saber como, fué á parar á manos de Pedro Arbués, segun dicen, tenia la virtud de hacer descubrir los venenos y de neutralizarlos.[1]

Pedro Arbués habia imitado tanto á Torquemada en sus barbaridades como en su supersticiosa pruden-

[1] El inquisidor Torquemada tenia efectivamente un cuerno de unicornio que le creia realmente con la propiedad de *descubrir y neutralizar los venenos.* (*Llorente, Hist. de la Inquis.*) Los inquisidores de España habian conservado esta preocupacion de los moros.

cia, y por esto nunca salia de su cuarto el cuerno de unicornio.

Al acercarse José, el inquisidor levantó la cabeza y dijo:

— Y bien! José, ¿qué novedades hay?

— Todo está tranquilo, monseñor, vuestros esbirros han hecho prodigios, y esos charros pronto han sido dispersados.

— ¡Alabado sea Dios! esclamó el inquisidor,... y al pobre Enriquez le ha sucedido algo?

— Nada, monseñor, se han contentado con derribar la puerta de palacio, y Enriquez está en este momento tan seguro como vuestra eminencia.

— ¿No han tenido pues la intencion de dirigirse al palacio inquisitorial?

— Nada de eso, monseñor; ¿quién osaria habérselas con el inquisidor de Sevilla?

— Con que no corro ningun riesgo, ¿no es verdad, José? No se atreverian á asestar tan alto.—Tal vez, prosiguió Arbués, he hecho mal en nombrar á Enriquez para desempeñar el difícil cargo de gobernador; porque á ese hombre le faltan fuerza y resolucion.

— No tanto como vuestra eminencia cree.

— Pero es hombre salido de la nada, ignorante, grosero.

— ¿Qué importa, monseñor? os es fiel, y creedme, la toga de gobernador sienta tan bien en sus hombros como en los de cualquier otro.

— El pueblo echa de ménos á Manuel Argoso, dijo Pedro Arbués. Este hombre tenia una tolerancia culpable para con los herejes y cristianos tibios; y por esto todos le amaban.

— He aquí el motivo porque se revolucionan contra Enriquez, monseñor, y no hay mas que un medio de remediar esto, y es redoblando el rigor.

— Sí, es preciso acabar estas revueltas; es pre-

ciso que la Inquisicion de España estienda su dominio por todo el mundo, y sobrepuje al poder de los papas. Es preciso que la lepra herética desaparezca para siempre de la superficie del globo.

—Y que el globo entero pertenezca á la Inquisicion, añadió José medio serio y medio irónico.

—Es preciso, prosiguió el inquisidor, que las cenizas de los herejes fecunden la tierra y nos la llenen de delicias. Los bienes de este mundo y los del cielo pertenecen de derecho á los buenos católicos; por lo tanto, únicamente estos son dignos de gozarlos, los que solo lograrán á fuerza de perseverancia y de saludables rigores.

—Monseñor, cuantos mas herejes y malos católicos inmole la Inquisicion, tanto mas fuerza y poder adquirirá.

—Sin duda, dijo el inquisidor con un recalcamiento feroz: y ya lo he previsto, José; pues tendrémos unos ciento diez y ocho condenados en el auto de fé inmediato.

—Cincuenta mas que en el último, monseñor.

—¿Qué haréis del antiguo gobernador de Sevilla? prosiguió José al descuido.

—Le trataré como merece, á fuer de hereje luterano, esclamó el inquisidor exasperado por el recuerdo de sus vanas tentativas contra Dolores.

Bien se vé que José lisonjeaba diestramente las pasiones de Arbués; y que la Inquisicion no obraba solo, como se ha querido suponer, por un ardiente fanatismo.

Su crueldad indecible, implacable como la fatalidad, no era ciertamente el resultado de un celo desmedido, ciego por la gloria del catolicismo, sino que tenia verdaderamente otro vehículo; y el interés de la religion solo iba en segunda línea, ó mas bien, la misma religion servia de máscara y de

pretesto á la ambicion desenfrenada, y á la sed de riquezas de los inquisidores.

Solo los insensatos y los de inteligencia menguada pueden creer en el fanatismo absoluto, y en la fé ciega; mas los inquisidores no eran ciertamente ni locos ni estúpidos, y lo que querian era invadir y reinar. En su mañosa política habian comprendido que la única corona que jamás se hará pedazos, es la corona de espinas del Hombre Dios; hé aquí porque habian abrigado con ella su dominio despótico, y porque convirtieron en égida suya el divino nombre de Jesucristo, haciéndole solidario de sus iniquidades.

—Hora es ya, prosiguió Arbués, de recoger la herencia que nos ha legado nuestro santo fundador Tomás Torquemada.

En este momento el inquisidor apercibió que José jugaba como un niño con el cuerno de unicornio que estaba sobre la mesa.

— No toques eso, hijo mio, le dijo Pedro sacándoselo suavemente de las manos; esta es una preciosa reliquia que no debemos profanar: ella fué la que protegió constantemente la vida del dichoso Torquemada, y la que hoy protege la mia.

— ¿Como ha venido esta joya á parar á vuestras manos, monseñor?

— Por herencia; por parte de madre, aunque por línea transversal, desciendo de la misma familia que el grande inquisidor de Castilla.

Callóse José, y se apresuró á volver el cuerno de unicornio al lugar de que lo habia tomado. El escepticismo del fraile no estaba esento de supersticion; porque tenia aun demasiado ardiente la imaginacion de los moros para no creer en la virtud de un talisman.

— José, continuó el inquisidor, ya que Sevilla

está tranquila, soy de parecer que hagamos juntos una ligera colacion para probar un escelente *Lacryma-Christi* que me ha enviado el nuncio del papa.

— No tengo apetito, respondió José, en tono indiferente.

— No importa, hijo mio, ese vino delicioso le despertará. Llama pues, y manda que nos sirvan.

José no tuvo tiempo de cumplir las órdenes del inquisidor, porque de repente entró un criado que puso una carta en manos de su eminencia.

— ¿De dónde viene? preguntó Arbués.

— La envia el gobernador de Sevilla, dijo el criado familiar.

Rompió el inquisidor el carpete y leyó rápidamente el escrito:

«Monseñor, (le decia Enriquez), la abadesa de las carmelitas está muy mala, y ha mandado llamar un franciscano para confesarse, y he creido del caso avisárselo á vuestra eminencia. El fraile debe ir esta misma noche al convento, porque parece que la cosa es urgente. Nada mas he podido indagar, y aunque hace dos horas que esta carta está escrita, no he podido enviarla antes á vuestra eminencia á causa del motin que ha turbado la ciudad y puesto en riesgo mi vida.»

— ¡Pobre Enriquez! esclamó el inquisidor, en cuyo rostro, durante esta lectura, se habia pintado la mas violenta cólera; ¡cuanto celo tiene para servirme!

— Ya lo veis, monseñor, dijo José sin saber de que se trataba.

— Por Cristo! prosiguió Arbués, que esa mujer es audaz. Hacer llamar á un miserable franciscano, cuando yo soy su confesor, ¿debia acudir á otro que á mí? Pero ya comprendo, murmuró en voz baja, teme la muerte, y tal vez!... Oh! pero aun es tiem-

po.... Esa necia podrá comprometerme, es preciso que la vea al momento.

—Hola! dijo llamando á los criados, pronto la litera, que he de salir.

Despues volviéndose á José, que en vano procuraba adivinar lo que pasaba en el alma de Pedro Arbués, le dijo: José, la abadesa de las carmelitas se está muriendo, y reclama de mí los ausilios de la religion; como ese negocio es de sumo interes, te dejo, adios.

Al decir esto, salió del aposento, bajó rápidamente la escalera de mármol de su palacio, subió á la litera y partió.

Estaba ya en la puerta del convento, cuando salió por ella un fraile franciscano que se fué hácia el inquisidor, y al hallarse el uno enfrente del otro, Arbués lanzó una investigadora mirada al rostro del fraile; y á pesar de la obscuridad, esos dos hombres se reconocieron recíprocamente.

Pedro Arbués miró de hito en hito al fraile, y en tono acre le dijo:

—¿Qué habeis venido á hacer aquí?

—Salvar un alma, respondió el franciscano, que era Juan de Avila.

Lanzóle el inquisidor una mirada de enojo, y pasó rápidamente la puerta del claustro.

Al llegar al lecho de la abadesa, calmada esta por las dulces palabras del apóstol, parecia disfrutar un momento de calma. No estaba gravemente enferma; pero esa mujer de pasion exaltada y robusta, repentinamente acometida por una dolencia que la dejó postrada, hubo de sentir miedo de la muerte y horror de su vida depravada.

No pudiéndose confesar con el cómplice de sus pecados, cuya violencia temia, hizo llamar á Juan de Avila, porque su santidad le inspiraba una confian-

za sin límites; y en una confesion sincera, la infeliz mujer depositó en el seno de aquel apóstol de la verdad los remordimientos que desgarraban su alma.

Oh! cuantas lágrimas debió verter el hombre de Dios sobre la Iglesia de Jesucristo indignamente profanada, al oir las revelaciones de una alma trémula y desgarrada que salian de los labios de la altiva abadesa de las carmelitas!

La enfermedad doblegó su carácter indomable, y los remordimientos, única virtud que queda á los que han pecado mucho, la habian conducido al arrepentimiento. A pesar de las pérfidas insinuaciones y de las mentiras que Pedro Arbués empleó para persuadirla de que no hacia mal, Francisca jamás estuvo tranquila, y habia pecado con conocimiento de causa.

—Señora, dijo el inquisidor cuando quedó solo con ella, ¿por qué habeis llamado á otro confesor y no á mi?

A esta voz conocida, Francisca de Lerma se volvió bruscamente, y recorriendo con una mirada al inquisidor de piés á cabeza, hizo con los labios una señal de desprecio é ironía.

—¿No sabiais, hermana mia, continuó Pedro Arbués con voz melosa, que tengo poder para absolveros?

—Antes de absolver á los demás, respondió lentamente Francisca, cubrid vuestra cabeza de cenizas, monseñor; humillad vuestro orgullo en el polvo, y orad arrodillado en tierra, para que Dios perdone vuestros crímenes. ¿Con qué derecho hablais de absolver á los demás, vos que habeis pecado tanto?

—Pobre alma estraviada, replicó el inquisidor; ¿puede acaso haber límites en nuestros derechos y poderes espirituales? ¿No somos Nos el ungido del Señor? ¿y hay alguna cosa en este mundo que pueda

borrar este carácter sagrado? ¿Hemos perdido acaso el derecho de librar á las almas de los lazos del pecado? Por indigno que sea el sacerdote, prosiguió con fingida humildad, no deja por ello de ser el representante de Jesucristo, y habeis comprometido los intereses de la Iglesia confesándoos con un fraile franciscano, porque todos ellos son nuestros mas mortales enemigos [1]

—Ese fraile es un santo, monseñor; me ha consolado y puesto bien con Dios. Dejadme morir en paz, y no os ocupeis de mi alma.

Despues, volviéndose del otro lado, cubrióse Francisca la cabeza con la sábana, como si hubiera querido poner entre ella y el inquisidor el sudario de la tumba.

Convencióse Arbués de que aquella alma se habia sinceramente reconciliado con Dios, y que su imperio sobre ella habia fenecido; mas á fuer de astuto inquisidor, echando sobre su cólera una capa de dulzura y de humildad, se retiró sosegado, sin manifestar su descontento; y juzgando que la enfermedad de Francisca distaba mucho de ser mortal, pensó impedir que viese otra vez á Juan de Avila.

La conversion de Francisca de Lerma era una irrevocable sentencia contra ella.

XX.

LA CITA.

Aproximábase la hora de la cita dada por José á Juan de Avila.

Estévan acababa de cenar con el apóstol, y á pe-

[1] Véase la nota de la pág. 193.

sar suyo, este último no habia podido disimular una penosa distraccion, notable en su fisonomía habitualmente serena aunque meditabunda.

Ya inquieto sobre la muerte de la que él amaba, Estévan temió que Juan de Avila le ocultase algun secreto; mas no se atrevió á interrogarle, tal vez por efecto de la debilidad humana por la cual á un tiempo deseamos saber y tememos que nos revelen una desgracia.

Juan de Avila guardaba á pesar suyo un silencio insólito; y Estévan seguia con ojo inquieto los menores movimientos de su fisonomía.

— Padre mio, se atrevió á decir por fin, ¿nada habeis sabido del desgraciado gobernador de Sevilla? ¿No han principiado todavía su proceso? ¿No lograrémos salvarle?

— No, dijo Juan de Avila; el proceso de Manuel Argoso no se ha empezado, y cuando sea oportuno, ya sabeis que os lo advertiré. Hasta entónces permaneced oculto en el retiro; pues no ignorais cuan peligroso seria desafiar la inquisicion.

— La desafiaré, cuando convenga, respondió Estévan con voz tranquila.

— Pues bien! reservad vuestras fuerzas para el dia de la lucha, que ya las necesitaréis.

Al mismo tiempo, Juan de Avila, viendo que la arena del reloj de arenilla puesto sobre la mesa estaba casi enteramente agotada, salió sin decir una palabra, como acostumbraba hacerlo muchas veces.

Pero, aunque aquel dia no habia acontecido nada estraordinario, Estévan inquieto y atormentado, dejó alejar algunos pasos al apóstol, luego salió él, cerró la puerta de la morada, y á favor de la obscuridad, siguió á Juan de Avila á una distancia conveniente para no ser apercibido.

Llegado cerca de la fuente que está delante de la

á pasar el umbral, Estévan, á quien él no habia apercibido, se adelantó vivamente, y le dijo con voz casi suplicante:

—Padre mio, si hay aquí peligros que correr, dejadme participar de ellos, y volver á verla, ya que es verdad que nos la restituyen.

—A lo ménos lo espero, respondió Juan de Avila; yo habia querido evitaros el dolor de un engaño, pero ya que lo sabeis todo, venid.

Volviéndose al mismo tiempo hácia José, que aguardaba dentro, y que habia asomado un poco la cabeza para ver que obstáculo detenia á Juan de Avila, le dijo:

—No entraré sin mi hijo Estévan.

—Estévan! murmuró José; sí, que entre, padre, y que *la* vuelva á ver.

Cuando hubieron entrado, José cerró cuidadosamente la puerta de la casa, en cuya sala baja aguardaban Dolores y Juana.

Dolores, avisada por José, se adelantó hácia su libertador, mas al ver á Estévan, al cual no aguardaba, una palidez profunda cubrió su rostro, y cayó aplomada sobre la silla de que acababa de levantarse.

—Dolores, dijo Juan de Avila acercándose á la jóven; es preciso tener fortaleza en la alegría como en el dolor. En esos tiempos malos, el que se deja encorvar por todos los vientos contrarios, bien pronto se encuentra abatido y destrozado.

A la dulce voz del apóstol, Dolores volvió en sí, y mirando á José, le dió las gracias con una mirada, y José volvió la cabeza para ocultar una lágrima que, á pesar suyo, habia saltado de sus ojos.

Despues de esta primera emocion concedida al mas vivo sentimiento del alma, Dolores se avergonzó de no haber dirigido como siempre su primer

pensamiento á su desgraciado padre; y mirando á José con inquietud, le dijo:

— Padre José, ¿cuando instruyen el proceso de mi padre?

— Pasado mañana, respondió José que no queria engañar á Dolores.

— ¿Estais seguro de ello? preguntó Juan de Avila; yo creia que aun tardarian algunos dias.

— Es pasado mañana, respondió José; lo sé por el mismo inquisidor general que nada me oculta.

— ¡Y bien! esclamó Dolores con angustia, ¿qué se debe hacer ahora para salvar á mi padre? Nada hemos aun hecho para esto.

— Es que no se debia hacer nada, respondió el dominico.

— Y ahora? preguntó la jóven.

— Ahora, vamos á ocuparnos en buscar testigos; pues es el único medio de salvarle.

Dolores no respondió, pero reflexionó un momento entre sí, y pareció tomar una resolucion; despues dirigiéndose á Juan de Avila, le dijo:

— Padre mio, vos le serviréis de testigo, ¿no es verdad?

— Sin duda, respondió Juan de Avila; no os apesadumbreis por esto, calmáos lo posible, todos nosotros necesitamos valor. Dejad pues obrar á vuestros amigos en plena libertad sin afligirlos con vuestros pesares.

En este momento, miéntras que Dolores prestaba toda su atencion á las palabras del apóstol, José entró en el jardin como para contemplar algunas flores, é hizo una lijera seña á Estévan, que le siguió sin afectacion.

Cuando estuvieron bastante léjos para no ser oidos, José dijo:

— Don Estévan, no salvarémos al gobernador por

medio de testigos; busquemos pues otro mas eficaz.

—Ningun otro conozco, respondió gravemente el jóven filósofo, demasiado prudente para confiar su íntimo pensamiento á un hombre que no conocia.

—Sin embargo, replicó vivamente el dominico, si este medio se frustra, ¿qué harémos?

—Yo confio en la justicia de Dios, respondió Estévan.

José sonrió amargamente y tomando la mano del jóven Vargas, que apretaba vivamente con la suya, le dijo:

—Don Estévan, vos desconfiais de mí; ¿qué he hecho para merecer esta injusticia? Cierto dia encontré á vuestra prometida esposa perdida, que corria al palacio del inquisidor para pedir el perdon de su padre; arranquéla á una muerte cierta; hice mas, la arranqué á la infamia; la recogí en mi propia casa, guardada y protegida como una hermana; ahora quiero salvar á su padre, ¿qué puedo hacer mas para que os fieis de mí? ¿Por qué desconfiais?

—Porque sois dominico, respondió Estévan con franqueza.

—Visto el hábito, contestó José.

—Convengo, dijo Estévan, en que bajo todos aspectos inspirais confianza; vuestra fisonomía respira candor, y vuestras palabras el sello de la verdad; ¿pero tengo yo la culpa si hoy dia en España es preciso desconfiar de sus mas íntimos amigos?

—Juan de Avila ha tenido confianza en mí, respondió sencillamente José.

—Yo tambien, dijo Estévan tendiéndole la mano.

—¡Pues bien! probádmelo, don Estévan; respondedme con franqueza: si no conseguimos salvar al gobernador por medio de testigos, ¿qué pensais hacer?

—No sé, contestó Estévan vacilando.

José comprendió que tenia una segunda intencion.

—Sublevar el pueblo, prender al gobernador durante el auto de fé.... matar al inquisidor general, dijo enérgicamente el dominico.

Estévan le miró con aire de desconfianza, y José comprendió que acababa de adivinar los deseos del jóven Vargas.

—Este medio solo seria bueno en un caso enteramente desesperado, respondió Estévan; pero su fisonomía animada desmentia la prudencia de sus palabras.

José lo habia adivinado, y no insistió mas; pero conduciendo á Estévan hácia donde estaba su querida, le dijo con tono penetrante y lleno de candor:

—Don Estévan, ¡acontezca lo que quiera, contad siempre conmigo en la vida y en la muerte!

—Gracias, padre, respondió Estévan, pero los amigos se conocen en la prueba.

—La prueba llegará, dijo tristemente José. ¡Oh Estévan! no teneis ningun amigo tan fiel como yo, y esta lucha tal vez me costará la vida.... entónces creereis, repitió con dulzura.

Estévan era jóven, conmovióse, estremecióse, iba tal vez á declarar todo su pensamiento, á confiarlo á este hombre estraño que le admiraba y le fascinaba á la vez; pero cuando volvian á entrar en la sala baja, llamaron recíamente á la puerta de la calle.

—Estamos vendidos, pensó Estévan, y Juan de Avila miró á José como para leer en su rostro; pero ni el dominico, ni Dolores manifestaron la menor sorpresa.

Juana fué á abrir, y entró *Coco*, que venia todas las noches á tomar órdenes de José, y á darle cuenta de las que habia recibido la víspera.

A la vista de aquel rostro amigo todos los temores se calmaron.

—¿Qué hay de nuevo, mi bravo Coco? preguntó el jóven dominico.

—Reverendo padre, respondió el alguacil titubeando, el gobernador de Sevilla....

—Comparecerá dentro de dos dias ante el tribunal, dijo José, ya lo sé: ¿qué mas?

—Estaré de guardia en la puerta de su calabozo.

—¡Oh! esclamó Dolores con ansiedad, ¿vos podréis pues?...

—No estaré solo, contestó Coco comprendiendo su pensamiento.

—Pues bien, pensó Dolores, ya que nadie puede nada para él, yo sola debo salvarle.....

Juan de Avila se levantó para salir, y Estévan dijo á Dolores en voz baja: Moriré ó salvaré á tu padre.

—Bendito seais Estévan, respondió ella.

—Hija mia, dijo á su vez Juan de Avila, sed prudente, contad con vuestros amigos, y no salgais bajo ningun pretesto.

Dolores bajó la cabeza sin contestar, porque no queria mentir ni prometer nada. Sus ojos no dejaron los de Estévan hasta que la puerta de la calle estuvo cerrada.

Estévan, José y el apóstol se alejaron juntos, y José despues de acompañarlos hasta el puente de Triana se separó de ellos; y volviéndose hácia el alguacil que les habia seguido á alguna distancia, le dijo:

—Coco, vigila con cuidado todos los pasos de don Estévan de Vargas, y sean cuales fueren ven á decírmelos al momento.

—Reverendo padre.... respondió Coco titubeando, sin duda lo quereis así por bien suyo, porque es un amigo del apóstol....

—Tranquilízate; ¿acaso he hecho yo jamás mal á nadie?

—¡Oh! vos sois bueno como un ángel, respondió el alguacil, haré todo cuanto vuestra reverencia quiera.

XXI.

EL PUERTO DE DESPEÑAPERROS.

Acababa de salir el sol, y sus primeros rayos de un pálido amarillo, mezclado de rosa, matizaban con sus cambiantes reflejos la ligera niebla que aun cubria las cimas de Sierra-Morena, cual millares de lentejuelas brillantes esparcidas sobre un velo de gasa blanca.

Dos viageros seguian lentamente un camino árido, cortado en la ladera de las montañas tan estrecho algunas veces, que apénas parecia posible que una bicerra pudiese poner sus piés, y las mas veces volando sobre horrorosos precipicios cuya anchurosa profundidad daba vértigos. Algunos pinos achaparrados y esparcidos unian su triste verdor á la tinta granítica de las rocas; ó bien, por un caprichoso contraste, se elevaba un agavanzo cubierto de rosas en la pendiente de los precipicios, cuya vertiginosa profundidad no osaba medir el ojo. Los viageros llegados á la sazon á una de las cimas mas altas de Sierra-Morena se volvieron hácia al oriente, y el sol alumbró de lleno sus rostros.

El mas viejo de los dos no pasaba de treinta años; pero su frente era tan grave, estaba tan impresa en ella la dulce austeridad que brilló en el rostro del Hombre Dios, que á primera vista se le creyera hombre de edad avanzada.

Mirándole atentamente, veíase que los laboriosos desvelos, el desprecio de las cosas terrestres y el hábito de la meditacion habian marcado con un sello

de profundidad y de sabiduría la fisonomía de este hombre, que vestia el humilde hábito de franciscano.

El otro viagero mucho mas jovén, pues contaba á lo mas veinte años, ofrecia con su compañero un contraste tanto mas notable, en cuanto aunque distintos en fisonomía, en costumbres y en carácter, se tocaban sin embargo por un punto único que aproximara constantemente á los hombres aun mas divididos en opiniones y pensamientos; y este punto era la igual lealtad de carácter. Ademas profesaba la misma doctrina, y si las inclinaciones del uno propendian muchas veces hácia un lado contrario á las del otro, á lo ménos obraban siempre con el mismo objeto y para la misma causa.

Acababan de trepar por el *puerto de Despeñaperros*, que es una de las cumbres mas elevadas de aquella alta y escabrosa cordillera llamada *Sierra-Morena*.

Fatigados ambos se sentaron, y despues de haber descansado algunos instantes, pudiendo respirar con mas libertad y recobrando con el valor la fuerza lanzaron á un tiempo aquella mirada profundamente investigadora del filósofo, que en medio de las maravillas de la creacion, busca siempre la causa en los efectos, y admirando las obras de Dios, vé, por decirlo así, á Dios mismo; á tal grado llegan la viveza y la lucidez, las percepciones del alma que son las únicas que nos hacen comunicar con el espíritu.

Detrás de ellos la Sierra-Morena, propiamente dicha, levantaba su cabeza orgullosa y encanecida con la nieve de todos los siglos.

Delante de ellos se estendian las llanuras desoladas de la Mancha; un poco á la izquierda, hácia atrás, la voluptuosa Andalucía ostentaba por un orgulloso contraste, sus campos de olivos, sus viñas verdes y sus floridos limoneros.

Mas léjos, á la derecha estaba Sierra-Nevada, Sier-

ra-Elvira y las Alpujarras, continuando aquella cordillera de montañas inaccesibles que circuyen las dos Castillas como en una inmensa barrera de granito.

Finalmente traspasando con el pensamiento el largo espacio que aun las separaba, creyeron ver las Castillas, este *Sancta Sanctorum* de la España, de aspecto estraño y variado en que serpentean el Tajo de aguas amarillas y el plateado Manzanares.

Desde aquel lugar elevado los viajeros dominaban gran parte de España..... Contemplando este rico y hermoso pais, un amargo pensamiento se mezclaba á su admiracion... Allí abajo, á sus piés, en estas llanuras engalanadas por la mano de Dios, un poder inícuo y brutal arrebata á los hombres el libre goce de los bienes de la tierra y de ellos mismos; esta felicidad que es un derecho de la vida.

— Hé allá el término de nuestro viage, dijo repentinamente el religioso estendiendo la mano al horizonte, hácia un punto donde solo el pensamiento podia alcanzar, porque se perdia en el espacio.

— ¡Dios mio! esclamó dolorosamente el jóven, ¿llegarémos á tiempo?..... y sobre todo conseguirémos conmover el corazon del rey.

— Tened confianza, respondió el religioso; ¿por qué os afligis de antemano por una cosa incierta? La impetuosidad siempre prejudica el buen éxito de las empresas; solo con la calma se consigue todo. El gran secreto de la vida es saber aguardar, y no hacer del porvenir incierto un tormento positivo para lo presente. El alma se fatiga y enerva con estos temores continuos, con estas inquietudes prematuras. El hombre fuerte aguarda á pié firme los acontecimientos sin temerlos; pasa muchas veces por insensible siendo solo valiente.

— ¡Oh padre mio! dijo el jóven con amargura; bien se alcanza que nada os inquieta, y que renunciando á

los goces terrestres habeis renunciado á las miserias de la humanidad ; que os habeis aislado en vuestra regla religiosa como en un desierto , y que no disfrutando de la vida comun, no podeis comprender sus dolores,

— ¡Jóven! replicó dulcemente el franciscano, ¿pensais acaso que el apostolado es una mision de egoismo y de dureza? ¿No hemos abrazado las miserias voluntarias para internarnos mas por medio del espíritu en las miserias del hombre? ¡Infeliz el que comprende distintamente la mision del sacerdote, desgraciado el que convierte la autoridad evangélica en su poder temporal que beneficia en provecho de sus propias pasiones, en vez de emplearla en el bienestar y en el consuelo de todos! El apostolado no tiene otro objeto; y el que obra distintamente, desconoce los deberes de su ministerio. ¿Cuál debe en efecto ser nuestra vida? Estar siempre prontos á verter nuestra sangre para nuestros hermanos, á socorrerlos, á consolarlos en sus adversidades, á hacerles la vida mas dulce procurándoles la esperanza de otra mejor. ¿Creeis hijo mio, que el que renuncia las delicias de su familia para consagrarse á la felicidad de la gran familia humana es un egoista ó un cobarde ? No, no, no lo creais ; la abnegacion es una virtud que viene de Dios, y solo Dios da la fuerza para hacerla.

—¡ Oh padre mio ! replicó el jóven, ¡perdonadme: soy ingrato é injusto ; todo os lo debo, y os ultrajo ! el dolor me quita la razon. Vos sois una escepcion sublime ; pero decidme , prosiguió con ese amargo escepticismo que dan á veces los grandes infortunios, ¿ en dónde están los descendientes de los apóstoles? En vano al rededor mio busco por toda la España en que hormiguean frailes, y no veo mas que mendigos serviles ó cobardes opresores.

— Hijo mio, respondió el franciscano con voz se-

vera, sois demasiado jóven y teneis poca esperiencia para juzgar de esa manera absoluta. Reconozco como vos los abusos de la Iglesia de España ; todos los dias lloro los males que ocasionan; y lucho contra ellos con todas mis fuerzas; pero cuando volviendo en mí, me humillo á los piés del Eterno ofreciéndole mis combates, mis súplicas y mis lágrimas, me digo algunas veces con dolor, pero con resignacion : « Esto tal vez está en los designios de Dios. »

— No, no, esto no puede ser, esclamó impetuosamente el jóven ; Dios grande y magnánimo, Dios, cuya esencia divina se compone de amor, ¿ puede permitir que se oprima en su nombre á aquellos á quienes ha dado una alma inmortal que es una chispa de él mismo?

— Hijo mio, dijo el religioso bastante embarazado con esta pregunta, pero demasiado firme en su fé para querer profundizar los misterios que su razon no podia comprender, hijo mio, hay una cosa muy cierta, y es que Dios ha creado el hombre para la felicidad y que la felicidad está en la perfeccion. Nosotros tendemos incesantemente hácia este único objeto : tal vez solo se alcanzará con el dolor, tal vez las generaciones venideras tienen necesidad de la sangre y de las lágrimas de sus padres como nosotros tuvimos necesidad de la sangre de Jesucristo ; y tal vez tambien para los que padecen, Dios que es el orígen de la eterna justicia, tiene reservadas aun desde esta vida, recompensas incomprensibles. — En los tiempos de persecucion, el hombre siempre á la vista del martirio, viviendo solo para el dia, se aficiona poco á las cosas de la tierra ; se acostumbra á vivir del espíritu, y esta grande meditacion de los pueblos produce á veces aquellas grandes enseñanzas que regeneran á las naciones. — Acabemos pues de murmurar; luchemos con perseverancia la sumision

voluntaria á los decretos de un ser Todopoderoso; pero infinitamente bueno, trae consigo magnánimos consuelos. No se obedece á una fatalidad ciega, se obedece solo á un ser inteligente y lleno de amor, que coloca siempre el bien al lado del mal, y muchas veces el bien en el mal mismo por medio de combinaciones algunas veces obscuras para nuestras inteligencias limitadas; pero que, no lo dudeis, conducen siempre á un objeto marcado de antemano por su voluntad eterna.

Estévan no contestó. Contemplaba en silencio á ese hombre jóven, hermoso y grave, que dotado de los dones mas preciosos de la inteligencia y de la fortuna, habia renunciado á los vanos honores de este mundo para disfrutar de la sola idea del espíritu, y contribuir con todo su poder, con todas sus facultades, al edificio de la felicidad social; no de esa felicidad frágil basada sobre paradójicas utopias, sino de aquella felicidad, eterna infalible, que á despecho de los reveses, del padecer y de la muerte, nace en el corazon del hombre que abraza con ardor una fé consoladora, y por decirlo así, vive ya en la tierra una vida que pertenece al otro lado de la tumba.

Aunque ese jóven fué educado en sentimientos muy puros y cristianos, el ardor natural de una sangre jóven y española, la existencia enteramente caballeresca que tenian los grandes señores de aquella época, á pesar de su gusto natural por las meditaciones filosóficas, habian dado un giro vivo y marcial á la espresion de sus opiniones y de sus ideas. Apto para abrazar todos los grandes pensamientos religiosos ó humanitarios, faltábale aun al jóven filósofo la paciencia que suporta y no adelanta el órden natural de los acontecimientos. Como gentilhombre, era en lo moral un luchador atrevido é intré-

pido que seguro siempre de su fuerza ataca de frente á todos sus enemigos á la vez; y en lugar de combatirlos uno á uno, de asegurar su victoria con la misma lentitud de la lucha, corre orgullosamente los riesgos de una derrota.

Esto esplica tal vez porque en las luchas que la España filosófica y liberal ha entablado con la España ultramontana, ha sido siempre vencida.

No les faltó el valor ni la perseverancia á los defensores de la libertad de conciencia; faltóles la prudencia de Ulises, la desconfianza de los hombres y de los acontecimientos, esta destreza que raya en astucia. Poseian la valentía de los leales caballeros; combatían en medio del dia y con el pecho descubierto, contra tenebrosos enemigos, atrincherados en la ignorancia y en el fanatismo del pueblo, como el bandido en las malezas del camino; con enemigos que no se defendian durante el combate, sino que herian cobardemente á su adversario por la espalda cuando se habian cansado de combatir sin fruto.

Esta costumbre traidora es peculiar desde mucho tiempo de las costumbres de la iglesia romana, que nunca combate con legiones; y sin ofrecer al enemigo mas que escaramuzas, le deja gastar sus fuerzas persiguiendo antagonistas numerosos, invisibles, que parecen huir y multiplicarse bajo sus pasos; y cuando ella los cree abatidos entónces se levanta en masa como un solo hombre y da un grito de triunfo formidable, que resuena hasta los últimos confines del mundo.

— Hace cinco dias que salimos de Sevilla; ¡cuanto distamos de Madrid!

— Ocho dias á lo ménos, respondió el franciscano.

— Y durante este tiempo el buitre inquisitorial devora su presa, y tal vez cuando volvamos, ya será tarde.

— Tranquilizaos, contestó el religioso, la Inqui-

sicion no va tan aprisa, bebe la última gota de sangre de sus víctimas antes de entregarlas al verdugo... Vamos, valor, continuó viendo aproximar los guias arreando sus mulos que se quedaron atrás miéntras ellos subian la montaña á pié.

Los viageros se levantaron, y descendiendo los estrechos senderos de la vertiente septentrional de la montaña, se juntaron á sus guias que trepaban por el camino que conducia á Castilla, apénas indicado por las huellas de los caminantes y donde se vé hoy dia una magnífica carretera que da vuelta en espiral hasta la cumbre de la montaña, y por rodeos y circuitos conduce desde Castilla á Andalucía y desde Andalucía á Castilla.

En la época de esta historia el camino era mucho mas escabroso; pero á nuestros viageros no les faltaba valor.

Continuaron pues su camino, ya montados, ya á pié, descendieron la montaña para ir á la Carolina, donde llegaron en la misma tarde.

Nuestros lectores habrán reconocido ya en nuestros viageros á Estévan de Vargas y á Juan de Avila.

XXII.

EL TRIBUNAL.

Era un dia triste y lúgubre, un dia de sesion inquisitorial. Acababa de abrirse la sala del tribunal, que era un vasto cuadrado tendido de negro.

Hácia el fondo se estendia de un lado á otro una mesa semicircular. Detrás de esta mesa cubierta en toda su longitud con una flanela negra, se veia un sillon de terciopelo negro, y sobre él un dosel de la misma tela, que era el asiento del presidente ó inquisidor mayor.

Tribunal de la Inquisicion.

Sobre el dosel colgaba arrimado á la pared un gran crucifijo de marfil sobre un fondo negro. Al lado del sitial del presidente habia otros dos sillones del mismo color que el dosel, destinados á los inquisidores que componian el tribunal.

A la derecha de la mesa habia una campanilla, al lado opuesto un grande libro de los evangelios abierto, y en medio, delante del presidente, una cuartilla de papel blanco para continuar sus notas particulares.

Frente al Santo Cristo fuera de la mesa, habia un banco, ó mas bien un baston triangular apoyado sobre cuatro piés en escuadra que servia de asiento á los acusados.

Finalmente, á la derecha del presidente, tambien fuera de la mesa, estaban los esbirros y cuatro hombres enmascarados vestidos con una larga túnica de bocací negro, cubierta la cabeza con una cogulla de la misma tela agujereada en los puntos correspondientes á los ojos, á la nariz, y á la boca. A la izquierda dos escribanos sentados delante de una mesita escribian lo que les dictaba el presidente, ó por órden suya, el testigo.

Revestido Pedro Arbués con su largo hábito de fraile, engalanado con la cruz blanca de los hijos de santo Domingo, y sentado en la silla de la presidencia, lanzaba á su alrededor una siniestra mirada.

Indiferentes sus dos acesores á las tormentas que bramaban en el alma de aquel hombre feroz, pero animados por el mismo espíritu de dominio, aguardaban con hipócrito recojimiento la llegada del acusado. Ninguna emocion interior penetraba su máscara de bronce; y en su alma no habia los combates ni las incertidumbres del juez, indeciso entre la obligacion de castigar á un culpable y el temor de castigar á un inocente.

Sus sentencias estaban dictadas de antemano. Castigar, castigar sin compasion, tal era su divisa; solo temian el absolver, y jamas absolvian de grado.

Hácia el centro de la sala habia algunos frailes de varias órdenes, ordinarios testigos de tales solemnidades, y algunos grandes de España consagrados á la Inquisicion, á quienes Arbues habia convidado con esquelas; pues el que iba á comparecer ante el tribunal no era un acusado vulgar; sino un señor noble y poderoso, un buen católico acusado de herejía, á quien sus iguales iban quizás á ver como le condenaban sin atreverse ninguno de ellos á levantar la voz en su defensa.

Un terrible silencio reinaba en esa lúgubre asamblea; el sello uniforme de tristeza y de muerte impreso en aquellos diversos rostros daban á la escena el aspecto de un entierro.

Pero luego se notó en la triste asamblea un movimiento casi imperceptible, las miradas se dirigieron lentamente hácia la puerta, por la cual conducido por dos esbirros acababa de entrar en la sala el acusado, que era un hombre alto y pálido, de edad de unos cincuenta años. Sus cabellos de un negro muy obscuro, pero cuya mayor parte se habian ya vuelto canos, adornaban una frente ancha que mas bien demostraba lealtad que genio, sus ojos abiertos tenian la espresion leal y caballeresca de un verdadero hijo de Castilla, y la inmensa resignacion religiosa, carácter distintivo de los cristianos de España, templaba la espresion de amargura y de pesar que cubria el rostro de aquel hombre. Estaba ademas débil y flaco á causa de los dos meses que llevaba de encierro en los calabozos de la Inquisicion.

Avanzó á paso lento en medio de sus guardas, y llegado delante del presidente, buscó á su alrededor una silla para descansar; pero no viendo mas que

El Gobernador ante el tribunal.

aquella especie de percha triangular donde el tribunal hacia sentar á sus víctimas, sus ajados labios espresaron una sonrisa amarga y sarcástica, colocado como pudo en aquel estraño asiento de inquisitorial invencion. [1]

Despues levantando la cabeza sin altanería, pero con una increible dignidad, fijó en Pedro Arbués una penetrante mirada que hubiera hecho bajar los ojos á otro que no fuera un inquisidor.

Arbués la sostuvo sin inmutarse, y dirigiéndose al acusado, le dijo:

Levantáos y jurad sobre los Santos Evangelios, que diréis verdad.

El acusado se alzó lentamente, acercóse á la mesa, y poniendo la mano sobre el libro santo, dijo con voz firme y sonora:

— Juro en nombre de Jesucristo y sobre sus Santos Evangelios decir la verdad pura.

— Está bien: ¿Vuestro nombre? prosiguió el inquisidor.

— Pablo, Joaquin, Manuel Argoso, conde de Cevallos, grande de España de segunda clase, y gobernador de la ciudad de Sevilla por la voluntad de nuestro muy amado rey don Cárlos quinto.

— Dejad á un lado esos títulos, dijo el inquisidor; puesto que ya los habeis perdido. [2]

[1] Cuando los acusados comparecian ante el tribunal de la Inquisicion no les era permitido sentarse en banquillo, sino en el corte de un baston triangular, apoyado sobre dos XX, llamado *potro*. Muchas veces cuando un acusado rehusaba confesar lo que se le exigia, le tenian sentado ó arredillado dos y aun tres horas sobre el corte del *potro*. ¿No era esto un tormento preparatorio? digo preparatorio porque los inquisidores los tenian mas esquisitos.

[2] Toda persona detenida por el santo oficio perdia, por este mero hecho, todos sus títulos y dignidades, y derechos civiles, y no los recobraba hasta despues de haber obtenido la *absolucion definitiva*, lo que pocas veces sucedia. Asi, el primer efecto de la persecucion inquisitorial era la ruina y el deshonor de las familias!... Y los inquisidores se llamaban defensores de la fé católica!!!

Manuel Argoso no respondió, pero su labio inferior hizo un movimiento de desprecio: ya se habia enardecido su sangre castellana.

—¿Vuestra edad? preguntó el presidente.

— Cincuenta años, respondió el gobernador.

— Manuel Argoso, prosiguió Arbués con voz lenta, metálica, cruel; se os acusa de haber recibido en vuestra casa á un jóven oriundo de una raza herética; jóven que profesa sentimientos opuestos á las doctrinas del Santo Evangelio católico romano, y de no haberle denunciado.

—Monseñor, no comprendo lo que quereis decir, respondió Argoso.

— No denunciar la heregía, es fortalecer la heregía, prosiguió el inquisidor. Vos no habeis podido ignorar que Estévan de Vargas, descendiente de una familia morisca, dista mucho de ser un buen católico, y no solamente le habeis admitido en vuestra casa, sí que tambien le habeis prometido en matrimonio vuestra única hija.

A esta palabra el desgraciado gobernador exhaló un profundo suspiro, y corrióle una lágrima por su pálida mejilla; pero tranquilizándose luego:

— Monseñor, respondió, el jóven Estévan Vargas desciende de uno de aquellos nobles caballeros abencerrages que abrazaron voluntariamente la religion de Jesucristo y se reconocieron súbditos del rey Fernando de Aragon y de la grande Isabel, nuestra gloriosa soberana.[1] Esos caballeros recibieron de nuestros reyes los mismos privilegios de que gozan los

[1] Don Estévan de Vargas era efectivamente oriundo de una familia morisca perteneciente á la tribu de *Vénegas*, de cuya palabra se deriva *Vargas*. El padre de don Estévan fué nombrado miembro del consejo de Castilla por Felipe primero en 1506. Don Estévan tenia un hermano inquisidor nombrado don Pedro de Vargas que fué su mas cruel perseguidor. Don Estévan se salvó de la inquisicion huyendo de España.

señores castellanos ?por qué negarles hoy un derecho que adquirieron legítimamente desde el siglo último ?

— El que obtiene un derecho contrae contra su deber, dijo el inquisidor, y desde que falta á este deber, pierde su derecho. Profesando don Estevan de Vargas doctrinas contrarias á los santos cánones de la Iglesia, pierde su salvaguardia de buen católico; está contaminado de heregía, y cualquiera que se alie con él es reputado herege y debe sufrir las penas señaladas á este crímen.

— Señor, dijo gravemente Argoso, os juro bajo mi palabra de honor que don Estévan de Vargas jamás ha pronunciado delante de mí una palabra que no fuese de un piadoso cristiano y de un leal caballero; por lo mismo no puede ser cómplice de un crímen que no existe.

— ¡Niega! dijo el inquisidor con aire de compasion volviéndose hácia sus consejeros como para consultarles con una mirada.

Los consejeros hicieron un gesto de horror dirigiendo los ojos al cielo con aire hipócrita.

Esta pantomima era entre ellos muy comun, y reemplazaba la rectitud del juicio y la lógica de la palabra que ninguno de ellos poseia.

Los escribanos iban estendiendo las preguntas y las respuestas, y Pedro Arbués parecia reflexionar.

Hubo un largo rato de silencio durante el cual aquella alma impetuosa y apasionada se habia profundamente recogido en sí misma para buscar un metal de voz agradable, un modo de mirar tierno, palabras llenas de una dulzura evangélica, único lenguaje usado entre los inquisidores, y que ninguno de ellos abandonaba jamás bajo ningun pretesto y en ninguna circunstancia, sea que esto fuese uno

de los estatutos de su regla[1], sea que esa dulzura hipócrita fuese una esquisitísima crueldad; y debe ser así porque en vano quisiera uno persuadirse de que hacian el mal por conviccion, y de que esta mansedumbre estudiada, unida á tanta barbarie, era el resultado de celo por la religion y de piedad para con las víctimas que ellos se *creian* obligados á atormentar de tal modo.

La disolucion de sus costumbres contesta victoriosamente á todas las apologías que se podrian hacer acerca de este asunto. La entera pureza de su corazon es la sola garantía de su bondad.

Finalmente, mirando al gobernador de Sevilla con aire de compuncion, le dijo:

—Hijo mio, me veis sinceramente afligido por la obstinacion que el enemigo del bien ha puesto en vos. Os he amado en Dios, y en medio de mi celo por la santa causa de la Iglesia y de mi sincera amistad por vuestra persona, ruego al Señor que os envie el espíritu del arrepentimiento y de la penitencia, á fin de que reconociendo vuestras faltas, hagais abjuracion solemne y volvais al recto camino que conduce al cielo.

—Padre mio, respondió Manuel Argoso con serenidad, Dios es testigo de que jamás he tenido ni un

[1] He aquí lo que se lee en la nota de la página 100 del *Ultramontanismo* de M. Edgard Quinet, primera edicion en 8.°, pág. 282. *Modo de dar la cuerda al acusado que rehusa responder ó no quiere responder con precision.*

«Muchas veces acontece que el acusado no quiere responder con precision, sino con las frases evasivas; *no sé, no me acuerdo; puede ser, no lo creo; yo no debo ser culpable de este delito.* Ha de responder con palabras claras y precisas: *He dicho, no he dicho; he hecho, no he hecho.* En estos casos es necesario *recurrir contra él al rigoroso exámen* (el tormento), para sacarle una respuesta absoluta, precisa, satisfactoria, concluyente. Pero primero conviene hacerle las amonestaciones debidas, despues amenazarle con la cuerda; y el escribano registrará las dichas amonestaciones y amenazas. La fórmula es la siguiente..... Benignamente advertido, *benignè monitus.*»

solo pensamiento que fuera contrario á la doctrina del Santo Evangelio, y de que siempre le he servido con amor y confianza.

— Pero vos confesais haber tenido relaciones con un morisco, añadió insidiosamente el inquisidor.

— Don Estévan de Vargas no es un morisco, respondió el gobernador; sino tan buen católico como vos y yo, señor.

— ¡Santo Dios! esclamó el inquisidor, el espíritu maligno le ciega é insulta á nuestra santa religion.

— Señor, objetó en voz baja uno de los consejeros; confiesa sus relaciones con don Estévan de Vargas.

Pedro Arbués hizo un movimiento de cabeza que queria decir: «Bien me servirá esta idea.»

— Hermano mio, prosiguió dirigiéndose al acusado, ¿negaréis tambien que habeis educado á vuestra hija con sentimientos contrarios al verdadero espíritu de la religion católica, y que se ha ocupado de esos perniciosos estudios del Norte á que llaman filosofía?

— Lo niego, respondió el gobernador.

— ¿Podeis probarlo? preguntó el inquisidor.

Volvióse Manuel Argoso hácia la asamblea que ocupaba la parte inferior de la sala, y divisando á varios caballeros que en el tiempo de su prosperidad frecuentaban mucho su casa, esclamó:

— Señores, ¿quién de vosotros vendrá á atestiguar la verdad, y á afirmar que ni Manuel Argoso ni su hija, la noble Dolores, jamás han seguido otras máximas que las del Evangelio? todo esto lo sabeis, señores, porque mi alma os estaba abierta como mi casa.

En vano aguardó el gobernador una respuesta; todos permanecieron mudos, y bajaron la vista te-

miendo manifestar la menor señal de ternura ó de lástima.

Manuel Argoso dejó caer los dos brazos con una espresion de desaliento imposible de pintar; volviéndose despues hácia el inquisidor y como iluminado por una inspiracion repentina, esclamó:

— Monseñor, apelo de ello á vos mismo: vos veniais todos los dias á mi casa, y en vuestra doble calidad de amigo y de ministro de Dios, debeis conocer mejor que nadie mis verdaderos sentimientos, y especialmente los de mi hija.

— Yo no era su confesor, respondió el dominico con voz glacial.

— ¡Oh Monseñor! dijo Argoso con un tono capaz de enternecer á una piedra; Monseñor, ¿Dolores está tambien acusada de heregía? ¿está presa como yo?

— Ahora no se trata de vuestra hija, respondió el inquisidor, que queria adrede prolongar las incertidumbres del infeliz padre; vos sois el acusado, Manuel Argoso; confesad vuestro crímen si quereis merecer el perdon del cielo y el de la santa Iglesia.

El gobernador no respondió; sus ojos ansiosos y febriles interrogaban á los de Arbués; procuraba adivinar en sus facciones la suerte que reservaba á su hija; pero fué en vano, porque la fisonomía del inquisidor no reveló nada mas que una terrible dureza de corazon disfrazada con una auréola de amabilidad hipócrita.

— ¡Hija mia! ¿qué habeis hecho de mi hija? esclamó el gobernador juntando sus manos suplicantes; respondedme, Monseñor, os lo suplico; decidme que nada le amenaza, y todo podré sufrirlo.

— Manuel Argoso, dijo el inquisidor con voz lenta y melosa, no es este el momento de ocuparos afectos terrestres; pensad en Dios y en vuestra salvacion, y dejad á la Providencia el cuidado de velar

sobre las personas que amais.

A pesar de la afectada dulzura de sus palabras, el rostro del inquisidor manifestaba una voluntad inflexible. El padre de Dolores comprendiendo que nada podia esperar de aquella alma de bronce, encorvó la cabeza sobre su pecho, con una resignacion y un heroismo dignos de los primeros mártires.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! pensó, y se mantuvo en silencio.

—Hermano mio, le dijo el inquisidor con voz mas dulce, confesad al ménos que habeis sido tentado por el espíritu maligno. Como somos débiles criaturas, no siempre escapamos de sus lazos, á pesar de las mejores intenciones. ¡Pues bien! hermano mio, decidnos que su poder fatal os ha sometido; que os ha hecho mas ciego que culpable, y endulzándoos el rigor de los castigos terrestres, procurarémos al propio tiempo salvar á vuestra alma de la perdicion.

El gobernador no respondió.

—Confesad al ménos que os complacia oir las máximas filosóficas y anticristianas, cuyo luteranismo infecta á la Europa.

—Ignoro lo que es luteranismo, respondió el gobernador, pues no me he ocupado de él..... Es efectivamente preciso que Lutero sea un grande hombre para que trasterne de tal manera el mundo.

A esta atrevida respuesta, toda la asamblea se estremeció, porque habia visto salir un rayo siniestro de los ojos del inquisidor. Con mucho ménos que esto bastaba para que la Inquisicion condenara á un hombre.

—¡Desgraciado! ¡blasfema!... esclamó Pedro Arbués; ¡y se entrega! añadió entre sí....

Los otros dos inquisidores se dieron una mirada de inteligencia.

—¿Entónces es verdad, prosiguió Arbués, que con razon os acusaron de que profesais secretamente las máximas del enemigo de Dios, y de que sois un admirador de Lutero?

—¿Cómo puedo yo admirar á un hombre á quien no conozco y seguir sus máximas? respondió el gobernador; ¿son acaso mejores que las mias? ¿su religion vale acaso mas que la que se me ha enseñado? y ademas, ¿quién me acusa? nombradme el acusador, á fin de que pueda confundirle.

—La caridad cristiana no lo permite [1], respondió el presidente. Confesad, hijo mio, confesad y arrepentíos; este es el único medio de salvacion que os queda para la otra vida.

—No tengo nada mas que decir, respondió el gobernador; solo ruego á Dios, que conoce mi inocencia, que la patentice y convenza á mis jueces.

—Sea cual fuere el enemigo que me acusa, continuó, juro ante Dios que me ve y oye, que es un infame calumniador; declaro que mi hija Dolores es un ángel. Maldito sea el que ose atentar á su pureza.

—Con todo, añadió, ¡cúmplase la voluntad de Dios en ella y en mí; yo confio en el que proteje á los inocentes!

Despues procuraron abrumarle con preguntas insidiosas y multiplicadas; pero Argoso guardó un silencio que fué imposible hacerle romper.

—¡Desgraciado! él lo quiere, dijo Pedro Arbués con tono de conmiseracion hipócrita.

Y volviéndose hácia los hombres enmascarados que permanecian inmóviles como espectros á la derecha del tribunal, tendió la mano señalando con el índice al acusado.

Un estremecimiento glacial corrió por la asamblea;

[1] La Inquisicion jamás nombraba los testigos, y por este medio alentaba la delacion. (*Anales del santo oficio*).

pronto reinó un horrible silencio; no se oyó ninguna respiracion en el vacío sonoro de aquella sala inmensa, y se dijera que todos aquellos hombres se habian convertido en mármol.

Solo los cuatro enmascarados parecieron desprenderse del suelo como fantasmas, y andar ligeramente y sin ruido por el pavimento: llegados cerca del acusado, le cogieron, le levantaron casi en sus brazos sin que hiciera ningun movimiento, y desaparecieron con él por una puerta lateral.

XXIII.

EL CUARTO DEL TORMENTO.

En medio de una vasta rotunda, en una profunda cueva iluminada por dos pálidas antorchas, cuatro hombres enmascarados rodeaban á otro hombre triste y débil que apénas se sostenia, y cuya vista debilitada le hacia penosa la lúgubre claridad de aquel lugar funesto.

Un aire húmedo y denso se estendia como una insalubre niebla por esas regiones subterráneas de donde se exhalaba un olor fétido y sepulcral.

En esa especie de caverna, por todas las paredes desiguales y lustrosas con el agua que se filtraba al traves de la blanca piedra, se veian colgados instrumentos del tormento; infernal invento de la ascética y feroz imaginacion de los frailes, y cuyo solo aspecto estremecia.

Habia caballetes, borceguíes de hierro, clavos de una dimension enorme, cuerdas de todos grosores; despues en una esquina, al lado de un caballete un brasero encendido que reflejaba sus llamas rojas y azules en la profundidad de aquel obscuro recinto.

Ese espectáculo era horroroso. —Descendíase á ese lugar infernal por una multitud de escalerillas tortuosas, cuyas húmedas baldosas estaban cubiertas de moho, y donde se resbalaba á cada paso como sobre un fango viscoso; pero los servidores de la Inquisicion conocian todos los rodeos de ese horrible laberinto á donde habian conducido á Manuel Argoso al dejar la sala del tribunal, y donde los encontramos ahora con el infeliz acusado, aguardando la llegada del inquisidor [1].

El antiguo gobernador de Sevilla se habia dejado conducir ó mas bien llevar, cerrando los ojos para no ver el camino que recorria, pero habiéndose detenido los verdugos en medio del cuarto acusado del *tormento* [2], él abrió los ojos, echó á su alrededor una mirada inquieta, y al ver tan solo el cubierto rostro de los hombres que en aquel infierno terrestre ejercian el oficio de demonios, y á quienes llamaban *atormentadores*; y cuando hubo contado uno por uno los horribles instrumentos que le rodeaban, su imaginacion debilitada por el ayuno y el encarcelamiento, sufrió una ilusion estravagante. A impulsos de su fé de piadoso cristiano creyó haber dejado este mundo y llegado al terrible lugar de que habla el Evangelio, donde hay *llantos* y el *rechinar* de los *dientes*.

Segun esto, no es de admirar que en semejantes momentos y en medio de tal fantasmagoría obtuviera la Inquisicion las abjuraciones y confesiones mas estrañas, las mas contrarias al carácter de los hombres de que hacia sus víctimas.

Llegó por fin Pedro Arbués acompañado de otro inquisidor y del escribano apostólico.

[1] La descripcion del cuarto *del tormento* está conforme á la que se puede leer en la *Historia de la Inquisicion*.
[2] Llamábase así esta cueva tenebrosa.

Tormento de la cuerda.

El acusado permanecia en pié en medio del *cuarto del tormento*.

Al aspecto de su juez, volvió al sentimiento doloroso de la realidad; y levantando los ojos al cielo, como para implorarle, vió que encima de su cabeza habian fijado en la bóveda una fuerte polea, por la que pasaba una cuerda de cáñamo que caia á sus piés; lo cual le hizo estremecer.

Los cuatro hombres enmascarados permanecian silenciosos cerca de él.

Pedro Arbués y el inquisidor que le acompañaba se sentaron para presidir esta lúgubre escena, conforme al artículo diez y ocho del código de la Inquisicion, segun el cual siempre debian estar presentes uno ó dos inquisidores, acompañados de un escribano apostólico, para estender las declaraciones de los acusados.

Aunque Manuel Argoso poseia el valor de las almas fuertes, sin embargo no pudo ménos de aterrorizarse pensando que tal vez su hija tendria que sufrir las mismas pruebas, y esto le quitó todo su valor.

Si hubiese podido evitárselo confesando crímenes imaginarios, no hubiese titubeado un solo momento; pero no ignoraba que semejante confesion la perderia en vez de salvarla. Armóse pues de toda su energía, y se preparó para sufrir.

A una señal del inquisidor, los *atormentadores* desnudaron al acusado dejándole en camisa.

Entónces, Pedro Arbués se adelantó hácia él, y con evangélica dulzura le dijo:

—Hijo mio, confesad vuestros crímenes, y no contristeis nuestra alma perseverando en el error y en la heregía; evitadnos el dolor de obedecer á las leyes justas y severas de la muy santa Inquisicion, tratándoos con todo el rigor que ellas reclaman.

Este suplicio duró una hora. [1]

El infeliz gobernador no habia proferido una queja; solo su pecho palpitante y sofocado exhalaba una respiracion ronca y oprimida que se asemejaba al estertor de la agonía. Sus ojos empañados, como los de un moribundo, parecian no tener que cerrarse mas que con el último sueño. La cuerda que apretaba sus puños habia penetrado tanto en la carne, que la sangre del torturado chorreaba por todo su cuerpo, y su camisa, único vestido que le quedaba, estaba manchada con un barro sangriento, porque el suelo era terreo y húmedo, y acabado el tormento, el infeliz gobernador, libertado de sus ligaduras, habia caido en tierra como una masa inerte: sus huesos dislocados y sus músculos magullados no podian ya sostenerle.

Era un espectáculo destrozador y horrible ver á ese hombre fuerte, alto, robusto, aun en el vigor de su edad, anonadado por un tormento atroz, y ajusticiado antes de juzgarlo.

¡Qué debia esperarse de una jurisprudencia que imponia á los acusados semejantes pruebas!

Pero los inquisidores no tenian entrañas, *reinaban* por el tormento, se saciaban con agonías.

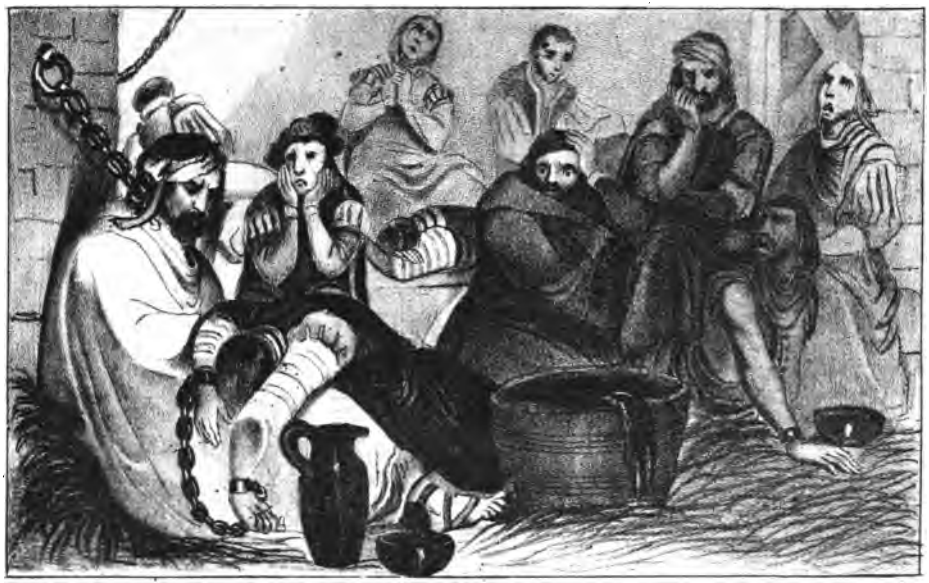
—Que vuelvan á ese hombre al calabozo, dijo Pedro Arbués con aire afligido; basta por hoy; y volviéndose al inquisidor consejero, añadió:

—Hermano mio, no olvideis á este infortunado en vuestras oraciones.

Tal era el modo de obrar de los inquisidores con respecto á sus víctimas: cubrian la abominable dureza de su corazon con exterioridades hipócritas de una piedad profunda.

Dos esbirros levantaron en sus brazos al desgra-

[1] Este suplicio en Roma solo duraba media hora; pero en España duraba mas de una hora segun Llorente.



Interior de un calabozo de la Inquisicion?

BIBLIOTHECA BODLEIANA

ciado gobernador, que no daba ninguna señal de vida.

XXIV.

LOS CALABOZOS DE LA INQUISICION.

Era media noche, y todo Sevilla dormia, escepto tal vez los infelices presos sumerjidos en las sentinas de la Inquisicion.

En las avenidas de este sombrío edificio llamado prision de la Fé, nada alumbraba la obscuridad de la noche. Un fúnebre silencio reinaba en él; esas tumbas que encerraban vivientes eran demasiado profundas para que los gritos de agonía de las víctimas pudiesen llegar al esterior.

Un religioso y una mujer se adelantaban á pasos furtivos hácia la prision.

La noche era tan obscura y sus vestidos tan sombríos, que ni aun un espía hubiese podido distinguirlos contra las paredes ennegrecidas que seguian, y eran su única guia en la obscuridad.

Pronto llegaron á la puerta de la cárcel. El religioso dió un golpe seco y sonoro aunque ligero, con una llave que tenia en la mano; y al mismo instante la puerta giró lentamente sobre sus goznes como por magia.

El religioso y la mujer entraron en el edificio, y al punto cerróse suavemente la puerta sin gruñir sobre sus goznes, cuidadosamente untados de antemano con aceite.

—¡Oh! tengo miedo, dijo en voz baja la compañera del religioso.

—Calmáos, Dolores, respondió José; calmáos; conmigo nada teneis que temer.

Apoyóse la jóven en el brazo del dominico para

sostenerse, pues su corazon latia con violencia.

El carcelero durante este tiempo habia encendido un farol de ronda, y dirigiéndose al religioso le dijo:

— Reverendo padre, ¿adónde debo conducir á vuestra paternidad?

— Al calabozo del gobernador de Sevilla; vé delante de nosotros.

El carcelero titubeó un instante, porque sabia con que barbarie seria tratado por la Inquisicion si llegaba á descubrir que hubiese introducido una mujer en el calabozo de un preso.

— ¿Vacilas? dijo José.

— ¡Reverendo padre!....

El favorito del inquisidor general hizo sin hablar una seña imperativa.

El carcelero tomó luego la delantera sin contestar, y el fraile y la jóven le siguieron.

Antes de llegar á la region subterránea donde el santo oficio retenia sus víctimas, descendieron por una escalera de caracol de unos cincuenta escalones.

Exhalábase de esos infectos recintos un hedor nauseabundo, insuportable. El religioso y su compañera se sintieron sufocados y prontos á desfallecer, porque sus pulmones no podian respirar este aire; pero José mas animado, sostuvo en sus brazos á Dolores, pálida y casi desmayada, que con la mayor angustia y deteniéndose en el último escalon, esclamó:

— ¡Dios mio! ¡y en este lugar está encerrado mi padre!....

— Valor, dijo en voz baja el dominico, ¡valor! pues lo necesitais.

En este momento se abrió con dificultad una pesada puerta de hierro, dejando salir una bocanada

[1] Anales de la Inquisicion.

de aire tan denso y tan fétido, que parecia humo.

— Aquí está, reverendo padre, dijo el carcelero entregando al fraile el farol que llevaba en la mano, entrad; pero en nombre del cielo, no hagais ruido ni permanezcais mucho tiempo.

— Véte, dijo imperiosamente José tomando el farol de las manos del carcelero; no eres tú quien debe darme advertencias.

Obedeció el carcelero; y retrocedió hasta un obscuro rincon del corredor subterráneo.

Entónces con la claridad incierta y vacilante del farol, José procuró guiar á Dolores por esta profunda obscuridad. Pasaron el umbral de aquella puerta estrecha y maciza, y despues que su vista se hubo habituado un poco á la luz dudosa que les rodeaba, en el fondo del calabozo de unos diez piés de ancho y doce de largo apercibieron sobre una tarima que ocupaba la mitad del local, un hombre echado y como dormido.

Este hombre era el antiguo gobernador de Sevilla.

Estaba solo porque los otros cinco presos que de ordinario habitaban en este recinto, habian muerto sucesivamente durante ó despues del tormento.

El desgraciado Argoso, mas fuerte ó mas valiente habia resistido á las terribles ascenciones que sufrió; y al cabo de algunas horas que lo habian vuelto á su calabozo, recobró la vida y el dolor. En el momento en que su hija entró en el calabozo, un ligero sueño le habia sustraido al suplicio de habitar aquel sitio inmundo. Algunos tiestos de barro destinados para satisfacer las necesidades naturales, y que no vaciaban mas que una vez á la semana, exhalaban un hedor insoportable. Este terrible recinto solo recibia luz por una especie de lumbrera colocada á lo alto de la pared al nivel de la calle, y era tan húmedo, que la estera en que dormia el preso, estaba

enteramente podrida y se deshacia. Cuando los presos eran cinco, la tarima era pequeña, y los ménos débiles dormian en la tierra fria y fangosa.

Tales eran los lugares en que la Inquisicion encerraba sus víctimas.[1]

Aproximóse poquito á poco Dolores al catre en que yacia su padre, y juntando las manos con una espresion de dolor lastimero le contempló algunos instantes, sin embargo no podia ver su rostro vuelto hácia la pared y apoyado en uno de sus brazos; parecia estar tan tranquilo que no se atrevió á despertarle.

Pero acercándose á su vez José chocó con un cántaro que embarazaba el paso; y al ruido que hizo al caer, el gobernador levantó la cabeza; estaba tan pálido y cambiado, que solo su hija podia reconocerle.

—¡Padre mio! esclamó Dolores con un gemido penetrante; y sollozando se arrojó á su seno y enlazándole en sus brazos con el sublime entusiasmo de la ternura y dolor, le estrechó contra su pecho; pero el infeliz padre no respondió á este abrazo, sino que á su pesar un destrozador gemido se escapaba de sus labios porque su hija al abrazarle dispertó los punzantes dolores de sus miembros desconyuntados.

—¿Qué teneis? ¡oh! qué teneis mi buen padre? esclamó ella procurando levantarle en sus débiles brazos.

1 « Los calabozos de la Inquisicion eran profundos subterráneos, verdaderas tumbas á mas de treinta piés debajo de tierra. En cada uno largo de doce piés y ancho de diez, habia un catre de campaña de cuatro piés de ancho y doce de largo. Cada calabozo contenia seis y muchas veces ocho personas, de las cuales las tres ó cuatro mas robustas dormian en el suelo, y las demas en el catre. En una esquina habia un ladrillo destinado para satisfacer las necesidades naturales, y que solo se vaciaba cada semana y á veces cada dos, y acababa de infectar el aire ya desoxigenado en gran parte por la respiracion de los infelices condenados á vivir allí. (*Historia de la Inquisicion.*)

— Nada, no tengo nada, mi querida Dolores, dijo él esforzándose para sonreir: ¡oh! cuan feliz soy en volverte á ver!

Todo lo adivinó José; y frunciendo las cejas con un enérgico gesto de indignacion murmuró en voz baja:

— ¡Oh! si yo hubiese sabido esto, Dios mio!

— Manuel Argoso hacia vanos esfuerzos para levantarse; sus brazos paralizados por el sufrimiento, sus huesos dislocados, y sus músculos magullados permanecian inertes y rehusaban obedecer á los esfuerzos de su voluntad.

Su hija, el único ser que amaba en el mundo, su hija que habia creido no volver á ver jamás, estaba delante de él, en su prision, donde habia bajado como por milagro, y no podia estrecharla con amor contra su seno; solo podia tartamudear palabras sueltas, entrecortadas con sollozos y lágrimas.

Esta muerte esterior que le heria en vida era un indecible tormento. Sus ojos solos podian saciarse en contemplar á su hija; mirábala minuciosamente con un amor apasionado, con la ternura sumamente pueril de una madre, pero sin hablar; tumultuosos suspiros ahogaban su pecho, sus grandes ojos hoscos y febriles en su órbita profunda se cubrian con lágrimas, y temblaban sus labios agitados por movimientos convulsivos.

— ¡Con qué estás libre! esclamó en fin con una espresion de alegria tan verdadera y tan triste, que el corazon de José vibró como un metal sonoro; se le erizaron los cabellos, y por un movimiento involuntario cayó á los piés del gobernador.

— ¿Qué fraile es este? prsguntó Manuel Argoso.

— Un ángel, padre mio, respondió Dolores; un ángel que nos ha reunido.

— ¡Demasiado tarde! murmuró sordamente el gobernador.

— ¿Por qué demasiado tarde? replicó la jóven; vos padeceis, pero os salvarémos.

Ella no comprendia que la Inquisicion habia convertido en un cadáver á ese hombre robusto.

José no pudo contenerse mas y en medio de las lágrimas que le ahogaban y de la indignacion que le mataba, esclamó:

— ¡Infeliz jóven! ¡no veis que han destrozado sus miembros!

— ¡Callad, callad! esclamó vivamente el padre; pero ya era tarde: Dolores lo habia comprendido todo.

Aniquilada, anonadada, se arrojó de rodillas ante la cama en que yacia su infortunado padre; levantó suavemente sus miembros, cubrióles de besos y de lágrimas; porque le parecia que á fuerza de ternura volveria á su padre la vida que le habian robado.

Pero viendo por fin que sus esfuerzos eran inútiles, y que el desgraciado gobernador siempre inmóvil, solo vivia por el dolor, volvióse con cólera hácia el dominico, y le dijo:

— ¡Vos lo sabiais y no me lo habeis advertido!

— Si yo lo hubiese sabido, respondió José, no os hubiera conducido aquí; he sido engañado como vos, Dolores; le han aplicado el tormento inmediatamente despues del interrogatorio, lo que casi nunca se hace, y vos sabeis que ayer me fué preciso ausentarme de Sevilla.

— ¡Oh Dios mio! le han muerto, murmuró dolorosamente la hija.

Y cubriendo las manos de su padre de besos convulsivos, continuaba:

— Veis, padre José, no puede hacer ningun mo-

vimiento, y le han abandonado así en este calabozo infecto, sin ni siquiera curar sus heridas. ¡ Oh padre mio ! ¿cómo habeis podido vivir en esta prision que es una tumba ?

— Cálmate, hija, dijo dulcemente el gobernador, mis males no son incurables ; yo curaré , cálmate.

— Sí , vos curaréis, dijo ella con resolucion, porque yo permaneceré aquí para cuidaros. — ¿Quién me arrancará de su lado? esclamó la noble hija, lanzando á su alrededor una mirada sublime.

— Yo, respondió José , yo , que quiero salvaros á los dos.

— Ya me habiais dicho esto, y no obstante ¿á qué estado le han reducido? Todos me engañais, yo no escucho á nadie mas que á mí ; ¡quiero quedarme aquí !

— Dolores, dijo el fraile, creedme, no cedais á esta exaltacion inútil ; permaneced libre para salvar a vuestro padre. No volverán á continuar tan pronto la instruccion de su proceso. ¿ Ignorais que Estévan y Juan de Avila se ocupan en los medios de arrancarle de la Inquisicion?

— ¿ Me han procurado testigos ? preguntó Manuel Argoso con voz débil.

A esta palabra de testigos, la hija del gobernador puso su atencion , y recordó el proyecto que ya la habia ocupado.

— Padre José, dijo ella volviéndose hácia el jóven dominico, ¿ me asegurais que las heridas de mi padre son curables ?

José que tenia algunos conocimientos en cirugía, reconoció sucesivamente todos los miembros del preso, y dijo :

— Os lo juro, dentro de algunos dias vuestro padre podrá andar ; sus articulaciones han sido repuestas.

— Pues bien, prosiguió Dolores disimulando su pensamiento por miedo de que José le impidiese ponerle en ejecucion, aguardaré la vuelta de Juan de Avila.

— Don Manuel, dijo el fraile dirigiéndose al gobernador; no os apresureis en manifestaros curado; retardad lo posible un segundo interrogatorio, dejad á vuestros amigos el tiempo de llegar..... Dios tendrá piedad de nosotros, continuó con una sombría exaltacion, y no está léjos el dia de la venganza!

— Ahora todo lo puedo sufrir, respondió el gobernador: mi hija está libre y vos no nos venderéis, añadió mirando á José con un aire indefinible.

Manuel Argoso tenia miedo de este hombre que vestia el hábito de la inquisicion.

— Yo le debo la libertad, dijo vivamente Dolores que comprendia los recelos de su padre; él me ha salvado del deshonor y de la muerte; confiad en él... Y vos, padre José, añadió con amabilidad, perdonad mis injusticias y mis resistencias; ¡oh! padezco tanto, Dios mio!

— ¡Tambien he padecido yo! respondió amargamente el jóven dominico; y he ahí porque me intereso por vos y os perdono.

— En este instante se oyeron pasos en la estrecha escalera que conducia á los calabozos.

José ocultó aprisa el farol bajo su capa, y mirando al gobernador y á su hija, dijo: silencio y esperad.

Un amargo sentimiento de duda atravesó el corazon de Manuel Argoso, que á pesar de la confianza de su hija, temia una traicion; mas con todo no lo demostró.

El ruido aun duró algunos minutos. Los que bajaban la escalera, pasaron por delante de la puerta del calabozo en que estaba encerrado el goberna-

dor, despues se alejaron algunos pasos; abriése la puerta de un calabozo inmediato, volvióse á cerrar, volvieron á subir otra vez la escalera, y solo se oyeron sollozos convulsivos que el grosor de las paredes no podia interceptar.

Los esbirros del santo oficio acababan de terminar una espedicion nocturna.

—¡Otra víctima! dijo amargamente José.

—Una mujer, añadió Dolores temblando; la he reconocido por la voz.

—¡Véte, véte! esclamó el gobernador, el aire de esta prision es contagioso; vuélvete á la libertad, Dolores mia, ya nos volverémos á ver, véte!

—Sí, nos volverémos á ver, padre mio, porque volveré, dijo interrogando á José con una mirada.

—No aquí, dijo vivamente el gobernador; aquí no, yo te lo prohibo; haz lo que puedas para librarme, pero en nombre del cielo no vuelvas aquí.

—Venid, venid, dijo José, vuestro padre tiene razon; en las cárceles del santo oficio jamás está uno seguro.

—Aun no, ¡oh! ¡aun no! decia Dolores adhiriéndose á su padre, que no podia dejar.

—Es preciso, prosiguió el fraile, usando casi de la violencia para desacirla. Adios don Manuel, confiad, vos teneis amigos que os salvarán.

En este momento el carcelero entreabrió la puerta del calabozo y dijo á José:

—Reverendo Padre, llevaos á esta jóven, os lo suplico; no está segura aquí, y yo comprometo mi vida; os lo suplico, lleváosla.

—Partamos, dijo resueltamente Dolores, no quiero comprometer la vida de nadie.

—Adios, padre mio, es preciso evitar que vuestra desgracia recaiga sobre otro: adios y tened confianza, añadió en voz baja abrazándole otra vez.

Dolores y José salieron, y cerróse al punto la puerta del calabozo.

XXV.

UNA GRAN FIESTA EN SEVILLA.

Celebrábase en Sevilla una gran solemnidad, y los balcones ostentaban sus hermosas colgaduras de seda ó hermosas tapicerías de Granada. Se habia tenido generosidad con el pueblo; y desde la salida el sol, el vino de pajarete corria á grandes chorros de la fuente de la Esplanada.

Los gitanos, los mendigos y los frailes habian hecho una amplia cosecha; porque en los dias de fiesta el buen pueblo español era como se dice vulgarmente, la *chupamelona* de los frailes y de los gitanos. Cada uno de estas razas sabia beneficiar á su manera su credulidad ó su hombría de bien; los frailes dando á besar reliquias, y los gitanos diciendo la buena ventura y dando talismanes á las muchachas: cosas todas muy *importantes* y que siempre se pagaban.

La imajinacion del pueblo, esa loca y viva mágica tan ardiente en los climas cálidos, jamás ha engañado á los esplotadores, ni estos la han engañado á ella.

¿Por qué no ha habido hombres graves, animados del santo amor de la humanidad, que hayan sabido, volviendo en bien esta inclinacion á lo maravilloso, poetizar por decirlo así la filosofía, dar prestigio á la razon y á la verdad vistiéndolas con graciosa y sublime poesía; hacer en el bien lo que el fanatismo hizo en el mal y dominar á las masas para volverlas felices, ¡cual para su eterna desgracia reinaba sobre ellas?

Ese dia vendrá porque la lucha está ya comenzada, y el genio del porvenir despliega ya sus alas sobre la España. Ojalá pueda, como el Espíritu Santo de Milton, fecundar ese vasto abismo por tanto tiempo insondable, y que de este profundo caos de pasiones y pensamientos diversos nazca la eterna luz..... Pero volvamos á Sevilla.

Hemos dicho que era dia de solemnidad estraordinaria. La hermosa ciudad andaluza habia felizmente depuesto por un dia el luto que la cubria casi siempre. No faltaban corazones de que brotase sangre, ni almas andaluzas agoviadas por amargos pesares; sin embargo esos indiferentes hijos de la mas bella comarca del universo, esos hijos del placer que son mas artistas y mas poetas sin saberlo, que los mas grandes escritores y los cantores mas célebres habian vuelto locamente á su querida *Caña* y á su voluptuoso *Fandango*. La Inquisicion estaba olvidada, los muertos olvidados, los esbirros olvidados, y tambien el terror olvidado; los sevillanos vueltos músicos, poetas y amantes, cantaban y bailabán con delirio; solo vivian para lo presente, y cosa estraña, aquella fiesta, objeto de tan vivo entusiasmo era una fiesta en honor de la Inquisicion.

La noble ciudad de Sevilla celebraba la llegada á sus muros del duque de Medina-Cœli, gran porta-estandarte de la fé [1], venido para desempeñar su cargo en un auto de fé real que debia verificarse para celebrar uno de los innumerables *triunfos* de Cárlos Quinto, que los habia alcanzado tan grandes contra el protestantismo de Alemania: triunfos las mas ve-

[1] La casa de Medina-Cœli una de las mas ilustres de España, gozaba aun en 1820 *el alto privilegio de guardar y de llevar el estandarte de la fé* en los grandes autos de fé y en otras solemnidades de la Inquisicion.

ces seguidos de derrotas, mezcla de bien y de mal, de alianzas y deserciones, que desde la liga de *Smalkalde*[1] tuvieron por tanto tiempo la Europa suspensa, é hicieron dudar cual seria el vencedor, si Roma ó Lutero; triunfos que sirvieron tantas veces de pretesto á la iglesia romana para multiplicar sus hogueras.

La noche habia llegado tan hermosa y estrellada como siempre. El ambiente vivo y perfumado, la escitacion del baile y el vino de la fuente habian acrecentado la exaltacion del pueblo de Sevilla. Jamás se habia bailado la *Jácara* con tanto ahinco, ni se cantó la *Caña* cantada con mas voluptuoso donaire. Es verdad que el duque de Medina-Cœli que pagaba la fiesta de su bolsillo se habia mostrado grande y generoso suministrando con que beber á los hidalgos, á los moriscos y á los truhanes de la ciudad toda.

Miéntras que el pueblo se regocijaba en las calles, era preciso que los señores y los grandes de España disfrutasen de esta fiesta *nacional*.

Los nobles hidalgos de Sevilla que pensaban *bien* (es decir los servidores de la Inquisicion), se divertian por su parte en los espléndidos salones del conde y del duque de Mondéjar, yerno y sobrino del poderoso y escelentísimo señor duque de Medina-Cœli.

Despues de un suntuoso banquete que se dió en casa del conde de Mondéjar, los convidados reuni-

[1] En 28 de febrero de 1530, los príncipes alemanes que habian adoptado las doctrinas de Lutero, sabedores de que los príncipes católicos del imperio habian formado para el sosten de la religion establecida una liga á cuya cabeza estaba el emperador, se juntaron á toda prisa en Smalkalde, y concluyeron una liga ofensiva y defensiva contra todo agresor; segun la cual todos los estados protestantes del imperio no debian formar mas que un solo cuerpo (W. Meipers, *Hist. de la Reforma, cap. IV.*)

dos en uno de los magníficos salones del palacio estaban sentados en anchos divanes de seda, que recordaban el lujo oriental de los reyes de Sevilla, fumando deliciosos cigarros, lujo que en aquella época solo era permitido á los reyes y á los grandes señores.[1]

Numerosas arañas de cristal de roca suspendidas en el techo daban en la sala una claridad flamíjera, que corria en ondulaciones vagas sobre los vestidos de seda de esos nobles señores.

Ninguna mujer habia sido admitida en esa velada, que habria podido designarse con el nombre de *club católico é inquisitorial*, y la que presidia el conde de Mondéjar, salvo con todo los pocos instantes en que su ilustrísimo suegro se dignaba honrar con su presencia aquella *santa* reunion.

—¿Sabeis, don Rodrigo, que el catolicismo ha ganado aun otro triunfo sobre los protestantes, debido á la política admirable de nuestro muy amado soberano don Cárlos V?

Estas palabras pronunciadas con todo el énfasis castellano por un jóven señor favorito del duque de Mondéjar, y que ya designaban como su yerno, se dirigian á un anciano, cuyos vestidos desaseados y sin gracia contrastaban de un modo singular con la elegancia esquisita, aunque severa, de los señores que componian la asamblea.

Con todo, á pesar de la miserable y sórdida apariencia de su traje, ese hombre tenia modales muy finos, y ese desórden esterior parecia ser mas bien efecto de la negligencia ó de un cinismo soberbio que de la miseria.

Su fisonomía grave y altanera manifestaba genio, miéntras que las líneas horizontales que cortaban su

[1] El primer tabaco introducido en España, fué enviado de Tabasco por Hernan Cortés á Cárlos quinto en 1519.

ancha frente, unidas al fruncimiento particular de cejas, revelaban costumbres meditabundas y pasiones tumultuosas y desordenadas.

Aquel rostro debia haber sufrido la misma transformacion que el de Sócrates: el alma, modificándose, le habia sujetado á aquella metamórfosis, y si la mirada ardiente y algo oblicua de ese hombre atestiguaba su entusiasmo habitual, los contornos decididos de sus facciones, la fina ironía de los labios y la severidad de la frente anunciaban que su pensamiento lúcido y profundo nada tenia de esa instabilidad que caracteriza á los insensatos, sino que por al contrario las facultades intelectuales se habian desenvuelto en él recta y completamente.

Volvióse con lentitud hácia el jóven que le habia dirigido la palabra, y le miró sin responder.

— Vamos á tener un mes de fiestas y regocijos públicos, continuó el jóven, sin contar el auto de fé real, que será ciertamente de un gran efecto si se cumple el programa.

— Estad seguro de ello, nada faltará, respondió el anciano, con un tono que su interlocutor tomó por una aprobacion, pero que estaba lleno de amargura y de ironía.

— Nada en efecto, prosiguió el jóven que se llamaba don Cárlos; porque aseguran que el inquisidor general ha reservado al antiguo gobernador de Sevilla, Manuel Argoso, para esta solemnidad.

— Un verdadero cristiano, dijo gravemente el anciano.

— ¡Hum! hizo don Cárlos, era íntimo amigo de don Estévan de Vargas, y este siempre ha tenido aire de filósofo. Huele á quemado de una legua, convenid en ello, don Rodrigo.

— Don Estévan tiene un corazon noble, respondió

Rodrigo; pero no le faltan enemigos..... jamás ha querido servir en la milicia de Cristo. Y vos, don Cárlos, continuó en tono algo sarcástico, ¿habeis por fin logrado que os den el *santo*?

— Aun no, respondió tristemente el futuro yerno del duque de Mondéjar; pero espero insinuar esta noche una palabra á su escelencia el gran porta-estandarte.

— La ocasion es verdaderamente hermosa; os aconsejo que no la dejeis escapar.

— ¡Cómo, don Cárlos! ¿vos os quereis hacer familiar? esclamó un jóven aragonés que hasta entónces nunca habia estado en aquella ilustrísima asamblea.

— Sin duda, don Gimeno; ¿me atreveria sin esto á pretender la mano de doña Isabel, la hija del duque de Mondéjar?

— Triste papel para un caballero castellano, dijo el aragonés sacudiendo la cabeza.

— Al contrario, es un papel hermoso, dijo Rodrigo con voz recia, ¡hermoso papel, don Gimeno! ser familiar de la Inquisicion..... es estar montado en la rueda de la fortuna. Llevar bajo su vestido las insignias de esta órden, es tener un pasaporte para los cargos mas importantes del reino: con eso se consigue todo! Decidme, ¿qué casas en España reunen mas cargos, riquezas y honores que las de Medina-Cœli y de Mondéjar? ¿Creeis que si don Manuel Argoso y don Estévan de Vargas hubiesen pertenecido al santo oficio, estaria el uno próximo á ser quemado vivo y el otro anduviera errante por montes y valles? y que si el confesor de la hermosa Dolores Argoso se hubiese llamado Pedro Arbués, ó simplemente José, ¿esta hechicera hereje estaria á la hora de esta, pobre y vagabunda como una gitana, sin tener mas almohada que una piedra?

— ¡Silencio! dijo don Gimeno, os perdeis, señor Valero.

—No tengais cuidado; me toman por un insensato.

En efecto, los demas señores que componian la reunion, ocupados en bagatelas muy graves concernientes á los asuntos de la *religion*, no atendian á los discursos de Rodrigo de Valero, de quien no curaban como ignorantes que eran de su profunda sabiduría.

—Creedme, señor, prosiguió el anciano, hoy dia en España solo hay una especie de honor: *pertenecer al amo*, y ya lo sabeis, el amo es la Inquisicion.....

— No ha mucho, continuó animándose por grados, no ha mucho que para merecer el apellido de valiente caballero, era preciso saber quebrantar una lanza y domar un fogoso corcel. Se reputaba leal y buen servidor del rey al que habia combatido con los moros en los campos de batalla. ¡Entónces habia gloria!.. ¡Hoy, señores, no hay moros que combatir, solo hay moros que denunciar! Ya no hay una reina noble y bella que os recompense con una sonrisa á la vuelta de un combate dándoos á besar su blanca mano; solo hay frailes que os bendicen con una mano grasienta cuando habeis perdido á un fiel servidor del rey.... No ha mucho que despues de un dia de batalla los escuadrones se formaban en círculo, y un heraldo proclamaba por tres veces el nombre de los que se habian distinguido en el combate, y por seis el de los que habian muerto con las armas en la mano. Ahora el nombre de los servidores del santo oficio no es pronunciado por nadie; los servidores del santo oficio ni aun tienen el derecho de ostentar su infamia.

—¡Don Rodrigo! esclamó el jóven aragonés es-

pantado de las palabras que acababa de escuchar; os juro que á estas horas no daria un maravedís por vuestra cabeza.

—Don Rodrigo de Valero tiene una audacia y una dicha insolentes, añadió don Cárlos; se le deja decir todo lo que quiere.

—Es sensible, ¿no es verdad, don Cárlos? replicó el anciano con mas amargura; pues si no me llamara don Rodrigo de Valero, con solo referir á Pedro Arbués la cuarta parte de lo que acabais de oir, de seguro obtendriais la mano de doña Isabel, y fuérais inscrito, sin otro informe, en esa horda de demonios que llaman soldados de Cristo.[1] Desgraciadamente no valgo la pena de una denuncia, y si la hicierais perderiais el tiempo.

Al acabar estas palabras, el anciano dejó bruscamente la asamblea, y don Cárlos se sonrojó, y estuvo mucho rato con los ojos bajos.

En este momento entró en la sala el inquisidor general, acompañado del duque de Medina-Cœli.

Era el duque un hombre anciano, bajo, raquítico, de color enfermizo. Sus miradas indicaban costumbres ascéticas; tenia el andar desigual, la voz ronca y demasiado fuerte para tan mezquino individuo; lo que producia un efecto bastante estraño, porque cuando hablaba parecia oirse la voz de un ventrílocо, tanto este órgano desmesuradamente desarrollado estaba en desarmonía con el esterior del duque.

[1] El medio mas seguro de obtener el *honor* de ser familiar del santo oficio, era denunciar algun personaje notable; pues los pobres, los que nada tenian que perder, nada tenian que temer de la Inquisicion. Este hecho, en que están contestes todos los autores que han escrito sobre la Inquisicion, prueba que no era la gloria de Dios, ni el triunfo de la fé lo que importaba á los inquisidores, quienes procuraban enriquecerse con los despojos de las víctimas, y adquirir poder acumulando riquezas.

se convierte en verdadero sufrimiento si no hay quien le dé ánimo. Su frente se cubrió de un rubor ardiente; sentia latir su corazon con precipitadas palpitaciones, y sus labios trémulos rehusaron articular una sola palabra.

Los testigos de esta escena aguardaban con una ansiedad progresiva.

Viendo á Dolores en tal estado, el duque de Mondéjar se sintió movido de una grande compasion hácia esta jóven y bella criatura poco ha tan brillante, y á la sazon tan pobre, tan abandonada, y que se le presentaba con el humilde traje de una muchacha del pueblo. Pero el inquisidor general y el duque de Medina-Cœli podian desde el gabinete en que entraron ver y oir lo que allí pasaba. La fortuna y la vida de un señor español dependian enteramente de la Inquisicion, y el duque de Mondéjar tenia aquel terror profundo que, es preciso decirlo, desnaturalizaba el carácter nacional de suyo tan noble, tan caballeroso, tan desinteresado!

Dolores examinó algunos instantes la fisonomía del duque, y no se equivocó al ver aquel frio glacial, aquella máscara de bronce que rehusaba revelar las sensaciones del alma.

— ¡Mi padre está perdido! pensó entre sí; resuelta sin embargo á arrostrarlo todo, halló con un grande esfuerzo de voluntad su acostumbrada energia, y levantándose de su sitio con una nobleza y una modestia seductoras, dirijióse al duque y le dijo:

Monseñor, veo cuan penosa os es mi presencia, y no por ello os querré mal, porque sé tambien cuan peligrosa es. La desgracia es tan contagiosa!.. Pero al ménos no se dirá que he retrocedido ante el cumplimiento de un deber. Mi padre gime en los calabozos de la Inquisicion; mi padre calumniado sin duda, añadió ella ruborizándose, porque no que-

ria descubrir el verdadero motivo de su desgracia, mi padre será condenado como un culpable si sus amigos no le ayudan. — Vos le habeis amado, monseñor, prosiguió, y mejor que nadie conoceis la pureza de su fé. Sed su testigo en esta desgraciada causa; que el testimonio de uno de los mas puros cristianos de España confunda la calumnia y la impostura: volved un padre á su hija.... ¡Oh monseñor! ¡devolvedme á mi padre, y os bendeciré!

— Aun cuando yo lo quisiera, un testigo no basta, respondió el duque de Mondéjar muy turbado por el efecto que esta respuesta haria á las dos personas que estaban en el gabinete.

Entónces Dolores volviéndose hácia la asamblea, con un movimiento de amabilidad y de gracia, dijo con voz suplicante y envuelta en llanto:

¡Señores! ¡todos vosotros habeis conocido á mi padre!

Un fúnebre silencio respondió á este llamamiento, y Dolores juntó sus manos encogidas, dirigiendo al cielo una mirada de desesperacion.

En este momento Rodrigo de Valero que habia oido cuanto en la sala pasaba, volvió á entrar con aire altanero, y dirigiéndose á la jóven, y saludándola cortesmente, la dijo:

—Señorita! yo serviré de testigo para vuestro padre.

—¡Oh! gracias, dijo ella juntando las manos.

En este momento una risa glacial, ruidosa, metálica; una risa que se asemejaba á una campana de agonía, salió del gabinete en que el inquisidor se habia refugiado; despues levantando la cortina y presentándose á la asamblea, que se quedó pálida y muda de espanto, Pedro de Arbués sin poner treguas á la risa, esclamó:

—Don Rodrigo, el testimonio de los locos no sirve de nada.

A la vista del inquisidor Dolóres lanzó un agudo grito y quedó desmayada; y el duque de Mondéjar, pálido y aterrado, no sabia ya que hacer.

Pedro Arbués le miró de un modo particular, y el duque tranquilo al parecer, tocó la campanilla y se presentaron dos criados.

—Que lleven á esta muchacha á su casa en mi litera, dijo en alta voz.

Los criados se llèvaron en brazos á la hija del gobernador que continuaba desmayada.

Mondéjar fuése por otra puerta, y al cabo de algunos minutos volvió á entrar con rostro alegre.

—Señor duque, le dijo el inquisidor á media voz, cuando Dios se lleve al duque de Medina-Cœli, vos le sucederéis en su cargo de porta-estandarte.

—Monseñor, dijo Valero que se habia acercado, Dios me libre de ir al paraiso si vuestra eminencia conserva allí su dignidad de inquisidor general.

XXVI.

LA SALA DE MISERICÒRDIA.

La cárcel del santo oficio de Sevilla estaba situada en la calle llamada hoy dia calle de la Constitucion, y de la Inquisicion entónces.

En todas las ciudades de España habia una calle que llevaba este nombre, y un edificio llamado *palacio de la Inquisicion*. Era en Sevilla este palacio un gran monumento cuadrado con sus torrecillas en los ángulos, hecho de ladrillos rojos y cubierto de pizarra. Sobre la fachada esterior veianse una multitud de ventanas de forma regular, las que aunque no volaban por la parte esterior sino que estaban cubiertas por una pared en ángulo recto, así por el mismo estilo que las rejas de hierro que se

ponen en las ventanas de las casas de locos; de suerte que desde las habitaciones vecinas, el ojo no podia penetrar en el interior del palacio, y los que lo habitaban no podian tampoco ver hácia fuera mas que un trozo de cielo igual á la angosta abertura por donde penetraba una luz escasa y amortecida.

En el palacio de la Inquisicion estaban á la vez la sala del tribunal, la escribanía, los cuartos del tormento, los de misericordia, los de penitencia y los calabozos: cárceles distintas en las que se recluia á los acusados, segun lo que de ellos se esperaba ó la suerte que les tenian reservada.

Un acusado muy rico iba primero á habitar la sala de misericordia. La Inquisicion, amable víbora, le convertia hasta el punto en que, desprendiéndose de los bienes de este mundo, hacia al santo oficio un don voluntario de su fortuna, y salia despues de algunos meses de encierro, pobre como Job; pero *rico* de los dones de gracia, y caminaba derecho y sin vacilar por la senda del cielo.

Otras veces se confiaba al cuarto de penitencia, que describirémos mas adelante, el cuidado de convertir á un rebelde, y cuando finalmente la causa estaba desesperada, se recurria á los calabozos, al tormento, y á la muerte....

Las salas de penitencia estaban construidas bajo los techos de las torrecillas; las dichas de misericordia ocupaban con la sala del tribunal, todo el primer piso; en el cuarto bajo estaban la escribanía y las habitaciones de los empleados subalternos del tribunal.

Los calabozos y las salas del tormento estaban debajo tierra, segun ántes hemos dicho.

Eran las dos de la madrugada, y se habian ido apagando las iluminaciones de la fiesta que se celebró durante el dia: á los bailes y á los cantos de ale-

gría sucedió un profundo silencio; las calles estaban enteramente desiertas, y las pocas luces que ardian aun de trecho en trecho en el interior de las casas, atestiguaban solo que la ciudad, dispierta mas largo tiempo que de costumbre, no estaba enteramente dormida.

Una litera cerrada salió del palacio del duque de Mondéjar, anduvo la calle de la Inquisicion que estaba algo lejana, y no se detuvo hasta el palacio del mismo nombre.

Uno de los lacayos que acompañaban la litera levantó la pesada aldaba de la puerta, á cuyo golpe abrió el conserge, y el lacayo le dijo algunas palabras en voz baja; aproximáronse juntos á la litera; y levantando en brazos á la jóven desmayada, la transportaron á una de las salas de misericordia; tendiéronla en una cama y el lacayo se retiró.

Entónces el conserge cerró cuidadosamente la puerta de la sala, y bajando á su cuarto dijo á su muger:

—Teresa, sube á ver lo que tiene esa señora que mas parece muerta que viva.

Teresa obedeció, subió á la sala en que habian dejado á la jóven, la cual no daba ninguna señal de vida.

La esposa del conserge, muger de cortos alcances y casi idiota, se sentó cerca de ella en silencio, aguardando que Dios quisiera volverla á la vida.

Despues de tres horas de desmayo la presa hizo un movimiento, tendió los brazos como el que se dispierta de un profundo sueño, abrió lentamente los ojos, y apoyándose en un codo, recorrió la sala con hoscas miradas; pero sin reconocer los muebles ni la distribucion.

La cama en forma de cuna en la que estaba acostada tenia un pabellon de cortinas de cotonina blanca. Un crucifijo de marfil colgaba de la pared en una

cruz de ébano; y el mueblage consistia en algunas sillas cómodas pero sencillas, una arquilla, una mesa de los piés retorcidos y una estera comun. Algunos libros estaban colocados en unos estantes de ébano sobre un reclinatorio de la misma madera, y flores cogidas en la víspera llenaban una gran jarra de barro poroso y rojizo, llamada *alcarraza de Valencia*, colocada en medio de la mesa. Además notábanse algunos mueblecitos que usaban las mujeres de aquel tiempo: friolerillas hechiceras y cómodas, que en todas épocas son como los juguetes de esos muchachos grandes, y que con frecuencia prefieren á las cosas mas útiles.

No hizo alto en estos pormenores la jóven que medio desvanecida todavía solo reparó en el conjunto y en el aspecto de aquel cuarto, estraño para ella.

—¿Juana? dijo con voz triste y dulce.

—No me llamo Juana, respondió la especie de idiota que estaba sentada á su cabecera; me llamo Teresa.

La jóven miró entónces á esa mujer, y no conociendo su rostro, lanzó un grito de terror.

—¿Dónde estoy? esclamó repentinamente con voz llena de angustia.

—En la cárcel, respondió aquella estúpida criatura.

—¡En la cárcel! ¡en la cárcel, decís! ¿qué he hecho yo para hallarme en la cárcel?

—Yo lo ignoro; pues esta no es cuenta mia.

—¡Oh! ¡oh! ¡Dios mio! dijo la jóven pasándose las manos por la frente cual si quisiera recordar alguna cosa; ¿qué ha acontecido, y por qué estoy aquí ahora? ¡Ah! sí, sí, ya me acuerdo; esta noche he salido de la casa de Juana; bailaban por las calles.... ¡todo el mundo estaba alegre!.... ¡Yo estaba colmada de desesperacion!.... Habia visto á mi padre mo-

ribundo, y no podia hacer nada por él; ¡nada! ¡nada! repitió con desesperada amargura.... sin embargo, he querido probar, me he presentado á sus amigos.... ¡á los que él llamaba sus amigos!! Los he sorprendido en medio del alborozo de una fiesta..... He rogado y llorado, pidiendo á gritos que me volvieran mi padre, y no me han escuchado. Y allí, oculto como un traidor, el inquisidor general escuchaba mis palabras! Despues me han entregado al verdugo como infames; ¡y en la casa de ese noble duque, ni he tenido la salvaguardia de la hospitalidad!.... Sí! sí, es esto, prosiguió recordando uno por uno los incidentes de la velada, el duque de Mondéjar ha pagado generosamente con mi vida una sonrisa de Pedro Arbués.

—¿Qué hora es? preguntó repentinamente dirigiéndose á la esposa del conserge.

—No sé, señora; pero mucho tiempo ha que es de noche; yo dormia cuando vos habeis llegado, pues estaba muy cansada; ¡hoy era dia de fiesta y nos han traido tantos presos!

—Dia de fiesta, en efecto, dijo la jóven con ironía; ¡fiesta memorable! gloriosamente terminada por una traicion infame. Dolores Argoso era una víctima digna de ser sacrificada al dios que presidia esta solemnidad!...

Dolores no se engañaba, la perfidia mas vil la habia en efecto entregada al poder del inquisidor.

La órden dada en alta voz por el duque de Mondéjar á sus criados para que le condujeran á su casa, solo tenia por objeto embaucar á la asamblea; y durante los pocos instantes en que habia dejado la sala, habiendo comprendido perfectamente el noble duque, con una simple señal, la voluntad del inquisidor, dió nuevas instrucciones á sus criados, y la hija del gobernador fué inmediatamente trasla-

dada al palacio de la Inquisicion.

En vez de defenderla cual caballero, el duque acababa de entregarla al santo oficio, y sin embargo el duque de Mondéjar no era ni un soldado cobarde, ni un señor infame, ni un amigo desleal: era sencillamente un hombre que tenia miedo del *quemadero*.

¿Pero quién podria espresar el profundo horror de Dolores, de esta noble y leal jóven que se habria sacrificado hasta al martirio ántes que vender á un amigo? ¿quién podria pintar este dolor amargo, profundo, destrozador, en presencia de tan odiosa traicion?

Su primer movimiento fué una generosa cólera, una altiva indignacion; en la nobleza y la dignidad de su alma, se resistia contra toda injusticia y toda deslealtad; mas desvanecida poco á poco, esta exaltacion de un justo orgullo, la sensibilidad, don tanto mas cruel en las mujeres altivas y apasionadas, en cuanto va acompañado de la debilidad física, que las mas veces las condena á la inercia; la sensibilidad recobrando su imperio la volvió enteramente al sentimiento de sus males, y la hizo mirar su posicion con un horror mortal.

La carcelera medio dormida cerraba los entorpecidos ojos, sin tomarse por la presa mas cuidado que si no existiera. Esa mujer no tenia la menor idea de los sufrimientos morales.

Dolores permaneció algunos instantes anonadada bajo el peso de una terrible certidumbre: ¡no estaba libre!

Taciturna, con la cabeza inclinada sobre el pecho, abismóse en este pensamiento desolador. Despues por un respectivo giro de desesperacion insensata, lanzó gritos despedazadores y sollozos convulsivos.

La guardiana dispertada de pronto se levantó, y horrorizóse al ver las muestras de dolor lastimero.

—Señora, la dijo, no griteis tan recio; no sois tan desgraciada, pues que os han dado la mas bonita sala del palacio de la Inquisicion.

A este terrible nombre la hija del gobernador cayó convulsivamente en la cama, y se calmaron sus sollozos. Su terror era entónces tan grande que no osó á gemir ni quejarse.

El recuerdo de su padre á quien habia visto en la víspera, y á quien habian destrozado y muerto sin hacerle morir, acudió á su mente con todo su horror. Tal vez le reservaban el mismo tormento, y la muerte seria el término de sus sufrimientos.

En medio de tan crueles ideas una sola fué para ella dulce y consoladora, que fué la de mártir del amor filial.

La piadosa y magnánima resignacion de esta alma verdaderamente cristiana sobrepujó entónces á sus mortales terrores. Desprendida de las cosas terrenas se elevaba mas arriba hasta aquella sublime esperanza, heredada del Hombre Dios, eterno consolador de los que padecen. Ella habia dicho como Jesucristo al beber su amargo cáliz: «¡Padre mio, hágase vuestra voluntad!» y la muerte léjos de espantarla le parecia una prenda de la vida eterna.

Su hermoso rostro, poco ántes tan pálido, se iluminó repentinamente con un rayo celeste. De sus grandes ojos tan ardientes y tan dulces parecia salir una llama divina, y sus dos blancas y diáfanas manos reunidas sobre su seno, le daban el aspecto de una de aquellas vírgenes heróicas que morian en Roma por la fé de Jesucristo.

— Señora, dijo repentinamente la carcelera, ya que no estais muerta, no me necesitais; me voy á dormir, y sin esperar contestacion salió.

Dolores no la habia oido: su espíritu se cernia por mas altas regiones, y sus labios trémulos dirigian en voz baja una súplica al que vino á la tierra á orar, á padecer y morir.

XXVII.

EL SANTO.

Las campanas de la antigua catedral de Sevilla tocaban á vuelo unas y otras con sonido monotono, anunciaban á la poblacion que iba á principiarse la misa mayor. Esa misa en que debia oficiar el señor arzobispo de Sevilla, era uno de los muchos episodios de la gran fiesta dada con motivo del auto de fé real, de que en casa del duque de Mondéjar hablóle con tanto gusto en la anterior noche don Cárlos de Herrera.

Era una brillante solemnidad religiosa, pues luego del Evangelio monseñor Pedro Arbués debia por su mano inquisitorial dar el *santo* á una multitud de personas que sin distincion de rango, arrodilladas delante de él, iban á ser alistadas en la santa milicia de Cristo.[1]

¡Igualdad verdaderamente sublime! villanos y caballeros iban á ser marcados con un mismo sello, sujetados á unos mismos deberes, llamados con el nombre de *soldado de Cristo*.

[1] Cuando la Inquisicion hacia una hornada de familiares, lo cual acontecia casi todos los años, algunos dias antes de los autos de fé solemnes, el gran inquisidor revestido de pontifical, y despues de una misa cantada y de un largo sermon á propósito, exhortaba á los aspirantes á servir al santo oficio y recibia el abominable juramento que el autor continúa en este capítulo. Cada nuevo familiar recibia un pergamino que contenia las *palabras* sacramentales y la descripcion exacta de las señales y demas medios con que debia conocer á los agentes del santo oficio y darse á conocer. Estas señales y estas palabras constituian *el santo* ó contraseña de la milicia de Cristo.

La Inquisicion, pasando su poderosa mano sobre sus cabezas los bajaba á todos al mismo nivel; los marcaba con su sello sin distincion de rango ni edad, como el pastor marca indistintamente su ganado en el corral.

La antigua y vasta basílica cuya alta nave separada por cuatro series de columnas semejaba á un bosque de granito, estaba adornada con pompa. Millares de cirios colocados con órden al rededor del altar hasta la bóveda, arrojaban mangas de luz por el sagrado recinto. La sombra gigantesca de las columnas embutia con grandes rayas negras las baldosas del suelo, de un mármol blanco y mate; al través de las numerosas vidrieras de mil colores, la luz esterior llegaba tan débil y tan sombría, que quedaba desvanecida ante la deslumbrante claridad que reinaba en lo alto de la iglesia.

En el coro, detras del altar mayor, las anchas sillas de roble, esculpidas y cuidadosamente lustradas estaban ya ocupadas por los canónigos de la catedral, hijos casi todos de la órden de santo Domingo.

En medio del altar mayor un grande viril de oro macizo parecia lanzar sus rayos relucientes de pedrerías, y, fascinando los ojos, proteger al Dios que contenia contra las miradas profanas.

El oro, los diamantes y el cristal, estaban esparcidos por todo en profusion como en un cuento de las *Mil y una noches*. Los candelabros eran de oro macizo; el tabernáculo de oro; las vinageras de oro, y de oro los ángeles que á los dos lados del altar mayor se cubrian el rostro con las alas.

Grandes imágenes de plata representando los diversos santos que honra la España, adornaban alrededor de la iglesia las numerosas capillas de los intercolunios. Habia mas riquezas allí que en el an-

tiguo tabernáculo de los judíos, toda la nacion judía no tenia mas que una arca de la alianza, miéntras que la España tenia centenares de iglesias ó capillas donde iban á acumularse, bajo diferentes formas, las riquezas del nuevo mundo.

Era un espectáculo verdaderamente encantador, y muy propio para exaltar la imaginacion del pueblo: de este pobre pueblo á quien ahogaban en incienso y luz, y en música, para hacerle olvidar la esclavitud y la miseria.

Así se le veia correr en tropel y empujarse en las avenidas de la iglesia, cada vez que se le ofrecia una ceremonia religiosa para pábulo de su poética pereza, de su incesante deseo de emociones, y de su ardiente y pueril curiosidad.

¿Veis en la basílica á esas *manolas* arrodilladas sobre sus talones, rebujadas en anchas mantillas negras? Veis como se golpean el pecho, recorriendo con ágil mano las cuentas del luciente rosario que cuelga de su cintura? Notad esos piecitos andaluces que asoman por debajo la corta basquiña, y esas manos delicadas y morenas, pero graciosas, y esos ojos negros y brillantes como el esmalte al través de la transparente randa de encaje que les cubre el rostro.

¿No hay un estraño y místico contraste entre esa inmensa catedral resplandeciente como una sala de baile, y esas mugeres vestidas de negro y humildemente arrodilladas? Esas mugeres de carácter tan jovial y loco, parecen actualmente almas penitentes rogando desde la tierra que las dejen llegar hasta esas radiosas maravillas que brillan sobre sus cabezas.

¿Veis ademas en el fondo de la iglesia, en una inmensa tribuna, á esos hombres que oran en voz baja con aire contrito y humilde? Han dejado en la puer-

ta su aficion á los placeres y al baile; se inclinan compungidos ante la magestad del Dios viviente á quien han revestido con una magnificencia mundana!

Solo les han acostumbrado á adorar la materia: la Divinidad es para ellos un altar de mármol y de oro.

Ved finalmente esa compacta multitud de mendigos y gitanos que se apresura á empujar para entrar. Esta misa musical y perfumada es un espectáculo para ellos. ¡Vamos, abrid las puertas de par en par! ¡dejad entrar á ese pueblo andrajoso; dejadle respirar libremente el olor embriagante de los inciensos; dejadle hartar sus ojos con toda esa magnificencia! es el pan de aquel que esta noche irá á dormir en ayunas envuelto en su capa agujereada sobre una piedra fria: dejad, dejad entrar á esas gentes que no tienen otro techo que la bóveda celeste; tambien necesitan su parte de goces y de bienes de este mundo, y el templo de Dios es el salon del pobre!....

¡Pero silencio! ahora manténgase cada uno tranquilo en el sitio que haya podido coger. He aquí la hora del recogimiento y de la oracion, el sacerdote está al pié del altar.

Era este, como hemos dicho, el señor arzobispo de Sevilla.

Dos diáconos con capa bordada se mantenian en pié á sus dos lados.

A la derecha del altar, en el abside, monseñor Arbués revestido con el hábito violado que llevaba en las grandes ceremonias, ocupaba un trono de oro y de terciopelo colocado sobre doce grandes gradas cubiertas de un rico tapiz que lo elevaban de algunos piés encima del viril, de suerte que el representante de Dios se entronizaba á mayor altura que el Señor.[1]

[1] En todas las solemnidades en que el inquisidor se encontraba en presencia del rey ó de Dios, aquel tenia la preeminencia. En los

A la derecha del trono, y dos escalones mas abajo estaba el sillon del arzobispo.

En el otro lado José, limosnero y favorito de su eminencia ocupaba otro sillon igual.

Un gran número de sacerdotes y de frailes con casullas blancas, amarillas ó bordadas, realzaban aun mas el esplendor de esta solemnidad, y una gran capa bordada de oro, de un resplandor admirable, cubria las espaldas del celebrante.

No léjos del altar mayor, en sillas particulares, las damas y señores ocupaban puestos reservados.

Pronto un gran concierto de voces graves, roncas y duras, pero perfectamente ajustadas, se levantó hasta las bóvedas de la catedral. Este canto gregoriano, cuya monotonía no permite jamás enardecer la voz con el fuego de la pasion, este conjunto de notas de pecho metódicamente cantadas sin arte y sin arrobamiento, tenia alguna cosa admirable y lúgubre que envolvia el alma como en un sudario. Las alegres magnificencias del altar discordaban con esta glacial y sombría armonía. Faltaba allí la divina melodía de los italianos, de esas voces maravillosas y sonoras que añaden un prestigio tan divino á la teatral pompa de las ceremonias del culto romano.

Con todo, el pueblo español poco sensible, ó por mejor decir poco acostumbrado entónces á la música artística, saciaba con delicias sus ojos ya que no los oidos, y el recogimiento mas completo reinaba en toda esa multitud arrodillada.

grandes autos de fé el trono de los inquisidores estaba á la derecha del Sacramento, y mucho mas alto. El inquisidor Tabera hizo estar dos años en las cárceles del santo oficio al arzobispo de Málaga, por irreverencia al santo oficio, porque ese prelado al llevar el viático á un moribundo, no se habia detenido para hacer paso al inquisidor. (*De los derechos de los inquisidores ante los miembros del clero.*)

prestar el juramento en sus manos. Recordarán igualmente que don Cárlos, muy inflamado primero por la causa de la Inquisicion, como un amante jóven lo es de ordinario por todo lo que puede secundar sus amores, habia solicitado el honor de formar parte de la milicia *sagrada*; y que sin embargo su alma jóven y ardiente, llamada al sentimiento del verdadero honor por la noble indignacion del jóven aragonés, don Gimeno, y las severas palabras de don Rodrigo de Valero, habia recibido tímidamente, y con un sentimiento de indecible vergüenza, las ofertas del inquisidor y sus promesas de proteccion. Con todo, arrastrado por un ardiente amor, seguro de que el solo medio de alcanzar la mano de su querida era satisfacer los deseos del conde de Mondéjar, habia ido á la misma, como quien no podia resistir al ansia de pasar algunas horas al lado de Isabel.

Compareció allí combatido y arrastrado á la vez, arrastrado por una pasion violenta, una verdadera pasion española, y combatido por una antipatía horrible, nacida de aquellas palabras pronunciadas ante él: «¡Infame papel para un castellano!»

Esas palabras habian hecho nacer en su alma jóven, ardiente y algunas veces irreflexiva, una infinidad de serias y profundas reflexiones.

Como cristiano, le decian: «Tú serás soldado de Cristo, y campeon de la fé.» Y como caballero pensaba: «Tu leal espada de combate, estará á merced de una estola y de un bonete. Habrás vendido tu libertad, y tu conciencia ya no será tuya.»

Despues en su eficaz deseo de ser esposo de la que amaba, decíase á sí mismo como para animarse: «Los mas grandes señores de España han sido familiares del santo oficio;» y luego se preguntaba: «Al hacer esto ¿obraron bien ó mal?»

Don Cárlos no era teólogo, ni filósofo bastante profundo para resolver estas difíciles cuestiones. En medio de sus dudas, el puro instinto de lo que es recto y justo, le decia que don Gimeno tuvo razon de infamar su resolucion primera; porque no podia negarse que como familiar del santo oficio debia obedecer á ciegas, ser un pasivo instrumento de esa cosa formidable que llamaban Inquisicion, y sabia muy bien que no siempre ordenaba cosas justas.

En esta disposicion se hallaba cuando el cortejo de aspirantes al *santo* llegó ante el trono del inquisidor.

Pedro Arbués con aquella mirada perspicaz que ha pasado en proverbio [1], contó al primer golpe de vista los hombres que estaban ante él; y no viendo á don Cárlos, volvió lentamente la cabeza hácia la tribuna del duque de Mondéjar.

En este momento el anciano duque, empujando al jóven con el codo, le dijo vivamente:

—¡Pues bien! don Cárlos, ¿así es como patentizais vuestro celo por el servicio de Dios? ¿Seréis el último en presentaros ante el señor inquisidor?

—Señor duque, respondió el jóven con voz trémula, verdaderamente ignoro si soy digno....

—¡Vamos pues, qué estraño escrúpulo! ¿No sois gentilhombre de sangre pura, y jamás la menor mezcla de sangre morisca ha empañado vuestro noble escudo?

—Jóven, añadió el duque de Medina-Cœli hablando tan bajo como lo permitia su metal chillon, jóven; ¿así correspondeis á mis favores?

—¿Y yo? añadió la elocuente mirada de Isabel, ¿nada haréis por mí?

Don Cárlos temblaba de vergüenza, de irresolu-

[1] *Mirada de inquisidor*, para espresar una mirada que penetra hasta el fondo del alma

cion y de cólera. A pesar del amor que ardia en su corazon, maldecíase interiormente por haber cedido á la tentacion de acudir á esta ceremonia.

Por otra parte, el duque de Medina-Cœli y su yerno, irritados por esta irresolucion que podia comprometerlos á los ojos de la Inquisicion, apretaban los puños diciendo en voz baja:

—¡Vamos! don Cárlos, id á ocupar el puesto que os aguarda, ú os maldigo para siempre.

—¡Oh! id, es lo suplico, dijo muy bajo la hija del conde de Mondéjar con una mirada suplicante; y al mismo tiempo, el duque de Medina-Cœli impulsaba al jóven por el brazo.

Don Cárlos perdido, desatinado, salió temblando de la tribuna, atravesó la multitud que se separaba para hacerle paso, y llegó al pié del trono inquisitorial.

Pedro Arbués lo habia comprendido todo; y su mirada manifestó la alegría del triunfo.

Don Cárlos, cabizbajo y roborizado, se mantuvo el último de aquella muchedumbre ávida de infamia inquisitorial.

Entónces José, en su calidad de limosnero del inquisidor, se levantó del sillon en que estaba sentado, recibió de las manos de un diácono un paquete de papeles impresos y una caja que contenia gran cantidad de placas de metal, en las que estaba grabada la efigie de Cristo, rodeado por un sol.

Adelantáronse los aspirantes á la afiliacion uno despues de otro, subieron las gradas del trono, y arrodillados á los piés de monseñor Arbués, recibieron individualmente de sus propias manos una de aquellas placas, y un impreso que José les presentaba á medida que iban pasando.

Este papel contenia las instrucciones necesarias á los familiares para obrar en todas circunstancias, se-

gun las reglas ó intenciones del poder á quien se sacrificaban. La placa de metal era una señal distintiva, ó una contraseña que les servia para reconocerse por todas partes, y unirse para un objeto comun, cualesquiera que fueren sus antipatías ó enemistades particulares.

Miéntras la distribucion, que duró veinte minutos, el inquisidor habia levantado continuamente la vista hácia el jóven Cárlos que permanecia detrás de todos con el aire de un hombre vivamente contrariado, y hácia la tribuna del duque de Mondéjar en que este guardaba una apostura bastante embarazosa, al paso que el duque de Medina-Cœli lanzaba terribles miradas á su nieta, como para decirle: «¡Hé aquí el hombre que has elegido!»

Don Cárlos no se atrevia á mirar á su amada; pero cuando no hubo nadie delante él y le tocó el turno de recibir *el santo*, se adelantó temblando como un azogado hasta los piés de monseñor Arbués, y recibió con mano trémula las insignias de su nuevo carácter.

—Don Cárlos de Herrera, le dijo el inquisidor en voz baja, ¿teneis que acusaros de algo?

Don Cárlos se inclinó sin responder, y en aquel momento hubiera querido hallarse á cien piés debajo de tierra.

Volvió á bajar lentamente las gradas del trono y fué á confundirse entre la multitud de nuevos familiares, que se habian despachado y colocado por sí mismos en semicírculo delante del trono inquisitorial.

Reinaba el mas profundo silencio en la iglesia.

Este singular espectáculo era para la poblacion sevillana, infinitamente interesante y fecunda en emociones diversas. Todas las miradas se dirigian hácia el altar mayor.

Monseñor Arbués se levantó con su gracia y majestad acostumbradas de su sillon dorado, bajó orgullosamente las gradas del trono cual corresponde á un príncipe de la Iglesia, y seguido de José que permanecia á su izquierda, se detuvo delante de don Cárlos que cerraba el círculo á su derecha.

Don Cárlos se sonrojó y bajó los ojos, porque no pudo soportar el brillo de la mirada penetrante que monseñor Arbués le lanzaba.

Entónces con aquella voz llena, breve, imperativa, que en ciertas circunstancias sabia tan bien tomar el tono de mando;

—Don Cárlos de Herrera, dijo el altivo dominico, ¿jurais consagraros en cuerpo y alma al servicio de nuestra santísima religion católica, apostólica romana?

—¡Lo juro! respondió con voz resuelta el jóven señor castellano, no viendo en ese juramento nada que debiese alarmar su conciencia de leal caballero.

—¿Jurais no escuchar jamás esas doctrinas corruptoras y apestadas de los impíos del Norte que se llaman filósofos y reformadores, y no alentarlos de ningun modo?

—¡Lo juro! repitió don Cárlos.

—¿Jurais no dar jamás asilo ni proteccion á hereje ni á hombre perseguido como tal por el santo tribunal de la Inquisicion?

Don Cárlos sin responder levantó sus ojos amarridos hácia el severo rostro del inquisidor, porque ese juramento le parecia atroz. Monseñor Arbués frunció las cejas como el Júpiter Olímpico; y el jóven dominado por esa soberbia espresion de despotismo y de autoridad, tartamudeó con voz ininteligible:

—¡Lo juro!

El inquisidor pareció contentarse; y luego en to-

no resuelto y penetrante, añadió:

—¿Jurais perseguir con la palabra y la espada á todo marrano, morisco, judío, cristiano judáico ó luterano; denunciarlos al santo tribunal para la mayor gloria de Dios, y entregarlos, aun cuando fuesen vuestros huéspedes, sea porque les hubieseis oido proferir heregías, sea que les hubieseis visto cometer acciones que indicaran se han descarriado del verdadero camino de la salud, sea que solo los tuvieseis por sospechosos de no ser adictos de corazon y de alma á nuestra santísima religion, ó que vieseis que despreciaran alguna práctica; sea en fin que en su casa hayan tolerado alguna negligencia análoga por parte de alguno de los suyos?

—¡Monseñor! ¡monseñor! dijo en voz baja el caballero con indecible angustia, lo que me exijís es propio de un espía, de un....

La terrible mirada de Pedro Arbués clavó la palabra en la garganta del jóven; sus labios quedaron entreabiertos y cual tartamudeando letras, de modo que parecia que hablaba bajo; pero en realidad nada decia: aquello era una convulsion de la boca.

El inquisidor contento al parecer, continuó con el mismo tono:

—¿Juráis estar siempre pronto á marchar para el servicio de Dios al primer llamamiento de sus representantes, aun cuando estuviereis al lado de un amigo moribundo, ó en la cabecera de la cama de vuestra madre agonizante?

Los ojos del jóven quedaron fijos y horrorizados, y sus cabellos se erizaron de terror.

—¡Perdonad, perdonad, monseñor! murmuró en voz baja.

Solo el inquisidor y José oyeron estas palabras, mas Pedro Arbués demostró no comprenderle, y añadió cargando el acento en cada palabra:

—¿Jurais renunciar á todos los vínculos de amistad ó de familia, cuando se trate de la causa de Dios...? ¿y denunciar sin restriccion á vuestros hermanos, hermanas, esposa, madre, padre y aun á vuestros hijos, si llegaseis á descubrirles sentimientos contrarios á nuestra santa fé católica?

A estas últimas palabras don Cárlos volvió en sí por un vivo sentimiento de indignacion, y levantando orgullosamente la cabeza, dijo con voz firme, pero sin escándalo.

—Monseñor, no juraré esto; no seré á la vez un denunciador y un infame. Tomad, añadió con amarga ironía, volviendo al inquisidor el santo y el Cristo que le habian entregado, soy indigno de tal honor; guardad esto para otro servidor mas adicto.

Al propio tiempo lanzóse del sitio en que estaba, atravesó el círculo viviente que le rodeaba, pasó por entre la multitud arrodillada, y salió sin volverse, como si volviéndose hubiese temido que se desplomara sobre él la iglesia.

El duque de Mondéjar y su yerno se estremecieron de espanto y de enojo. Isabel lloraba sin comprender lo que habia pasado, y la multitud escandalizada aguardaba con la boca abierta la esplicacion de este enigma. Solo José parecia impasible en medio del general espanto: únicamente una sonrisa imperceptible y sarcástica levantaba los ángulos de sus labios espresivos.

Arbués levantó al cielo una mirada de inspiracion, y dirigiéndose á la asamblea dijo:

—Hermanos mios, ese jóven estaba en pecado mortal, y se ha hecho justicia juzgándose indigno de participar hoy de esta santa ceremonia...., Orémos por él, hermanos mios, añadió arrodillándose.

Todo el mundo imitó al inquisidor. Oraron unos

diez minutos, durante los cuales Pedro Arbués pudo enfrenar á su cólera y componer su fisonomía.

Cuando se levantó, su rostro no tenia ya el menor vestigio de emocion y de cólera; estaba digno, tranquilo, impasible, cual una cabeza esculpida.

Volvió entónces á empezar la fórmula del juramento, á la cual todo el mundo respondió con alegría y sin resistirse.

Aquel dia las filas de la milicia de Cristo se engrosaron con mas de doscientos miembros; y en la misma noche las cárceles del santo oficio contaban con un preso mas.

XXVIII.

CANDOR É HIPOCRESÍA.

A pesar de las fatigas de aquella larga ceremonia que habia durado hasta las dos de la tarde, retirado monseñor Arbués en el palacio inquisitorial no pudo probar un solo instante de reposo. El inestinguible ardor de aquella alma despótica y apasionada imponia á su cuerpo un continuo deseo de movimiento y actividad, una insaciabilidad horrorosa. Esa alma era como el abismo de que habla el eclesiástico, *jamás estaba satisfecho*.

Semejantes hombres son inevitablemente la providencia ó la plaga de la humanidad.

Por lo mismo se leia una satisfaccion interior en el rostro del inquisidor; la certidumbre de que Dolores estaba ya en su poder, imprimia en sus funciones un movimiento infernal; y como el espíritu de las tinieblas cuando una alma pura cae entre sus manos, se regocijaba de su triunfo.

José silencioso y triste hojeaba una Biblia latina en

un estremo de la sala. Un sombrío presentimiento parecia agitarle y aunque ignoraba que la hija del gobernador hubiese desaparecido de la casa de Juana, la alegría del inquisidor tenia algo de siniestro y de fatal; y le horrorizaba como una desgracia.

Por la primera vez tambien, y por un instinto secreto, el inquisidor se sintió dispierto á desconfiar de su favorito, sin dejar de creerse muy seguro de él; pero encontraba un encanto indecible en esta satisfaccion ignorada; le habia costado tanto trabajo ver premiados sus deseos, que hablar de su felicidad aun á su íntimo confidente, era en algun modo quitarle á ese gusto el sabor mas esquisito. Por tanto calló, y solo por intervalos dejaba asomar á sus labios una risa involuntaria. Sus ojos brillaban de un modo estraño, y un rubor pasajero iluminaba su frente ordinariamente pálida.

De vez en cuando, José desviaba sus ojos grandes y negros de encima de la Biblia para considerar el rostro de su señor que revelaba emociones insólitas; pero cuya causa no podia adivinar.

Habian cenado y aunque era casi media nóche, Pedro Arbués no podia resolverse á retardar hasta al dia siguiente la felicidad de ver á Dolores. Aguardaba que José se hubiese retirado, y José cual verdadero favorito, tardaba tanto mas en alejarse en cuanto conocia que su tenacidad contrariaba á su eminencia. Por lo mismo con terquedad calculada se mantenia absorto mirando la Biblia, de la que no leia ni una sola palabra.

Por fin Arbués perdida la paciencia, acercósele sonriendo, y arrancándole el libro de las manos, le dijo:

— Deja esto, mi querido José; continuarás la lectura otro dia. Deseo dormir, y apuesto á que tú tam-

bien, porque te veo pálido como una muchacha el dia despues de un baile.

— Pues puedo asegurar á vuestra eminencia que no me encuentro poco ni mucho fatigado.

— ¡Es tan grande tu celo, mi buen José! Confio que cuando tendrás la edad, y la muerte de monseñor Alfonso Manrique me permita aspirar al grado de inquisidor general; confio, digo, hacerte elegir en mi lugar inquisidor de Sevilla.

— No lo quiero, si para eso es preciso dejar á vuestra eminencia, respondió José con un gesto encantador.

— ¡Pobre muchacho! tienes razon, serás mas que esto, y no me dejarás; pero ahora véte á dormir, vé, hijo mio, necesitamos recobrar las fuerzas á fin de proseguir nuestros penosos trabajos apostólicos.

Indudablemente madura algun proyecto, pensó José levantándose como para alejarse.

— El auto de fé real está cerca, añadió el inquisidor; las cárceles están llenas de hereges juzgados ó por juzgar, y es preciso distinguirnos en presencia de nuestro gran rey Cárlos V, que es un monarca tan celoso por la religion del reino!

Dotado José de una perspicacia estraordinaria, comprendió que Cárlos V era quien ménos ocupaba en este momento al inquisidor; pero disimuló como prudente, y dijo frotándose los ojos.

— Creo, monseñor, que tambien me acosa la necesidad de dormir; dígnese vuestra eminencia darme la bendicion y me retiro.

Pedro Arbués tendió sobre él sus dos manos reunidas, pronunció las palabras sacramentales, y añadió:

— Hasta mañana, hijo mio; vénme á ver antes de la hora del tormento.

Y saliése por una puerta que conducia á su dormitorio, y de allí se fué á la calle por una escalera secreta.

José en vez de retirarse en su cuarto, bajó la escalera del palacio, llegó despues al patio, y agachado detrás de una gran adelfa, aguardó.

Era la hora en que Pedro Arbués salia muchas veces acompañado de cuatro familiares ó guardias de corps de los inquisidores, cuyo empleo les habia señalado Tomás Torquemada fundador de la milicia de Cristo, y cuya vida muchas veces amenazada, á causa de sus inauditas crueldades, tenia necesidad de estas precauciones.

Ordinariamente José seguia al inquisidor en sus misteriosas correrías; por esto haciéndose un escudo con las frondosas ramas de la adelfa, dijo para sus adentros:

— Veámos donde quiere ir sin mí.

Pronto vió comparecer á monseñor Arbués vestido por encima de la túnica y del escapulario de dominico con una capa española y sombrero chambergo, cual solia disfrazarse para no ser conocido.

Marchaba seguido á corta distancia por cuatro familiares, prontos á defender á la menor señal y con peligro de su vida á esa *ciudadela de la fé*.

Apénas se habia cerrado tras ellos la puerta del palacio, cuando José que llevaba siempre una llave consigo, la abrió sin hacer ruido, y se escurrió como una culebra por aquella puerta entreabierta, y vió á Pedro Arbués que se dirigia hácia la calle de la Inquisicion.

Siguióle á paso lento, manteniéndose léjos de los familiares, y sin hacer ruido merced á las sandalias que calzaba.

A los diez minutos llegaron á la puerta de las cárceles del santo oficio, á que llamó Arbués de una

manera particular y convenida. A favor de la obscuridad José se habia ido acercando á él.

Se deslizó contra la pared, y apénas habia el inquisidor pasado el umbral de la cárcel, cuando el favorito entró poco á poco tras él, con peligro de ser visto.

Pedro Arbués que estaba muy léjos de pensar en él, lanzóse á pasos precipitados hácia la escalera que conducia al cuarto principal, y como José acostumbraba acompañarle por todas partes, el carcelero le dejó entrar sin obstáculo; despues cerró cuidadosamente la puerta, y tomando el farol y su manojo de llaves, subió la escalera á toda prisa á fin de abrir el aposento que él quisiera designar, y darle luz.

El jóven dominico se sentó en un banco del corredor, y los familiares se quedaron fuera de la cárcel.

Algunos instantes despues el carcelero volvió á bajar, y sin hacer caso del fraile entró en el cuarto donde se tendió en un banco de roble para dormir, aguardando que la santísima Inquisicion le volviera á dispertar.

Entónces José subió á su vez, y como habia oido andar y abrir una puerta encima de su cabeza, se detuvo en el primer piso, pensando que allí descubriria lo que deseaba saber.

Efectivamente, apénas hubo andado algunos pasos á tientas por el corredor, apercibió un rayo de luz que se escapaba por el agugero de la cerraja de una de las celdas; al mismo tiempo oyó dos voces las que no podia equivocar, puesto que la una era del inquisidor y la otra la de Dolores.

Estremecióse José al acento de esta voz bien conocida. No podia comprender porque fatalidad Dolores habia sido arrancada del retiro que él le escogió.

— Me engaño, pensó entre sí; pero oyendo mas clara y distintamente la misma voz volvióse á estremecer.

Sobrecogido de una mortal ansiedad, probó ver al través de la estrecha abertura por donde salia el rayo de luz; mas la llave que habia quedado dentro, no le permitia distinguir los obgetos. Ademas, la luz le pareció estar colocada frente á la puerta, y las voces partian de un punto mas lejano; de donde concluyó que la escena pasaba á su derecha, y hácia al lado de la cama.

No pudiendo ver se contentó con escuchar lo que pasaba en aquel cuarto.

En el momento en que habia entrado Pedro Arbués, la hija del gobernador estaba sentada en el borde de la cama con la cabeza apoyada en la almohada.

Desde su entrada en la cárcel no se habia desnudado; pero despues de una noche y un dia enteros, llenos de terror y de angustias, cediendo por fin á un abatimiento insoportable, se habia ligeramente dormido. Acostada así sobre aquella cama de una blancura deslumbrante, encima de la que se destacaba como en relieve su vestido negro, la virtuosa jóven tenia una gracia hechicera é indecible.

El borde de su basquiña pudicamente recogida hácia sus piececitos, de los cuales solo se veian las puntas. Tenia una de sus manos y el brazo apretado á su talle; la otra tirada con abandono sobre las almohadas, sostenia su hermosa cabeza pálida y aplomada. Su frente, tan pura y tan lisa que se asemejaba á un hermoso mármol, era en este momento de una blancura mate, y surcada hácia las sienes por venas azules y transparentes. La sombra de sus largas pestañas que se prolongaba sobre sus mejillas fatigadas, daba aun á ese noble rostro una profun-

da espresion de tristeza y de desaliento. Parecia que se hubiese dormido en fúnebres pensamientos separando la vista con desden de este mundo en que habia sufrido tanto.

Viéndola así mas bella en su duelo que no le habia parecido jamás en los dias de su prosperidad, detúvose conmovido y temblando el feroz inquisidor, como si temiera cometer un sacrilegio. Una emocion indecible, un remordimiento tal vez hizo titubear á ese hombre indomable, que no reconocia mas dueño que sus pasiones.

Miró al rededor de sí con una especie de horror, como para asegurarse que no habia en el aire testigos que pudieran acusarle.

Reinaba en aquel recinto el mas profundo silencio; y solo se oia la respiracion igual y pacífica de la jóven adormecida.

Pedro Arbués sacudió con esfuerzo ese terror inoportuno que le habia acometido.

— Estoy loco, dijo entre sí, y se sentó en una silla que habia al lado de la cama, en que Dolores continuaba dormida.

Pedro Arbués tuvo el tiempo de contemplarla durante algunos minutos y de saciar su alma con su vista; pero á medida que él recorria toda su figura con ojo atrevido, descubriendo sin pudor en su pensamiento los encantos de aquella casta jóven, sus impresiones cambiaron de carácter. Al terror vago de que se habia dejado sorprender, sucedió uno de aquellos sucesos de pasion frenética cuya sorpresa le sumergia en una dolorosa exaltacion. Con todo, á pesar de su increible audacia y de la certidumbre de la impunidad, no se atrevió á cometer el crímen con todo su horror. Es imposible decir si era por consecuencia de un remordimiento secreto, ó por temor de añadir una maldad mas á la enorme mul-

titud de sus crímenes; ó bien por una esquisidad de disolucion, que ese hombre de desenfrenadas pasiones, temia encontrar pocos encantos en una victoria tan fácil. Como el alma humana es un abismo insondable, nos abstenemos de resolver esta duda.

Sea como fuere, esta lucha interior salvó en aquel momento á la hija del gobernador, la cual como ya hemos dicho estaba ligeramente dormida.

Sumergido el inquisidor en un profundo éxtasis, la contemplaba con avidez, pero no osaba despertarla.

En su delirio se inclinó suavemente hácia la mano que descansaba en la almohada y besóla con sus ardientes labios.

A este contacto estremecióse todo el cuerpo de Dolores, entreabrió sus ojos recargados, y al aspecto de aquella sombría figura que se levantaba ante ella, dió un grito de horror cubriéndose el rostro con ambas manos.

—¿Teneis miedo de mi? dijo Pedro Arbués con dulzura.

—¡Monseñor! ¡monseñor! ¿por qué me perseguis así? esclamó la jóven con voz cortada.

En este momento fué cuando José la habia oido.

—Hija mia, respondió Pedro Arbués, vuelto á su papel de inquisidor por el espanto que inspiraba; hija mia, el pastor siempre busca la oveja que se estravía hasta que la ha vuelto á encontrar.

Dolores que se habia incorporado en la cama miró al inquisidor con desconfianza; y una amarga sonrisa asomó á sus labios; despues dijo lentamente.

—Tambien el lobo busca la oveja para devorarla.

—¡Dolores! dijo el digno discípulo de Domingo de Guzman, irritado de ver frustrada su hipocresía

ante la rectitud y candidez de una niña, ¡Dolores! veo con sentimiento vuestra alma ciega y pervertida por las abominables doctrinas de la reforma. El que tiene fé en Dios, tiene fé en sus ministros; y vos no creeis en mí.

— Sed bueno y justo como Dios, respondió la valiente jóven. Yo obedeceré al servidor cuando él seguirá los preceptos de su maestro. ¿Pero, qué me pedís, señor? ¿adorar la mano que para herir, busca siempre una cabeza inocente? ¿Queréis que bendiga al que ha convertido á mi padre, á mi noble padre, en un cadáver viviente?.....

— ¡Insensata! ¿tanto habeis adelantado en la via de perdicion, que la verdad no puede disipar vuestras profundas tinieblas? ¿Ignorais que nosotros solo herimos al cuerpo perecedero á fin de salvar el alma inmortal?

— ¡Ah! ¡monseñor, si son esos los medios de salvar las almas, creedme, renunciad á ello lo mas pronto posible; pues solo son buenos para hacer dudar de la justicia de Dios!

— ¡Esto es! ¡esto es! prosiguió el inquisidor; siempre esta terquedad y esta insubordinacion á las leyes de la Iglesia, sacadas de la doctrina del fraile apóstata. ¿No sabeis, jóven, que Dios dijo: «Todo árbol que no produzca buen fruto será cortado y arrojado al fuego?» y que dijo además: «Separad las ovejas sarnosas del rebaño?» He aquí porque la santísima Inquisicion, para obedecer á las órdenes de su maestro escamonda los malos miembros del catolicismo, cuya perversidad amenaza infestar la gran familia cristiana.

— Monseñor, el maestro que dijo eso, dijo tambien: «No arranqueis la zizaña, aguardad el tiempo de la cosecha.» ¿Por qué pues empleais contra mí las persecuciones y las violencias? ¿por qué me ha-

beis arrebatado mi padre? ¿qué os ha hecho para atormentarlo así?

— Ha pervertido vuestra alma con su culpable tolerancia. La Inquisicion ha hecho justicia queriendo castigarle; pues los padres legan la corrupcion á sus hijos.

Al espresarse así el inquisidor tenia una majestad enteramente bíblica; hasta la hipocresía era en él grandiosa. Sus palabras severas, su gesto grave y mesurado, su acento enérgico y sonoro, la precision aparente de sus argucias, tenian un grande poder de fascinacion; pero Dolores, á pesar de su juventud é inesperiencia, poseia una razon demasiado recta para dejarse convencer.

El abominable uso que Pedro Arbués hacia de las ventajosas facultades de su inteligencia, inspiraba á Dolores un absoluto desprecio, y este sentimiento se leia en su espresiva fisonomía; y temblaba además al verse sola con él en aquella cárcel, en que mandaba como rey.

Demasiado orgullosa y cándida para disimular sus afectos, temia muchas veces irritar mas á ese hombre, de quien dependia la vida de su padre; y en aquel rostro severo donde la intolerancia habia puesto su máscara de bronce, buscaba si habia quedado algun vestigio de sensibilidad; si ese feroz inquisidor, para quien la muerte de un hombre no era mas que un juego, conservaba aun en el corazon alguna fibra que se pudiera hacer vibrar.

Pero el rostro de Arbués solo espresaba una dureza inexorable, y sus ojos no revelaban mas que la pasion que en su pecho ardia: por esto la presa bajó la vista y no osó decir una palabra.

— ¡Dolores! continuó el inquisidor con tono dulce y tranquilo, ¿con qué no quereis convertiros?

— Soy cristiana de corazon y de alma, monseñor, ¿por qué me perseguís?

— ¡Oh niña! cuanto te engañas en órden á tus verdaderos sentimientos, dijo Pedro Arbués acercándose á la jóven, miéntras que ella apretaba contra su cuerpo la basquiña de seda que rozaba con el hábito del inquisidor. — ¿Tú me odias mucho? dijo con despecho.

— ¡Perdon, monseñor! ¡perdon y piedad! dijo juntando las manos con terror: volvedme mi padre, volvedme la libertad; os lo pido en nombre de Dios á quien adoro, en nombre del gran mártir que murió en la cruz para redimirnos.

— ¡Oh! ¡si tú quisieras! prosiguió contemplándola con apasionada admiracion.

Estremecióse Dolores y púsose pálida, porque recordó la escena que habia acaecido algunos meses ántes en su oratorio; ¡y en este momento estaba en poder del inquisidor!

José oyó desde fuera toda la conversacion; y tambien él tembló por Dolores; pero miéntras aplicaba el oido á la cerradura á fin de no perder una sílaba, la puerta cedió, lo cual le hizo advertir que se habian olvidado de cerrarla; y gozoso por este descubrimiento retrocedió por no abrirla mas.

El inquisidor continuó haciéndose una violencia estrema para permanecer tranquilo, miéntras que estaba consumido por todos los ardores de la pasion.

— ¿Quién os dice, hija mia, que yo no he obrado así con respecto á vos á fin de conduciros á la verdadera fé, de la que os habiais alejado, y usar luego de la misericordia y de la induljencia del buen pastor? Comprendeis pues cuanto os aprecio, y que no quiero haceros mal.

Un movimiento de los labios así imperceptible fué la única respuesta de la hija del gobernador.

—¡Dolores! prosiguió el dominico, vos no podeis comprender cuan dura y penosa es la tarea que Dios nos ha impuesto de gobernar á los hombres, y de conducirlos al camino recto. Muchas veces nuestro mismo celo nos atrae el odio y la cólera de los herejes, y nuestra recompensa aquí bajo es llevar una pesada cruz.... Pero, prosiguió con tono penetrante é hipócrita, Dios en su bondad nos reserva de vez en cuando consuelos inesperados. Hay almas elegidas, la vuestra, por ejemplo, á los cuales nos es permitido conceder, no solo un afecto espiritual, sí que tambien aquella parte de amor terrestre que, sin ofender la celosa majestad de Dios, la honra al contrario y la glorifica en su criatura. Estas almas elegidas son las que nos conviene especialmente arrancar del error, pues son hechas para servir de ejemplo á las demás; y siendo los medios de dulzura, ternura y persuacion los mas seguros para lograr este objeto, nuestra alma se consagra entera, por un ardiente amor á esta gloriosa conquista. Hé aquí porque yo os amo, Dolores, porque quisiera comunicaros esta profunda ternura de que está lleno mi corazon.

Pedro Arbués hablaba con uncion, con un calor convincente, y la cándida jóven no pudiendo comprender una perversidad tan profunda, dudó un momento de si se habia precipitado en condenar á ese hombre.

—¿Seria posible, pensó, que no tuviese otra mira que los intereses de la religion? Aun cuándo sea así, el engañarse es honroso.

Cesó de contemplar al inquisidor con desprecio; y mirándole con sus hermosos ojos, nobles y cándidos, le dijo:

—Monseñor, os creo, os creo; ¿qué interés tendriais en engañar á una pobre muchacha que ningun

daño os ha hecho? ¡Pues bien! si pensais que estoy en error, instruidme, monseñor, seré dócil porque no deseo mas que conocer la verdad. Quiero practicar con amor la doctrina de nuestro divino Salvador. Si me he separado de esta via, conducidme por el buen camino, y os prometo seguiros; pero libertad á mi padre, y volvedme á su ternura.

—¡Dolores! esclamó el inquisidor triunfante, ¡mi bella Dolores! me gusta verte así dócil y hechicera; sí, te volveré tu padre, te pondré en libertad. ¡Oh! ¿qué mujer será mas feliz y mas amada que tú? Yo dedicaré á tí todos mis afectos.

Hablando así, el fraile impúdico se habia levantado; sus grandes ojos sombríos, fijos en la jóven, brillaban con un esplendor deslumbrante.

Alarmada por un secreto instinto de pudor, Dolores se habia dejado deslizar de la cama, y apoyaba los piés en el suelo.

El inquisidor no hablaba, pero su pecho hinchado de deseos, lanzaba una respiracion ardiente y rápida; solo el noble candor de esta jóven contenia el torrente de su pasion desenfrenada. Pasaba entre sí un combate atroz.

Permaneció algunos segundos en pié horrorizado, no atreviéndose á cometer un nuevo crímen. Su imaginacion estraviada vió pasar y repasar como en un sueño todas las víctimas que habia sacrificado; estaban delante de él, gesticulando como espectros, lanzando gritos y ahullidos, en que la palabra ¡venganza! ¡venganza! resonaba como el clamoreo de una campana de alarma. Bien pronto se turbó su vista, la pasion le estrechaba como en tenazas ardientes; entónces cual un hombre atacado de vértigo que se arroja en un abismo, el inquisidor tendió ambos brazos adelante, y lanzándose hácia la jóven inmóvil, esclamó con voz ronca:

—¡Es preciso!

Dolores dió un grito terrible...

—¡Monseñor! esclamó José abriendo la puerta de la cárcel.

Pedro Arbués vuelto en sí por esta súbita aparicion, levantó orgullosamente la cabeza, y con aire sombrío é irritado, dijo:

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—Monseñor, venia como vuestra eminencia, á probar de convertir algunos herejes.

—¡Por Cristo! ¿estás cansado de vivir, que me sales así al encuentro?

—Vuestra eminencia desconoce el celo de su mas fiel servidor, respondió el favorito con tono de humildad burlesca; pero el servidor nada tiene que temer de tan buen señor, y José el inquisidor no teme á la Inquisicion.[1]

Dolores miraba con sorpresa al jóven dominico; quien la indicó que fingiera no conocerle.

—¡Salid! dijo imperativamente el inquisidor.

—No saldré sin vuestra eminencia, respondió el favorito; hay rumores de revolucion por la ciudad; se habla de conspiracion contra vuestra preciosa vida.

—¿De veras? dijo el inquisidor algo inquieto.

—Muy de veras, monseñor; yo os acompañaré, porque si fuere necesario, esta escelente hoja toledana podria defender á vuestra eminencia, añadió

[1] Aunque por regla general todo el mundo estaba sometido á la jurisdiccion de los inquisidores, habia sin embargo una escepcion para los papas, sus legados y sus nuncios, los empleados y los familiares del santo oficio; de modo que, aun cuando fuesen formalmente denunciados como herejes, la Inquisicion no tenia otro derecho que recibir la instruccion secreta y enviarla luego al papa. La misma escepcion comprendia á los obispos; pero los reyes y los príncipes quedaban sometidos á la jurisdiccion de los inquisidores. (*Historia de la Inquisicion, cap. 2.°, segunda parte, de los crímenes en que entendia la antigua Inquisicion*).

mostrando un puñal afilado que llevaba bajo su escapulario; es una arma preciosa, monseñor, que jamás venderá á su dueño!.... Y al mismo tiempo tocaba con la mano el corte de aquella hoja aguda, triangular y brillante como un espejo.

—Venid pues, monseñor, y nada temais.

Cediendo Pedro Arbués, á pesar suyo, á la influencia de José, á quien en este momento detestaba con todo su corazon, se volvió á acercar á Dolores y y le dijo dulcemente:

—Confio encontraros mañana con sentimientos mas sumisos, hija mia.

—¡Oh! ¡yo os odio! respondió ella volviendo la cabeza con disgusto; hacedme morir con mi padre, es la única gracia que os pido.

José se llevó al inquisidor, y este cerrando los dientes esclamó con rabia:

—Quiero vengarme de ella. ¿Qué haré yo para dominar ese carácter indomable?

—Monseñor, respondió el favorito, enviadla al cuarto de la penitencia.

XXIX.

TORMENTO DEL AGUA.

Difícilmente podria conseguirse una precisa idea de la cólera y contrariedad del inquisidor Arbués, viendo frustradas por una inesplicable fatalidad sus mas secretas y mejor urdidas maquinaciones.

A pesar de su fragilidad por José, á quien amaba con toda la tenacidad con que los hombres sin corazon aman al juguete favorito de sus pasiones ó de sus caprichos, no le perdonaba el haberle sorprendido en la prision de Dolores. No porque adivinase ó comprendiese el interés que su favorito tomaba por

esa jóven; porque nadie es ménos perspicaz que los que están habituados á valerse de la astucia y de la artimaña, y el inquisidor no sospechaba en lo mas mínimo contra José. Mirábale simplemente como un niño mimado, unas veces imprudente con su amo, y otras lleno de mimos hechiceros que hacian perdonar su audacia; pero no le venia á la imaginacion que José, ese hermoso jóven, José su criatura, pudiese venderle: y, preciso es confesarlo, el jóven dominico le era aun mas precioso que Dolores. Dolores escitaba sus deseos, José siempre estaba pronto para servir á sus caprichos, para aplaudir sus actos mas inícuos, para animarle en el mal, cuando su alma soberbia, doblándose bajo el peso de tantas iniquidades, se preguntaba tal vez en el secreto de su conciencia, si ese mismo Dios cuyo nombre profanaba le guardaria venganzas eternas y terribles.

Hé aquí porque ese hombre que algunas veces desesperaba del cielo, que se habia cerrado por sus crímenes, se arrojaba furioso en las alegrías frenéticas de su lujuria.

Nuestros lectores recordarán que este era dia de tormento, porque se acercaba el auto de fé y eran muchos los acusados que debian figurar en una escena de aquel largo y terrible drama que duró tres siglos.

José con su audacia acostumbrada entró en casa del inquisidor miéntras que este se hallaba aun en cama, postrado por aquella noche de insomnio.

A la vista de su favorito, Pedro Arbués frunció las cejas; pero el jóven dominico no se inmutó, y adelantándose hasta la última grada de la tarima en que reposaba aquel lecho fastuoso y real: ¿tiene su eminencia algo que mandarme? dijo con aquella voz dulce y sumisa, cuyo acento fascinador era irresistible.

—Tu audacia es verdaderamente muy grande,

dijo Pedro Arbués; ¿despues de la escena de esta noche aun te atreves á presentarte ante mí?

—Vuestra eminencia me habia mandado que lo viese aun ántes de la hora del tormento, respondió humildemente el favorito.

—Yo creia que José era fiel, y José no lo es, replicó el inquisidor que no pensaba lo que decia; porque toda su cólera se habia desvanecido á una sonrisa de aquel jóven hermoso, original, que se habia hecho una necesidad para él.

—José se ha espuesto al enojo de vuestra eminencia para velar por vuestra seguridad; el humilde dominico recoje los rumores que cunden, vé venir la tempestad y quiere conjurarla: ved ahí de todo lo que es culpable, monseñor.

—¿Somos pues tan débiles que debamos temblar ante algunos judíos y algunos marranos revoltosos? replicó Pedro Arbués con aire altanero.

—Monseñor, respondió el favorito, la serpiente que se arrastra por la tierra algunas veces muerde al leon, que es el rey de los bosques. El mas pequeño enemigo es temible, y para destrozarlo seguramente, es preciso primero no dejarse alcanzar. La prudencia es la madre de la seguridad; vigilemos pues, monseñor: no es hora de que nos durmamos en los placeres de la tierra; el enemigo está cerca, preparémonos para combatirle.

Pedro Arbués participaba, como todas las almas ardientes y apasionadas, de una ligera inclinacion supersticiosa, enfermedad por otra parte muy comun en la época en que vivia. El profundo acento de José y su aire de conviccion produjeron en el inquisidor el efecto que el favorito se prometia, de modo que entre las manos de este niño, el feroz inquisidor se volvia blanda cera.

—¿Dolores Argoso será pues la única muger que

se me habrá resistido? continuó luego con despecho asaltado por este pensamiento.

— Dolores Argoso no es una mujer como las demas, monseñor; comprende que sacrificarse en cuerpo y alma para salvar á los que uno ama no basta para salvarlos, y que es mejor morir con ellos que sobrevivirles.

Esto fué dicho con un acento de amargura que hirió vivamente al inquisidor; y le hizo estremecerse cual si hubiera dispertado en él un terrible recuerdo.

José le dirigia una mirada profunda; parecia saborear deliciosamente los tormentos de esa alma que dominaba á su albedrío.

— Soy con vos, José, dijo de improviso Pedro Arbués como reanimado por una resolucion repentina... Vamos, añadió, no conviene hacer consumir á los atormentadores, que son bravos ausiliares nuestros. ¿Cuántos hay pues hoy para el tormento?

Y como si hubiese querido ahogar sus angustias y su rabia en los horribles placeres del tormento, se puso á contar en alta voz las víctimas que iban á presentarse á sus ojos, y cual tigre lanzado en el circo saboreó de antemano los dolores de la presa que iba á devorar.

Al cabo de algunos minutos ya estaba en pié.

— Ven, hijo mio, dijo á Jose; que nuestro celo por la causa del cielo nos consuele de los desengaños de la tierra y nos merezca la proteccion de Dios.

Cuando llegaron á la cárcel, los corredores estaban obstruidos: dos atormentadores revestidos de su lúgubre hábito azotaban á seis presos empujándolos delante de ellos, entre los cuales se contaban tres mugeres. Una de ellas jóven, alta y bella, aunque desfigurada por los sufrimientos del calabozo, llevaba entre dos hileras de hermosos dientes la mordaza que la impedia gritar.

Castigo de Azotes.

Iban estos desgraciados desnudos hasta la cintura, así mugeres como hombres; sus espaldas, magulladas por los azotes estaban acardenaladas, y á pesar de este terrible suplicio, ninguno de ellos proferia la menor queja.

El inquisidor pasó delante de ellos sin mostrarse conmovido; José solo estremecióse interiormente con una dolorosa piedad.

La muger que tenia puesta la mordaza iba la última. Llegada que hubo frente á Pedro Arbués, miróle fijamente, y á falta de palabra, sus ojos negros, sombríos y terribles, aun engrandecidos por la palidez y flaqueza de su rostro, sus ojos llenos de odio, de desesperacion y de venganza, se detuvieron en los del inquisidor como para decirle:

— ¿No me reconoces?

Pedro Arbués la habia efectivamente reconocido, á pesar del horroroso cambio de sus facciones.

— ¡Francisca! murmuró á media voz bajando los ojos ante esa terrible mirada.

La abadesa de las Carmelitas no podia hablar; pero levantó los ojos hácia el cielo como para citar á su verdugo ante el tribunal del gran juez.

El inquisidor pasó delante y los verdugos prosiguieron su cruel ejecucion.

Pedro Arbués y su favarito iban á presenciar un espectáculo mucho mas estimulante y fértil en sensaciones que el del azote.[1]

[1] Toda queja estaba prohibida á los presos de la Inquisicion. Cuando un desgraciado daba algun gemido poníanle una mordaza durante algunas horas; y si esto no bastaba le azotaban cruelmente por los corredores. El castigo de los azotes imponíase tambien á los que hacian ruido en los cuartos ó se disputaban entre sí; en semejante caso todos los presos eran castigados *in solidum*, sin distincion de edad ni sexo; de suerte que muchas veces desnudaban señoritas, religiosas y damas de distincion y las azotaban impiamente mezcladas con los jóvenes y ancianos. (*Historia de la Inquisicion, cap. V, tercera parte de los suplicios.*)

Cuando hubieron bajado al cuarto del tormento, los esbirros condujeron una jóven y hechicera muger de una palidez horrorosa, tan débil y tan enferma, que apénas podia sostenerse, su ojo apagado y lánguido, de una dulzura angelical, parecia implorar perdon. Cuando estuvo en presencia del inquisidor general, hizo un esfuerzo para juntar sus manos delicadas de una blancura casi diáfana.

—¡Mi hijo! murmuró con voz que apénas se oia, tanta era la debilidad con que llegaba á sus descoloridos labios.

—¡Hija mia! dijo el inquisidor, siempre con la voz amable que sabia tomar, vuestra hermana es luterana y os acusan de haberla alentado en su apostasía.

—¡Esto es falso! ¡es falso! respondió la infeliz, con toda la energía que le permitió su estado de decaimiento y debilidad.

—¿No teneis nada que decir para apoyar esta negativa?

—¡Mi hijo! ¡que me vuelvan mi hijo! repetia esta infortunada con un acento lastimero.

El hijo que reclamaba con tantas angustias, apénas contaba ocho dias; porque esta pobre madre encarcelada miéntras que lo llevaba aun en su seno, habia sufrido el tormento casi en el acto de haber parido, como lo atestiguaban sus muñecas mutiladas.

Pero bajo el peso de una acusacion tan grave como la de haber alentado á su hermana que acababa de abrazar abiertamente el luteranismo y de pasar á Alemania, ningun rigor era escesivo.

Ni sus lágrimas, ni sus súplicas tan interesantes que hubieran ablandado á una roca, no conmovieron al inexorable Arbués. Solo José ocultaba bajo su impasibilidad exterior una terrible y profunda emo-

cion. Su corazon latia, oprimido por una inmensa piedad. Necesitó toda la fuerza que le habian dado los largos años de disimulo para no prorumpir en sollozos é imprecaciones.

Arbués por lo contrario, como si el dolor y las lágrimas debiesen ser su entero alimento, queriendo ademas manifestar su celo por la fé católica persiguiendo acérrimamente el luteranismo, que sabia ser el espantajo de Cárlos V, hizo una señal; y al momento los atormentadores cogieron su víctima.

No necesitaban órden para saber lo que debian practicar, porque era la segunda vez que sufria el tormento.

Dos hombres robustos pusieron en mitad del cuarto un caballete, horrible instrumento de madera, que hecho en forma de canal, bastante ancho para que en él cupiera el cuerpo de un hombre, no tenia otro fondo que un baston sobre el cual se encorvaba el cuerpo por el efecto de un mecanismo, de suerte que el paciente tenia la cabeza mas baja que los piés.

Los atormentadores levantaron á la pobre muger medio muerta, despues le ataron los miembros con cuerdas de cáñamo.

La víctima les dejó obrar sin dar un grito, pero habiéndose acercado á ella el inquisidor para obligarla de nuevo á confesar el crimen de que se le acusaba, la infeliz volvió á protestar de su inocencia, tan alto como le permitian sus fuerzas estinguidas.

—¡Impenitente! ¡impenitente! esclamó el inquisidor con aire triste y desolado.

A estas palabras dos hombres robustos volvieron violentamente un garrote de madera, que apretando las cuerdas con que la víctima estaba atada, la magullaron tan vivamente, que la sangre saltó hasta sobre sus verdugos.

La infeliz dió un grito de agonía, débil; pero destrozador, cual si todo su poder de sufrir se hubiese reasumido en este grito.

Los atormentadores se limpiaron friamente con la manga la sangre de que estaba manchada su túnica.

Pedro Arbués se volvió á aproximar, y en tono cariñoso le dijo:

—Confesad, hermana mia.

La infeliz muger, que ya no tenia fuerza para hablar, hizo con la cabeza una señal negativa.

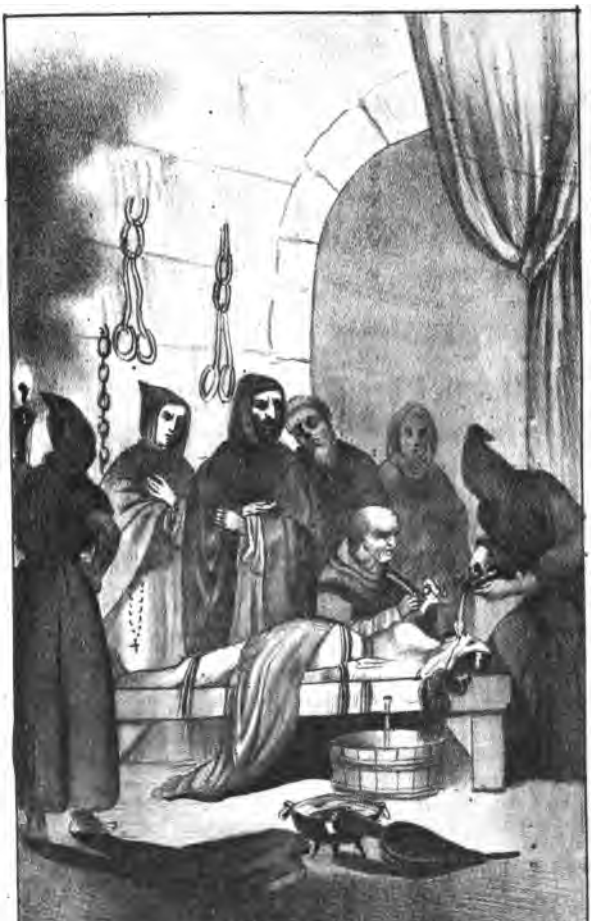
En la posicion en que la habian colocado, apénas podia respirar.

—¡Impenitente! repitió el inquisidor.

Entónces los atormentadores pegaron sobre el rostro de la paciente un lienzo muy fino empapado en agua, introduciendo una parte en el fondo de la garganta, y con la otra le taparon las narices; y despues fueron derramándole lentamente agua en la boca y en la nariz.

El agua se filtraba gota á gota al través del lienzo empapado, y á medida que se introducia en la garganta y en las fosas nasales, la víctima, cuya respiracion se volvia mas y mas difícil, hacia inauditos esfuerzos para tragar esta agua y aspirar un poco de aire; pero á cada uno de estos esfuerzos, que necesariamente imprimian á todo su cuerpo una dolorosa convulsion, los atormentadores daban vuelta al garrote, y la cuerda penetraba hasta los nervios.

José apoyando el rostro en las manos, en actitud de una profunda meditacion, enjugaba con sus dedos amargas lágrimas. Su corazon estaba hinchado, estaba por reventar, y cuando alguna vez levantaba la cabeza, sus mejillas, con el incierto resplandor de las antorchas que iluminaban aquel pan-



Tormento del agua.

demonium, presentaban la lívida palidez de la muerte.

Casi durante una hora los atormentadores vertieron agua gota á gota, en la garganta de la paciente, y la reanimaban de tiempo en tiempo apretando mas fuertemente las cuerdas al rededor de sus miembros.

A cada nueva vuelta del garrote, aquella miserable criatura daba un grito mas débil y lastimero; un grito de inesplicable agonía, con el cual se exhalaba cada vez una partícula de su alma.

Finalmente, este grito se hizo tan débil, que el médico de la Inquisicion, que acostumbraba á asistir á estas lúgubres tragedias, se aproximó á la paciente, tomóle el pulso, y volviéndose al inexorable inquisidor le dijo:

— Monseñor, esta muger no podrá sufrir mas sin morir.[1]

— Que la saquen, dijo Pedro Arbués, el tormento se suspende hasta nueva órden.[2]

Los atormentadores levantaron luego el lienzo que cubria el rostro de la torturada; pero cuando hubieron desatado uno por uno todos los lazos que rodeaban sus miembros delicados, apercibieron que estos miembros estaban cortados hasta los huesos, tanto habian entrado las cuerdas en las carnes.

[1] El tormento del *agua*, con las horribles circunstancias que el autor acaba de describir, fué aplicado á doña Juana Bohorques en tiempo de Felipe II. La memoria de esta mártir fué rehabilitada en el auto de fé general que tuvo lugar en Valladolid en 1554.

[2] La crueldad de los inquisidores fué tan léjos, que el consejo de la Suprema (Consejo real de la Inquisicion creado por Fernando de Aragon) se vió forzado á prohibirles aplicar mas de una vez el tormento á una misma persona; pero los frailes friamente bárbaros, pronto encontraron una maña por medio de la cual eludian esta prohibicion. Así cuando habian torturado á un infeliz durante mucho tiempo, le volvian á enviar á la cárcel declarando *que el tormento se habia suspendido* hasta que ellos juzgasen á propósito *continuarlo*. (*Hist. de la Inquis. cap.* V, *tercera parte.*)

José se adelantó entónces sobrecogido de un horror indecible, y despues de haber contemplado el rostro de la víctima dijo:

—Monseñor, el tormento está concluido, pues esta muger ha muerto.

—Lo creeis así preguntóle el inquisidor.

Al mismo tiempo habiéndola levantado los atormentadores, y poniéndole el cuerpo en su posicion vertical, sobrevínole á esta infeliz un hipo convulsivo, y arroyos de sangre negra se escaparon de su boca; despues sin abrir los ojos murmuró en voz baja por última vez esta palabra casi ininteligible:

—¡Mi hijo!....

En fin, espiró; y su hermosa cabeza pálida y desmelenada cayó sobre el brazo de uno de sus verdugos.

—¡Dios te tenga misericordia! murmuró Pedro Arbués.

—Monseñor, ¿y si esta mujer era inocente? dijo en voz baja José.

—En tal caso está en el cielo, respondió el gran inquisidor; ¿por qué pues deplorar su muerte[1]?

Dos esbirros se llevaron el cadáver, y compareció una nueva víctima ante su eminencia.

Era una anciana y buena mujer, cuya cabeza habia encanecido en el ejercicio de la mas sublime caridad. Era María de Borgoña, apellidada *la madre de los pobres*[2]; detenida el dia del motin por la de-

[1] Conviniendo los inquisidores en que el tormento hacia perecer *tantos inocentes como culpables*, sostenian que debia aplicarse, supuesto que si algunos buenos católicos perecian en él, iban en derechura al paraiso. ¡Raciocinio digno de los ministros de un Dios de paz! (*Guia del inquisidor*, por Gimenez Cisneros).

[2] María de Borgoña contaba ochenta y cinco años cuando denunciada por un esclavo que supuso haberla oido decir: los cristianos no tienen fé ni ley, fué detenida como sospechosa de judaismo. En falta de pruebas, los inquisidores la retuvieron cinco años en la cárcel, confiando poder encontrarla suficientes para condenarla y apoderarse de los muchísimos bienes que poseia. Cansados

claracion comprada de un esclavo que suponia haberla oido decir:

— Los cristianos no tienen fé ni ley.

María contaba entónces noventa años, y aunque el consejo de la Suprema prohibió espresamente aplicar el tormento á personas de mucha edad [1], la valiente octogenaria ya habia sufrido el tormento de la cuerda y el del agua. Parecia que una fuerza divina sostuviera ese cuerpo delicado y débil que pocos dias tenia ya de vida.

Sus inmensos bienes habian tentado al fisco, y no sabiendo de que acusarla, la habian retenido como judaizante.

— Hermana mia, le dijo el inquisidor general, siempre con una mansuetud evangélica, ¿queréis confesar por fin vuestro crímen y obtener el perdon?

— ¡Soy inocente! respondió con audacia la *madre de los pobres*: *sea de mí lo que Dios quiera.*

— ¡Oh santa religion de Jesus crucificado! esclamó el dominico, ¿no lograrémos nunca hacerte triunfar sobre la tierra?

de aguardar, los jueces del santo oficio sometieron varias veces al tormento á esta desgraciada de edad de noventa años, á pesar de las disposiciones de la Suprema que prohibia espresamente dar el tormento á las personas que pasaran de los sesenta. Pero María supportó sin quejarse todos los tormentos que le hicieron sufrir, declarando siempre que ella era católica, apostólica y romana: y murió en la cárcel protestando de su inocencia. Con todo, los inquisidores continuaron su proceso y la condenaron á las llamas; sus huesos y su estatua fueron arrojados al fuego; sus bienes que eran considerables, fueron presos de la Inquisicion y del fisco, y sus hijos y los hijos de sus hijos fueron entregados á una eterna infamia!!! Este sacrilego asesinato fué cometido por los inquisidores de Murcia, el año de la abdicacion de Cárlos V, durante el reinado del inquisidor Valdés. María de Borgoña era apellidada la *madre de los pobres*, á causa de su grande caridad. Sufrió los *tres tormentos* de la *cuerda*, del *fuego* y del *agua*. (*Historia de la Inquisicion*).

[1] El tormento no podrá aplicarse, bajo ningun pretesto, ni á los niños de ménos de diez años de edad, ni á las personas de mas de sesenta. (*Reglamento de procedimientos, art. 7: De los casos en que podrá aplicarse el tormento á los acusados*).

— Vamos, dijo á los atormentadores señalando un brasero ardiente que iluminaba el punto mas obscuro de la caverna.

— ¡Pedro Arbués! esclamó la anciana con un acento inspirado, ¡maldito eres del que bajó sobre la tierra para bendecir!

— ¡Es una judía! ¡es una judía! gritaron los esbirros y los atormentadores santiguándose con espanto, y al mismo tiempo arrancaban uno por uno los vestidos de la anciana.

Cuando estuvo casi enteramente desnuda, quisieron llevarla en brazos; pero los rechazó con un gesto lleno de dignidad, y dijo:

— Yo andaré, ¿á dónde debo ir?

Los atormentadores designaron el ancho brasero que ardia en la sombra á la estremidad de la sala del tormento, y María se dirigió con paso firme hácia ese lado, y contempló sin palidecer este abismo de fuego que parecia vibrar en la obscuridad sus mil lenguas de llama, como si estuviera ávido del pasto que le destinaban.

Los atormentadores tendieron la paciente sobre un banco de madera, al lado del brasero, y la ataron fuertemente con cuerdas, de tal suerte que le era imposible hacer el menor movimiento.

María se dejó atar sin resistencia.

Entónces dando al banco un movimiento de rotacion, la colocaron de modo que una de las estremidades, en la cual descansaban los piés de la paciente, casi tocaban los carbones encendidos.

A las primeras rozaduras del fuego, María de Borgoña dió un gran suspiro, sola espresion del dolor que atestiguaba sus horribles sufrimientos.

— Hemos olvidado algo, dijo repentinamente uno de los verdugos viendo enrojecer escesivamente los piés de la víctima, y emblanquecer luego como un gamino que arde.

— Es verdad, dijo el otro, no habia pensado en ello.

Fué á tomar una vasija llena de aceite que habia en un rincon, y con una esponja atada al estremo de un palo frotó con él los piés de la paciente.

La accion del fuego escitada por la presencia de este cuerpo craso, se hizo en algunos minutos tan penetrante, que la piel se abrió; las carnes se contrajeron, y retirándose dejaron desnudos los nervios, los tendones y los huesos.

El santo oficio estaba dotado de un abominable genio de invencion.

A este increible suplicio María opuso una firmeza heróica; y cuando el dolor haciéndose intolerable le arrancaba un gemido involuntario, esclamaba como Jesucristo agonizante:

—¡Dios mio! perdonadles, que no saben lo que hacen.

Sí, sin duda la Inquisicion tenia instrumentos ciegos, fanatizados, y por esto mismo escusables, *que no sabian lo que hacian*. ¿Qué corporacion religiosa y secreta no tiene los suyos? No es á ellos á quien se acusa, sino á aquellos en quienes reside el espíritu de las *cosas*; á aquellos que *mandan*, y prostituyen una religion santa al servicio de las pasiones mas infames. Los demás solo son instrumentos pasivos de la sociedad, inútiles para tomar parte en los sucesos y en los bienes que producen, gabiones preservadores detrás de los cuales se abrigan los gefes durante el combate.

La piadosa esclamacion de María era de una mártir cristiana, y no de una judía. Con todo, se prolongó el suplicio tanto como lo permitieron sus estinguidas fuerzas.

Cuando la volvieron á su calabozo, esta valiente y santa cristiana aun tuvo bastante fuerza para decir á Pedro Arbués:

— ¡Qué Dios nuestro Salvador os perdone como yo os perdono, señor!....

La declaracion de un solo testigo habia hecho condenar á María de Borgoña, y este testigo era un esclavo; pero María era demasiado rica para hallar gracia ante el santo oficio.

José destrozado por tantas emociones, apénas podia sostenerse; é inclinóse dulcemente al oido de Pedro Arbués, diciéndole:

— Monseñor, me encuentro malo; el olor de este carbon me dá vertigos, y el corazon me desfallece como si me fuera á morir.

— Pues es preciso habituarse á esto, replicó Pedro Arbués; un solo tormento mas y todo estará concluido.

Cuando acababa de decir esto, entraron los esbirros en la cámara del tormento, y dijeron vacilando: ¡Monseñor!

— ¿Qué hay? hablad.

— Monseñor, la presa ha muerto.

— ¡Muerto! repitió Pedro Arbués.

— Se ha abierto la garganta con las tijeras.

— ¿Por qué se las habeis dejado? dijo severamente el inquisidor; y luego aquel hipócrita fraile añadió en tono desolado:

— ¡Impenitente! ¡ha muerto impenitente!....

Esta presa que se llamaba Juana Sanchez, pertenecia á aquella órden, medio seglar medio religiosa, de mujeres designadas con el nombre de beatas; la cual habia abrazado el luteranismo y murió sin renunciar á él. [1]

— Toda oracion por la difunta seria inútil, pro-

[1] Juana Sanchez, de la clase de las mujeres que llamaban *beatas*, fué condenada á la hoguera como luterana. Cuando supo su sentencia, se abrió la garganta con las tijeras y murió impenitente en su calabozo. Su cadáver fué quemado en Valladolid en 1559.

siguió el inquisidor levantándose; su alma pertenece al demonio. Con esto terminó aquella sesion, y Pedro Arbués y su favorito salieron del *palacio de la Inquisicion*.

— ¡Oh! dijo José aspirando con fuerza el aire puro de afuera, y pasando sus manos por su frente como un hombre que se dispierta.

— Eres verdaderamente mas delicado que una mujer, dijo Pedro Arbués en tono cariñoso.

— No, monseñor; no me falta el valor de un hombre, creedme, respondió el fraile con tono serio.

— A la prueba lo verémos, prosiguió el inquisidor.

— ¡Oh! lo verémos cuando llegará la hora, monseñor; podeis estar seguro de ello.

XXX.

LA SALA DE PENITENCIA.

Los consejos de José no habian sido infructuosos. Al cabo de ocho dias por la tarde, la hija del gobernador estaba sola, y acurrucada en una de las torrecillas que se levantaban en los cuatro ángulos del palacio de la Inquisicion.

Tenia á su lado un banquillo de madera, en el cual habia apoyado uno de sus codos, y con su pálida mano sostenia la fatigada cabeza.

La celda en que se encontraba tenia diez piés de diámetro; era enteramente redonda, y la bóveda y las paredes solo ofrecian á la vista una lisa superficie de una blancura mate. Una pequeña abertura practicada en lo alto del arco, solo dejaba penetrar una luz cruda y llena, que no pudiendo dividirse en ningun ángulo, no producia la menor penumbra en

que descansara el ojo fatigado de aquel brillo monótono.

Dolores colmada de aburrimiento y de cansancio, y fatigada de estar en el único asiento que le habian dejado, se arrodilló en el suelo, probando vencer con este cambio de posicion física, la sombría desesperacion en que la abismaba la eterna monotonía de aquel lugar terrible.

Destrozada por continuos padeceres aquella infeliz mujer tan jóven y sin embargo tan fuerte, pedia á Dios el valor de no sucumbir. El amor, este santo alimento del alma, la sostenia aun con su sublime energía: esta pasion cuyas inefables delicias solo habia entrevisto, le inspiraba deseos de vivir aun para probar sus infinitos goces, esperanza del que padece y que ama, tesoro divino de que el cielo hace partícipes en la tierra á los que destina á poseerlo en toda su plenitud.

En el corazon de aquella valiente jóven, el amor de Estévan jamás se separaba de la ternura para con su padre; ¿pero qué mucho si Estévan era el hijo adoptivo de Manuel Argoso?

Y como los que aman jamás desconfian del todo, le parecia que miéntras Estévan viviera no estaba todo perdido para ella.

Sorprendióle la noche en estas meditaciones tiernas y tenebrosas.

Poco á poco la luz vertical y penosa que caia á su alrededor en rayos directos, bruscos é inflexibles, se estinguió dulcemente cual una lámpara á la que faltara aceite; el crepúsculo se formó gradualmente, cual si se hubiesen sobrepuesto hojas de gasa al orificio que daba paso á la luz, aliviando así la fatigada vista de la cautiva.

La noche desplegó por fin su negro manto, y Dolores que ya no distinguia los contornos de su celda,

procuró figurarse que estaba en medio de una vasta llanura.

— ¡Oh! ¡qué felicidad! esclamó levantándose, ¡no ver ya esta pared enteramente blanca, enteramente blanca! esta pared circular y uniforme que me vuelve ciega.

Apénas acababa estas palabras cuando penetró en la celda una luz viva, y los ojos de la jóven deslumbrados de nuevo, se cerraron involuntariamente.

— Soy yo, no tengais miedo, dijo una voz amiga.

Dolores abrió los ojos, vió á José, y arrojándose bañada en lágrimas al pecho del religioso, le dijo: Gracias, mi buen José, gracias, por haber venido.

— Antes lo hubiera hecho, respondió el dominico, si no hubiese temido inspirar sospechas al inquisidor.

— ¡Oh! esclamó Dolores, ¿cómo podeis servir á ese hombre?

— ¡Es preciso! esclamó José, con un acento profundo y convencido.

— Sí, comprendo, continuó la jóven despues de algunos momentos de reflexion; es efectivamente preciso que una fatalidad muy poderosa os encadene al destino de Pedro Arbués; á no ser así vos tan bueno, tan noble, tan generoso, ¡hubierais acaso consentido en ser, ni aun en apariencia, el cómplice de ese monstruo!...

— ¿Vos lo creeis así, no es verdad, Dolores? dijo el favorito con una amarga sonrisa.

— ¡Oh! si, sin duda, es preciso que así sea; es preciso que tengais motivos muy poderosos, y que una terrible desgracia haya presidido á vuestra vida. Así, cuando yo me pongo á pensar en vos, que lle-

vais con tanto valor esta pesada cruz que os han encomendado, me considero muy pequeña y muy miserable; porque es preciso confesaros que algunas veces sucumbo á los males que me afligen, y me parece que la razon me abandona. El cautiverio me mata, ó esto es tal vez un justo castigo de mi orgullo, que me hacia juzgarme capaz de resistir á todo.

—¡Pobre niña! dijo José, lanzando á su alrededor una triste mirada.

—Si, padre José, esto es; este lugar es lo que me mata; ¡tener solo el aire preciso para no morir! no poder andar tres pasos sin chocar contra una inflexible barrera; y despues ver eternamente á mi alrededor esta pared blanca y lisa.... Tener vértigos cual si me hicieran dar vueltas por el aire en un columpio encantado.... Cerrar los ojos para no ver mas, y dar vueltas y mas vueltas con el pensamiento; sentir que el piso os falta como en un sueño, y lanzada en el espacio, no tener ni un ángulo donde acurrucarse..... Querer dormir, y oir continuamente un terrible zumbido que me mantiene dispierta, pedir la noche como los demas piden la luz, y temer el momento de salir otra vez el sol, cuya claridad renueva cada mañana este eterno suplicio... ¡Oh! esto es volverse loca, padre José..... y veis, veis, prosiguió con una volubilidad horrible, aun temen que yo no sufra bastante, que pueda descansar un instante mi ardiente y destrozada cabeza; y por esto al rayar el alba me quitan la cama y no me la vuelven hasta la noche.

La animada espresion del rostro de Dolores, su estrema agitacion espantaron al fraile. Era efectivamente preciso que la mansion de aquella celda tuviese alguna cosa muy horrorosa para exaltar de tal modo á esa jóven, por lo comun tan dulce y tan re-

signada. José se arrepintió de veras de haber aconsejado al inquisidor que la encerrara en aquel triste reducto; bien que al hacerlo solo se propuso facilitar la evasion de Dolores, puesto que las torrecillas estaban mas próximas á la calle que los grandes aposentos, y tenian ademas salidas particulares y ménos conocidas. No pudiendo remediar esto, procuró consolar á la pobre cautiva con palabras de ánimo y esperanza.

— Volveré á visitaros tan pronto como pueda, le dijo, todo eso tendrá su fin. Miéntras tanto reunid todas las fuerzas de vuestra razon, y aguardad con valor: Dios no os abandonará.

— ¡Ah! no es el valor lo que me falta, cada dia me resisto con toda la fuerza de mi voluntad contra la malhechora influencia de esta abominable celda, que tan viva y fatalmente obra en las facultades de mi inteligencia. Algunas veces por la noche, despues de haber luchado todo el dia contra ilusiones sin número, un poco calmada por la obscuridad que deja reposar mi vista, reflexiono seriamente sobre mi posicion, y despues de todo me digo, que el fin probable de esto será el tormento y una sentencia de muerte.

— No, dijo José, no lo creais.

—¡Oh! ya me he acostumbrado de antemano á esta idea, replicó vivamente, y estoy determinada á suportarlo todo con vigor, antes de mostrarme vil y de renegar por temor de la muerte de la pura fé del Evangelio que es la mia; lo sufriré todo ántes que renunciar á morir siendo la futura esposa de mi noble Estévan. Pero ántes, esto que voy á deciros lo haré por el bien de mi patria, de esta infortunada España cuyas venas han desangrado tanto que ni aun tiene la fuerza de protestar contra sus opresores; ¡pues bien! yo débil muger, yo protestaré; cuando comparezca ante

ese inícuo é impúdico inquisidor de Sevilla que se pace con el deshonor de las mugeres y con la ruina de las familias, en alta voz le echaré en cara su infamia, y verémos despues si la sangre de una víctima valiente será infecunda para la libertad de España.

— ¡Santa y heróica muger! esclamó José, ellos ni tan solo os dejarán este último recurso. Vuestra causa jamás se verá, y vos moriréis en los calabozos de la Inquisicion, como Francisca de Lerma que entraba en la Inquisicion la noche en que visitasteis á vuestro padre!

— ¡O Dios mio, Dios mio! esclamó la jóven con un grito de horror, ¿es posible que esté sepultada en vida? ¿Vos me lo decis, José? pero es imposible; porque bien veis que esto es contrario á toda justicia: que me condenen, bien está; inocente ó no, siempre habrá habido á los ojos del mundo, un acto jurídico para la tranquilidad de la conciencia de mis jueces. Mas que con un infame acto arbitrario atenten eternamente á mi libertad, que me hagan morir poco á poco á manos de la desesperacion; ¡oh! esto no puede ser, padre José, no es posible, y vos calumniais á la Inquisicion.

— Francisca de Lerma era la favorita de Pedro Arbués, respondió friamente el fraile, y como Francisca ha querido convertirse, Pedro Arbués la ha hecho encerrar en la Inquisicion.

— ¡La abadesa de las Carmelitas!.... ¿De qué la acusan?

— Nunca deja de hallar cargos la ingeniosa inventiva del santo oficio; pero como un proceso podria comprometer al inquisidor, no se instruirá; y Francisca morirá sin haber sido juzgada. Creedme, Dolores, yo no calumnio.

— ¡Oh! ¡esto es horrible, padre José! ¿Y cómo

nuestro rey Cárlos V, que segun dicen es tan grande, puede tolerar semejantes abusos?

—La Inquisicion puede mas que el rey, respondió el dominico; la fuerza concentrada en uno solo se estrella contra la fuerza de muchos, reunida en manojos. Con todo, nuestro rey es justo, y si pudiera saber todos los abusos que se cometen, sin duda procuraria reprimirlos; pero los ignora; y además ¿no sabeis que los inquisidores, que tienen derecho de acusar y de juzgar á los príncipes y á los reyes, solo pueden ser juzgados por el soberano pontífice?

—Entiendo, dijo la hija del gobernador con un abatimiento imposible de pintar, ¡veo que no queda mas medio que resignarme!

—No he dicho esto, replicó vivamente José; aun cuando deba costarme la vida, os volveré la libertad, Dolores; pero aun no ha llegado el momento. Estéva n y Juan de Avila están en Madrid.

—Lo sé, padre José; sé todo lo que han hecho por mí.

—¡Tal vez alcanzarán del rey el perdon de vuestro padre!

¿Su perdon, decis? ¿pero que perdon puede conceder el rey á un hombre condenado por la Inquisicion? ¿No habeis dicho que el monarca no puede nada?

—La Inquisicion, á fin de complacer al rey, se despoja algunas veces de su severidad habitual, respondió José. Puesto que hablando con verdad, el soberano de España, el grande emperador Cárlos V, solo tiene derecho de suplicar.[1]

[1] *Derecho de suplicar*. Esto era en efecto todo lo que la Inquisicion habia dejado á los monarcas y al mismo papa. Y aunque los papas y los reyes tenian el *derecho* de anular los fallos de la Inquisicion, esta tenia la *destreza* de volver á empezar sus perse-

—¡Oh Dios mio! dijo la hija del gobernador. Cuando yo era niña que jugaba sobre las rodillas de mi padre, al oir pronunciar el nombre del rey, este nombre me parecia brillar como una auréola, y me figuraba un ser bello, poderoso y magnánimo, que con una palabra podia cambiar las chozas en palacios, las lágrimas del pueblo en gritos de alegría, y que por todos sus pasos sembraba la prosperidad, la dicha y la esperanza. ¡Rey! ¡emperador! estas dos palabras mágicas no son pues mas que un símbolo falaz con que se reviste á un hombre mortal y perecedero como nosotros, tan débil como nosotros, y cien veces mas infeliz que nosotros; pues además de la sujecion de sus pasiones está sometido á todas las cosas y á todos los hombres que, por una influencia cualquiera, pueden atenuar su poder ó atentar contra su autoridad. Esto es reinar, ¡Dios mio! ¿y de qué sirve que os digan: «Señor,» y que doblen las rodillas ante vos, si ni tan solo os queda el derecho de hacer justicia?

—¡Justicia! palabra vacía y sonora, murmuró José; esta palabra solo es una máscara, Dolores, como muchas otras palabras de un uso frecuente y habitual. Para mí, ¿qué me importa? ¿De qué me sirven esas mil frioleras tan graves con que se alimenta la vida religiosa y política de los hombres, y que reflejan hasta en el lugar doméstico? ¿De qué me sirven las luchas de un dogma contra otro dogma? ¿Las susceptibilidades de una secta, el insensato orgullo de otra, la crueldad de los que alcanzan

cuciones, de intentar nuevos procesos; y acababa siempre por coger las víctimas que la justicia del papa ó del rey le habian robado por algun tiempo. Testigos los obispos de Segovia y Calahorra de que he hablado en la nota 1ª pág. 143. Las súplicas de los reyes eran aun mas impotentes. Los inquisidores las resistian abiertamente bajo pretesto de servir á los intereses de la religion y de destruir la heregía. (*Historia de la Inquisicion é historia de España, por Mariana, pág* 717).

la victoria? Mi marcha está trazada aquí bajo, y para llegar al fin, no tengo que mezclarme en todos esos lodos sangrientos levantados por los piés de los combatientes; solo he de pasar por medio de ellos sin volverme, seguro de no ser jamás alcanzado; porque, añadió designando su hábito de fraile, traigo esta coraza en la cual se embotan todas las cuchillas.

Oyéndole hablar así, Dolores miraba fijamente el rostro del jóven dominico. Buscaba comprender aquella estraña mezcla de amargura y de sensibilidad, de escepticismo y de confianza, que hacian de él un ser á parte. José demostraba á la vez en sus discursos la energía del hombre mas fuerte, y la sensibilidad de la mujer mas tierna. Su alma, como su cuerpo, ofrecia una seductora mezcla de las cualidades mas opuestas. Viendo y escuchando á José, olvidaba uno que era fraile, que era dependiente de la Inquisicion; considerábase solo en él un ser jóven, seductor, irresistible, ya que su pálido y hermoso rostro llevase el sello de un dolor profundo, ya que su ojo brillante y puro, iluminado por una dulce luz, manifestase con energía la apasionada ternura de esta alma misteriosa, variable como las olas del mar. Tenia un don que pocos poseen, y era la fascinacion.

Tal vez tambien solo aquel que ha luchado en sentido contrario contra todas las tempestades adquiere aquella inconstancia de fisonomía, aquel abandono en los modales, aquella facilidad de lenguaje, y sobre todo aquella apasionada tristeza que atraen irresistiblemente todas las simpatías, por la natural inclinacion que tiene el hombre hácia todo lo estraño. Tal vez tambien aquel poder atractivo de ciertos seres es un misterio fisiológico que se escapa al análisis.... Se define, es verdad, con la palabra *magnetismo;* y aunque admitimos el magnetis-

mo, nos falta quien lo esplique.

A nosotros nos parece que para encontrar la causa racional de él, seria preciso remontarse hasta Dios.

En la época en que acaecia nuestra historia, la palabra *magnetismo* no existia; y juzgaban mas espedito llamar *mágia* á todo lo que no estaba inmediatamente sujeto á los sentidos esteriores. Los espíritus de entónces eran mas espiritualistas que los de nuestra época; no atribuian á la materia de los prodigios que prodiga al rededor nuestro la inteligencia superior que rige el mundo. Cierto es que habian llevado las cosas algo léjos, pues no solo creian en un espíritu bienhechor y eterno, sino que tambien reconocian la influencia del espíritu de las tinieblas sobre el hombre; y cuando en medio de esos hombres ignorantes y de comprension limitada se alzaba un hombre de superior inteligencia ó de gran genio, como no podian comprenderle, le llamaban *brujo*, porque le creian inspirado y servido por el demonio. Algunas veces, esta supersticion popular secundó maravillosamente la ambicion y la política de los inquisidores, que temian á todos aquellos cuya ciencia ó filantropía podian ilustrar el espíritu público. Así es como san Juan de Dios, el ilustre fundador de la órden de los Hospitalarios, á quien hemos visto figurar en esta obra, algunos años mas tarde fué acusado de nigromántico por el tribunal de la Inquisicion, y hubo de acudir al papa para alcanzar la libertad.[1]

[1] En el cap. VI, cuarta parte de la *Historia de la Inquisicion*, se lee: «San Juan de Dios fundador de una órden hospitalaria, (Véase la nota de la página 79.) consagrada al cuidado y á la asistencia de los infelices enfermos, fué (al mismo tiempo que el sabio arzobispo de Toledo, Bartolomé Corranza, contra quien el inquisidor Valdés mostró un encarnizamiento, hijo mas bien de los celos que del amor á su religion), detenido como sospechoso de

Pero en todas épocas los espíritus rectos se libran de estas pueriles supersticiones.

La simpatía que atraia Dolores hácia José, y á la cual ella no buscaba causa sobrenatural, tenia alguna cosa de dulce y de consolador, y estaba escenta de toda especie de sujecion; de manera que se asemejaba á la amistad de una mujer para con otra. José perdia cerca de ella la rigidez; la gravedad del religioso, y Dolores la reserva algo embarazosa que inspira á una jóven un hombre revestido del traje sacerdotal. Para ambos resultaba un encanto indecible.

—Mi buen José, le dijo la hija del gobernador viéndole ponerse triste y pensativo; me afligís hablándome de vos; este asunto es penoso para vos y jamás lo mentais sin que os deje una lastimera tristeza.

—Os engañais, querida Dolores, esto no es tristeza; ¿por qué me afligiria yo ahora? Ya os lo he dicho, mi vida está trazada de antemano: obedezco á una implacable fatalidad; ¿por qué quereis pues que me inquiete?

—José, vos me dais miedo; esos sentimientos no son cristianos.

—No hablemos de mí, respondió el jóven dominico, pensemos en vos, Dolores, en vos sola; aquella es la voluntad de Dios, yo soy el instrumento de que se servirá para libertaros, yo soy una víctima espiatoria. Cuando habré cumplido mi mision, podré volver á Dios con las manos llenas de bendiciones de mis hermanos, y entónces, si he pecado, ¿no tendré el derecho de gritar: ¡Perdon! ¡perdon! pues yo tambien he sido mártir, y el martirio es un

heregía y de nigromancia, y su piadosa filantropía le hubiese tal vez hecho gemir mucho tiempo en los calabozos de la Inquisicion, á no haberse opuesto abiertamente el papa.»

bautismo que lava todas las manchas.

Hablando así, José se habia animado, y una sombría exaltacion inflamaba su hermoso rostro; y á no ser por el hábito, parecia la hermosa cabeza de Judith.

Sentada Dolores en el suelo con las dos manos juntas sobre sus rodillas, le escuchaba silenciosa; y miéntras que sus grandes ojos húmedos seguian con una mirada atenta los movimientos de la fisonomía de José, silenciosas lágrimas corrian á lo largo de sus mejillas.

Tomó la mano del fraile, aquella mano blanca, fina, elegante, de una distincion esquisita, y la apretó afectuosamente entre las suyas.

—José, le dijo, ¡mi buen José! ¿qué teneis?

—Nada, respondió, vuelto en sí por estas palabras: pienso en mi mision sobre la tierra, libertar á los que sufran. Hélo ahí todo.

—¿Estévan volverá pronto? preguntó la jóven procurando distraer las tristes ideas que asaltaban al fraile al hablarle de sí misma.

—Antes de ocho dias tal vez, respondió José: sabré su llegada al momento, y seguramente podré daros buenas noticias. Confio mucho en el influjo de Juan de Avila con el rey.

Aquí debemos seguramente esplicar como José supo el viaje de Estévan y del apóstol. Nuestros lectores recordarán que en su última entrevista en la casita morisca, José habia encomendado á Coco que siguiera los pasos de Estévan, y le diese cuenta de ellos. El tabernero de la *Buena Ventura* fué pues quien instruyó á José; á Coco habia tambien Juan de Avila encargado que noticiara su marcha á Dolores para tranquilizarla. Desgraciadamente en medio del deseo de salvar á su padre, no tuvo paciencia de aguardar, y su imprudencia la habia entregado al santo oficio.

— Es preciso separarnos, dijo por fin José viendo á la presa algo tranquilizada; seamos prudentes á fin de permanecer fuertes.

— ¡Oh! aun no, esclamó ella cogiéndose al hábito del jóven dominico, aun no, padre José; bien conoceis que voy á volver á mis horribles temores, á volverme insensata....

Estas palabras «es preciso separarnos» la habian súbitamente conducido al amargo sentimiento de su soledad. Sus nervios algo calmados por los consuelos de la amistad, sufrieron una reaccion dolorosa. Su imaginacion se llenó de espectros y de fantasmas, tristes efectos de un cautiverio tan cruelmente combinado, que hacia sufrir todos los sentidos á la vez, obrando siempre de un modo terrible en el cerebro.

— ¡José, José! no me dejeis! decia la jóven con voz ahogada; ya veis que voy á morir aquí. ¡Oh! llevadme, llevadme con vos; meteedme si quereis en un calabozo; pero no aquí, no aquí!...

Arrastrábase desatinada á las rodillas de José. La fuerte organizacion moral de aquella jóven tan pura, tan piadosa y sacrificada, sucumbia á los terribles efectos del régimen celular.

José la levantó dulcemente, vertióle en su ardiente rostro algunas gotas de agua que habia en un vaso que le servia para beber, y con su mano fresca y cariñosa recorrió con dulzura varias veces su frente de una á otra sien: sin duda por un efecto magnético aquel reiterado contacto pareció calmar á la infeliz cautiva.

— Idos, estaré tranquila, dijo cerrando los ojos; porque tenia miedo de mirar al rededor suyo.

En aquel momento llamaron á la puerta de la celda.

— Adelante, dijo el fraile, tomando al lado de la presa arrodillada, la actitud de un confesor cerca de su penitente.

Era el carcelero que traia la cama de Dolores.

— La presa se ha sometido, dijo el dominico, por lo tanto le dejaréis su cama durante el dia.

— Vuestra reverencia será obedecido, respondió el carcelero.

— Adios, hermana mia, prosiguió José; é inclinándose hácia la jóven, añadió en voz baja: pronto volveré, y salió.

Dolores quedó arrodillada en la obscuridad, con la cabeza caida sobre el pecho.

Trasladémos ahora á nuestros lectores al palacio de Cárlos V en Madrid....

XXXI.

MADRID.

En una alegre y fresca mañana de mayo seguian dos viajeros el camino que conduce de la Mancha á Madrid. Ya sobre el plano inclinado en que está situada, columbraban la real villa que erguia en los aires, como un bosque de mástiles, sus mil campanarios agudos dominados por las altas cúpulas de San Isidro y de San Francisco. Ya apercibian al occidente de Madrid la hermita del santo labrador, pequeña capilla en grande veneracion entre los *madrileños*, á causa de los numerosos milagros que allí se hacian. Poético edificio que dibujando á lo léjos en el azul subido del cielo, su silueta graciosa y aérea, asemejábase mas bien á un capricho de la imaginacion ó á una fantasía de óptica, que á una antigua habitacion de labradores convertida en capilla por la devocion pública.

Pronto atravesaron el puente de Toledo, admirable monumento romano puesto sobre el Manzanares; triste rio que serpentea en medio de una llanura

aun mas triste; despues trepando la cuesta algo escabrosa del camino, llegaron delante del matadero ó escuela de los toreros. Detuviéronse allí algunos minutos para gozar de aquel punto de vista; y en vano buscaron al rededor suyo esas vivientes huellas, vestigios de la civilizacion que anuncian la proximidad de un gran pueblo, aquel rico cultivo, aquella vegetacion variada que atestiguan que le ha faltado á la tierra la mano del hombre, y que por todas partes la industria ha previsto las necesidades: á lo léjos, al rededor de la capital de las Castillas, y encerrándola como con un cinto, se presentaba la desnudez del desierto: un suelo rojo ó blanquizco sembrado de agudas piedras, que á los ardientes rayos del sol parecian disolverse en impalpable polvo.

—¡Oh tristeza y desnudez! esclamó Juan de Avila; ¿no parece esto un inmenso cementerio que arroja de su seno innumerables huesos?[1]

— Si, respondió Estévan, la muerte en donde deberia palpitar la vida[2]!.. La ociosidad de los brazos tan grande como la de la inteligencia!

— No, prosiguió el apóstol, la vida que se agita en el fondo de la tumba para levantar el peso que la oprime; la vida que sin saberlo ella misma, tien-

[1] *¿No parece un cementerio que arroja de su seno innumerables huesos?* Para comprender toda la exactitud y hermosura de esta comparacion del autor, hablando de los campos que rodean á Madrid, es preciso haber visto esa tierra seca y resquebrajada, casi enteramente desnuda de verdor y sembrada de pedernales calcinados por los rayos del sol.

[2] *¡La muerte en donde deberia palpitar la vida!* Entre todos los pueblos, el pueblo español parece haber sido creado para las grandes, para las nobles acciones. Dotado de una rara inteligencia, de una grande perspicacia y de un juicio recto, el pueblo español es apto para todas las ciencias y todas las artes... Y con todo los españoles tienen generalmente poca ciencia y las artes solo se cultivan en España desde algun tiempo. Leyendo la historia de este infeliz pueblo, se vé uno precisado á acusar á la Inquisicion ó por mejor decir á Roma que la creó y la conservó hasta pocos años hace.

de siempre á producirse al esterior, porque tiene horror á las tinieblas...

— Y las tinieblas la han vencido, padre mio ; por todo la veis desfallecida , desesperar de sí misma como uno ha desesperado de ella! Siempre veis el mismo silencio. En Madrid como en Sevilla , una fúnebre tristeza, una horrible falta de ruido : solo el sordo murmullo de los gusanos en una sepultura, ahogados gemidos bramando penosamente en el fondo de los corazones ; y en la superficie una muda desolacion ! ¿Es esto la vida de una grande nacion ?

— Estévan, dijo el religioso, cuando en medio del invierno contemplais un árbol desnudo y árido, que parece muerto, ¿os acordais acaso de que , bajo aquella corteza arrugada y negruzca que no revela ninguna señal de vejetacion, circula como una sabia ardiente y generosa, que con los primeros rayos del sol cubrirá sus despobladas ramas de un rico vellon de ramaje? Lo mismo acontece con la España. Aguardad que brille para ella el sol de la ciencia y de la libertad, y veréis cuanta sobreabundancia de sabia y de vida hay oculta bajo las insignias de la muerte, y como esos corazones ardientes, hoy comprimidos, saldrán á los primeros resplandores de una era nueva , de una regeneracion completa.

— ¡ Dios os oiga ! respondió Estévan con aire exaltado ; y en aquel instante llegaron á la puerta de Toledo.

Esta principal entrada de la villa de Madrid , que hoy dia es un hermoso monumento de piedra , era simplemente entónces una ancha puerta de madera dividida de dos hojas, cerrada con una pesada tranca que no parecia sino la puerta de una granja.

Pasáronla los viageros y entraron en la calle de Toledo, la cual era una de las mas hermosas de la villa en

aquella época, y se componia casi enteramente en aquel lugar de numerosos mesones; únicos edificios que se encontraban hasta la plazuela de la Cebada;[1] que terminaba dignamente estas dos largas hilas de mesones.

Al llegar á esta plaza, Estévan sorprendióse al ver el número de personas de todos sexos y edades que llenaban las avenidas. Con todo, á pesar de esta afluencia, no se oian esos gritos chillones y discordes que hay de ordinario en las reuniones populares; era mas bien un murmullo sordo, espresion de terror y de piedad, mezclado con cierto recogimiento.

—¿Qué significa esa reunion de pueblo? preguntó Estévan sorprendido.

—Sin duda es una ejecucion, dijo Juan de Avila, un desgraciado á quien reclama la justicia humana.

Efectivamente, al entrar en la plaza se presentó á su vista un espectáculo estraño y terrible á la vez; pues vieron á un hombre montado á horcajadas en un borrico desorejado,[2] y que iba bajando por la

[1] *La plazuela de la Cebada*, es tambien el lugar de las ejecuciones; en ella fué ignominiosamente ahorcado en 1823 el defensor de la libertad, el inmortal Riego, despues de haber sido arrastrado en un seron atado á la cola de un asno, con grandes aplausos del populacho, escitado por las predicaciones de los frailes. Antes de morir el noble Riego fué insultado por el mismo verdugo: «Ya te tengo, francmason, hijo del diablo! y esta vez pagarás todo lo que has hecho.» Tales fueron las palabras que aquel de quien la justicia se sirve como de una cuchilla, dirigió al hombre á quien en 1820 toda la Europa habia saludado con el nombre de libertador de la España.

[2] Antiguamente en España, y principalmente en Madrid, solian llevar los reos al suplicio montados en un borrico, que el verdugo vendia al dia siguiente, y no se compraba otro hasta la víspera de la ejecucion de una sentencia. Dícese que los dueños de los tales borricos, tuvieron muchos disgustos por las diatribas que se originaban contra ellos, echándoles en cara que su borrico habia servido para un *ahorcado;* y cuentan á este propósito que varias muchachas se quedaron sin novio, por haberse sabido que alguno de sus parientes compró uno de aquellos animales. A fin de

calle en frente de la que ellos estaban. Iba vestido ese hombre con una túnica blanca, y en la cabeza llevaba un casquete verde con una cruz del mismo color que la túnica. Caminaba el borrico en medio de dos hileras de soldados y de hermanos de la *paz* y *caridad*, á quienes acompañaban el capellan de la cárcel y algunos padres agonizantes precedidos del sacristan que llevaba la cruz. Veíase al lado del paciente uno de aquellos padres, que de cuando en cuando se relevaban, para ayudar á bien morir al que se encaminaba al suplicio, miéntras que los demás en voz triste y monótona rezaban la encomienda del alma; y en esto dos hermanos de la paz y caridad acompañaban con el lúgubre sonido de una campanilla los versículos y responsos.

Entre tanto el pueblo acudía de tropel á la plaza alargando el cuello para ver mejor; al mismo tiempo en que por otra calle opuesta se adelantaban muchos otros hermanos de la paz y caridad para reunirse con los que acompañaban al paciente, y los cuales desde la mañana habian recorrido la villa tocando una campaneta y gritando en tono lastimero: *una limosna para hacer bien y decir misas para el alma del que van á ajusticiar.*

Aquella peregrinacion de la cofradía de la paz y caridad estaba tan exenta de toda especie de hipocresía, de las ridículas esterioridades con que suele disfrazarse esa clase de instituciones; habia en ella una piedad tan verdadera, daba una idea tan sublime de filantropía aquella asociacion en que se contaban los hombres mas eminentes de la villa para endulzar los últimos momentos de aquellos sobre quienes caia la cuchilla de la ley, y para poner, si es

evitar todo lo dicho se mandó que el verdugo desorejase á los borricos de que debiera servirse, y que los tales fuesen comprados y mantenidos á espensas del Estado.

permitido decirlo así, en paralelo la justicia humana con la misericordia divina; que el corazon se sentia conmovido de un santo respeto al ver aquellos piadosos hidalgos, pertenecientes todos á las mejores ó mas opulentas familias de España, reunidos para ejercer la obra mas grande de la caridad cristiana, la cual consiste en procurar un dulce consuelo á los que se ven abandonados de todo el mundo.

—¡Sublime caridad! dijo Juan de Avila en voz baja; y ella os prueba, hijo mio, que en el corazon de la España se halla el gérmen de vida, y que un pueblo tan noble no puede perecer.

—¿Pertenecen esos hombres á alguna órden religiosa? preguntó Estévan.

—No, hijo mio, son simplemente cristianos animados del puro espíritu del Evangelio, que recogen entre el barro de los caminos al leproso á quien todo el mundo rechaza; y pronunciando palabras de paz sobre el que se arrepiente, á fuerza de dulzura y tierna compasion, conmueven al pecador empedernido. Es muy raro que al aspecto de una caridad tan verdadera, tan completa, tan tierna, el infeliz, cuya vida reclama la justicia humana cual una espiacion de sus crímenes, no se convierta sinceramente en Dios, y no borre con una santa muerte todas las manchas de su alma. No desespera de sí, porque le hacen comprender que sobre la justicia humana, y á despecho de sus inflexibles juicios, hay una ley de perdon y de amor que proteje el arrepentimiento, y que deja una esperanza celeste al que ya nada espera de los hombres. Esos hermanos de la paz y caridad son verdaderamente los apóstoles del que perdonaba á la mujer adúltera: son los verdaderos misioneros de la fé cristiana.

—¿Acaso no están sujetos á ninguna regla? pre-

gustó Estévan con mucho interés.

— Precisamente no, dijo el apóstol; con todo, la hermandad de la paz y caridad es infinitamente mas severa que muchas órdenes religiosas; pues para pertenecer á ella es preciso no haber sido procesado nunca, y gozar de una reputacion sin mancha; porque no habiendo esta honrosa corporacion sido instituida por ningun designio de fanatismo ó de cálculo, sino solo por un espíritu de caridad, los que la componen tienen por objeto principal sostener su primitiva pureza. Así es que los principales y mas distinguidos señores españoles tienen á un honor el ser miembro de ella. Al entrar en la hermandad, es preciso pagar dos mil reales, y obligarse además á contribuir á todos los gastos sucesivos que se hacen en favor de los condenados.

— Señores, os suplico que me dejeis aproximar un poco; interrumpió una anciana apoyada en una muleta, deslizándose como pudo entre Estévan y Juan de Avila, para ver de mas cerca y para que esos dos hombres le sirviesen de reparo contra las oleadas populares que iban progresivamente en aumento; dejadme acercar pues, ya veis que el paciente ha llegado al pié de la horca.

En efecto, los balcones de alrededor de la plaza se llenaban á prisa de jóvenes y lindas mujeres y de indiferentes y alegres muchachos, que no temian asistir al horrible espectáculo de la ejecucion de horca.

— ¿Qué hace pues la hermandad de todo el dinero que entra en caja? preguntó Estévan, mas ocupado de su conversacion con el apóstol que de la ejecucion.

— No lo emplea mal; primero, durante la mañana del dia de la ejecucion todos los sacerdotes de Madrid oran y rezan misas por el alma del que va á morir; despues, durante los tres dias que preceden

al último de su vida, y que el condenado está en capilla, la hermandad le dá lo que pide, procurando endulzar así sus últimos momentos con satisfacer sus menores caprichos; y finalmente, lo que es todavía mas útil y mas laudable, si el condenado deja hijos, madre ó esposa, esos infelices pueden contar que despues de él les queda asegurada la subsistencia, sin que jamás hayan de sufrir las angustias de una vida deshonrosa y que la miseria hace mas horrible.

—¡Oh! sí, efectivamente, esa es una noble, una santa institucion, esclamó el jóven cuyo pecho palpitaba por todo pensamiento sublime; sí, esto es honrar y servir dignamente á su religion, haciéndola móvil de las mas generosas acciones.

—Y no creais, Estévan, prosiguió el apóstol, que se limiten con respecto á los parientes del condenado, á esas limosnas mezquinas y humillantes para el que las dá y el que las recibe; y ni se contentan con darles dinero, sino que á la vida del cuerpo, añaden la del alma, educan con esmero los hijos del condenado, y la cofradía de paz y caridad no les abandona hasta que se hallan en estado de poder satisfacer sus necesidades amplia y honradamente.

Apénas Juan de Avila habia acabado de hablar cuando se oyó un grande murmullo entre el pueblo; todo el mundo se puso de puntillas para ver al condenado á quien el verdugo arrastraba escalera arriba de la horca.

Los ciegos y los mendigos recitaban con voz gangosa y lúgubre interminables lamentos; y algunos cantaban el *Pater noster* y el *Ave María*.

Todas las almas estaban suspensas.

—¡María Santísima! esclamó una muchacha; ya lo tienen atado por el cuello y el verdugo se le sube encima.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo un anciano de barba canosa, el hermano agonizante ya principia el *Credo*.

Estremecióse toda la asamblea y ya no se oyó en aquel inmenso gentío mas que una inmensa voz unida á la del padre agonizante, que con voz triste y lastimosa, recitaba el símbolo de la fé:

«Creo en Dios padre todo poderoso, criador del cielo y de la tierra; y en Jesucristo su único hijo...»

A estas últimas palabras, el verdugo sentado aun en las espaldas del paciente, hizo un movimiento apoyando fuertemente sus piés sobre las atadas manos del condenado, y lanzóse con él al espacio.

Al mismo instante, las campanas de san Millan tocaron á agonía.

El ejecutor y el reo se columpiaron en el aire durante tres ó cuatro minutos; miéntras el agonizante continuaba recitando el Credo.

—¡Vírgen Santísima! esclamaron á la vez una multitud de voces, este puede decir que Dios le proteje....

La cuerda de la horca acababa de romperse; el verdugo y el ahorcado habian caido juntos por tierra.

Al mismo instante, el hermano mayor de la paz y caridad tendió hácia el ajusticiado una larga varita que llevaba en la mano; y el pueblo gritó: ¡Perdon! ¡perdon!

Los hermanos de la paz y caridad levantaron luego al infeliz paciente que aun respiraba; pues la estrangulacion no habia sido completa.

Veíase entre la multitud á una mujer que llevaba un niño de cinco á seis años, á quien estaba azotando cruelmente.

—¿Qué ha hecho ese pobre niño? preguntó Es-

tévan enternecido por las lágrimas del muchacho, cuyo llanto partia el alma.

— Nada, dijo la madre; es para que se acuerde de esto, y no robe cuando sea mayor.... La cuerda no siempre se rompe, añadió ella como haciendo una reflexion.

— ¿Qué harán pues de ese hombre tan milagrosamente salvado? preguntó Estévan.

— Pertenece á la hermandad, respondió Juan de Avila, porque se ha librado del verdugo; pues todos aquellos á quienes acontece eso, se les salva la vida por el solo hecho de haberles tocado la varita del hermano mayor de la paz y caridad: esto es un privilegio concedido á esta hermandad por varias leyes y ordenanzas del rey Fernando de Aragon, confirmadas por Cárlos Quinto. ¿Creeis Estévan, que un rey pueda nunca escederse en favor de semejantes hermandades?

— Y ahora, ¿qué harán de ese hombre?

— Tranquilizáos, la hermandad cuidará de él, y si no se vuelve honrado, suya será la culpa; mas al contrario si hubiera muerto, al cabo de siete horas la hermandad hubiera reclamado el cuerpo, y á sus propias espensas le hubiera celebrado magníficas exequias.

Una especie de gitano que les escuchaba se echó á reir con aire burlon, y murmurando entre sus dientes, dijo:

— De poco le hubiera servido un buen entierro. ¡Que lástima si Mateo no hubiera errado el golpe! ¡que escelente fiero gancho [1] de ménos para nosotros!

A estas palabras, Juan de Avila reconoció en el gitano á un miembro de la cofradía de la Garduña.

¡Qué contraste! esclamó: allí lo escogido de la

[1] Asi llamaban los garduños ó los ladrones.

poblacion, los corazones mas puros, la fé mas ilustrada; aquí hombres perdidos en los vicios, abismados en el fanatismo, prestos á todo por el dinero; por un lado la obra de la verdadera religion de Cristo, por otro, los funestos resultados de una religion desfigurada que no es ya un freno ó un consuelo, sino un medio de corrupcion, un pedestal para el poder, un instrumento de despotismo.

— ¿Con qué ese hombre que acaban de salvar era un malhechor, y continuará siéndolo pues que pertenece á esa inmunda sociedad de la Garduña? preguntó Estévan.

— Tal vez, respondió Juan de Avila.... Con todo, añadió suspirando, aun no ha llegado el tiempo en que el bien dominará al mal; y en esta senda sembrada de espinas y de piedras que siguen los que marchan hácia el bien, muchos se desalientan por no tener bastante fuerza para sufrir.

— ¡No importa! esclamó Estévan: gloria á los que marchan, ¡y gloria tambien á los que perecen! pues que habrán abierto el camino para los que vengan despues.

— ¡Marchemos pues! dijo el apóstol; la corona de los mártires bien vale tanto como la de los triunfadores.

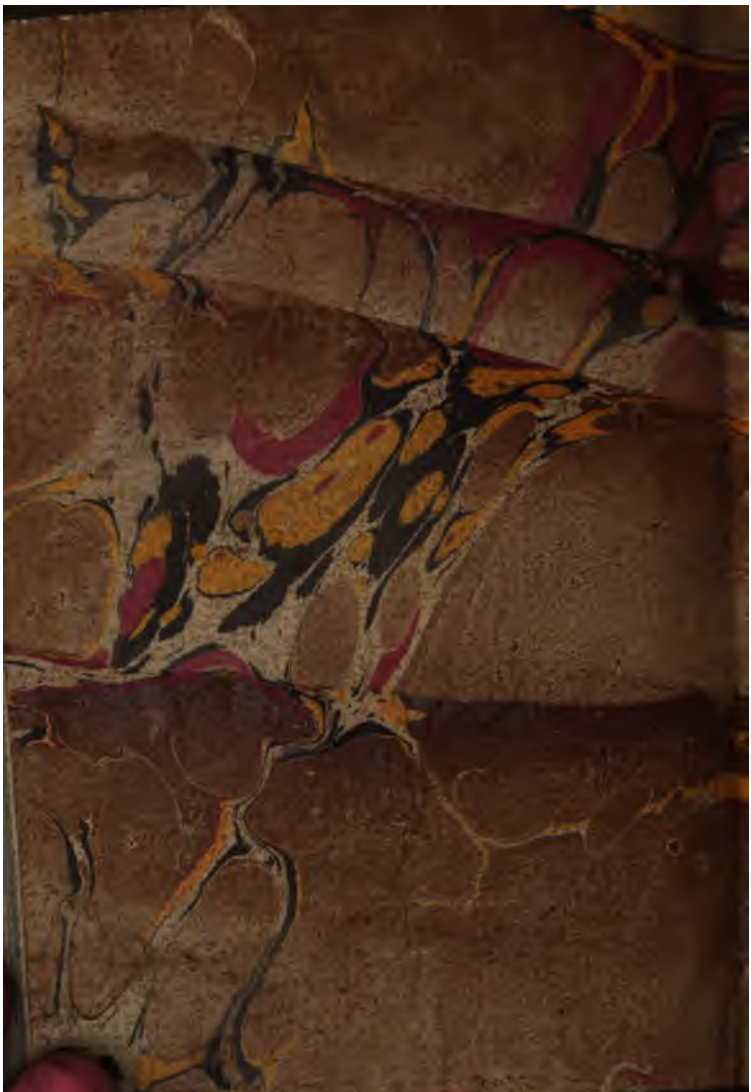
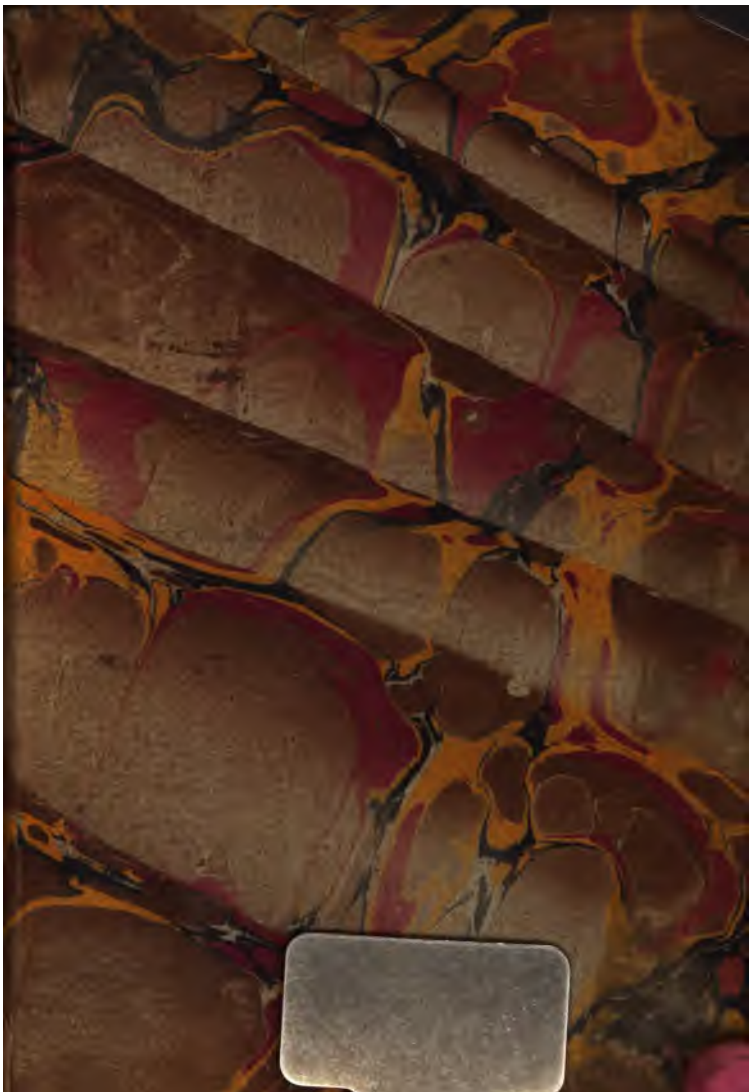
El gentío que poco ántes atestaba la plaza se habia ya retirado tumultuoso como el último cohete de un fuego artificial. Señaló Juan de Avila el otro lado de la calle de Toledo que tenian al frente, y dijo:

— Esa es la calle que conduce á Palacio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

CAP.		PÁG.
I.	El barrio de Triana.	1.
II.	El palacio de la Garduña.	14.
III.	Dolores.	32.
IV.	La Giralda.	39.
V.	Una colacion de frailes.	48.
VI.	La casa del herege.	59.
VII.	Estévan de Vargas.	68.
VIII.	Manofina.	82.
IX.	El favorito del inquisidor.	92.
X.	La profesion.	103.
XI.	Una pasion de inquisidor.	111.
XII.	El rastro.	127.
XIII.	El milagro.	140.
XIV.	Otra vez José.	152.
XV.	La abadesa de las Carmelitas.	159.
XVI.	La melopia.	170.
XVII.	La cabalgada.	179.
XVIII.	El furor popular.	188.
XVIX.	El talisman del inquisidor general Torquemada	197.

XX.	La cita.	204.
XXI.	El puerto de Despeñaperros.	213.
XXII.	El tribunal.	220.
XXIII.	El cuarto del tormento.	231.
XXIV.	Los calabozos de la Inquisicion.	237.
XXV.	Una gran fiesta en Sevilla.	246.
XXVI.	La sala de misericordia.	258.
XXVII.	El santo.	266.
XXVIII.	Candor é hipocresía.	279.
XXIX.	Tormento del agua.	293.
XXX.	La sala de penitencia.	307.
XXXI.	Madrid.	320.